

MARIAH EVANS

Ciudad de reyes

SERIE NUEVA YORK 1

CIUDAD DE REYES

—Mariah Evans—

Título: Ciudad de Reyes ©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©MariahEvans

Diseño de cubierta: Marien F. Sabaniego

Maquetación: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

CONTENIDO

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[Dos semanas después](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la serie Nueva York](#)

1

Adam Boyle volvió a bajar la manta cubriendo aquel pequeño cuerpo delgado, blanquecino, sin vida. Ya había visto suficiente. Lo justo para darse cuenta de que una vez más se había seguido el mismo patrón para perpetrar el asesinato. Se levantó de forma lenta, aún al lado de aquella joven que había perdido la vida pocas horas antes, sin apartar la mirada de aquella manta que se había pegado a ese diminuto cuerpo asumiendo su forma. Se pasó la mano por los ojos en actitud cansada, asqueado ante aquella brutalidad. Otra vez aquel desgraciado había vuelto a matar. Peleas entre bandas, robos, alguna violación... Aquello era lo normal en el distrito de Brooklyn, pero eso, lo que estaban viviendo en los últimos meses sobrepasaba todo lo inimaginable. Miró su reloj. Faltaban diez minutos para las siete de la mañana. Aunque el calor era ya sofocante a esa hora y el sol comenzaba a brillar con fuerza, un repentino escalofrío recorrió su columna. Era la séptima víctima en los últimos cuatro meses. Alguien se estaba tomando muy en serio su trabajo. No hacía falta que la forense determinase cuáles eran las causas de la muerte. Las sabía de memoria, pues en las últimas seis víctimas habían sido las mismas. Ladeó el rostro en dirección contraria al cadáver para observar cómo la gente comenzaba a amontonarse tras la cinta con la que habían precintado la calle. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un chicle de menta mientras reflexionaba, observando la acera en busca de pistas. Se lo llevó a la boca y comenzó a masticar de forma fuerte, intentando controlar el ardor que comenzaba a apoderarse de su estómago. La gente se golpeaba con los codos intentando conseguir una posición privilegiada desde la que observar el cadáver. Soltó un exabrupto y caminó con los brazos en alto hacia todos ellos.

—Vamos... ¡Largo de aquí! No hay nada que ver —exclamó de malos modos caminado de forma lenta, aunque una vez más la gente no pareció escucharlo y, contrariamente, los codazos entre ellos se hicieron más intensos.

Adam suspiró mientras observaba que varios de sus hombres intentaban tapar toda visión a los visitantes chismosos. ¿Por qué se comportaban de aquel modo? Ansiosos por ver el cadáver de una chica joven que había sido asesinada de una forma tan brutal. Como si aquella escena morbosa incrementase su adrenalina. En los altos edificios que lo rodeaban vio que varias familias contemplaban el escenario desde sus ventanas o balcones. «¿Es que no tienen otra cosa que hacer?» Gritó en su interior, aunque ninguna palabra salió de su boca. ¿Para qué? Giró su rostro movido por el rugido de un motor a su izquierda mientras se frotaba las manos cubiertas por unos frágiles guantes de látex.

Susanne Kern bajó del todoterreno con su actitud masculina, sin un magistral cruce de piernas,

simplemente dando un salto y sujetando su maletín de plástico duro. Se inclinó para pasar por debajo de la cinta con la que habían cercado el perímetro policial y su cabello corto teñido de un rojo chillón se ondeó hacia los lados al hacer el gesto. Vio cómo se colocaba los guantes de látex mientras caminaba hacia él aumentando su ritmo y con una leve sonrisa en su rostro.

—Buenos días.

—Doctora —pronunció a modo de saludo situándose a su lado y guiándola hacia el cadáver. Se arrodilló al lado de la manta, miró un segundo hacia atrás para contemplar a toda aquella gente y descubrió de forma lenta el cadáver de la muchacha.

—Joder —exclamó Susanne examinando el rostro desfigurado de la chica. Su piel estaba absolutamente blanca, aunque sus labios aún mantenían la suave capa de pintalabios escarlata. Su cabello negro, largo, estaba esparcido por la acera, pegado con rastros de sangre seca. Llevó su mano hasta uno de los ojos y se lo abrió de forma delicada, como si no quisiese hacerle daño. Sacó su pequeña linterna y la enfocó directamente hacia su pupila. La tenía extremadamente dilatada, prácticamente no podía apreciarse el color miel que alguna vez había resplandecido en aquellos enormes ojos. Le ladeó el cuello mientras buscaba en su maletín con la otra mano un poco de algodón y unas pinzas. Allí estaba de nuevo. La marca del asesino. Dos orificios en el cuello, de una profundidad considerable y totalmente carbonizados.

—Santo Dios —exclamó Susanne pasando de forma delicada el algodón por aquella herida, intentando absorber lo que serían las últimas gotas de sangre que quedarían en aquel cuerpo—. Ha vuelto a seccionar la carótida.

Adam se colocó a su lado y observó los dos agujeros en la garganta de la muchacha, su anchura, la presión con la que deberían haberle clavado aquellos utensilios para poder acceder hasta la vena. Intentó recomponerse y se pasó una mano por el pelo.

—Lo ha hecho más veces —pronunció casi en un susurro.

Susanne lo miró como si no comprendiese lo que quería decir. Adam bajó un poco más la manta y extrajo con delicadeza uno de los brazos de la chica. Le giró la mano y se la mostró a la doctora. En su muñeca aparecían dos agujeros más, idénticos a los de la garganta.

—Y no son los únicos. También tiene otra marca en la ingle.

La doctora sujetó la muñeca y la observó detenidamente. Sabía que aquello se salía del patrón. En las últimas seis víctimas solo habían encontrado aquella marca carbonizada en la garganta, pero ahora había más agresividad, como si hubiesen querido que su víctima se desangrara más rápido.

—La cubital y la femoral —susurró la doctora señalando la mano y la ingle—. Le ha perforado tres arterias.

Adam se levantó, apartándose del cuerpo de la víctima unos pasos para dejar hacer su trabajo a los camilleros. Llevarían el cuerpo al hospital para que la forense lo estudiase a fondo aunque,

realmente, no necesitaría leer el informe forense para saber lo que aquella muchacha había sufrido. Miró por toda la acera examinándola una vez más, intentando encontrar, aunque fuera tan solo una gota de sangre.

Frankie Griffith avanzó hacia su despacho con furia, sorteando y medio empujando a todo aquel que se interpusiese en su camino. Abrió la puerta y descolgó el teléfono que sonaba sin cesar.

—Frankie —respondió mientras soltaba un montón de archivos sobre la mesa, en la que una pequeña pantalla de ordenador flotaba sobre todos los papeles desperdigados.

—Voy hacia la comisaria —anunció Adam. Frankie pudo escuchar el sonido del motor forzado de su vehículo tras su voz.

—Sorpréndeme. —Fue sentándose lentamente en la silla y cogió un bolígrafo y papel.

—La séptima —susurró Adam.

Frankie dejó el bolígrafo sobre la mesa, como si este le quemase y miró hacia la puerta aún medio abierta. Un par de administrativas lo contemplaban algo tensas. Sabía que su carácter no despertaba simpatías entre el resto de policías y personal administrativo, pero él mismo se había obligado a ser así. Ocultaba tras un muro de hormigón todos sus sentimientos y respondía con voz fría carente de actitud a cualquier pregunta. A sus cincuenta y cinco años gozaba de una reputación y esto lo había conseguido gracias a un carácter agrio y muchos años de duro trabajo. Se levantó de un salto, fue hacia la puerta sin soltar el teléfono y la cerró con un portazo. Esto se iba a poner feo.

—Cuéntame.

—No hay nada que contar, Frankie. Es lo mismo de siempre.

Se encaminó hacia la silla y se sentó en ella como si estuviese agotado. Pasó su áspera mano por los ojos frotándoselos.

—Por Dios —exclamó realmente exhausto—. Maldito hijo de...

—Frankie —le interrumpió—. Me parece que este tipo sabe que vamos tras su pista. Se incorporó en su asiento y no dijo nada, esperando que Adam continuase. —Hay tres marcas, no una.

—Joder. —Arremetió contra la mesa con un fuerte golpe que alertó a todas las administrativas de la comisaria.

—La misma de siempre, en el cuello —continuó explicando—, pero hay dos más. Una en la muñeca y otra en la ingle. —Se aclaró la voz y prosiguió—. Se ha desangrado antes.

—¿Había rastros de sangre?

—No. Solo unas gotas secas en el cabello.

—Maldito cabrón —medio gritó—. ¿Ha ido el forense?

—Sí. Susanne... La doctora —se corrigió—, me ha dicho que tendrás el informe mañana.

—¿Para mañana? Ni hablar, lo quiero para esta tarde —dijo en un tono que no admitía protesta. Aun así Adam intervino. Al fin y al cabo, más de veinte años de buena relación con su jefe le permitía algún lujo.

—Lo dudo. Hay que examinarla a conciencia. —Entrecerró los ojos mientras se detenía ante el semáforo y suspiró—. Si no estás de acuerdo, Frankie, llámala tú mismo y coméntaselo.

—Y tanto que la llamaré. Quiero saber la hora exacta de la muerte, con qué producto carboniza esas heridas, quiero saber cualquier cosa que haya en ese cuerpo.

—Si te sirve de algo, he investigado un poco a esa joven...

—¿Y? —preguntó inquieto.

—Martha Laciús, prostituta... Algunos vecinos de los alrededores me han comentado que a veces solía colocarse un par de esquinas por debajo de donde ha aparecido. Incluso uno asegura que ayer la vio sobre las doce de la noche.

—Que venga a hablar ese tipo conmigo.

—Ya le he cogido su teléfono, me ha dicho que no tendrá problemas en pasarse por comisaría en cuanto le llamemos.

—Llámalo. Que venga ahora mismo. Y a ti te quiero aquí ya —ordenó justo antes de colgar sin esperar respuesta. Juntó las manos y miró sus dedos entrelazados. Nunca se había encontrado con un asesino tan metódico, organizado y letal. Por Dios, siete víctimas en cuatro meses y ni un solo dato hacia donde poder encaminarse, ni un solo descuido al que ellos pudiesen agarrarse. Ni una huella, ni cabello, ni una gota de su sangre, ni siquiera encontraban muestras de piel bajo las uñas de las víctimas. Aquello era desquiciante. Se pasó la mano por la frente notando que un ligero sudor frío vagaba por ella. Se levantó y corrió hacia la puerta.

—Sarah, tráeme un café, ¡ya! —gritó sin mirar hacia fuera.

—Perdón, inspector... —Otra administrativa se colocó delante de él, algo inquieta—. Su sobrina no llega hasta las ocho y media. —Señaló el reloj de pared que colgaba en una columna. Las ocho en punto—. Se lo traeré yo misma —susurró mientras se alejaba a paso rápido.

Sarah Griffith bajó del tren mientras colocaba con un movimiento sutil el *New York Times* bajo su brazo. Cogió fuerte su bolso y avanzó entre las numerosas personas que caminaban por la calle. Aquel bullicio la estresaba, gente corriendo de un lado a otro, comerciantes con su carro de café y bollos calientes, impidiendo un paso fluido. Aún le daba tiempo para tomar un café y desayunar en condiciones antes de entrar a trabajar. Tomó la calle a la derecha y avanzó por ella un poco más descongestionada de gente, lo cual le permitía un paso más largo y rápido. Dios mío, el calor era sofocante a esas horas de la mañana. Se pasó su rizo rubio por detrás de la oreja y se subió un

poco más la pinza con la que sujetaba el resto de su larga melena. Se había puesto los tejanos largos y una camiseta azul marino, a conjunto con sus ojos. Decididamente, mañana se pondría algo más fresco. No comprendía cómo a esas horas el sol podía deslumbrar tanto. Odiaba el verano en Nueva York, sobre todo si a aquel espantoso calor se le añadía una muchedumbre de personas. A lo lejos ya veía la comisaría. Llevaba trabajando ahí desde hacía poco más de un año. Al principio le había entusiasmado la idea de trabajar con su tío, posteriormente y tras pocos días de trabajo se había dado cuenta de que aquello no era diferente a ser una administrativa en una empresa o multinacional. Ella no había deseado eso. Se había licenciado con unas magníficas notas en la universidad de Columbia, en la facultad de derecho. Pero tras finalizar la carrera y echar algunos currículos en prestigiosos bufetes esperando que su buen apellido la ayudase, no había logrado nada. Ni siquiera una simple llamada, ni una entrevista. ¿Cómo iba a rechazar lo que su tío le ofrecía? Aunque hacía ya más de cinco años que no vivía con él siempre había estado a su lado, ayudándola, haciéndose responsable de ella. Aquella idea lúgubre cruzó su mente. Desde la muerte de sus padres once años atrás siempre había estado a su lado, la había acogido en su casa y se había preocupado por labrar un futuro para ella. Y mira dónde había acabado. Trabajando con él en la comisaría. Suspiró y aceleró el paso. Ella siempre había querido estudiar derecho antes de la muerte de sus padres. Su padre, un juez respetable, había infundido en ella la idea de lo que era la justicia y la libertad, haciéndole valorar su trabajo. Pero todo esto cambió tras su cruel asesinato. Lo recordaba bien, aún no lograba quitárselo de la cabeza ni creía que fuera a quitárselo nunca. A veces, todavía temblaba cuando el timbre de su puerta sonaba, esperando a que apareciese otra patrulla de la policía junto a su tío para informarle de un fatal suceso. Desde ese momento había perdido toda su fe en la justicia, en todo lo que su padre había cultivado con tanto amor durante todos sus años de vida. Fue su tío el que la forzó a estudiar, el que le ayudó a superar su sufrimiento, como si en parte, el hacer de ella toda una mujer se lo debiese a su hermano. Y así era. Frankie Griffith la había acogido en su casa junto a su esposa como a una hija. A menudo pensaba que se esforzaban tanto con ella porque era lo más parecido a un hijo que tenían, como si aquello pudiese aliviar su pena por no poder tener descendencia; pero más tarde, tras varios años, había llegado a sentirse cómoda en aquella casa, a ver a Margaret como una tía cariñosa y amable.

Nunca habían querido sustituir a sus padres. Tras reflexionar, había comprendido que la protegían tanto porque era lo único que les quedaba de su único hermano y cuñada. Suspiró y subió el bordillo con un ligero saltito. Iba justo a abrir la puerta del bar cuando contempló que Adam Boyle salía del coche de policía, acompañado de varios agentes más y se metían a toda prisa en la comisaría. Una ligera electricidad recorrió su cuerpo haciendo que, a pesar de aquel sofocante calor, la piel se le erizase. Había ocurrido algo, lo sabía, podía sentirlo. Dejó que la puerta del bar se cerrase y comenzó a caminar a paso ligero hacia la comisaría. Había comenzado

a subir las escaleras que llevaban a la entrada cuando observó que un taxi aparcaba en la misma puerta de la comisaría, en un lugar reservado para sus coches. Se detuvo un segundo contemplando el coche, esperando que alguna persona herida o histérica se apeara del vehículo dispuesto a denunciar a algún ladrón o agresor. Para sorpresa de Sarah un hombre con traje salió de él. Tenía cara de pocos amigos. Joven pero demasiado serio para su gusto. Alisó su chaqueta y la examinó un segundo antes de cerrar la puerta de un portazo. El taxi se puso en marcha dejándolo en medio de la calle, observando cada uno de los cuatro pisos que tenía el edificio.

2

Josh Gallaher descendió del avión y se encaminó en busca de su equipaje. No llevaba mucho, lo imprescindible. Unos cuantos pantalones, unas cuantas camisas, chaquetas y ropa interior para comenzar. Aunque sabía que a partir de ahora ese iba a ser su hogar, dadas las circunstancias y la gravedad del asunto, se había obligado a hacer una rápida maleta y coger el vuelo que habían reservado para él sin dilación ninguna. Cogió su maleta y fue hacia sus compañeros. Los cinco elegidos para estar bajo su mando, había dicho su superior. Miró sus rostros y se percató de que cada uno de ellos emanaba agresividad, fuerza y convicción en lo que hacía. Había podido hablar largo y tendido con ellos durante su viaje desde Washington y se había dado cuenta de que cada uno poseía unas enormes cualidades. Había estudiado con detenimiento sus movimientos y miradas y se convenció de que en realidad le habían entregado lo mejor de la división. Los observó allí, en línea, y tiró su equipaje pesado a uno de ellos, el cual lo sostuvo sin ningún problema.

—Llevad esto al nuevo piso. Comenzad a organizar la oficina y esperad a que llegue el cargamento. Me reuniré con vosotros dentro de un par de horas.

Sin decir nada más, comenzó a alejarse de ellos para salir del aeropuerto y conseguir un taxi que lo llevase a la comisaría central de Brooklyn. No era de extrañar que hubiesen pensado en él para esta misión. De hecho, hubiese sido extraño si hubieran escogido a otro en su lugar. Llevaba quince años trabajando para la división especial del Pentágono. No dudaron en ofrecerle un puesto entre ellos en cuanto detectaron sus habilidades. Luchador desde los ocho años y con unas cualidades especiales que habían sido detestadas por sus padres desde que fueron conscientes de ello. No, no había sido difícil abandonar Kansas y a su familia para vivir en Washington con todos los lujos y comodidades posibles y haciendo un trabajo del que realmente disfrutaba. Al principio había sido reacio a creer en todo aquello que le explicaban en la división, pero tras años de duro entrenamiento se había visto obligado a aceptar muchas cosas que antes había considerado pesadillas. Abrió su maletín y extrajo una carpeta roja. Aquello era serio. Seis víctimas en los últimos cuatro meses. Los habían intentado controlar de todas las formas, pero finalmente habían considerado que la mejor manera de acabar con aquellos problemas era erradicarlos de raíz. Para eso existía la división especial del Pentágono y para eso vivía él.

Contempló cada una de las fichas que se amontonaban en aquella carpeta, seis en concreto; cada una de ellas con una foto, un nombre y un pequeño curriculum. Las últimas seis víctimas, de Brooklyn. Todas jóvenes, guapas... Algunas con estudios, otras prostitutas, pero todas ellas hermosas. De esto no tenía duda, ellos sabían escoger a sus víctimas. Siempre había luchado contra ellos, esa era la razón de la existencia de la división, pero él disfrutaba de lo lindo cuando

los atrapaba y podía atravesar su corazón de piedra con una estaca o bala de plata. Por lo que le habían informado, había algunas incursiones de vampiros en Nueva York, aunque la mayoría de ellos se encontrasen camuflados en la zona de Nuevo México. Pero aquello no era obra de un simple vampiro, no. Un vampiro necesitaba alimentarse una vez al mes como mucho. Aquello era como mínimo un grupo más o menos organizado y, desde luego, sabían lo que hacían. No habían dejado nada que diese a pensar en ellos, excepto en sus mordeduras, lo cual, era imposible de ocultar. Pero estaban preparados y estaba seguro de que estaban bien organizados. Seis muertes en los últimos cuatro meses eran demasiadas para un solo vampiro. Ni el más hambriento tendría esa necesidad. Si el resto de los humanos no hubiesen convertido esa figura en un simple cuento o fantasía, podrían darse cuenta de lo que se trataba en realidad. Al menos, ahora era él el que dirigía el grupo, ya no tendría que estar bajo las órdenes de nadie.

Casi quince años le había costado llegar hasta ahí y estaba dispuesto a acabar con esa facción de vampiros costase lo que costase. Pasó el resto del largo viaje observando desde la ventana las bulliciosas calles y la gran multitud de personas. No era de extrañar que un grupo de vampiros se hubiese instalado en aquel distrito. Sin duda, era uno de los más poblados de Nueva York y arrasar con una pequeña cantidad de sus habitantes no levantaría mucha expectación a nivel nacional ni mundial, y más si alguna de aquellas mujeres era prostituta sin familia, sin que nadie pudiese denunciar su desaparición o su muerte. No descartaba que apareciesen más cadáveres. Normalmente, los vampiros no solían dejar sus víctimas a la luz del sol para que el resto de mortales lo viesen. No, seguramente estarían tanteando la zona, observando reacciones, preparados para atacar en cualquier momento. Estaban a punto de erradicar la facción de vampiros de Nuevo México justo cuando recibieron la noticia de la primera muerte en Nueva York. Habían estado estudiando la zona cuando apareció otro cadáver. El Pentágono no había dudado en enviar a sus mejores hombres a Brooklyn para acabar con aquella amenaza. Los vampiros eran difíciles de matar, sobre todo si tenían varios años de vida. Cuando eran nuevos, es decir, con menos de dos años como vampiro, eran débiles. Debían alimentarse con más frecuencia para apagar aquella sed que parecía no acabarse nunca, pero a partir de los dos años se hacían fuertes y se convertían en verdaderos depredadores. No podría afirmar si se trataba de vampiros nuevos o antiguos hasta que examinase el cadáver, pero lo que estaba claro es que sería un problema fuese lo que fuese. Si eran vampiros nuevos significaba que en menos de un año, si no se controlaba rápidamente, Brooklyn estaría a rebosar de vampiros. Si eran antiguos, serían difíciles de matar y aun así no descartaría la idea de que comenzasen a reproducirse de forma rápida. Cuanto antes acabaran con ellos, antes acabaría la amenaza. Fue recorriendo las calles atestadas de gente y altos edificios y pensaba en cada uno de los hombres que habían puesto a su cargo. Seguramente, y dado que pasarían mucho tiempo juntos, acabaría naciendo una amistad entre ellos igual que había ocurrido con sus antiguos compañeros de trabajo. Brad, Nathan, Ryan, Jason y

Sean formarían junto a él un equipo capaz de acabar con lo que se les pusiese por delante. Lo había visto en sus miradas y sabía que no dudarían un segundo en luchar contra ellos y protegerse los unos a los otros, eso era muy importante. En cuanto el cargamento llegase se pondrían manos a la obra, quería ver de lo que eran capaces esos muchachos. El taxista se detuvo delante de un alto edificio construido con enormes piedras y algunos ladrillos. Qué diferente era ese lugar a su oficina en el Pentágono, donde contaban con lo último en tecnología.

Pagó el trayecto y salió del taxi mientras se colocaba la chaqueta y agarraba el maletín. Pegó un ligero portazo y observó el alto edificio. Si supiesen para lo que había venido seguramente lo tomarían por un loco. Bajó la vista y observó que una bella chica lo miraba algo confundida, apartándose con una gracia singular un hermoso rizo rubio. Sin decir nada más, la chica entró en la comisaría. «Estaría bien contar en la división con alguna chica con ese encanto», pensó con una sonrisa mientras subía los pequeños escalones hasta la puerta.

Sarah saludó con un ligero movimiento de mano al policía que aguardaba en la puerta y fue directa hacia el ascensor. Al menos el aire acondicionado estaba fuerte y estaría cómoda en la oficina. Miró hacia el lateral y vio que el hombre del traje entraba en la estancia. Pudo notar desde allí su poder y su fuerza. Con casi un metro noventa de estatura, bastante musculoso y de gestos serios, podía asegurar que aquel hombre no iba a poner una denuncia. Entabló unas cuantas palabras con el policía de la puerta y, tras enseñarle unos documentos, se giró y captó con la mirada el rostro asombrado de la muchacha. Caminó hacia ella sin vacilar colocándose a su lado. Sarah le echó un rápido vistazo. Iba imaculado, con su traje recién planchado y sujetando de forma fuerte el maletín. Pudo oler desde donde se encontraba que iba bien perfumado. Cuando finalmente se detuvo a su lado el hombre se colocó en la misma posición, esperando a que el ascensor llegase. No podía saber por qué, pero se sentía nerviosa, observada. Se rozó el brazo lentamente y cuando sonó el timbre conforme las puertas del ascensor se abrían avanzó rápidamente hacia él, todo lo contrario que aquel hombre que parecía ir con toda la calma del mundo.

—¿A qué piso va?

Tenía una voz grave y varonil. Finalmente se atrevió a elevar la mirada. Sus ojos enormes de color miel la miraron fijamente. Su cabello negro echado hacia atrás le daba incluso un toque aristocrático.

—La tercera, por favor.

El hombre pulsó el botón y se colocó al lado de ella mientras el ascensor subía a la planta correspondiente. ¿No iba a pulsar otro botón? Debía ir a la tercera planta también, pero no sabía de ninguna inspección, ni que ningún superior fuese a hacerles una visita. Desde luego ella estaría

al tanto porque, entre otras, tenía la función de organizar la agenda de su tío. Quizás eso tenía que ver con el hecho de haber visto a Adam entrar a comisaría tan rápido. Cuando las puertas se abrieron salió sin decir nada. No sabía por qué, pero presentía que ese hombre no era portador de buenas noticias. Una idea se le cruzó por la mente. Un abogado, debía ser eso, sabía que el día anterior habían hecho varias detenciones, seguramente ese sería el letrado de alguno de aquellos ladronzuelos y, sin duda, pensaba que iba a ponerle los puntos sobre las íes a su tío. No pudo evitar poner los ojos en blanco mientras avanzaba por el pasillo rumbo a su mesa de trabajo. Si conocía bien a Frankie, intentaría morderse la lengua cuando hablase con él. No sería el primer abogado que salía escaldado tras amenazar a su tío. Sintió una ligera pena por aquel hombre que la seguía con paso firme. No pudo evitar mirarle seriamente cuando depositó su bolso sobre la mesa. Caminaba decidido hacia el despacho de su tío con la mirada clavada en él.

—¿Necesita algo?

El hombre se detuvo al segundo desviando la mirada hacia esa hermosa muchacha que lo miraba con cara sospechosa. Miró un segundo más hacia el despacho y después centró toda su atención en ella.

—Desearía hablar con Frankie Griffith —pronunció con bastante solemnidad. Sarah volvió a interrogarlo con la mirada y se cruzó de brazos.

—¿Tiene visita concertada?

Justo iba a hablar cuando la puerta del despacho se abrió tras ella provocando que Sarah se girara algo asustada.

—¡Sarah! —gritó su tío—. Necesito que me busques estos archivos. —Se adelantó lo suficiente para entregarle un papel con unos números. ¿Ni siquiera un «buenos días»?

—¿Para ahora?

—Para ya —dijo girándose de nuevo.

Miró hacia dentro del despacho y observó que Adam le saludaba con una dulce sonrisa desde el otro lado del escritorio. Le sonrió tímidamente y se giró de nuevo para hablar con aquel intruso justo cuando este dio un paso hacia delante, seguro y decidido.

—¿Inspector Frankie Griffith? —pronunció avanzando hacia él sin una pizca de arrepentimiento en su voz por interrumpir su faena. Frankie se giró hacia él sin siquiera observarle, seguramente dispuesto a decirle de malos modos que ahora no tenía tiempo para tonterías, justo cuando el hombre tendió la mano hacia él. —Soy Josh Gallaher. Me envían del Pentágono por el asunto de las mujeres.

Pareció estudiarle con la mirada mientras soltaba cada una de aquellas palabras y le enseñaba su placa y unos documentos. Su tío se giró de forma lenta y lo estudió algo aturdido. Observó la placa y cogió el documento que le tendía con expectación. No creía haber visto esa expresión de fastidio y asombro en el rostro de su tío nunca.

—¿Del Pentágono? —preguntó inquieto, como si no comprendiese el hecho de que un hombre del Pentágono se encontrase allí.

—Sí, señor, y si no le importa... —dijo echando miradas furtivas hacia los lados—. Me gustaría discutir este tema en un lugar más privado.

3

—¿Del Pentágono? —exclamó de nuevo Lisa arrodillándose al lado de Sarah, observando la lista que Frankie les había dado.

—He oído lo mismo que tú —respondió aún confundida. Levantó un poco la cabeza para mirar por encima de uno de los escritorios. Llevaban más de una hora encerrados en el despacho los tres y, al poco de iniciar aquella acalorada conversación, su tío había bajado las persianas para tener un poco más de intimidad.

—¿Qué crees que estará pasando?

—Ni idea —contestó Sarah.

—Quizás le vayan a abrir un expediente a tu tío —se aventuró.

Automáticamente Sarah le respondió con una mirada enojada. Vale que con Lisa tuviese una intensa amistad, complicidad y confianza, pero que insinuase aquello le puso de mal humor.

—No lo creo. Dudo que el Pentágono se tome molestias en enviar hasta aquí a uno de sus hombres para abrir un expediente disciplinario a un inspector. —Volvió la vista hacia los archivos y abrió el siguiente cajón buscando la sucesiva carpeta—. Además, dijo que venía a hablar del asunto de las mujeres.

Lisa dejó la carpeta sobre la mesa y miró el próximo en la lista, automáticamente abrió uno de los cajones centrales y comenzó a pasar carpetas una tras otra.

—Quizás venga a hablar de los asesinatos de las mujeres. —Descendió su rostro hacia Sarah y controló su voz—. He oído que han asesinado a otra.

—¿Otra mujer? —Sarah se puso en pie de golpe y se acercó a ella—. ¿Han encontrado otra?

Lisa le hizo un gesto para que bajase la voz y miró a ambos lados. La comisaría estaba repleta y aunque a esa planta no acudían civiles, no estaba bien que alguno de los policías que rondaban por ahí o los administrativos las escuchasen cuchichear sobre asuntos de investigación. —Por lo que sé, han encontrado a otra mujer asesinada. Una prostituta creo — dijo volviéndose de nuevo hacia el archivo y buscando la carpeta correspondiente.

—Vaya.

—Adam ha ido esta mañana.

—¿Ha sido por la noche?

—Eso parece —respondió aún en un susurro—. Pero no tengo ni idea de si es violencia de género o una pelea entre bandas, ni la forma en la que la han asesinado.

Sarah se apartó pensativa, meditando aquellas palabras. Ahora comprendía por qué Adam había entrado de una forma tan precipitada en la comisaría. Suspiró y volvió a arrodillarse ante el

archivo.

—Igualmente no sé qué hace el Pentágono aquí.

—No sé —respondió Lisa mientras dejaba otra carpeta sobre la mesa—. Quizás quieran ofrecer ayuda...

Aquello no obtuvo respuesta, pero sí una mirada obstinada de Sarah.

—Tienes razón... —continuó Lisa mientras apartaba esa estúpida idea de su mente con un ligero movimiento de mano. Se agachó al lado de Sarah y fue a por el siguiente archivo. No obstante, iba mirando con una sonrisita traviesa a su amiga. Permanecieron calladas varios minutos hasta que a Sarah acabó por desquiciarle aquella actitud risueña.

—¿Qué? —interrogó de forma cansada mientras se ponía en pie, dejando la última de las carpetas sobre la mesa—. Dispara, vamos, nos conocemos.

Se arrimó un poco más a ella.

—¿Te has fijado en el chico?

Sarah puso los ojos en blanco y rio al segundo.

—Lisa, eres una mujer casada y tienes dos hijos —le recordó.

—¿Y qué? No estoy ciega.

Sarah se colocó las manos en la cintura.

—Lo he visto, ¿y...?

—Vamos, niña... reacciona. ¿No te has fijado en cómo se le pegaba la chaqueta al músculo del brazo cuando le ha tendido la mano a tu tío? —Sarah se echó a reír—. Marcando bíceps —aclaró mientras hacía un gesto con su brazo imitando un bíceps.

—No, no me he fijado.

—Bah —respondió como si no la creyese. Fue hacia la mesa y cogió cuatro de los seis archivos que habían buscado—. ¿Sabes? Con veintiséis años deberías salir más, divertirte... Espabilarte —enfaticó esa palabra.

—Ya me divierto. —Fue hacia la mesa, tomó dos gruesas carpetas más y siguió a su amiga hacia su mesa, situada justo a su lado.

—No, no lo haces. ¿Cuándo saliste por última vez?

—Hace un par de semanas quedé con mis amigas de la facultad...

—¿Para?

—Para cenar.

—Bah. —Volvió a reprocharle con la mano—. La juventud de hoy no sabe divertirse. Mira niña, si yo tuviese tu edad la aprovecharía mejor. —Se colocó la mano en la cintura y se giró hacia ella—. Ya te llegará el momento de criar niños... y a un marido —puntualizó con una sonrisa—. Y luego te arrepentirás de no haber disfrutado de tu juventud.

—Habló la mujer más vieja del mundo —le siguió la broma Sarah. Lisa suspiró mientras

colocaba de forma ordenada las carpetas.

—Tú lo que necesitas es un chico que te saque por ahí...

—Ah, ni hablar. No, no —le cortó Sarah—. No pienso hablar de ese tema, no y no. —Volvió a interrumpir con la mano colocándola frente a ella—. No —ordenó al ver que su amiga no parecía querer abandonar ese tema.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió con voz inocente, aunque faltaron pocos segundos para que aquella traviesa sonrisa iluminase de nuevo su rostro—. Oye, ¿por qué no le llevas los archivos a tu tío ahora?

—¿Ahora? Ni hablar. Está reunido —le recordó a su amiga.

—Ha dicho que los necesitaba para ya. Lisa se mordió el labio inquieta.

—Vamos, y de paso a ver si te enteras de lo que está ocurriendo ahí dentro. — Aquella idea le animó más, en realidad los nervios la estaban consumiendo. No saber si su tío se encontraba bien la tenía atemorizada desde que se habían encerrado en el despacho. Fue hacia la mesa y cogió los seis archivos sin decir nada más. —Deberías alimentarte un poco más, mira qué bracillos —rió Lisa.

—Es mi constitución —protestó mientras comenzaba a acercarse a la puerta del despacho. Se detuvo un segundo a su lado intentando escuchar algo en el interior. No se oía nada. Al menos sabía que no estaban gritando. Buena señal. Miró un segundo a Lisa y esta le animó con un gesto de su mano a que llamase. Sarah bufó y apoyó la mayor parte del peso de los archivos contra su pecho para dejar una mano libre. Al fin y al cabo ¿qué podía pasar? Su tío no iba a gritarle ni enfadarse con ella, como mucho le diría que los dejase solos. Elevó su mano y llamó de forma suave. No escuchó ninguna palabra que le indicara que entrase, pero una silla se desplazó en el interior de aquel despacho. Adam abrió la puerta con la mirada algo confundida. —Hola, Adam —dijo con voz dulce. Giró un poco la cabeza y miró hacia dentro del despacho buscando el rostro de su tío. Lo conocía bien, y si algo iba mal en ese momento podría verlo en su cara—. Inspector, he traído los archivos que me ha pedido antes, no sé si aún los necesita.

Frankie la observó y medio sonrió. Buena señal, al menos no parecía haber ningún problema.

—Claro, entra Sarah, déjalos en la otra mesa. —Le señaló la segunda mesa de su despacho, vacía. Sarah avanzó con cuidado.

—¿Puedes? —preguntó Adam mientras avanzaba.

—Sí, tranquilo.

Caminó de forma lenta por el despacho. Su tío se encontraba sentado en su silla de cuero con ruedas, frente a él estaba la silla que Adam debía estar ocupando hasta ese momento. Josh estaba sentado en un lateral sin apartar la vista de ella. Depositó con cuidado las carpetas en un extremo de la mesa y los dividió en dos grupos para que no perdiesen el equilibrio.

Se pasó las manos por los pantalones intentando relajarlas y se giró de nuevo hacia ellos.

—¿Necesita algo más? —Su tío le había pedido multitud de veces que le hablase de usted, y por lo que creía era lo que correspondía en ese momento.

—No —le agradeció de nuevo con una sonrisa. Su tío no parecía consciente de lo tranquilizante que era para ella verle sonreír en ese momento—. A no ser que... ¿Gallager, desea un café?

Josh desvió un segundo su mirada de Sarah para mirar al inspector.

—Lo agradecería, aún estoy agotado del viaje.

¿Agotado? No lo parecía lo más mínimo.

—¿Adam?

—Por favor.

—Tres cafés Sarah, por favor.

Aceptó con su rostro y avanzó hasta la puerta, no sin antes clavar de nuevo su mirada azulada en los ojos marrones que la observaban expectantes. Bajó un poco más la mirada hacia la mesa antes de salir, donde habían esparcidos varios documentos y fotografías, aunque desde la puerta no atinó a ver de qué se trataba. Salió del despacho, cerró la puerta con cuidado y se dirigió hacia la máquina de café. Lisa no tardó más de un par de segundos en encontrarse a su lado y fingir que también iba a tomar un café.

—¿Y bien? —preguntó con gran preocupación.

—Parece que todo va bien —susurró mientras llenaba los tres vasos de café hasta la mitad.

—No sabes cuánto me alegro.

—Aún no se nada, pero al menos mi tío parece estar relajado.

—Buena señal, sin duda —intentó animarla—. ¿Y esos cafés?

—Para ellos —respondió poniendo los tres vasos de plástico en una pequeña bandeja de madera y yendo en dirección al despacho.

—Sarah —le susurró cuando ya se acercaba a la puerta—. El azúcar y la leche —dijo colocando en la bandeja la jarra con leche templada y un azucarero.

—Gracias.

Hizo equilibrio con la bandeja en una mano y llamó de nuevo de forma suave. Esta vez no se oyó ninguna silla, parecía que Adam aguardaba tras la puerta su llegada. La abrió de inmediato y entró directamente hacia la mesa donde había depositado los archivos.

Dejó la bandeja sobre la mesa y miró hacia los tres hombres que, igual que la otra vez, no pronunciaron palabra mientras ella se encontraba allí.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Tranquila, ya nos lo serviremos nosotros.

Salió del despacho intentado no cruzar ni una mirada con el hombre del Pentágono. Sin duda, la ponía nerviosa. Se dirigió a su mesa donde aún tenía un montón de archivos y denuncias que

introducir en el ordenador. Se acomodó y notó que su amiga la miraba fijamente.

—Todo bien —susurró.

Lo cierto es que ahora estaba mucho más tranquila.

Las horas pasaron mientras las carpetas iban desapareciendo de forma gradual de la mesa de Sarah y Lisa. Aún no comprendía a qué se debía la visita de Josh Gallaher, ni siquiera sabía si en realidad quería saberlo. No podía obviar que su presencia allí la inquietaba, sobre todo teniendo en cuenta que su tío era el inspector de homicidios de la comisaria y que parecía que ese hombre estaba interesado realmente en hablar con él. Suspiró repetidas veces mientras una sombra reflejada en la cortina del despacho dibujaba la figura de Adam paseando por el interior ¿Qué estaría ocurriendo ahí dentro? En una fracción de segundo el silencio que había reinado hasta ese momento en la oficina desapareció para dar paso al jaleo de voces provenientes de los que volvían de comer. Miró el reloj, enorme, que colgaba de la pared y vio que marcaba las dos y media. Se giró en su silla y miró a Lisa.

—¿Vamos a comer?

Lisa cerró una de las carpetas y sonrió a su amiga.

—Sí, mejor. Así comienzo luego este expediente.

—¿Qué te apetece hoy?

Lisa se puso en pie mientras apagaba la pantalla del ordenador.

—¿Chino?

—Me parece bien, rápido, barato y bueno.

Apenas comenzó a caminar por el pasillo cuando escuchó cómo se abría la puerta del despacho de su tío. No pudo evitar girarse. Adam salía el primero comentando algo con Josh Gallaher, que le seguía justo detrás. Su tío fue el último en salir. Miró hacia la mesa de ella y luego recorrió su mirada por la oficina como si la buscara. Finalmente la localizó.

—Sarah, ¿vas a comer ya?

—Sí. ¿Necesita algo? —preguntó.

—¿Puedes venir un segundo? —Miró hacia Lisa y medio sonrió—. Será un momento.

Sarah se giró hacia ella mientras avanzaba hacia donde se encontraban los tres hombres.

—Lisa, ve hacia el restaurante, yo iré ahora. Guarda un sitio y pide. Ya sabes lo que me gusta.

Lisa asintió con un gesto un poco tímido y salió de la oficina rumbo al restaurante. Se acercó a su tío intentando evitar la mirada de Josh Gallaher. Su tío entró en el despacho y le animó con la mano a que le siguiera.

—En seguida me reúno con vosotros —comentó mientras cerraba la puerta del despacho permitiendo un poco de intimidad.

Sarah avanzó nerviosa hasta quedar apoyada sobre la mesa.

—¿Qué está ocurriendo?

Su tío se acercó a ella a paso acelerado, como si estuviese algo nervioso.

—¿Va todo bien? —preguntó ahora un poco más preocupada.

—Necesito un favor.

Ella lo observó inquieta.

—Dime —pronunció con énfasis.

—¿Tienes mucho trabajo? —Pareció cambiar de tema. A ella le aturdió un poco aquella pregunta pero reaccionó rápido.

—Puedo hacerlo en otro momento. ¿Qué necesitas?

Desde luego esa era la respuesta que su tío necesitaba escuchar. Fue hacia su mesa y comenzó a apuntar un número en un pequeño papel.

—Esta es la clave para acceder al programa informático policial —dijo dándoselo. Ella no pronunció una palabra aunque estaba aturdida porque él le había dado su clave de acceso a un programa restringido solo a los inspectores—. Necesito que me hagas un listado. —Pareció pensar durante un segundo.

—¿Sobre qué? —Quiero que busques todos aquellos criminales acusados de un asesinato, reincidentes... —¿Tiene que ver esto con los asesinatos de las mujeres? —le interrumpió.

Ahora fue su tío el que le miró sorprendido.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Sé que esta mañana han encontrado otra mujer... Oh, vamos, lo sabe toda la oficina —dijo como para quitarle importancia.

Frankie se pasó la mano por la frente como si estuviese realmente asqueado. Suspiró y miró hacia la puerta de madera. A través de su cristal opaco se podían advertir las figuras de Adam y Josh.

—Necesito que busques personas acusadas de asesinato, reincidentes — continuó—, que hayan actuado en más de un estado y que hayan escapado o bien obtenido la condicional en el último año. Sarah bufó.

—Puede haber miles. Frankie se movía medio nervioso.

—Crímenes sádicos, Sarah. —Ella lo estudió con la mirada entrecerrando los ojos. —Solo a mujeres jóvenes.

—Entonces tiene que ver con estos asesinatos. —Él no dijo nada pero afirmó con su rostro. Ella suspiró observando la figura de Josh a través del cristal opaco. Luego volvió su cara de nuevo hacia su tío—. ¿Qué hace él aquí?

Frankie se separó un poco de ella y fue hacia el escritorio donde estaban las carpetas comenzando a dejarlas en el suelo.

—Ha venido a investigar estos casos.

Ella volvió a estudiar su espalda. Estaba tenso, aunque no lo demostrase delante de ella, hasta

que una idea se le cruzó por la mente y notó que ahora eran sus músculos los que entraban en tensión. Se acercó a su lado y apoyó su mano en el escritorio ahora vacío.

—¿Te han apartado de este caso?

Su tío se levantó de forma rápida y se colocó frente a ella.

—No... —Pareció algo confuso ante aquella pregunta—. Simplemente va a llevar él la investigación, aun así contará conmigo para todo lo que necesite... Y contigo.

Lo miró confundida.

—¿Conmigo?

—Va a instalarse en este escritorio, hasta que todo esto se solucione.

—¿Va a instalarse aquí?

—Sí —susurró agarrándola por los hombros, intentando infundir algo de calma en su mirada. Sabía que se preocupaba por él—. Sarah, estoy bien, en parte lo prefiero. Es un caso muy complicado y si nos pueden ayudar en algo para que estos crímenes acaben... bendita sea su ayuda.

—Pero... tu... puesto de trabajo no corre peligro, ¿no? —preguntó asustada.

Su tío le sonrió.

—No, para nada, sigo llevando todos los casos, incluso este mismo, solo que él se va a encargar de llevar la dirección en este... solo en este —musitó—. Se ha esforzado en dejarme claro que han estudiado mi expediente policial y están encantados conmigo y con mi labor. ¿Puedes imaginarte? —dijo separándose un poco de ella y sonriendo con verdadera alegría—. Desde el Pentágono me felicitan por mi trayectoria y ha especificado claramente que quiere que intervenga en este caso también, solo que respecto a este tema él tiene total competencia. No me importa Sarah, al contrario, estoy seguro de que nos va a venir muy bien.

Sarah suspiró, al menos parecía que su tío estaba realmente convencido de que su trabajo no peligraba y que estaban contentos con su labor. En realidad aquello la tranquilizó bastante, sabía lo importante que era para él su trabajo. Asintió y le mostró el papel que le había dado.

—¿Y el listado? ¿Para qué lo necesitas?

—Josh Gallaher me ha dado algunos datos. Desde el Pentágono han seguido estos asesinatos. Creo que en realidad sabe más de lo que nos ha dicho.

—¿Y?

—Parecía saber bastante sobre el tema, tener información que nosotros, tras examinar los cuerpos y las escenas del crimen, no logramos ver. Necesito saber si puede ser algún reincidente.

—Ya, comprendo. ¿Y por qué no se lo consultas?

Frankie chasqueó la lengua algo irritado con la interpelación.

—No acepta muchas preguntas.

Sarah volvió a ladear su rostro hacia la puerta para divisar de nuevo la figura de Josh.

—Está bien, tío. Lo haré. ¿Para cuándo lo necesitas? —Frankie suspiró y miró con timidez a su sobrina. —Dime —insistió.

—¿Crees que puedes tenerlo para mañana?

—¿Para mañana? —medió gritó. Su tío le hizo un gesto con la mano para que bajara el tono mientras miraba furtivamente a la puerta—. Puede haber cientos.

—Nena... haz lo que puedas. Céntrate en los más sangrientos.

Sarah bufó, aún incrédula de que su tío le estuviese pidiendo eso. Debía estar muy angustiado para que le diese su clave y le pidiese que entrase en archivos confidenciales.

—¿Seguro que no peligra tu puesto de trabajo? —susurró.

Frankie puso su mano sobre su hombro y le dio unas palmaditas tranquilizadoras.

—No, tranquila, simplemente no quiero que se lleven todo el mérito cuando atrapemos a ese cabrón.

—Ya.

Se quedó pensativo durante unos segundos, seguramente analizando todo lo que le había dicho, meditando si podía darle alguna pista más, aunque prefirió no hacerlo.

—Voy a ir con Adam y Josh al forense. Luego tengo que ir con Adam a un interrogatorio. El señor Gallaher vendrá aquí. Encárgate de que esta mesa esté acondicionada para cuando venga y cualquier cosa que pida...

—Ya lo sé, tío. —Se arrimó a su mejilla y le dio un dulce beso—. No te preocupes.

Frankie se ruborizó por aquel detalle gentil de ella. Siempre que lo hacía acababa como un tonto frotándose la mejilla que ella había rozado. Sarah sonrió al ver ese gesto, aunque él se recompuso rápidamente. ¿Cómo no? No iba a demostrar debilidad delante de su sobrina.

—Anda, Sarah, ve a comer. Lisa te estará esperando.

4

Josh se llevó el móvil al oído y esperó a que diese los tonos pertinentes.

—Brad —escuchó que decían a modo de saludo.

Había decidido llamarle a él, no por nada especial, sino porque era el que se había mostrado más hablador en su primera entrevista en el avión rumbo a Nueva York.

—Soy Josh. —Miró hacia el asiento delantero. Habían tomado uno de los coches de la policía para desplazarse al hospital donde podría inspeccionar él mismo, con suerte, el cadáver. Adam conducía el coche y Frankie iba a su lado manteniendo una acalorada conversación con el conductor.

—Ya lo sé —respondió sin problemas Brad.

—¿Cómo va todo?

—Perfecto, jefe. —No le gustaba que le llamasen así, de hecho era una de las primeras cosas que les había comentado en el avión, pero sabía que Brad, con aquel aspecto jovial y desenfadado, no lo hacía con mala intención—. Los del Pentágono se lo montan bastante bien. Jason ha distribuido las plantas. Dice que en la segunda podemos montar un gimnasio y la sala de... mmm... ya sabe.

—Ya lo hablaremos cuando llegue.

—¿Cuándo será eso?

—Me temo que tendréis que esperar hasta esta noche. —Miró de nuevo hacia delante y contempló que tanto el conductor como el copiloto no parecían prestarle atención—. Las cosas están más complicadas de lo que parecía en un principio.

Pudo sentir cómo Brad sonreía a través del teléfono.

—Eso me encanta —bromeó. Pero Josh no sonrió, torció su rostro hacia la ventanilla y observó las calles intentando recrear un plano mental de cómo llegar desde la comisaría hasta el forense.

—¿El cargamento?

—Nos llegará esta tarde, sobre las siete —contestó seriamente.

Reflexionó un segundo.

—Ponedlo todo en la planta más alta.

—De acuerdo, en la tercera.

—¿Crees que sabrías llegar a la comisaría central de Brooklyn? —Cambió de tema. Brad pareció pensar un segundo.

—Sí.

—Te llamaré esta tarde, pasa a buscarme cuando lo haga.

—De acuerdo.

Dicho esto, colgó el teléfono y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su pantalón.

Las cosas, como le había dicho a Brad, se habían complicado más de lo que pensaba. Esta mañana habían encontrado la séptima víctima, y esta vez, tenía más de una mordedura. Josh buscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo las gafas de sol, colocándose las. Aquello iba a complicarse cada vez más. Podía presentirlo, solo hacía dos semanas desde que habían encontrado el sexto cadáver. Aquello tenía mala pinta. Ahora estaba seguro de que al menos debía haber un grupo de vampiros merodeando la zona, no podía tratarse solo de uno. Había más, lo sabía. Obviamente, no había comentado las verdaderas razones de por qué se encontraba ahí. Había recibido órdenes expresas de llevar el asunto con la máxima discreción, sin levantar sospechas. El resto de los humanos no estaban preparados para saber lo mismo que él. Las razones habían sido claras y concisas: estaba allí para ayudarles con ese tema y desde ese momento él lo dirigiría. Como se trataba de muertes tan extrañas y que iban siendo cada vez más numerosas, el Pentágono había mandado al Servicio de Inteligencia para que llevara el caso, dado que asesinatos de ese tipo no se veían cada día. Esa era la razón que les había ofrecido y ninguna más. Por suerte, Frankie se había mostrado colaborador desde el principio y no había hecho falta demostrar su superioridad. Aquel hombre podría servirle de gran ayuda si la necesitaba. Estaba bien contar con el jefe de policía de Brooklyn para poder llevar el caso, aun así, había información que sabía que nunca podría darle, lo cual lo dejaría un poco desprotegido e incapaz de solicitar su ayuda en algunos momentos, pero para eso tenía su propio equipo, para facilitarle las cosas y acudir a ellos cuando fuese necesario.

Pocos minutos después, Adam detuvo el coche frente al hospital. El calor lo abrasó en cuanto salió a la calle. Aquella temperatura tampoco facilitaba la caza de vampiros. Con ese calor se mostraban irritados, extremadamente activos. Lo único que tenía a su favor es que las horas de luz eran mayores, así que contaba con más horas para descansar.

Por suerte, sabía que un vampiro no saldría a la luz del sol para cometer un asesinato. Aun así, no sería la primera vez que encontraban que un vampiro cazaba por la noche y guardaba sus víctimas vivas durante días, en la oscuridad, esperando a que su sed volviera a aparecer. Siguió a Frankie y Adam al interior del hospital y tomaron el primer pasillo a la derecha. El aire dentro estaba bastante cargado y olía a enfermedad, pero al menos se estaba fresco. Se quitó la chaqueta y la puso sobre su brazo. Fueron hacia el ascensor y bajaron hasta la planta menos uno.

En el pasillo, Susanne los esperaba con una sonrisa, con su melena rojo chillón sujeta con horquillas, su bata blanca y los guantes de látex.

—Susanne —intervino Adam—. Josh Gallaher.

Él le tendió la mano, pero ella le mostró el guante a modo de disculpa y le sonrió. Acto seguido

se giró y recorrió el largo pasillo.

—Bien, señor Gallaher —dijo mientras abría la puerta—, espero que esté acostumbrado a las emociones fuertes.

—Lo estoy —respondió entrando en el quirófano.

Depositó la chaqueta en una de las sillas que había situada en un rincón de la estancia. La doctora se dirigió directamente a la camilla donde el cuerpo de una mujer hermosa descansaba plácidamente. Adam y Frankie se mantuvieron unos pasos apartados de aquella camilla, solo esperando la explicación de la doctora, pero Josh se acercó colocándose al lado de ella.

—Bastante acostumbrado, diría yo —respondió sonriendo Susanne, al observar que se colocaba a su lado—. Bien, no he podido acabar mi informe —dijo desviando la mirada hacia Frankie. Luego miró el cadáver durante unos segundos y prosiguió la explicación—. Hora exacta de la muerte entre las tres cincuenta de la mañana y las cuatro. Una vez más, ni una pizca de sangre en su organismo, ni siquiera en su corazón. —Indicó la multitud de puntos de sutura que había en su pecho, fruto de haber abierto a la chica de arriba abajo.

Josh se adelantó un poco y cogió unos guantes de látex que había sobre la mesa donde descansaba todo el instrumental forense.

—¿Le importa? —preguntó.

—En absoluto, adelante. —Sonrió una vez más, impresionada con aquel hombre. Josh fue pasando cada uno de los dedos por los estrechos guantes. Estaban diseñados para una mano femenina. Notó que le apretaban un poco, pero no le importó. —Tres marcas —prosiguió la doctora mientras él se colocaba de nuevo a su lado—. Garganta, muñeca e ingle y, como consecuencia, tres arterias punzadas. —Se detuvo un segundo y miró a Frankie—. Es demasiada casualidad que sepa el lugar exacto para punzar las tres arterias, el punto exacto en el que son más fáciles de pinchar.

—¿Insinúas que puede ser un médico? —preguntó Adam inquieto.

—Desde luego conocimientos médicos tiene, o quizás de enfermería. —Ladeó la cabeza de la chica ligeramente dejando ver las dos marcas en el cuello—. Son punzadas limpias, no se ve que haya levantado piel alrededor. No ha dudado lo más mínimo. La verdad es que este tipo tiene un pulso envidiable —bromeó. Oyó como Frankie carraspeaba un poco—. ¿Pero sabéis qué es lo mejor? —Notó cómo los dos hombres que tenía enfrente se ponían algo tensos, pero Josh no parecía mostrar en absoluto sus emociones—. Las tres marcas están a la misma distancia cada una. Entre la primera marca y la segunda hay unos treinta seis centímetros. Como en las otras dos. Está claro que debe usar algún aparato para drenar la sangre. Una bomba hidráulica tal vez. —Sostuvo la muñeca de la muchacha y observó los dos profundos agujeros—. Lo que no entiendo es cómo los carboniza luego. A no ser que les dé una descarga eléctrica, pero eso es imposible, solo está carbonizada la herida, alrededor no presenta quemadura.

Josh se puso al otro lado de la camilla con un movimiento rápido y colocó sus dedos enfundados en látex al lado de la herida. Era profunda y de una anchura considerable. Demasiada anchura para tratarse de los colmillos de un vampiro nuevo. No, era un vampiro antiguo. Sostuvo la mano de la muchacha y observó que el diámetro de la circunferencia de las dos marcas era idéntico. ¿De qué trataba todo esto? ¿Qué hacía un vampiro antiguo alimentándose con tanta intensidad?

—En los otros cuerpos, ¿las heridas eran iguales?

Susanne se distanció de la camilla y fue hacia la mesa donde reposaban varias carpetas.

—Las medidas entre ellas son idénticas pero el diámetro de la circunferencia es diferente.

Josh cerró los ojos de inmediato al darse cuenta de lo que significaba aquello. Lo sabía, sabía que debía tratarse de un grupo, pero aquello confirmaba sus sospechas. Abrió los ojos y observó el cuerpo blanquecino de la muchacha, como si la hubieran pasado por lejía.

—Fósforo blanco —susurró.

Susanne dejó la carpeta y fue hacia él intrigada.

—¿Fósforo blanco?

—Las quemaduras de la herida —señaló—. ¿Pueden estar hechas con fósforo blanco?

La doctora pareció aturdida unos segundos.

—He analizado la carne de las heridas y no he encontrado ninguna sustancia.

Eso lo acababa de confirmar. Una de las peculiaridades del mordisco del vampiro era que en sus colmillos poseían la sustancia fósforo blanco. Así que una vez clavaban sus colmillos y tras veinte o treinta segundos de exposición al fósforo, la víctima sufría una parada cardíaca y una disfunción renal. Moría a los pocos segundos a causa de la mordedura, si esta se prolongaba durante más de medio minuto. Era el mismo fósforo blanco el que producía la quemadura, y al igual que el vampiro, su saliva desaparecía con la exposición al sol, se evaporizaba y no quedaba ni rastro.

Josh agarró la sábana y acabó de descubrir a la muchacha. Permanecía totalmente desnuda.

—¿Algún fallo cardíaco?

La doctora lo miró con asombro.

—Eso iba a decir ahora, la mujer pareció sufrir un ataque antes de morir desangrada. Como las demás. —Se acercó al cadáver y miró a Frankie—. Es igual que las otras muertes, solo que esta joven fue drenada con mayor rapidez. Es... —Se pasó la mano por la frente y miró a Josh—. Es tan extraño... nunca había visto algo así.

«Y nunca verá nada comparable», pensó Josh. No necesitó inspeccionar más el cadáver, ya sabía lo que quería. Ahora estaba seguro de la presencia de vampiros antiguos. Aquello se podía poner muy difícil cuando llegase el momento de verles las caras.

Salió del hospital media hora más tarde acompañado de Adam y Frankie. Ambos habían

quedado impresionados por los conocimientos que tenía tanto en química como en medicina. En eso consistía su entrenamiento.

Debía ser conocedor prácticamente de todo, recibía formación sobre medicina, astronomía, ciencias ocultas, ingeniería y, cómo no, lucha, aunque en esta materia nunca había necesitado mucho entrenamiento.

Una de sus muchas cualidades que lo diferenciaban del resto de humanos era su técnica en la lucha.

—Bien —indicó Frankie—. Vamos a hablar con el testigo que vio a la víctima por última vez ayer, ¿nos acompañas?

Josh se colocó la mano a modo de visera mientras buscaba sus gafas de sol.

—No, voy para la comisaría.

Adam y Frankie miraron el único coche de policía que habían traído. Un debate moral se abrió en sus mentes.

—Cogeré un taxi y pararé un poco antes de llegar para comer algo.

—¿De verdad tienes apetito después de lo que has visto? —preguntó con una sonrisa burlona Adam.

Josh se encogió de hombros sin darle mayor importancia al asunto.

—Está bien. Te informaremos de todo —dijo mientras se dirigían al coche.

De todas formas, él ya sabía todo lo que había de saber. No le serviría de nada hablar con la última persona que había visto con vida a la víctima.

Sarah se asomó al despacho de su tío y miró al operario de informática que había llevado un nuevo ordenador al escritorio vacío. Nada más llegar de comer se había puesto manos a la obra, lo primero era preparar el despacho de Josh Gallaher y después se pondría con la petición de su tío. Sabía que podía tirarse horas con eso, así que confiaba en que el número de personas a las que debía investigar no fuera muy alto.

—Instálele todos los programas de la comisaría y configúrelo también para la impresora. El operario afirmó sin mirarla y siguió con su trabajo. Tardó casi una hora más en configurar el ordenador y marcharse.

Sarah limpió un poco y colocó sobre la mesa unos cuantos folios y bolígrafos. Cuando creyó que estaba todo listo salió del despacho y se dirigió a su mesa. Lisa mantenía una acalorada conversación con su marido por teléfono. Cuando hubo acabado colgó con cierta agresividad.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sarah mientras se acomodaba en su silla.

Lisa pareció bufar y luego se giró algo molesta hacia ella, aunque sabía que su enfado no

estaba dirigido a ella, intuía que necesitaba a desahogarse.

—Este fin de semana hacemos diez años de casados. Mike había reservado mesa en el Luxury hace un mes para cenar. ¿Y sabes qué? Ahora tiene mucho trabajo. Le han pedido que vaya a Kansas... a una empresa, justo este fin de semana.

Mike, el marido de Lisa, trabajaba de comercial desde hacía treinta años. Estaba considerado como uno de los mejores vendedores de la empresa y gracias a eso había ganado numerosos viajes. Por esa razón, Lisa había visto ya medio mundo. Sarah le intentó ofrecer una sonrisa afable.

—Piensa que quizás, si consigue hacer esas ventas pueda llevarte a otro viaje.

—Justo este fin de semana. ¿No podía ser otro?

—Estoy segura de que ha intentado cambiarlo de fecha.

—Yo no digo que no, seguro que lo ha intentado. Pero ese maldito trabajo le absorbe todo el tiempo.

—Y gracias a eso vivís con todos los lujos que queréis.

Lisa suspiró. No sabía cómo, pero Sarah siempre conseguía que viese las cosas de otra forma. La calmaba y, lo mejor de todo, es que encima tenía razón.

—De verdad que no sé cómo lo haces.

Sarah sonrió justo cuando vio aparecer la figura de Josh Gallaher por el pasillo, con su chaqueta en el brazo y las mangas de su camisa blanca subidas hasta los codos, andando tranquilamente. Pasó frente a ella y la observó un segundo, con una mirada esquiva.

—Buenas tardes —saludó con su tono de voz grave. A continuación, entró en el despacho. Sarah miró a Lisa que también la miraba confundida. Se levantó y caminó insegura hasta el despacho. La puerta estaba abierta pero aun así llamó un par de veces para pedir permiso. Josh estaba colocando su chaqueta en el respaldo de su alta silla de cuero. Desvió la mirada hacia ella un segundo.

—Pase —le indicó con la mano.

—Señor Gallaher, hay... hay un perchero en esa esquina.

Josh desvió la mirada hacia donde indicaba y chasqueó la lengua. Cogió su chaqueta y avanzó hasta la esquina donde había un alto perchero de palo y antenas.

—Josh —pronunció de forma lenta.

—¿Cómo?

—Llámame Josh, nada de señor Gallaher.

Sarah se sintió un poco incómoda por ese voto de confianza pero se forzó a sonreír.

—De acuerdo. —Inspiró y se aproximó al escritorio—. He hecho que el informático le instale el ordenador, tiene todos los programas necesarios y está configurado ya para la impresora. Josh se giró y se cruzó de brazos mientras la observaba. No pudo evitar recorrerla desde aquellos pies

delicados sobre unas sandalias con tacón, sus piernas largas y estilizadas con unos ceñidos tejanos, y la camiseta azul oscuro, a conjunto con sus hermosos ojos. Aquella chica era preciosa, más de lo que había captado la primera vez que la había visto, y aquel pequeño rubor que iba cubriendo sus mejillas a la vez que él no apartaba su vista de ella la hacía encantadora—. Le he dejado un paquete de folios en el primer cajón y recambio de grapas y clips. —Notó cómo la voz le temblaba un poco y tuvo que apartar la mirada de él. Carraspeó un poco y se apartó un rizo que caía sobre sus ojos—. Si desea algo más, puede decírmelo.

Acto seguido se giró y avanzó hasta la puerta.

—Sarah —interrumpió sus pasos al momento y se volvió de forma lenta—. Los archivos que has traído esta mañana...

—Ah, sí... perdone. Los he colocado en la estantería —señaló. Josh se giró para localizar los archivos de las últimas seis víctimas. Se frotó las manos y miró hacia Sarah. No pudo evitar una sonrisa mientras iba hacia su asiento. Sarah pudo apreciar sus dientes blancos y alineados tras sus carnosos labios y sintió de repente cómo el corazón se le aceleraba. Aquel hombre era encantador. —Avísame si necesita algo más —susurró mientras caminaba hacia fuera del despacho y se dirigía a su mesa. Se llevó la mano al bolsillo y sacó el papel donde su tío le había apuntado la clave de acceso, se fijó en ella unos segundos y luego brincó al escuchar un fuerte golpe. Desvió la mirada para observar que Josh estaba subiendo las cortinas de las vidrieras que esa mañana Frankie había bajado para tener más intimidad. La contempló seriamente un segundo y se dio la vuelta para ir a su escritorio de nuevo. De esta forma podía controlar la oficina sin ningún problema. Sarah pulsó con su ratón el icono de los archivos centrales de la policía tras observar que Josh parecía entretenido y puso la clave de su tío.

Comenzó a completar los campos de búsqueda. Decidió que para empezar buscaría solo en este año y el año anterior. Asesinatos múltiples. Más de un Estado. Dio a buscar justo cuando sonó su teléfono. Cerró la ventana por inercia, asustada por que Josh pudiese pillarle con las manos en la masa. Levantó el teléfono con un ligero temblor.

—Comisaría Central de Brooklyn.

—Sarah, soy yo. —Reconoció la voz de su tío al momento. Notó que su pulso comenzaba a normalizarse de nuevo.

—Hola —susurró—. Me he puesto ahora con tu encargo.

—¿Está el señor Gallaher ahí?

—Sí —volvió a susurrar—. Ha llegado hace poco.

—Perfecto. Escucha, necesito que busques lo que te he pedido esta mañana, pero quiero que introduces nuevos datos, eso te ayudará a descartar.

—Dime.

—Que tenga un oficio relacionado con la salud, médico, enfermero, biólogo... Ella se quedó

callada, expectante al escuchar a su tío.

—¿Médico?... ¿Pero qué es lo que ha hecho ese hombre con las mujeres? —siguió susurrando. No obtuvo respuesta, solo un típico chasquido con la lengua. Sabía que su tío nunca le había hablado sobre su trabajo excepto cosas puntuales. No era un trabajo agradable para explicar a una chica joven, como si no quisiera compartir esos horribles pensamientos y vivencias con ella, como si así evitase que pudiera tener pesadillas—. Sabes que vas a tener que explicármelo si quieres que pueda hacer bien esto.

—Sarah, tú busca eso y ya hablaremos.

Ella bufó, desesperada. El hecho de que Frankie le informase que se trataba de un hombre relacionado con la salud indicaba el sadismo y la precisión con la que mataba a sus víctimas.

—Está bien.

Y nada más decir eso, colgó. Pero ¿de qué iba todo esto? Suspiró y sintió lo que hacía tiempo que no sentía: angustia. Algo horrible debía de haberle ocurrido a esas mujeres. Podía presentirlo. ¿Un médico? ¿Un enfermero? Dios mío, a saber lo que habían hecho con ellas. Intentó alejar esos pensamientos de su mente y se concentró en lo que su tío le había dicho. Quizás, si lograra averiguar algo sirviese para cesar esa cadena de asesinatos. Volvió a pulsar el icono de informes policiales, pero cuando iba a completar el primer campo, de nuevo sonó su teléfono. Esta vez se controló y no cerró el programa. Descolgó el teléfono.

—Comisaría Central de Brooklyn —dijo esperando a escuchar de nuevo la voz de su tío.

—Sarah. —Aquella no era su voz. Giró su rostro hacia el despacho de Frankie para observar cómo Josh elevaba su mano a modo de saludo—. ¿Podrías venir un segundo?

Sarah tragó saliva.

—Claro.

Colgó el teléfono y cerró el programa informático. Se levantó notando que las manos comenzaban a sudarle. Se las frotó de forma suave contra los pantalones e intentó recomponer su rostro, mientras avanzaba a paso ligero hacia el despacho.

—Dígame.

Josh elevó la mirada de la pantalla del ordenador y la observó.

—¿Sabes cómo funciona el programa de la comisaría?

Ella suspiró más tranquila. Por un segundo había pensado que podía haberle visto entrar en los archivos confidenciales.

—Sí, claro. —Se acercó de forma lenta, pasando alrededor del escritorio y se colocó a su lado. ¿Que si olía bien? Demasiado bien—. Esto... —dijo notando que su corazón volvía a desbocarse sin ningún sentido—. Puede buscar los archivos bien por el nombre del agresor, o por la víctima, o bien por su número de identificación —dijo señalando los diferentes campos—. También puede buscar por las fechas y le saldrán todos los delitos que se hayan cometido en el día

que ponga...

—Coge la silla y siéntate aquí al lado.

Ella se mordió el labio, luego observó la silla. Suspiró y fue hacia el rincón donde había una silla plegable. La acercó y se acomodó a su lado.

—¿Tienes mucho trabajo? —preguntó estudiándola con la mirada.

—Un poco —respondió cortante.

—De acuerdo. Será un momento. Dime, ¿cómo puedo buscar en este programa asesinatos que tengan las mismas características de los que estoy investigando?

5

Volvió a mirar el reloj de la pared. Las siete de la tarde y aún no había conseguido avanzar casi nada. Había estado entretenida con Josh durante casi todas las horas restantes, explicándole todas las funciones de ese caótico programa informático. Él aprendía rápido, debían tener un programa parecido en el Pentágono, pero el hecho es que la había acosado con un millón de preguntas, pero siempre sin pronunciar una palabra sobre los casos. Lisa se había ido hacia poco menos de media hora. La mayoría de los administrativos se habían marchado aunque aún quedaban algunos rezagados como ella que se mantenían en sus sillas frente a las pantallas de los ordenadores. Volvió a abrir la plantilla Excel que estaba elaborando y copió el nombre del siguiente asesino. Tres asesinatos, cada uno en un Estado diferente. Había obtenido la condicional hacía menos de un año tras pasar más de veinte en prisión. Había degollado a cada una de sus víctimas. Aquel no era un trabajo fácil, notaba que aquello que estaba estudiando con tanta ilusión al principio le iba desquiciando a medida que avanzaba en su investigación. No podía evitar alguna mirada furtiva de vez en cuando hacia el despacho para descubrir que Josh no apartaba la mirada de los archivos y el ordenador. Al menos desde hacía más de una hora no había requerido su presencia, lo que le había permitido continuar con su trabajo y avanzar en él. Su tío había llamado para informar que no acudiría durante el resto del día. Tenía que tomar unas cuantas declaraciones y quería estudiar a conciencia el lugar de los hechos. Suspiró y pasó el resto de la siguiente hora leyendo expedientes macabros, obligándose a saltarse las fotografías de los cadáveres que se habían incluido en algunos expedientes. Aquello era horrible. Comenzaba a comprender por qué su tío no hablaba con ella ni con su esposa de esos temas. Era como vivir en una pesadilla continua.

Se forzó a acelerar el ritmo cuando el reloj marcó las ocho de la tarde hasta que la suave voz de Josh la distrajo de su trabajo. Tan concentrada estaba que no se había dado cuenta de que había salido de su despacho y se encontraba frente a ella. Cerró el programa de inmediato e intentó que no notase su nerviosismo.

—Aún sigues aquí —señaló de forma lenta.

—Sí.

—Siento haberte retrasado en tu trabajo. —Ella negó de forma tímida con la cabeza—. ¿Te queda mucho?

Ella miró la pantalla del ordenador y minimizó la tabla Excel donde había incluido todos los nombres de los asesinos que habían llamado su atención. Abrió de forma disimulada otro documento, uno que había hecho hacía un par de días.

—Un poco.

Josh la contempló durante unos segundos.

—Me marcho ya. Nos vemos mañana.

Ella le sonrió tímidamente.

—Hasta mañana —dijo una vez que comenzaba a alejarse.

No pudo evitar seguirle mientras caminaba por el pasillo. Lo cierto es que era un hombre increíble. Se le veía joven. Demasiado joven para trabajar para el Pentágono, pues no debería pasar de los treinta años. Lo cual indicaba que debía de ser muy bueno su trabajo. La piel se le erizó y notó cómo su corazón comenzaba a palpar más rápido al recordar la proximidad de su cuerpo al sentarse a su lado, cuando le había enseñado el funcionamiento del programa.

Se obligó a alejar aquellos pensamientos de su mente y se concentró en su ordenador. Volvió a abrir el Excel y el programa informático y siguió por donde iba. Debería darse prisa si quería dormir algo esa noche.

Josh salió de la comisaría notando que el sol aún apretaba. Brad le esperaba montado en un todoterreno negro a la última moda. Apoyado sobre el capó, gafas puestas aunque ya no eran necesarias, unos tejanos medio rotos y una camisa blanca a rayas azules medio fuera medio dentro del pantalón.

Josh fue hasta él y observó su peculiar sonrisa.

—Vas a alucinar cuando escuches rugir a esta preciosidad —comentó pasando su mano por el capó. No pudo evitar sonreír mientras iba hacia el asiento del copiloto. Se subió de un salto y pasó el maletín al asiento de atrás. La tapicería era de cuero color crema. Parecía que disponía de todas las comodidades. Brad subió al coche, lo puso en marcha y se alejó de la comisaría con un derrape.

—Calma, muchacho. Ya me enseñarás a la velocidad que puede llegar en otro lugar.

Brad bajó un poco la velocidad y se detuvo en el primer semáforo. Programó el GPS del ordenador de a bordo diciendo en voz alta el nombre de la calle donde estaba situado su nuevo hogar.

—Alcanza los trescientos por hora sin problema —dijo orgulloso, como si hablase de un hijo. Señaló la gran cantidad de botones que se distribuían alrededor del volante—. Luz solar —dijo señalando uno en concreto—. Desprende un fognazo que derretirá al primer vampiro que se acerque en doscientos metros a la redonda. «Buena idea», pensó Josh—. ¿Y adivina para qué es esto?

—Sorpréndeme. —Sonrió. Pulsó el botón y al momento la oscuridad reinó en el interior del todoterreno, como si estuviesen en plena noche. —Joder —dijo asombrado.

—Por si pillamos a algún amigo nuestro. La luz del día no lo matará. —Volvió a pulsar el botón y los cristales se fueron haciendo transparentes de forma progresiva—. Los asientos son todos reclinables y permiten poder transportar unos cuantos vampiros detrás. ¿Y sabes lo mejor? —dijo comenzando a reírse. Josh no dijo nada aunque una vez más le contagió la sonrisa—. Todo el maletero está forrado de plata. —Puso primera y arrancó sin acelerar demasiado. Josh desvió su mirada hacia atrás y observó que en la parte trasera podían caber perfectamente tres hombres.

Detrás de ese asiento que atravesaba a lo ancho el todoterreno había dos asientos más, uno en cada lateral. Si los apartaban tendrían un buen espacio para transportar vampiros, pues esa sin duda era la parte que había sido forrada en plata. Cualquier vampiro en ese lugar perdería toda su fuerza, se volvería débil. —Y, ohhh... —siguió Brad—. No tiene un maletero, tiene una despensa, jefe. —Volvió a sonreír mientras lo miraba de forma burlona—. Si levantas el suelo de la parte trasera tienes espacio para meter arsenal para una guerra.

Josh se sentó de forma correcta en el asiento y miró los demás botones del salpicadero.

—¿Y los otros?

Brad se encogió de hombros.

—No me he acabado de leer las instrucciones. Lo han traído hace poco más de tres horas.

—¿Y el resto del cargamento?

—Lo hemos subido a la tercera planta, tal y como mandaste. —Giró a la izquierda y aceleró un poco más para intentar no pillar más semáforos en rojo—. Tenemos todo lo que necesitamos. Armas, ordenadores, equipos científicos...

—Está bien.

Pasaron un par de minutos en silencio hasta que Brad no pudo contenerse más.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó desviando un segundo la mirada.

—Esta mañana ha aparecido un séptimo cadáver. —Pudo ver que las manos de Brad se agarraban con fuerza al volante, pero se mantuvo callado—. Lo he examinado en el depósito. Un vampiro antiguo.

—Joder.

—Pero la circunferencia de las heridas es diferente a las de otros cadáveres.

—¿Hay más?

—¿Acaso lo dudas? —respondió Josh con otra pregunta.

Brad miró hacia delante y se concentró en la carretera mientras seguía las instrucciones del GPS.

—¿Vamos a salir esta noche de caza?

—No. Esta noche no. Quiero entrenar en casa y prepararlo todo.

—¿Mañana? —preguntó con ansias.

—Seguramente.

No tardaron más de veinte minutos en llegar. Su nuevo hogar parecía más bien una fábrica antigua situada en medio de un polígono industrial, medio abandonado a las afueras de la ciudad. Brad cogió un mando y pulsó el botón en dirección a la puerta metálica. Esta comenzó a abrirse mientras las luces del nuevo garaje se encendían.

—Todas las puertas y ventanas están forradas de plata. Es un sitio seguro —comentó Brad mientras entraba en el enorme garaje. Aparcó junto a otro coche. —Otra preciosidad —dijo señalando el deportivo rojo que había estacionado al lado—. También lo tenemos en plateado y negro —dijo como si se tratara de un vendedor de concesionario. Luego se echó una buena carcajada—. Este modelo —dijo tocando el todoterreno negro—. También lo tenemos en otros colores —dijo señalando a los dos todoterrenos aparcados al otro lado del garaje—. Y seis magníficas motos con casi todas las ventajas de las que disponen nuestros todoterrenos —continuó con burla.

Josh lo miró sonriente aunque no pronunció una palabra, fue hacia las motos y las observó. Cogerían buena velocidad, aunque sin duda no cabía tanta munición como en los todoterrenos, así que lo más seguro es que se desplazasen con ellos cuando saliesen de caza. Aun así, no descartaba poder montar alguna de esas motos por placer. Siguió a Brad hacia el ascensor situado en un lateral del garaje y pulsó el primer botón. Lo primero que vio cuando llegó a la primera planta fue un enorme pasillo en el que se situaban numerosas habitaciones. Brad abrió la primera y observó que tenían todos los lujos posibles. Una enorme televisión pantalla plana colgada en la pared, armarios empotrados, lámparas modernas y una gran cama en el centro.

—No está mal.

—Son todas iguales.

Siguió el pasillo y torcieron a la derecha. Al final del mismo había un inmenso salón. Realmente aquello era una fábrica abandonada, aunque acondicionada con toda clase de lujos. Todos se encontraban allí sentados a la mesa montando armas. Josh observó todo a su alrededor mientras se dirigía a ellos. Disponía de unos grandes ventanales que daban a una enorme terraza. El suelo de parquet color miel tenía un brillo especial, como si estuviese recién pulido. Y los muebles, modernos, estaban lacados en blanco y negro, haciendo contraste con una pared anaranjada. Había cuatro lámparas grandes colgadas del techo para iluminar aquel trozo de sala. En su centro había una mesa donde se encontraba su equipo, con un montón de armas desperdigadas sobre ella. Fue hacia uno de los fusiles de alta precisión y lo sostuvo midiendo su peso.

—Estamos revisándolos todos —explicó Sean, con su peculiar acento escocés. Sus ojos oscuros inspeccionaban a conciencia las balas que habían recibido.

—¿Forradas en plata?

—Sí —respondió seriamente.

—Las dagas y cuchillos están arriba —le informó Brad.

Examinó a cada uno de ellos durante unos segundos y luego dejó la chaqueta sobre una de las sillas y se desabrochó el primer botón de su camisa con cansancio. Al final de la sala en la que se encontraban, distinguió una pequeña cocina que parecía tener todas las comodidades y utensilios posibles. La separaba del comedor una barra con seis taburetes.

—Los ordenadores y equipos científicos están ya instalados. El resto de las armas las hemos metido en un almacén.

—Está bien —dijo cruzándose de brazos—. Enseñadme la planta de arriba y hagamos nuestra primera reunión como división.

Subieron hasta la siguiente planta, que estaba dividida en varias salas, todas ellas enormes. Una de ellas estaba acondicionada como gimnasio. Otra de las salas estaba preparada como enfermería, con una pequeña camilla en su centro y varias mesas con infinidad de cajones donde suponía que podría encontrar cualquier utensilio médico. Y otra sala donde colgaban algunas cadenas, nada más.

Finalmente, entró en la que sería su centro de trabajo. Había seis mesas de cristal distribuidas por toda la habitación, cada una con un escáner y un ordenador de último modelo. Había montones de archivadores situados en una de las paredes. Con suerte no tardarían en llenarse de papeles e información. Revisó uno de los escritorios y comprobó que tenían todo lo que necesitaban.

—Y lo mejor, para el final —dijo Brad colocándose al fondo de la sala y marcando en una pequeña pantalla un número. Primero sonó un extraño crujido y posteriormente la pared comenzó a moverse. Dios mío, era un almacén para sus armas, camuflado, pues nadie podría decir que tras esa pared hubiese una habitación—. Hay otro almacén en el gimnasio, aunque más grande. Entró, y la luz del fluorescente fue iluminando progresivamente la habitación.

—Lo hemos distribuido más o menos, aunque no está todo revisado. —Jason señaló con la mano cada estantería y fue enumerando lo que había en ellas—. Dagas, chuchillos y balas, pistolas, fusiles... —Iba indicando dónde se encontraban cada objeto—. Granadas, gafas de visión nocturna, chalecos antibalas, linternas de luz solar, trajes de neopreno, trajes de trabajo... y mi juguete favorito —dijo acercándose a una estantería y abriendo una de las cajas metálicas—: Ballestas.

6

Apretó el botón de imprimir y tomó las tres hojas que había confeccionado con las personas que creía que mejor encajaban con el perfil que le había dado su tío. Más le valía que con aquel listado tuviese suficiente. Se asomó a la ventana y observó que, aunque aún había tráfico, no había prácticamente nadie paseando por aquella calle. Nunca se había quedado hasta tan tarde en el trabajo. Con suerte aún podría coger el metro de y media. Bajó los escalones de la comisaría y dio gracias de que hubiese refrescado. Las farolas estaban encendidas pero aun así no iluminaban del todo aquella oscura calle rodeada de altos edificios. Notó que algo no iba bien, se giró un segundo para darse cuenta de que a pocos metros de ella, al otro lado de la calle, había un hombre apoyado contra un bloque de pisos mirándola atentamente. Aunque no pudo ver su rostro por la oscuridad, pudo darse cuenta de que llevaba una cazadora larga negra. ¿Qué hacía ese hombre vestido de esa forma con el calor que hacía? Sin poder evitarlo comenzó a caminar de una forma más rápida. Cuando hubo avanzado varios metros volvió a girarse con disimulo hacia donde había visto el hombre por primera vez. Casi emitió un grito cuando se dio cuenta de que el hombre se había cambiado de acera y, aunque aún se mantenía lejos, parecía estar siguiéndola. Se sujetó fuerte al bolso y metió una mano dentro de él mientras aumentaba el ritmo del paso. Rebuscó en el bolso hasta que encontró su bote de spray de pimienta y se lo llevó al bolsillo de su tejano. A decir verdad no era partidaria de llevar ese tipo de defensa pero su tío se lo había regalado. Ahora daba gracias por tener uno a mano. Siguió rebuscando dentro hasta que logró sacar el monedero y buscó su billete de metro a medida que daba la vuelta a la esquina. Echó a correr hacia la parada del metro sin disimulo ninguno, intentado hacer cada zancada más rápida y larga que la anterior. No se atrevió a mirar atrás, concentró todas sus fuerzas en correr y llegar lo antes posible a su destino.

No tardó más de cinco minutos en llegar hasta las escaleras que bajaban al metro. Justo cuando llegaba se giró para asegurarse que no la seguían. Se encontró prácticamente riendo a carcajada limpia cuando vio que estaba casi sola. Aunque estaba más tranquilam no pudo evitar permanecer con el corazón encogido y a un pulso rápido durante los minutos de espera del metro. Se había llevado un buen sobresalto, y aunque en realidad no había sido nada, el hecho de pasar toda la tarde estudiando perfiles de asesinos había causado mella en ella. Llegó el metro y se subió en uno de los vagones que vio más ocupados. Por nada quería meterse en un vagón vacío. Solo unas cinco o seis personas viajaban en él. La mayoría apoyada contra la ventana durmiendo mientras un par leían un libro. Se sentó y cuando el metro arrancó se sintió realmente tranquila. Examinó durante unos segundos el grafiti que había en la pared metálica del vagón. Necesitaba una buena

dosis de sueño, llegar a su pequeño piso y relajarse. Ni siquiera tenía hambre, solo estaba cansada. En cuanto llegase se daría una ducha rápida y se acostaría. Sí, eso era lo que más deseaba del mundo. Poner su aire acondicionado en marcha y dormir. Fue escuchando el anuncio de cada una de las paradas hasta que después de quince minutos anunciaron la suya. El vagón se había quedado prácticamente vacío, solo dos personas permanecían sentadas al final, durmiendo. Seguramente cuando despertasen verían que se habían saltado la parada. Se sujetó a la barra de metal e intentó guardar el equilibrio mientras el metro sorteaba su última curva y comenzaba a descender su velocidad. Cuando salió no pudo evitar palpar con su mano el bolsillo donde había guardado su spray de pimienta, quería tenerlo a mano por si lo necesitaba. Subió las escaleras y siguió calle abajo hasta divisar su piso. Hogar, dulce hogar. Emitió un suspiro y echó mano de nuevo al bolso para buscar las llaves de la portería, pero algo le hizo estremecerse.

Se giró de golpe, dispuesta para asestar un buen bolsazo cuando notó que le pasaban un brazo por el cuello y otro agarrándole el brazo, inmovilizándola. Comenzó a agitarse con fuerza mientras aquel hombre comenzaba a sacarla de la acera y la llevaba hacia la carretera.

—¡Coja el bolso! —le gritó asustada mientras la presión que estaba ejerciendo en el brazo aumentaba—. ¡Suélteme, por favor! ¡Coja lo que quiera!

Se le heló la sangre justo cuando un coche con los vidrios tintados se detuvo frente a ella. El hombre la soltó un segundo del cuello para abrir la puerta. Aprovechó en ese momento para intentar dar un buen codazo en las costillas, pero él se movió de forma rápida y evitó el golpe. El hombre la giró justo para empujarla al interior del vehículo mientras ella peleaba con uñas y dientes para salir de él. Elevó la mirada para darse cuenta que vestía una chaqueta negra y larga. Estuvo a punto de gritar de nuevo auxilio cuando con un último empujón la metió dentro y cerró la puerta con un portazo. En ese coche la oscuridad era casi plena. Se puso enseguida en marcha. Lo primero que hizo fue intentar abrir la puerta mientras gritaba y asestaba repetidos golpes a la ventana. Debían haber echado el pestillo, no había forma de abrirla. Observó que el coche era amplio y una mampara negra la separaba del conductor y copiloto.

Golpeó repetidas veces la mampara con todas las fuerzas posibles, gritando que parasen, que detuviesen el coche, pero los que conducían parecían no oírla o sencillamente hacían oídos sordos a sus súplicas.

Volvió a intentar abrir la puerta cuando se dio cuenta del extraño olor que inundaba aquel coche. Olía como a quemado. Seguidamente oyó un extraño rugido. Un rugido diferente a todo lo que había oído anteriormente. Fue girando su rostro lentamente, asustada, con los ojos llenos de lágrimas y se dio cuenta de que no se encontraba sola en la parte trasera del coche. Un hombre de extremada delgadez, sin un solo cabello en su cabeza miraba por la ventana opuesta a ella.

Sarah se arrinconó más en el asiento si podía, sin dejar de intentar abrir la puerta y sin apartar la mirada de aquel hombre. De nuevo aquel rugido le heló la sangre, pero supo que iba a morir en

el mismo momento en que ese hombre volvió la cara hacia ella.

Pero, ¿qué era aquello? Su piel era blanquísima, incluso con un tono azulado, sus ojos eran absolutamente negros, su nariz salía forma prominente de su rostro. Gritó desesperada ante semejante horror, pero aquel hombre no se movía, sin embargo, comenzó a mover su nariz de un lado a otro, como si estuviese captando algún olor y se abalanzó sobre ella.

Sarah no esperaba aquel arrebato ni aquella ferocidad. Su fuerza era descomunal y su rapidez la dejó asombrada. Colocó sus manos sobre su pecho intentando que no se le tirase encima, pero no podía hacer nada contra ese monstruo o lo que fuese.

Comenzó a golpearle lo más fuerte que pudo, a intentar clavarle las uñas, pero su piel era fría y áspera. El hombre tumbado sobre ella le sujetó las manos y en una acción que ella no esperaba abrió la boca. Sarah gritó cuando comprendió lo que iba a hacer finalmente. Aquellos colmillos largos, babosos, iban a incrustarse en su carne. Abrió la boca de una forma descomunal paralizando de terror durante unos segundos a la joven. Agarró una de las muñecas de ella y con un rápido movimiento incrustó sus colmillos en ella.

Durante unos segundos se quedó sin respiración, horrorizada por lo que aquella bestia estaba haciendo, pero fue el dolor lo que la sacó del aturdimiento. Comenzó a moverse de forma frenética intentando separar su mano de la boca, pero no había manera. Un hilo de sangre comenzó a avanzar por su brazo.

Levantó la rodilla lo suficiente para golpearle en la entrepierna pero él no pareció sentir dolor, simplemente se colocó en otra posición sujetando con sus dedos largos y esqueléticos el brazo que estaba mordiendo. Instintivamente Sarah se llevó la mano al bolsillo y sacó su spray de pimienta. Lo colocó frente a aquellos ojos negros y disparó una buena dosis. Al momento reaccionó. El monstruo emitió un grito que casi hizo que le reventaran los tímpanos y retrocedió de ella en una fracción de segundo mientras le enseñaba los dientes impregnados de sangre agresivamente y se llevaba la mano a los ojos como si le escociesen.

Haciendo acopio de todo el valor que pudo estiró su brazo hacia él y volvió a soltar otra abundante dosis de spray . El monstruo comenzó a retorcerse de dolor, pero por lo visto eso no era suficiente. Alargó su mano hacia ella y la agarró del cuello comenzando a asfixiarla. Notó cómo sus dedos se hundían en la garganta y sus oídos comenzaban a pitar por la falta de aire. Volvió a estirar el brazo hacia él y volvió a descargar otra dosis de spray directa hacia sus ojos. El rugido que emitió a continuación no sabría cómo describirlo. Dolor, furia, agresividad... pero la mano en su garganta no se soltaba.

Subió la pierna y comenzó a golpearle lo más fuerte que pudo en el pecho. Pero comenzaba a quedarse sin aire, sin fuerzas. Golpeó repetidas veces el pecho dándose todo el impulso posible, pero no había manera. Haciendo acopio de todo el valor posible elevó al máximo su rodilla y fue directamente con el tacón a su boca. Puede que no saliese con vida de ese coche, pero ese hombre

iba a quedarse sin dientes. Sus dientes no se rompieron pero el tacón de aguja de sus sandalias fue a incrustarse justo en su paladar. Oyó un grito de dolor intenso y al momento la mano que aferraba su cuello se soltó para ir hacia su pierna. Automáticamente se desabrochó la otra sandalia y lo sostuvo en su mano para clavárselo si era necesario. Ese monstruo no dejaba de gritar, pero ella no iba a parar en su empeño, permanecería con vida costase lo que costase. Inyectó otra buena dosis de pimienta en sus ojos y justo cuando apartó la mano arremetió con su tacón sobre el ojo. Pudo escuchar el chasquido en el mismo momento en que su tacón se clavó en él. Se distanció lo máximo que pudo y cada pocos segundos iba echándole más spray.

Sujetó la puerta e intentó abrirla. Aún permanecía cerrada. A oscuras prácticamente tocó sin querer la manecilla de la ventana. La giró instintivamente y con alivio comprobó que la ventaba comenzaba a bajar. Vio que ese monstruo se estaba recuperando y le soltó otra dosis de pimienta tratando de freírle el único ojo sano que tenía.

—¡Pare el coche! —gritó mientras golpeaba la mampara y acababa de bajar la ventana—. ¡Pare! —gritó con todas sus fuerzas.

Pero no paraba. La solución estaba clara. Se puso de rodillas y extrajo medio cuerpo por la ventana. No había prácticamente nadie paseando por la calle. Movié los brazos pidiendo auxilio y gritando. Llegó hasta ella el sonido de la música rítmica que emanaba de aquel descapotable.

—¡Socorro! ¡Ayúdeme!

El hombre del descapotable quitó el brazo asombrado de encima de los hombros de la chica joven que lo acompañaba y la miró asombrado.

—¡Ayúdeme! —volvió a gritar. Se giró de nuevo y volvió a rociarlo con spray . Fue justo al apoyarse contra la puerta cuando esta cedió, como si hubiese empujado de una forma brutal y esta saliese disparada. Cayó a la carretera dando vueltas, quemándose los brazos al cubrirse la cabeza y sintiendo cómo se golpeaba intensamente todo el cuerpo, pero al menos, estaba viva. Siguió rodando varios metros hasta que oyó el chirrido de unos frenos. Cuando el mundo dejó de girar abrió los ojos llorosos gritando mientras la pareja del descapotable que había conseguido frenar a escasos centímetros de donde ella había dejado de rodar, se abalanzaba sobre ella para darle auxilio.

Frankie entró en el hospital como un verdadero poseso. Había protestado cuando el teléfono había sonado a la una y media de la madrugada pero al recibir la llamada del hospital se había puesto los pantalones y la camisa y había saltado directamente al coche. Dios mío, si le había pasado algo se moriría. Margharet se había quedado en casa, rogando que le llamase en cuanto la viese. Entró en la habitación que le habían indicado en la recepción del hospital, sin siquiera llamar.

—Dios mío —dijo yendo hacia su sobrina que estaba sentada en una camilla, mientras un enfermero terminaba de vendarle el brazo. Miró hacia él con gesto serio—. Soy su tío.

Sarah sintió verdaderos deseos de llorar cuando vio en los ojos de Frankie una enorme preocupación.

—¿Estás bien cariño? —Fue hacia ella y la abrazó, pero un pequeño gemido salió de las entrañas de Sarah y fue soltándola poco a poco. Hizo un gesto dolorido y miró a los ojos de Frankie llenos de lágrimas.

—Tengo todo el cuerpo dolorido y algunas quemaduras en el brazo —dijo levantando su brazo derecho totalmente vendado—. Aunque tampoco son muchas.

Observó a su sobrina. Los rizos rubios caían sobre sus hombros y espalda, unas suaves manchas escarlatas comenzaban a surgir en su cuello, debían haber intentado asfixiarla. Tenía los tejidos rotos por varios sitios pero no parecía tener ninguna herida en las piernas. El enfermero tardó unos diez minutos más en acabar de realizar las curas y los dejó a solas mientras esperaban al doctor para que les trajese las recetas y el alta. Frankie se sentó a su lado mientras Sarah se miraba el brazo vendado y se llevaba la mano al cuello dolorido. Tragó haciendo una mueca de dolor y su tío le cogió la mano libre.

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora bien —susurró aún confundida. Había estado analizando lo que le había ocurrido aquella noche, intentando encontrarle algo de lógica, pero temblaba cada vez que recordaba aquel monstruo, cómo había hincado sus dientes en la carne, su fuerza, la rapidez inexplicable de sus movimientos. Sintió de nuevo arcadas y se soltó de la mano de su tío para llevársela al estómago.

—¿Estás bien? —Ella intentó sonreír aunque notó el temblor de sus labios y cesó en el intento—. Tienes que explicarme lo que ha ocurrido —dijo con suavidad. Ella aceptó con un ligero movimiento de su cabeza y desvió la mirada de él hacia la puerta. ¿Cómo iba a explicar algo de lo que ni siquiera estaba segura? —Hay que poner una denuncia. Pillaremos a ese cabrón...y cuando lo coja te juro que voy a ... —Se iba encendiendo cada vez más.

—Tío —le cortó—. Ni siquiera estoy segura de lo que ocurrió —susurró.

Algo totalmente normal en las víctimas de una agresión, se dijo Frankie. Dios, cuando pillase a ese tipo lo mataría. Ella era lo único que le quedaba de su hermano, lo único.

—Cuéntame lo que recuerdes.

Ella asintió y suspiró, pero tras ver que no decía nada, que parecía estar reflexionando, decidió ayudarla.

—¿Dónde te encontrabas?

Lo miró con ojos llorosos.

—Estaba llegando a mi casa. Un hombre me sujetó por el cuello y el brazo. —Notó que su tío se ponía en tensión pero no dijo nada, esperando que ella siguiese explicando—. Me metió en un

coche.

—¿Viste el coche?

Ella se mordió el labio y se quedó pensativa.

—Era de un color oscuro.

—¿Sabes la marca de coche que era? ¿Te fijaste en la matrícula?

Sarah negó, pero un recuerdo la hizo mirar directamente a su tío.

—Tenía todos los vidrios tintados. —Él la miró curioso, pero se quedó callado. Tras varios segundos más, ella continuó hablando. —Al principio pensaba que estaba sola en el interior del coche... in... intenté abrir la puerta, pero creo que habían echado los seguros y me fue imposible.

—¿Dices que al principio pensabas que estabas sola? —Ella notó que sus ojos se humedecían y todo el cuerpo comenzaba a temblar. —Eh, tranquila, nena... ya estás a salvo —dijo abrazándola suavemente.

—Había un hombre dentro... o... no sé, era muy extraño.

—¿Por? —Se separó de nuevo de ella y observó cómo sus ojos permanecían clavados en el suelo. Pero, ¿qué es lo que habían hecho con su sobrina? Pareció reaccionar, como si despertase de un sueño.

—Supongo que llevaba una careta para que no lo reconociese.

Él la miró con ojos entornados.

—Su piel era azulada y los ojos eran totalmente negros... supongo que careta y lentillas... —suspiró—. Aunque también estaba bastante oscuro.

Prefirió no decir nada más sobre aquel extraño monstruo mientras recordaba cómo había clavado sus dientes en su brazo ahora vendado. ¿Pero qué era eso? Su tío iba a tomarla por una loca. Movi6 su cabeza intentando apartar aquellas imágenes de su mente.

—Intenté asfixiarme —dijo con temblor en la voz—. Logré escapar echándole el spray de pimienta que me regalaste y clavándole el tac6n en la cara.

Frankie miró hacia sus pies y los vio descalzos.

—Te conseguiré unos zapatos —dijo intentando recomponerse de todo lo que Sarah le explicaba.

Ella permaneció callada varios minutos más, pero Frankie no quería presionarla, ya sabía lo que había ocurrido y a medida que el tiempo pasase ella podrían enfrentarse mejor y recordar. Ahora todo estaba confuso para ella. El doctor llegó poco después con una cantidad de recetas. Calmantes, pomada para las quemaduras del brazo, etcétera. Se levantó de la camilla y caminó de forma lenta junto a Frankie por el largo pasillo del hospital.

—No me dej6 escapar del coche —pronunció cuando se dirigían a su propio vehículo. Frankie la miró mientras abría su puerta para que ella se sentase—. Cedió... —dijo como si acabase de recordar—. La puerta cedió y caí a la carretera.

Frankie examinó su gesto dolorido y cansado. La llevaría a casa y se quedaría todo lo que necesitase allí. Tenía que descansar y calmarse. Mientras, él se pondría manos a la obra para pillar a ese tipo.

Sarah entró en el dormitorio de la casa de su tío que había sido suyo durante seis años tras tomar, obligada, un vaso de leche fría con azúcar. Frankie le había dicho que no fuese en los próximos días al trabajo, que se cogiera unas vacaciones y, ya que había perdido todos sus documentos de identificación, carnet de seguro social, tarjetas de crédito y llaves de su piso se encargaría de todo. Al menor no llevaba el pasaporte encima. Mañana mismo pediría que le hiciesen unos nuevos documentos, cancelarían todas las tarjetas y llamaría a un cerrajero para que cambiase la cerradura. Ella no había dicho nada, había subido directa a su cuarto y se había encerrado en él. Se acostó en la cama tras tomar la pastilla que le habían recetado, intentando dejar la mente en blanco. No pudo dormirse hasta el amanecer, pero tenía clara una cosa, no quería quedarse en casa. Esas últimas horas habían sido horribles, solo pensando en aquellos ojos, en aquella piel, en aquellos dientes. No, necesitaba distraer su mente, mantenerse entretenida, no le ayudaría en nada quedarse encerrada en la habitación.

7

Frankie llegó a su despacho sobre las once de la mañana. Se había pasado por el banco y por un cerrajero tal y como había prometido a su sobrina. No había querido entrar en su cuarto esta mañana antes de salir de casa. Debía descansar y no sería él quien la despertase. Más tarde llamaría a Margharet para preguntar cómo se encontraba. La puerta de su despacho se encontraba abierta. Pudo ver cómo Josh permanecía sentado en su nuevo escritorio, tecleando de forma rápida en su ordenador con la mesa repleta de documentos y archivos. Fue directamente hacia Lisa y se colocó frente a ella.

—Buenos días —dijo algo intimidada—. Sarah no ha...

—Ya, ya lo sé —respondió de forma cortante—. Escucha, Sarah no vendrá el resto de la semana y puede que tampoco la siguiente, necesito que te ocupes de su trabajo.

—Claro. —Su voz demostraba asombro—. Ella... ¿Se encuentra bien? —Frankie no respondió—. ¿Está enferma?

Se llevó la mano a los ojos y Lisa pudo ver sus enormes ojeras. Ese hombre estaba realmente agotado.

—Llámala a su móvil esta tarde si quieres. Ya te explicará ella.

Prefería no decir nada de momento, no quería ver a todos sus administrativos cuchicheando sobre el estado de salud de Sarah y sobre el hecho de que hubiesen agredido a la sobrina del inspector de homicidios. Lisa prefirió no decir nada más. Tal y como él le había dicho, la llamaría después de comer y ella misma le explicaría lo que le ocurría. Frankie se giró lentamente y entró en su despacho.

—Buenos días —dijo Josh que había apartado un segundo la mirada de la pantalla. Frankie no respondió y eso le puso alerta—. ¿Todo bien? —dijo separándose un poco de la mesa. Frankie se pasó las manos por el rostro con actitud angustiada.

—Mi sobrina no vendrá el resto de la semana, y puede que la siguiente tampoco. Josh entornó los ojos y colocó los brazos sobre la mesa.

—¿Quién?

—Mi sobrina, Sarah —anunció con un ligero movimiento de cabeza hacia la mesa vacía.

¿Su sobrina? De hecho, si a Josh lo había pillado por sorpresa no lo había notado en absoluto. Ni siquiera parpadeó, ni hizo un gesto de desconcierto.

—¿Se encuentra mal? —preguntó con un matiz de preocupación en la voz. Frankie lo observó unos segundos, con la mirada clavada en la suya, estudiándolo.

Se levantó de un salto de la silla y fue hasta la puerta para cerrarla con un golpe seco.

—Ayer la atacaron cuando salió del trabajo. Josh se levantó realmente preocupado y miró a Frankie.

—¿Se encuentra bien?

—Está dolorida y tiene algunas quemaduras en el brazo.

Josh entrecerró los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó cruzándose de brazos.

Frankie agarró unas hojas y avanzó hacia él tirándolas sobre su escritorio.

—Ahí tienes la declaración que le tomé ayer en el hospital. Léelo tú mismo.

Las cogió de forma rápida y comenzó a leer. Se pasó la mano por la frente mientras notaba que un ligero sudor frío la recorría. Conocía el mecanismo de la puerta. Cuando los vampiros acababan con sus víctimas las arrojaban a la calle con un empujón, sin la necesidad de arrimarse. Pero ella, ella estaba viva, nunca una mujer había sobrevivido a un ataque de un vampiro y no le cabía duda que volverían a por ella. Una vez el vampiro captaba el aroma de una víctima era capaz de encontrarla en cualquier parte del mundo. No, volverían a por ella, seguro.

—¿Dónde está? —preguntó soltando los papeles con agitación sobre la mesa.

—En mi casa.

Josh asintió pensativo. Tendría que pedir a su equipo que hiciese guardia durante la noche.

—Quiero hacer una reunión con el grupo de noche esta misma tarde.

—¿El grupo de noche? ¿Para?

—Para que se pongan al día de todo sobre estos asesinatos. —Señaló los expedientes que tenía encima de su mesa.

—¿Pero esta tarde? Es muy pronto, hay que preparar la...

—No hay nada que preparar. Me sé el caso de memoria, hasta la última línea —dijo prácticamente gruñendo.

Maldición. Habían intentado alimentarse de nuevo. Sabía que no podía dar todos los detalles al resto de policías pero estaría bien ponerlos sobre alerta y darles ciertas instrucciones.

—Respecto a lo de tu sobrina... —cambió de nuevo de tema—, me gustaría hablar con ella, cuando pueda.

Frankie lo miró extrañado, pero por otra parte, estaba bien que un policía del Pentágono se interesase por ella, seguramente podría ayudarle a pillar a esos cabrones.

—Ahora está descansando. —Reflexionó unos segundos—. Se lo diré en cuanto llegue a casa.

—Perfecto. —Salió directamente del despacho y se dirigió hacia la mesa de Lisa—. Necesito un favor —dijo de forma urgente.

—Claro.

—Consigue un listado de los policías que salen a patrullar esta noche y llámalos. Tienen reunión a las seis de la tarde.

—¿Reunión? ¿Con quién?

—Connmigo. —Se distanció y entró de nuevo en el despacho. Necesitaba preparar todo para esa noche.

No podría explicarles todo, pero sí advertirles y prevenirles. Los lugares más frecuentes, el modus operandi, todo lo que pudiesen saber lo diría. No iba a haber otro asesinato mientras él estuviese allí. Respecto a Sarah, se encargaría de ella personalmente.

Sarah subió al metro y miró el reloj. Las cinco y media de la tarde. Su tío iba a matarla. Había comido un sándwich mixto que su tía le había preparado con todo su amor. Le había dicho que prefería no comer nada pero, tras ponerle aquel enorme sándwich en un plato delante de sus narices, había notado cómo su estómago reaccionaba. Eran las dos de la tarde cuando se había levantado de la cama, se había duchado, se había puesto la ropa y había bajado a la planta baja. Se sorprendió cuando vio que Margharet había cosido sus tejanos y los había lavado mientras ella estaba dormida, ni siquiera se había dado cuenta de que ella entrase o saliese de la habitación.

Sabía que su tío se enfadaría, que pondría el grito en el cielo. Pero ya no era una niña, necesitaba salir de esa casa. No le beneficiaba nada estar sentada en el sofá pensando sin cesar en lo que había ocurrido. No, necesitaba salir de allí, bullicio, entretenerse, pero sobre todo, lo que más necesitaba era mantener la mente entretenida.

Había mirado repetidas veces hacia atrás mientras caminaba por la calle rumbo a la comisaria, sabía que las heridas físicas se curarían sin problemas, pero las mentales... debía esforzarse por superarlas. No ganaría nada encerrándose en una habitación. Entró en la comisaría justo cuando notó que su móvil sonaba. Miró la pantalla. Lisa. Colgó el teléfono y suspiró.

Tenía ganas de verla, de explicarle lo que había ocurrido, desahogarse con ella. No quería hacerlo con su tío y su tía, sabían que ellos sufrían viéndola así, por eso se había decidido a salir y volver a su vida. No se iba a dejar intimidar por un suceso como aquel, no si había logrado superar lo de sus padres. No iba a hundirse. Ella era fuerte y se lo iba a demostrar a todos. A medida que se acercaba a su mesa, detectó que había más estrés de la cuenta en la comisaría.

—¡Sarah!... Cariño... —Lisa se levantó de la mesa y corrió hacia ella—. Te acabo de llamar, ¿estás bien? Me tenías preocupada. —Comenzó a hablar como si le hubiesen dado cuerda—. Tu tío me dijo que no ibas a venir el resto de la semana ni la que viene ¿Qué ha pasado? —Luego la examinó de arriba abajo—. ¿Y ese brazo? —Señaló el que llevaba vendado. Sarah dejó el bolso sobre la mesa y se mordió el labio. Así que su tío no le había explicado nada.

—Ayer me atacaron —susurró, pero los ojos de Lisa se abrieron como platos.

—¿Qué?

—Nada, tranquila —dijo intentando quitarle importancia—. No fue nada, pero me asusté un

poco.

—¿Qué pasó?

Iba justo a hacerle un resumen cuando la puerta del despacho de Frankie se abrió de par en par.

—Sarah, ¿qué estás haciendo aquí? —interrogó con infinita paciencia mientras iba hacia ella—. Te dije que te quedases en casa.

Inspiró y observó a su tío con mirada tranquilizadora.

—No quiero quedarme en casa. Me agobio —susurró—. Necesito distraerme, mantener la mente entretenida.

—Ve a casa cariño, va...

—No.

Frankie puso cara de enfado, pero giró su rostro hacia el lateral mientras veía que Adam avanzaba por la oficina a paso ligero.

—Espera aquí —le comentó en tono sereno—. ¡Adam! —gritó mientras corría hacia él—. ¿Tienes las fotografías computarizadas?

Sarah miró a Lisa con asombro.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó observando el alboroto y la cantidad de policía que había en la planta.

—Hay una reunión especial.

—¿Reunión especial?

—Ya sabes —dijo mordiendo un bolígrafo—, por lo de los asesinatos. Josh ha convocado una reunión para hablar con la policía del turno de noche.

Miró hacia el despacho y observó que Josh estaba concentrado revisando unos papeles.

—Vaya. —Lo miró asombrada—. ¿Y dices que es por los asesinatos de las mujeres?

—Eso parece —respondió encogiéndose de hombros.

En ese momento su tío llegó hasta ella y la separó de la mesa de Lisa agarrándola del codo con cuidado.

—Vamos nena, vete a casa, descansa.

—No necesito descansar, llevo toda la mañana durmiendo —protestó—. Necesito estar entretenida.

Frankie se pasó la mano por los ojos. Cansado.

—No tienes nada que hacer aquí, aprovecha para dormir y relajarte —siguió insistiendo.

Sarah bufó finalmente.

—No. No pienso moverme de aquí —dijo con determinación. Se cruzó de brazos y miró alrededor. Había al menos treinta policías en aquella sala al final de la planta, andando de un lado a otro, otros sentados, y otros tantos esperando fuera de la sala de pie conversando entre ellos—. ¿Viste la lista que te hice ayer? —Frankie cerró los ojos pensativo—. La que me pediste, la de los

asesinos —susurró. La miró boquiabierto, como si acabase de recordarlo, los acontecimientos de la última noche le habían hecho desentenderse bastante de ese tema y tener la mente solamente ocupada para ella—. Creo que hubiese estado bien que le echases el ojo. Te la dejé en el cajón. —Señaló hacia el escritorio. Pero Frankie no sabía qué decir. Lo había pillado con la guardia baja así que aprovechó—. La reunión que hay ahora es sobre los asesinatos de las mujeres, ¿verdad?

La estudió con la mirada y luego comenzó a negar con la cabeza.

—Oh, no, ni hablar...

—Vamos... me pasé ayer hasta las tantas haciendo esa lista. Puedo ayudarte, me sé el historial delictivo de cada uno de los que te puse en la lista. Si el asesino que está haciendo eso tiene algo peculiar lo recordaré de la lista que hice —dijo con una media sonrisa.

—No me parece buena idea. —La rechazó con la mano de inmediato, pero contrariamente a lo que ella imaginaba no se distanció, así que dentro de lo que cabía sus palabras le habían suscitado interés.

—Vamos, estoy bien, mírame... necesito trabajar, no quiero estar quieta dándole vueltas a lo de ayer. Además, puedo ayudarte.

—Sarah, no eres consciente de lo que este caso entraña. Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Me pasé toda la tarde leyendo expedientes de criminales, por si no lo recuerdas. Me puedo hacer una idea. Podría rememorar similitudes entre estos casos y los que han conseguido la condicional o bien han escapado en los últimos años.

Frankie resopló.

—Además —prosiguió en su empeño—, si no lo recuerdas soy licenciada en derecho, me gustaría servir para algo más que para archivar y pasar denuncias al ordenador. Tú mismo me has dicho muchas veces que...

—Está bien, está bien... —Se dio por vencido. Sarah se encontraba bien y tenía ganas de trabajar, se había ofrecido ella misma y todo lo que había dicho era cierto, podía recordar alguna similitud entre el caso y el asesino. Suspiró y entornó los ojos mientras la estudiaba—. Es información reservada...

—Lo sé —dijo intentando disimular su entusiasmo.

—Te colocarás al final de la sala. Y si no te encuentras bien puedes salir sin problemas, no quiero que estés ahí dentro incómoda.

—Tranquilo, lo haré —respondió con demasiada celeridad. Frankie gruñó y miró hacia su despacho—. Por cierto, las llaves de mi piso...

—¿Por qué no te quedas unos días con nosotros?

—Estoy bien, de verdad —respondió con la máxima sinceridad que pudo—. No quiero

obsesionarme con esto.

Frankie se llevó la mano al bolsillo y le pasó las llaves.

—Esta mañana han cambiado la cerradura. He cancelado también tus cuentas y he pedido nuevos documentos. —La observó aún con gesto preocupado, pero no dijo nada más al respecto.

Entregó a su sobrina la carpeta que le había dejado la noche anterior en el cajón y se marchó. Sarah abrió la carpeta y miró las hojas en su interior.

Vaya tela, se había pasado hasta las tantas de la noche confeccionando aquella lista para que él ni siquiera la hubiese mirado, igualmente tampoco podía culparlo por ello, dudaba que recordase su petición y la razón por la que ella se había quedado hasta tan tarde trabajando con los hechos que habían ocurrido, de todas formas, ahora tenía una enorme excusa para mantenerse entretenida. Por otra parte, sentía realmente curiosidad por esos asesinatos y deseaba poder ayudar a su tío más que nada, intentar comenzar a labrarse un futuro más profesional que archivar y pasar denuncias al ordenador. Debía intentar averiguar algo, cualquier pista, así podría progresar, y quizás dentro de unos meses ya no estuviese archivando sino ayudando a su tío en las investigaciones. Aquella idea le hizo sonreír y levantó el rostro mientras inspiraba profundamente. Josh la observaba desde la puerta. Pareció cogerle desprevenido su presencia allí, pero una vez más su aturdimiento no duró más de un segundo. Caminó hasta colocarse frente a ella y estiró la mano para tocarle el brazo en acto de complicidad. Sarah se quedó maravillada por aquel gesto y caricia y notó que su piel comenzaba a erizarse allí donde él había colocado su mano.

—¿Te encuentras bien? —susurró. Ella asintió con la cabeza—. Frankie... tu tío... —continuó —, me ha explicado lo que te ocurrió ayer. —Ella pareció aturdida por aquellas palabras. ¿Había confiado en él y no en Lisa, su amiga? Parpadeó un par de veces y desvió la mirada algo violenta por la situación—. Si no te importa, me gustaría hablar más tarde contigo sobre lo de ayer.

Sarah lo estudió con la mirada. Era cálida, contrariamente a todo lo que había imaginado.

—Claro —acabó susurrando.

Josh se comenzó a distanciar un poco sin decir nada más, todavía impresionado por la fuerza de aquella chica. Aun así, no pudo evitar fijarse en que llevaba el brazo vendado. En la denuncia había leído que se había hecho quemaduras en el brazo derecho fruto de haber caído a la carretera desde un coche en marcha. No parecía tener la marca en el cuello, ni en el otro brazo. Pasó entre las mesas y cruzó la puerta de sala. Los policías que esperaban fuera comenzaron a entrar tras él.

Quizás solo había sido un lunático, pero la forma en la que lo había descrito, coches con los vidrios tintados, piel azulada, ojos negros... encajaba perfectamente con ese perfil.

Sarah caminó hacia allí mientras Frankie y Adam salían de su despacho y la seguían. La sala era enorme, iluminada toda con tubos fluorescentes. Había una pequeña mesa cuadrada en una lateral con un proyector sobre ella y con cuatro sillas rodeándola. A lo largo y ancho de la sala habían colocado todas las sillas de plástico alineadas. Y al final, habían desplegado una enorme

pantalla desde el techo donde se suponía que proyectarían documentos y fotografías. Había una pequeña tarima donde Josh se encontraba de pie, organizando los últimos documentos sobre una pequeña mesa. Sarah atravesó la estancia hasta la mesa y se sentó, no sin que antes captara la mirada contrariada de Josh por verla ahí, pero no dijo nada al respecto. Frankie y Adam se unieron con él sobre la tarima.

—Cierren la puerta —exclamó su tío hacia un policía que se mantenía en pie. La mayoría estaban sentados, pero aún quedaban unos cuantos de pie apoyados en la pared. —Bien, comencemos, Gallaher —dijo animándolo con la mano.

Josh avanzó unos pasos hacia el centro de la tarima y miró de forma exhaustiva a los policías.

—Señores, soy Josh Gallaher como muchos de vosotros ya sabréis, de la división de Inteligencia del Pentágono. Primero les explicaré el perfil de este asesino y su modus operandi. El inspector Griffith les expondrá posteriormente los antecedentes. —Inspiró durante unos segundos. Alzó un poco más el tono para continuar, poniéndose realmente serio y rígido—. No estamos ante un asesino convencional, agentes. Estamos ante un asesino múltiple y realmente sádico. —Sarah se pasó la mano por el cuello nerviosa por aquellas palabras—. Actúa siempre de noche, reduciendo de esta forma las posibilidades de ser cogido, de ahí que los hayamos citado. Es extremadamente agresivo con sus víctimas, como posteriormente les mostraré. —Fue hacia la mesa y agarró otra hoja—. Sus víctimas son siempre mujeres. No hay ningún patrón establecido, no va a por rubias, morenas o teñidas... no le importa. Le da lo mismo que sean prostitutas, estudiantes... Entre las últimas seis víctimas tenemos dos prostitutas, una estudiante de medicina, una peluquera, una encargada de caja de un bar y una comercial, todas ellas diferentes. Pero sí hay algo que las une. —Hizo una pausa para captar la atención de todos ellos—. Son jóvenes, todas de una edad entre veinticinco y treinta años. Todas ellas hermosas. —Tomó aire de nuevo para seguir hablando—. En ninguna de las víctimas se han encontrado huellas, pelo del agresor o piel bajo las uñas, nada... ¿Qué significa esto? —preguntó hacia los policías. Uno de ellos levantó la mano como si quisiese pedir permiso para hablar.

—¿Sí? —Señaló Josh hacia él.

—Va depilado, usa guantes.

Josh aceptó mientras meditaba sobre la respuesta.

—Bien. ¿Y respecto a que no haya ninguna materia debajo de sus uñas? —Se mantuvo el silencio en la sala—. O bien las droga antes de matarlas.... O bien las mata para luego hacer su especial ritual. Dejándolas totalmente indefensas. —Inspiró de nuevo y continuó—. Las víctimas no ofrecen ninguna resistencia. No tienen marcas de ataduras.

Sarah notó cómo su pulso se aceleraba. Aquello comenzaba a ponerse realmente espeluznante.

—Todas, absolutamente todas, han sufrido una parada cardíaca y renal. Pero no se ha encontrado ninguna sustancia en su piel.

—¿Y en su sangre? —preguntó un policía que permanecía apoyado sobre la pared.

—Ahí quería llegar yo. —Soltó la hoja sin delicadeza sobre la mesa y se colocó en medio de la tarima—. No hay sangre, señores.

Los policías se miraron los unos a los otros como si no hubiesen entendido aquellas palabras.

—Señores, han comprendido bien. Ni una sola gota de sangre en todo su cuerpo ni en el suelo donde se ha encontrado la víctima.

Sarah se llevó la mano al estómago y sintió realmente náuseas.

—Todas, cada una de ellas presentan una marca especial. Tom, por favor, ¿puedes apagar la luz y encender el proyector? —Las luces se apagaron a los pocos segundos y el proyector que Sarah tenía frente a ella hizo un extraño crujido. Tom se encontraba a pocos metros de ella con un mando a distancia desde donde lo dirigía—. Bien, señores, esta es la marca de nuestro asesino.

Sarah sintió deseos de no mirar, pero se obligó a ello. En la lista que había confeccionado unos cuantos de los asesinos habían realizado marcas a sus víctimas con cigarrillos, con algún objeto al rojo vivo... Elevó la mirada hacia aquella pantalla iluminada y se quedó boquiabierto al mirar los dos agujeros pequeños que se dibujaban en la garganta de una de las víctimas. Comenzaba a costarle respirar, el pulso se le aceleró y todo su cuerpo empezó a temblar. Aquellas marcas... parecían... Se llevó la mano a la frente y se la rozó notando cómo su mano bailaba sobre ella por el temblor.

—Siempre en las arterias, lo que permite que la víctima se desangre con mayor rapidez. —Iba hablando a la vez que las fotos iban variando. Distintos ángulos, distintas víctimas—. Son drenadas, señores, hasta su última gota de sangre.

Todos miraban impresionados la pantalla, con la boca medio abierta.

—¿Cómo lo hace? —preguntó uno de ellos.

Josh se encogió de hombros no revelando más información.

—¿Punzadas y esperando a que se desangren? Lo dudo —se respondió él mismo—. En el suelo donde aparecen las víctimas no hay ni rastro de sangre, ni siquiera los infrarrojos la detectan. —Tomó aire de nuevo y juntó sus manos hacia delante—. ¿Una válvula hidráulica? Puede. Pero, señores, hay más... todas estas cicatrices están calcinadas, como si posteriormente las hubiese quemado.

—Puede que intente borrar huellas —apuntó otro policía.

Josh negó con la cabeza.

—Solo en las heridas. Ninguna parte más de su cuerpo presenta estas quemaduras. Las víctimas aparecen totalmente pálidas como veis, sin un rastro de color en todo su cuerpo, las pupilas totalmente dilatadas, sin embargo, no hay ninguna droga en su cuerpo.

—Quizás le quita la sangre para eso mismo, para que no podamos detectar qué sustancia usa para provocar el paro cardíaco y renal.

Josh se encogió de hombros.

—Quedaría algún residuo en las heridas —añadió.

Realmente había conseguido captar la atención de todos.

Sarah permanecía con la vista clavada en aquellas heridas, aquello... aquello se parecía tanto a lo que había vivido la noche anterior.

—La mayoría de víctimas presentan heridas en el cuello, pero la última víctima también presentaba la misma herida en la muñeca y en la ingle. Justo en las tres arterias.

Automáticamente se mostraron las fotos de la muñeca de la chica y de la ingle. Sarah sintió verdaderos deseos de gritar. Le temblaba todo el cuerpo. Le costaba respirar allí dentro. Si no salía de ahí en ese mismo momento iba a desmayarse, necesitaba aire. Se levantó de un salto y atravesó toda la estancia, abrió la puerta y salió corriendo hacia el pasillo. Josh la observó salir de la estancia asustada. Miró a todos los policías y separó los brazos.

—Lo cual nos da para pensar que se está tomando cierta prisa en desangrar a sus víctimas, es más rápido ahora. —Inspiró y contempló la pantalla. Al menos había conseguido motivar a todos los policías. Sabía que a partir de esta noche estarían más alerta, controlarían más las calles y para los vampiros sería mucho más difícil conseguir víctimas—. Inspector —dijo girándose hacia Frankie—. Su turno —comentó con un ligero movimiento de mano.

Josh no esperó y se dirigió hacia la puerta de la sala. Cuando la abrió vio que Sarah caminaba hacia los servicios, aún desde esa distancia comprobó que su rostro estaba totalmente pálido y andaba con dificultad. Se encaminó hacia ella a paso acelerado, sorteando unos cuantos administrativos que se cruzaban en el camino.

—Sarah —dijo a medida que se acercaba—. Sarah —repitió al ver que ella no reaccionaba. Finalmente se giró. Tal y como había visto sus mejillas estaban totalmente pálidas, sus ojos lagrimosos. Sin previo aviso la agarró de la mano y la condujo hacia su despacho, ayudándola a caminar sin caerse. Cerró la puerta tras él y la llevó hasta la silla—. Siéntate —le susurró.

Ella parecía perdida, sus ojos vagaban de un lado a otro nerviosos. La observó durante unos segundos hasta que vio que una lágrima resbalaba por su mejilla. Si no se calmaba, en breve sufriría un ataque de ansiedad.

Se distanció un segundo de ella y fue hacia la fuente de agua mientras agarraba un vaso de plástico. Lo llenó hasta la mitad y se lo ofreció. Ella lo aceptó con temblor, pero lo dejó sobre la mesa sin probar un sorbo. Incluyó su rostro y se abrazó pasando los brazos por su cintura, llorando a lágrima viva. Josh se arrodilló frente a ella y colocó cada una de sus manos sobre sus hombros.

—Eh, cálmate —le susurró con dulzura—. Respira despacio.

Ella elevó su rostro y esta vez vio en sus ojos verdadero miedo.

—Tú no lo entiendes —gimió.

—¿El qué?

—Esto —dijo desatándose la venda del brazo, desenrollándola sin cuidado ninguno, realmente con agresividad—. Mira —dijo colocando su muñeca delante de sus ojos.

Josh la agarró con delicadeza y la apartó un poco de su cara examinado la herida que le mostraba. Ahí estaba. La marca de los dos colmillos en aquella pequeña y dulce muñeca. Sintió verdaderos deseos de coger aquella mesa y estrellarla contra la pared, de romper todo lo que había en esa habitación, pero se controló. No había duda, era la marca del vampiro.

—¿Sentiste náuseas esta noche?

—Sí —gimió ella mientras se secaba una lágrima.

Josh dejó su muñeca sobre sus piernas y se levantó notando todos sus músculos en tensión. Alargó el brazo y cogió una caja de pañuelos colocándola sobre la mesa. Esta vez ella no rechazó lo que le ofrecía. Agarró uno de aquellos pañuelos y lo pasó repetidas veces por la nariz. Josh volvió a arrodillarse a su lado.

—He leído tu declaración esta mañana.

Ella lo escuchaba porque lo miraba mientras hablaba pero sabía que en su mente no dejaban de recrearse aquellas horribles fotografías que había visto.

—¿Cómo era ese hombre? —continuó.

—Ya se lo dije a mi tío —dijo rehusando su pregunta.

No quería repetirlo, aquello no podía ser cierto. Sabía que aquella noche podía haber muerto, pero que unas fotografías lo confirmasen no ayudaban a superar el mal trago. ¿Qué era realmente aquel monstruo?

Durante un segundo le pasó una estúpida idea por la cabeza. Parecía... parecía un vampiro. Aunque la rechazó de inmediato. La internarían en algún psiquiátrico.

—Piel azulada y ojos negros —le recordó Josh.

—Estoy segura de que llevaba una careta y lentillas —tartamudeó al recordarlo.

Josh se levantó despacio apoyándose en la mesa. Aquella chica estaba realmente aterrada.

—¿Cómo te hizo la herida? —preguntó mirándola fijamente.

Ella levantó la mirada poco a poco hasta él. Atemorizada, incrédula de que le hiciese aquella pregunta y horrorizada con lo que comportaba su respuesta.

—No me creerías si te lo dijese —susurró mientras se pasaba de nuevo el pañuelo por la nariz.

—¿Cómo? —insistió. Necesitaba confirmarlo.

Sarah suspiró y gimió.

—Me mordió.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Lo próximo sería que llamase al hospital y la ingresasen en el área de psiquiatría. Pero él no se movió, simplemente la contemplaba, como si su respuesta no le hubiese pillado por sorpresa, como si en realidad lo supiese. Ahora fue ella la que le estudió con

la mirada. Aturdida por ver su rostro sin ninguna reacción.

Justo en ese momento la puerta del despacho se abrió. Frankie volvía a estar nervioso.

Se fijó en su sobrina, estaba sentada en la silla de Gallaher, extremadamente pálida, con los ojos llorosos y pañuelo en mano.

—Nena, ¿estás bien? —dijo acercándose y abrazándola—. Mierda, ya sabía yo que no era buena idea que fueses a la reunión. —Josh se alejó un poco permitiéndole espacio—. No tendría que haberme dejado convencer, aún es muy pronto después de lo de ayer...

—Tranquilo, tío. Estoy bien.

—Se ha asustado con las fotos —intervino Josh.

Frankie se giró y reparó por primera vez en su presencia. Lo observó un segundo y volvió a girarse hacia su sobrina.

—Tranquilo... de verdad... me he asustado, simplemente.

Aquello obtuvo un gruñido por respuesta.

—Tómame unos días para descansar —volvió a insistir. Pero ella ya estaba negando con la cabeza antes de que acabase la frase. Por nada del mundo quería quedarse en casa, quería estar allí, rodeada de policías. —Vamos —siguió animándola su tío—. Te irán bien. Ya ni siquiera respondió cansada de que Frankie le insistiese. Se levantó y se dirigió rumbo a la puerta sin decir nada más. —¿A dónde vas?

—Voy a casa, si no te importa que me vaya —le pidió.

—Claro que no, para nada, vete y métete en la cama. Luego si quieres podemos hablar.

—No, tío —dijo con suavidad—. A mi casa. Necesito intimidad.

—Espera media hora y te llevo en coche.

—Yo puedo llevarla —intervino de nuevo Josh—. No me importa. Ya he acabado por hoy.

Frankie se quedó sin saber qué decir. Miró a su sobrina y luego miró a Josh de nuevo.

—Te llamaré cuando esté en casa —dijo Sarah sin permitir que su tío volviese a intervenir en la conversación. Se acercó para darle un beso en la mejilla y se marchó hacia el pasillo.

Josh la siguió hasta el ascensor y apretó el botón mientras se colocaba a su lado.

8

Sarah apartó la mirada del cielo anaranjado y volvió la vista de nuevo hacia Josh. Conducía tranquilamente por las calles de Brooklyn, sin pronunciar apenas palabra excepto para afirmar cuando ella le indicaba dónde debía girar. Aquella camisa azulada con las mangas de nuevo subidas hasta los codos contrastaban con el moreno de su piel. Volvió a mirar el salpicadero del coche. Debían pagar bien en el Pentágono, menudo cacharro. Aquel todoterreno parecía más un avión que un automóvil, con la cantidad de botones que tenía.

—En el semáforo a la izquierda —susurró.

Aunque permanecían casi en silencio no se sentía mal, era un silencio tranquilizante, sedante... sin ser forzado. Suspiró y miró de nuevo por la ventana recordando la expresión de su rostro cuando le dijo que le habían mordido... bueno, más bien la falta de expresión. No se había sorprendido. Aquello le había cogido por sorpresa a ella, pero no a él. Lo miró directamente, entrecerrando los ojos para estudiarlo. Él pareció darse cuenta de su mirada fija y desvió la vista un segundo hacia ella, para volver de nuevo a la carretera.

—¿Qué estás haciendo realmente aquí? —preguntó con extrema timidez. Josh no desvió la vista del camino y le respondió tras pensarlo unos segundos.

—Intento atrapar a un asesino.

Ella aceptó su respuesta, aunque no había disipado sus dudas.

—¿Crees que el que atacó a esas mujeres puede ser el mismo que me atacó a mí?

Esta vez el silencio fue más largo.

—Puede —dijo sin mirarla.

Sarah notó cómo su cuerpo temblaba. En realidad no sabía para qué le hacía esas preguntas, de hecho, ella sabía cuáles eran las respuestas, pero aun así necesitaba que se lo confirmase, como si él pudiese resolver las dudas que nublaban su mente desde la noche anterior y disminuir su agonía con la verdad, pero en realidad eso no ayudaba nada.

—En la denuncia pone que escapaste gracias a un spray de pimienta y a tus zapatos. ¿Cómo lo hiciste?

Ella se encogió de hombros.

—Aquí a la derecha, puedes parar detrás del container, es este bloque. — Luego suspiró y lo miró fijamente mientras se giraba hacia él—. Mi tío me regaló ese spray de pimienta hace unos años, verás... antes de llegar a la estación para coger el metro, cuando salí de la comisaría — aclaró—, me pareció que me seguían y me lo puse en el bolsillo del pantalón. —Él apagó el coche y sacó la llave del contacto—. Por suerte cuando me metieron en el coche pude cogerlo y se lo

eché en los ojos.

Él sonrió por dentro. Realmente Sarah había tenido mucha suerte.

—¿Y los zapatos?

En ese momento ella se mordió el labio, como si estuviese algo intimidada por lo que estaba contándole.

—Se los clavé... los tacones —matizó.

Luego contempló con ojos entrecerrado a Josh, pero una vez más su rostro no transmitía nada.

—¿Dónde?

—En el paladar y en un ojo —susurró como si estuviese avergonzada.

Esta vez en su rostro apareció algo de asombro. Por Dios, esa chica bien podía unirse a su división especial para cazar vampiros. Pero ella debió confundir su expresión porque reaccionó rápidamente. —Él me atacó primero. Fue legítima defensa.

—Ya lo sé —pronunció intentando calmarla, mientras se arrimaba un poco al volante y estudiaba el bloque de pisos que ella había señalado. Era prácticamente un rascacielos de al menos veinte plantas. —Vamos, te acompaño.

Ella no dijo nada, bajó del vehículo dando un ligero portazo. Cuando él se colocó a su lado ella comenzó a buscar en su bolso las llaves que Frankie le había dado.

—Mi tío ha cambiado la cerradura de mi piso —explicó mientras sacaba las llaves.

Nada más entrar, el portal se iluminó por arte de magia debido a los ojos de buey que había en el techo. Todo el portal era de un mármol amarillento que proporcionaba mucha luz. Se encaminó hacia el ascensor, pulsó el botón número once y esperó a que las puertas se cerrasen. Él se mantenía a su lado con las manos en los bolsillos, sin decir nada, aunque ella podía sentir que la observaba con miradas furtivas de vez en cuando.

—¿Dejaste el bolso en su coche?

Ella afirmó lentamente mientras se miraba de forma rápida en el espejo del ascensor.

—Las llaves de casa, mi documentos de identificación, las tarjetas de crédito... Frankie ya las ha cancelado y ha pedido que me hagan una nueva tarjeta del seguro. Respecto al piso, mañana mismo buscaré otro.

Josh obvió decirle que no serviría de nada cambiar de piso, que solo con el sabor de su sangre y el aroma el vampiro podría encontrarla en cualquier parte del mundo, pero ¿para qué iba a decir aquello? De todas formas, por lo que había explicado había dañado seriamente al vampiro y aunque estos sanaban rápido le llevaría al menos tres o cuatro días cicatrizar aquellas heridas y poder servirse de nuevo de su ojo y su boca.

Aún tardaría un par de días en poder localizarla. Salieron del ascensor y caminaron por un largo pasillo de mármol, iluminado con una fuerte luz.

Sarah abrió la puerta con un poco de esfuerzo y entró en el piso. Su hogar, al fin. El piso era

relativamente pequeño, con un salón cocina separado por una barra americana y unos cristales, una sola habitación y un lavabo. Era pequeño, pero acogedor. Vio que Josh se colocaba a su lado mientras encendía la luz, revisando la estancia del comedor cocina rápidamente.

Lo tenía bastante bien decorado. Un piso juvenil. Las paredes eran de un rojo chillón, tenía en el centro del comedor un enorme sofá de tres plazas negro y justo en frente una mesa de cristal y una gran pantalla plana colgada en la pared. Había repisas blancas alrededor de la televisión donde había colocado algunas figuras, Cds de música y un reproductor de Dvd. Un pequeño pasillo conducía al cuarto de baño y a su habitación, que aunque era pequeña, gozaba de buenas vistas. Era una de las cosas por las que había elegido ese piso. Su enorme cama ocupaba casi todo el cuarto, a su lado había una mesita de noche donde tenía su despertador y una lamparita, un armario empotrado y la joya de la habitación: una gran ventana que daba al balcón. Toda aquella pared era una cristalera y, aunque el balcón era reducido, las vistas le gustaban, sobre todo de noche, cuando podía ver desde la cama parte de Brooklyn iluminado. Además, desde esa altura se escuchaban pocos sonidos de coches, esa era otra de las ventajas de tener un piso alto. Se giró y estudió cómo Josh se tomaba la libertad de mirar de un lado a otro el pequeño comedor.

—Un piso muy bonito —elogió.

—Gracias. —Se giró y buscó en su bolso el móvil—. Creo que llamaré a mi tío, a estas alturas habrá acabado con las uñas y habrá comenzado con las falanges —sonrió.

Él la observó y la obsequió con otra sonrisa, pero luego volvió a ponerse serio.

—¿Por qué no le explicaste realmente lo que ocurrió?

Justo iba a marcar el número cuando aquella pregunta la pilló de improviso. Dejó el móvil con cuidado sobre el mármol y lo miró algo angustiada.

—¿Qué le iba a decir? —susurró—. ¿Que un monstruo de piel azulada, dedos esqueléticos y ojos negros me había mordido? Y es más, ¿que parecía disfrutar de lo lindo cuando lo hacía? —Josh apartó la mirada de ella asqueado ante la imagen que había dibujado en su mente—. Me hubiera llevado directamente al hospital y me hubiesen internado en psiquiatría —dijo volviendo a agarrar el móvil. Pero de nuevo el silencio de él la despistó. Levantó la mirada de la pantalla para observar que él se mantenía a escasos pasos de ella, aún examinando cautelosamente su piso. Entrecerró los ojos y caminó en su dirección—. Tú me crees, ¿verdad?

Josh estudió su mirada. Aunque se esforzaba en parecer una chica fuerte podía ver el terror en sus ojos, el pánico.

—Sí —susurró sin apartar la mirada de ella.

Aquella afirmación pareció provocar una oleada de sensaciones en Sarah, quien dio un paso hacia atrás y desvió la vista rápidamente. Él la creía. Sabía que aquello había sido real, que aquel hombre o monstruo o lo que fuese había sido real. Sintió de nuevo cómo sus ojos se humedecían. Intentó controlar la respiración y volvió a mirarle con verdadero pánico. —¿Qué era

esa cosa? —murmuró. Josh hizo un gesto de disgusto.

Aquella pregunta no le había agradado.

—Este es mi número de teléfono personal —dijo pasándole una tarjeta y obviando descaradamente su pregunta—. No vivo muy lejos de aquí, así que cualquier cosa, cualquiera —enfaticó aquella palabra—, avísame. Sea la hora que sea, ¿de cuerdo? —El cambio de tema y la falta de respuesta habían dejado a Sarah descolocada. Tomó la tarjeta y la observó con detenimiento—. Guárdalo en la memoria de tu móvil —aconsejó. Sarah asintió aún en estado de shock. —Tengo que irme —dijo tendiendo su mano hacia ella y acariciando su hombro en actitud reconfortante—. ¿Irás mañana a la oficina?

Ella pareció despertar de sus pensamientos.

—Sí.

—De acuerdo. —Se acercó a la salida—. Cierra la puerta con llave cuando salga y no abras las ventanas. —Ella aceptó—. Llámame para cualquier cosa que necesites, ¿de acuerdo? —Esta vez dio a su voz un tono tierno—. Y no te preocupes. Nos vemos mañana. —Acto seguido cerró la puerta tras de sí dejándola sola en el piso.

Sarah echó la llave tal y como él había dicho, se arrimó a la puerta y pudo escuchar sus pasos y, posteriormente, cómo se abrían las puertas del ascensor. Fue hacia una de las dos enormes ventanas que había en el salón y esperó durante unos minutos para verlo salir por el portal. Se quedó allí quieta, al lado de la ventana, hasta que vio cómo aquel todoterreno arrancaba y se iba perdiendo en una oscuridad cada vez más densa.

La actitud y en parte la honestidad de Josh la habían desconcertado. Él sabía más de lo que decía. Estaba segura, lo había visto en su mirada y en su forma de actuar. Suspiró y se dirigió de nuevo hacia la repisa que separaba la cocina del comedor y grabó el número de él en el móvil antes de llamar a su tío e informarle que estaba bien y que ya se encontraba en casa. Prefirió no mencionar nada respecto a la conversación que había mantenido con Josh. Le dijo que estaba cansada y que se iba a la cama, al instante se despidió y se sentó en el sofá, pensativa. ¿Quién era realmente Josh Gallaher y que estaba haciendo en el distrito de Brooklyn?

El motor del todoterreno rugió mientras avanzaba por las calles. Sarah demostraba una fortaleza fuera de lo normal. Contaba aún con un par de días para poder organizar su equipo y prepararse bien antes de que la volvieran a atacar. Pero aquellas marcas que presentaba en la muñeca no se apartaban de su mente. No tenía duda, había sido un vampiro nuevo. Hoy saldrían a hacer una ronda por la zona y ver si podían cazar algo. La noche anterior ya había visto de lo que eran capaces sus chicos y desde luego no le habían defraudado, eran lo mejor entre lo mejor. No tardó más de veinte minutos hasta que paró frente la puerta elevadiza de su garaje. Las luces se

encendieron en cuanto la puerta subió hasta el techo y aparcó el todoterreno al lado del otro. Acto seguido, se dirigió al ascensor. Nada más llegar a la primera planta notó un magnífico olor.

Casi todos estaban sentados a la mesa excepto Jason que se encontraba al final de la sala, en la pequeña cocina.

—Buenas noches —comentó mientras la mayoría levantaba la vista de la mesa en la que había un montón de documentos esparcidos sobre ella.

—Impresionante —dijo Brad mientras se levantaba y daba unas palmaditas en el hombro de Josh con su peculiar sonrisa—. ¿Sabes que tenemos radares para la localización de vampiros en el todoterreno? —Josh lo miró confuso y Brad rio—. Los todoterrenos disponen de un radar que identifican cualquier objeto que se encuentre a menos de quince grados de temperatura en quinientos metros a la redonda. —Se dirigió a la cocina para coger unos platos. La mayoría de ellos comenzaron a despejar la mesa.

—Será de mucha utilidad —comentó Josh mirando el cuaderno que Brad había estado leyendo. Teniendo en cuenta que la temperatura corporal de los vampiros solía ser de unos diez grados de media, contaba con una diferencia del cinco por ciento. Los detectaría seguro—. ¿Qué tal vosotros?

Todos respondieron con un «bien».

—Hemos acabado de revisar todas las armas.

Comenzaron a sentarse en la mesa arrastrando las sillas.

—Tiene muy buena pinta —felicitó Sean a Jason.

La carne estaba bien hecha y las patatas crujientes.

—Cenaremos y cargaremos las armas en el todoterreno. —Todos observaron a Josh mientras se sentaba al lado de Brad—. Hoy saldremos de caza.

La mesa estalló en un júbilo repentino. Sí, esa era la clase de motivación que quería. Todos estaban deseando salir para realizar su trabajo.

—Tengo nuevas noticias. —Los gritos de alegría cesaron poco a poco mientras Josh comenzaba a cortar la carne—. Hay una octava víctima.

El silencio se hizo presente en la sala y se miraron unos a otros. Incluso alguno de ellos dejó el tenedor con la carne pichada sobre el plato.

—Sarah Griffith —informó introduciéndose un trozo de carne en la boca y fijando la mirada en cada uno de ellos—. Es la sobrina del Inspector de homicidios de la comisaría central de Brooklyn, Frankie Griffith. —Tragó y cortó otro pedazo—. Ella trabaja en la comisaría.

Brad bebió un trago de vino tinto y lo miró.

—¿La conociste ayer?

Josh volvió a tragar otro trozo de carne y, para desconcierto de todos, sonrió.

—Acabo de llevarla a su piso. No está muy lejos de aquí, a menos de veinte minutos.

Las caras de desconcierto le parecieron incluso graciosas.

—¿Está viva? —preguntó Nathan realmente sorprendido. Era el mayor del grupo con treinta y dos años.

—Sí. —Sonrió de nuevo. Tragó otro trozo de carne y volvió a cortar—. Sarah acabó con un vampiro con un spray de pimienta y dos tacones. —Soltó el tenedor sin cuidado y rio de lo lindo—. Impresionante —dijo aún incrédulo.

Una extraña sonrisa de escepticismo se apoderó de todos.

—Debe ser cinturón negro —bromeó Jason.

—Lo vuelvo a dudar —musitó Josh recordando su rostro dulce y su figura delgada y esbelta. —Podríamos ficharla —bromeó—. Escuchad —dijo volviendo a ponerse serio—, hay algo más... La mordieron.

—¿La mordieron? —intervino Nathan de nuevo—. Volverá a por ella —concluyó seriamente—. Si ha saboreado su sangre y su aroma no dudará en volver a buscarla.

—Por lo deteriorado que ha quedado el vampiro, tenemos un par de días antes de que consiga recuperarse del todo. Pero... la marca que tiene es de un vampiro nuevo.

—¿Un vampiro nuevo? ¿Se han reproducido?

—Sí, cuando examiné el cuerpo de la séptima víctima la marca era con toda seguridad de un vampiro antiguo, pero la marca de Sarah... es nuevo, con toda claridad.

El silencio se hizo presente durante unos segundos.

—Realmente no sabemos a la cantidad de vampiros a la que nos estamos enfrentando —habló Brad con solemnidad—. Si se han reproducido puede haber cientos.

—Exacto —afirmó Josh mientras se pasaba la servilleta por la boca—. Pero esta vez podemos adelantarnos a sus movimientos. Sabemos que volverán a por ella y que no tardarán mucho.

—Usarla de señuelo —murmuró Nathan, comprendiendo las palabras de Josh.

Aunque no le gustó nada cómo sonaba aquella palabra, se forzó a afirmar ligeramente con la cabeza.

—Comed, esta noche necesitaréis fuerzas.

9

Brad se había estudiado el manual del todoterreno, por lo que Josh decidió que fuera él quien condujese, sentándose en el asiento del copiloto. Nathan, Ryan y Jason iban en el asiento posterior y Sean se había colocado al final del todo, en uno de los asientos que había en los laterales en la zona forrada con plata y al lado de la trampilla que daba al maletero donde habían metido una gran cantidad de armas, dispuestos a sacarlas en el preciso momento en que detectasen uno de aquellos vampiros.

Se habían puesto los trajes de trabajo para probarlos. A pesar de ser blindados y la fibra hecha de millones de diminutos nanotubos de carbono, se las habían ingeniado para que las prendas fueran flexibles, ajustándose perfectamente a su cuerpo y permitiendo una excelente libertad de movimiento. De color negro, consistía en unos pantalones bastante ajustados y una camiseta de manga larga. Llevaban unas botas de suela gruesa y un cinturón donde podían colocar pistolas, guardar balas y colgar algunas dagas. Con esos trajes no podrían tocarles casi la piel, y aunque Josh y su equipo poseían la capacidad de regenerarse con bastante más rapidez que la del resto de humanos, en realidad necesitaban aquellos trajes para enfrentarse a una multitud de colmillos sedientos de sangre. Sobre todo teniendo en cuenta su saliva mortal. Como precaución, se habían colocado unas camisas de manga larga mientras patrullaban para no llamar demasiado la atención. Brad comenzó a tocar botones y en el ordenador de a bordo apareció un mapa en 3D que indicaba las zonas de calor y frío en un radio de quinientos metros a la redonda.

—Esto es alucinante —exclamó Ryan colocando los brazos entre el asiento de Brad y Josh. Ryan, con sus ojos verdes y su cabello negro, de veintinueve años, sonreía como un niño de siete mientras observaba asombrado.

—Bien, haremos una primera ronda cerca del piso de Sarah, quiero enseñaros dónde vive. Gira a la derecha.

Brad fue siguiendo las instrucciones que Josh le daba. Todos controlaban de vez en cuando el radar. Josh miró el reloj y vio que marcaban las once y media de la noche. Las farolas iluminaban las calles ya bastantes vacías. Solo algunas personas paseaban o hacían footing.

—Menudo ambientazo —dijo Jason desde la parte de atrás del coche. Josh se incorporó en el asiento y miró hacia atrás alzando la mano para captar su atención.

—Atención, buscamos un coche de color oscuro, cinco puertas y todos los vidrios tintados. El ataque a Sarah se produjo en el interior de uno igual. Usan la técnica de la puerta para tirar a la víctima. —Miró de nuevo hacia adelante—. En el siguiente semáforo, gira a la izquierda.

Josh observó la zona que había visitado hacía pocas horas. Cambiaba absolutamente durante la

noche. Brad siguió sus indicaciones, continuó calle abajo.

—Baja la velocidad —apremió—. Planta once —dijo mirando hacia arriba.

—¿Once? —preguntó Sean desde atrás.

—Sí. —Josh se descubrió mirando hacia arriba, inclinando excesivamente el cuello desde la ventana para descubrir que la luz seguía encendida.

Volvió la cabeza y comprobó que Nathan contaba los pisos ayudándose de un dedo.

—La chica está despierta —corroboró.

—O eso... o duerme con las luces encendidas —bromeó Brad—. O tiene compañía.

Josh, sin poder remediarlo, miró con cara de desagrado a Brad, quien debió notar que aquella broma no le había hecho ni pizca de gracia a su jefe, por lo que hizo un gesto nervioso y miró el mapa en 3D con interés.

—Sigue avanzando, vamos. Daremos un rodeo por la zona —comentó colocándose correctamente en su asiento.

Sabía que el distrito de Brooklyn era enorme, pero no podía evitar sentirse más tranquilo patrullando la zona en la que ella estaba, aunque supiese que esa noche y las dos próximas siguientes no corriese peligro.

Volvió la cabeza un segundo para ver el portal antes de girar por el siguiente cruce cuando vio que alguien salía de edificio.

—Quieto —exclamó. Brad paró en seco haciendo que la mayoría de ellos se abalanzasen un poco hacia delante por el frenazo y lo mirasen con cara de mosqueo.

—La próxima vez, avisa antes —recriminó Sean mientras se masajeaba las cervicales.

La mayoría siguieron la trayectoria de la mirada de Josh. Una chica joven con unos tejanos cortos y camiseta de tirantes amarilla salía del portal con una bolsa de basura. Sarah, pensó Josh al fijarse en su esbelta figura. ¿Es qué no podía quedarse en casa quieta? Maldita muchacha.

—Guau, mira eso —dijo Brad acercándose a la ventana de Josh mientras Sarah movía sus caderas hacia el contenedor.

Josh torció un poco su rostro hacia él con cara de desagrado pero se abstuvo de hacer cualquier comentario al respecto.

—Sarah —pronunció suavemente para que todos lo escucharan.

—¿Esa es Sarah? —preguntó Jason.

—Sí.

Todos intuyeron que era mejor no decir nada.

Esperaron hasta que la chica tiró la bolsa en el contenedor y volvió a introducirse en el portal. Josh miró el radar. Al menos esa noche parecía que no tendría compañía.

—Vamos, demos una vuelta.

Circularon de forma lenta por las calles, examinando cada uno de los coches con los que se

cruzaban, parándose a mirar en los pequeños parques que había y deteniéndose en lugares donde no hubiese mucha luz para no ser vistos. Se habían colocado cerca de un parque, justo en un punto en el que no daba mucho la luz de las farolas.

—¡Mierda! Largo de aquí —susurró Sean desde atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan volviéndose algo alarmado igual que el resto de sus compañeros.

—Un puto perro. Se está meando en la rueda.

Josh se giró de nuevo y se apoyó en el reposacabezas. Esa era la parte aburrida de su trabajo, hasta que no localizaran los puntos por donde solían rondar los vampiros tendrían que hacer muchas guardias. Había escogido aquella zona porque era donde la habían atacado a ella, pero también era cierto que no esperaba encontrarse con una manada de vampiros la primera noche que salían. Sería demasiada casualidad, demasiada buena suerte. Justo en ese momento un pitido extraño los hizo incorporarse a todos.

—¿Qué es eso? —preguntó Josh. Brad señaló directamente el radar.

—Mira eso —dijo señalando un punto azul que se movía lentamente por una calle.

Todos los comprendieron al momento.

—¡Arranca! —gritó Josh con urgencia.

Sean se puso manos a la obra. Se arrodilló al lado de la trampilla y fue pasando las armas a sus compañeros. Un fusil de alta precisión para cada uno, una caja de balas forradas en plata y un par de dagas de titanio rodeadas también de una fina capa de plata. Josh se colocó las dagas en el cinturón por inercia y cargó el depósito de balas que le acababan de pasar en la pistola notando el chasquido al encajarlo. Agarró el fusil y lo colocó en el suelo contra la puerta.

—¿Crees que es un vampiro? —preguntó Ryan mientras cargaba también su depósito de balas en el fusil.

—¿Dime otra cosa que tenga una temperatura corporal de menos de quince grados con el calor que hace?

—Me has convencido. ¡Acelera! —gritó.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó Josh estudiando el mapa y el movimiento de aquel punto azul por las calles.

—Unos cuatrocientos metros.

Brad miró un segundo el mapa y cambió de marcha mientras aceleraba.

—¿No estabas deseando enseñarme lo que podía correr esta preciosidad? —preguntó Josh con una sonrisa—. Muéstramelo.

—De acuerdo —sonrió Brad mientras cambiaba de marcha de nuevo y volvía a acelerar—. Pero no os mareéis —rió.

Derrapó hacia la izquierda pillando un cruce y volvió a coger velocidad.

—Doscientos metros —dijo mientras Josh colocaba a su lado un fusil preparado para Brad. Miró de nuevo el radar y esta vez lo observó varios segundos.—Se está moviendo muy rápido — dijo asombrado.

—Va en coche —pronunció Nathan mientras se agarraba a la puerta para no caer sobre Ryan al realizar otro brusco giro.

—No —negaba Brad incrédulo—. Va más rápido.

Josh estudió el mapa un segundo mientras echaba miradas furtivas a la carretera hasta que lo comprendió.

—Está huyendo. Se ha dado cuenta —gruñó.

—¿Pero cómo? —gritó Jason. Josh miró hacia atrás.

—¿Nos siguen?

Sean miró por la ventana trasera.

—No hay ningún coche por detrás.

—¡Joder! —volvió a gritar mientras se colocaba de nuevo en su asiento—. Corre.

Brad aceleraba sin parar, marcaban los ciento treinta por hora cuando se incorporaron con otro brusco derrape a una calle más ancha y transitada.

—Mierda. —Corre... corre... lo perderemos —insistió Josh.

Fue esquivando vehículos avanzando casi a ciento cuarenta por la calle, invadiendo a veces parte de la calzada contraria.

—Guauuu —exclamó Sean esquivando con un sutil movimiento un deportivo. Luego rio de lo lindo mientras escuchaba los largos pitidos—. Envidiosos —gruñó.

—Gira por ahí —gritó Josh señalando la siguiente calle a mano derecha. Brad observó el mapa. —Sigue recto —le corrigió—. Mira la trayectoria de esta carretera.

La siguió con la mirada viendo cómo la franja amarilla que señalaba el asfalto hacia un rodeo por la ciudad prácticamente. Si seguían recto con la velocidad del vampiro sería casi imposible atraparlo, pero si giraban por esa calle era posible adelantarse y acortar. No lo pensó más y, sin poner siquiera el intermitente, giró hacia la derecha. Era un carril de una sola dirección, por suerte estaba vacía aunque una multitud de coches permanecían aparcados. Los edificios en aquella zona eran altos, iluminada por la tenue luz de las farolas.

—Se está alejando.

—Podremos interceptarlo si sigues a esta velocidad. No se desviará —aseguró Josh.

Brad aceleró más por aquella estrecha calle mientras el resto controlaban el radar y veían que el vampiro comenzaba a girar siguiendo la calle tal y como Josh había pronosticado.

—Cuando llegues al cruce detente. —Luego subió un poco más el tono—. ¡Preparaos todos! —gritó agarrando su fusil—. Intentaremos atraparlo vivo.

Brad continuó acelerando mientras observaba cómo aquel punto azul acababa de tomar la curva

y se iba a cruzar con ellos pocas calles más adelante.

—¡Para! —gritó Josh cuando llegaron a un cruce.

Brad frenó en seco y dejó el coche cruzado en medio de la calle. Por suerte no había nadie, solo un gato negro que salió corriendo ante su presencia y subió por la tubería de uno de aquellos altos edificios. Nada más detenerse todos bajaron del coche, pero Brad permaneció allí notificando la situación del vampiro mientras todos se colocaban en línea a lo largo de la estrecha calle, impidiéndole el paso cuando llegase.

—Doscientos metros —les gritó desde el coche—. Ciento cincuenta... —dijo a la vez que bajaba del coche con su fusil y se colocaba en la última posición de la barrera que habían formado.

—Vamos allá —susurró Josh.

Pasaron pocos segundos antes de notar una fina brisa de aire que llegaba hasta ellos.

—Está cerca —anunció.

Dicho esto pudieron observar que una especie de sombra se movía rápidamente hacia ellos, a una velocidad sobrenatural recorriendo los últimos metros que los distanciaban.

—¿Tienes las cadenas a mano? —preguntó a Jason que se encontraba al lado.

—Aquí mismo.

Josh se subió el fusil a la altura del rostro y apuntó directamente hacia aquella sombra negra. Tomó aire calmando su pulso y apretó el gatillo. La bala salió disparada hacia la sombra que avanzaba hacia ellos, pero supo que había dado en el blanco cuando la silueta hizo un gesto hacia un lado, como si hubiese tropezado y posteriormente saltó hacia uno de los altos edificios que se situaban al lado izquierdo, agarrándose a una tubería. Al momento, la sombra comenzó a tomar forma. Su cuerpo ya no era oscuro sino blanco y sus ojos negros los miraban con odio y agresividad mientras les rugía enseñándoles los colmillos. Todos elevaron los fusiles en aquella dirección y comenzaron a disparar mientras el vampiro, con unos movimientos rápidos, esquivaba las balas, desapareciendo de su visión fracciones de segundos moviéndose de una posición a otra. Josh sabía que había acertado con la primera bala.

Aunque sus movimientos eran aún extremadamente rápidos se estaba debilitando. Siguieron disparando mientras recorría el edificio de punta a punta con sus manos y pies enganchados a la fachada, moviéndose con rapidez de un lado a otro.

Fue poniéndose en pie como si estuviese poseído, moviéndose ágilmente a velocidad que el ojo humano no podía captar, pero aun así, pudieron ver cómo iba acercándose poco a poco esquivando las balas.

—¡Joder! —gritó Sean dando un paso atrás pero sin dejar de disparar hacia él—. ¡Muérete cabrón! —dijo apretando más fuerte el gatillo.

Fue visto y no visto, en una fracción de segundo el vampiro ya no se encontraba allí, no estaba

entre aquella lluvia de balas.

Josh elevó la mirada para ver justo que se echaba sobre él, como si apareciese de la nada. Se tiró hacia el suelo mientras cogía la daga de plata y subía la pierna. Nada más tocar el estómago del vampiro lo impulsó hacia atrás haciendo que saliese disparado contra la pared.

Se levantó en una fracción de segundo y entonces fue él el que fue hacia el vampiro, salvando a velocidad impresionante la distancia que los separaba. Lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo elevó con un solo brazo contra el bloque de pisos mientras el vampiro le enseñaba los dientes.

—Ves —dijo con una sonrisa—. Nosotros también sabemos ese truco de correr de un lado a otro.

Agarró la daga y la incrustó en su estómago. El vampiro gritó de una forma atronadora mientras expulsaba un chorro de sangre por la boca. Pero Josh la dejó ahí clavada, aunque sabía que no moriría inmediatamente. Solo podía morir si le cortaba la cabeza o le atravesaba el corazón. No, de esa forma perdería toda su fuerza, sería como un muñeco inerte.

—Las cadenas —gritó hacia Jason.

Comenzó a acercarse de forma rápida con ellas cuando fue apartado del camino por un fuerte golpe y precipitado contra el bloque de pisos.

—¡Cuidado! —gritó Sean mientras volvía a colocar su fusil junto a su hombro y comenzó a disparar—. ¡Hay otro!

Josh se giró justo para ver cómo aquel vampiro avanzaba de forma rápida hacia Sean con los brazos extendidos y esquivando balas, pero sus movimientos eran más lentos que el anterior. Un vampiro nuevo, sin duda.

Josh agarró su fusil y disparó otra ráfaga de balas. Sabía que podría esquivar todas las que le disparasen desde un solo ángulo, pero era un vampiro nuevo y su pericia aún no era absoluta. No tardó en atravesarle el corazón con unas cuantas balas. El vampiro echó otra bocanada de sangre antes de caer agachado en el asfalto con un grito y desintegrarse. Pero algo le llamó la atención, Brad estaba apuntando justo detrás de él. Se giró justo para esquivar las uñas largas del vampiro que intentaban cogerle del cuello, aun así no pudo evitar que su piel se cortase con aquel mínimo roce.

Brad dio un paso hacia delante y disparó directamente al pecho del vampiro que aún permanecía con la daga clavada en el estómago y que no pudo esquivarla al encontrarse realmente debilitado. Se desintegró al momento, sin siquiera llegar a caer al suelo arrodillado.

Josh observó cómo todo su cuerpo se convertía en virutas negras que posteriormente desaparecían en una corriente de aire. Se llevó con cuidado la mano al cuello y notó cómo sus dedos se manchaban de sangre. Se giró directamente hacia sus compañeros aún con el fusil colgando de su mano.

—¿Estáis todos bien? —Desvió la mirada hacia Jason que se levantaba poco a poco tras ser

precipitado contra el edificio con una intensa fuerza—. ¿Jason?

—Todo bien —respondió caminando de forma lenta hacia el grupo.

—¿Y tú? —preguntó Brad que permanecía quieto observándolo. Le enseñó los dedos teñidos de sangre y puso cara de indiferencia.

—Un rasguño sin importancia —dijo acercándose a ellos.

Cicatrizaba rápido, no tenía problemas, en un par de días no tendría ni señal. Fue hacia Brad y colocó su mano sobre su hombro dándole una palmada a modo de gratitud. Al menos los fusiles y todas las armas llevaban el silenciador incorporado y no habían levantado sospechas. Los quería vivos, quería interrogarlos, saber qué estaban haciendo allí. Contempló la estrecha calle y subió su fusil a la altura del hombro.

—¿Tenéis ganas de más juerga? —preguntó mientras se dirigía al todoterreno.

10

Sarah no había podido dormir en casi toda la noche. Se sentó frente a su ordenador con una de las carpetas con multitud de denuncias, dejando la vista fija en el café para llevar que había cogido en el bar de la esquina. Su tío no la había mirado con buenos ojos cuando la había visto aparecer a las ocho y media, pero ahora, cerca de las once de la mañana, habían cesado las miradas y se había encerrado solo en el despacho. Josh no había llegado aún a la comisaría. Quería hablar con él, pedirle un par de explicaciones, pues parecía que confiaba en todo lo que ella decía, debía saber más de lo que aparentaba. Se había puesto unos pantalones de lino blanco, frescos, acompañado de una camiseta de manga azulada a conjunto con sus celestes ojos. Se había maquillado a conciencia intentando borrar aquellos morados en su cuello que habían tomado un color verdoso. Aun así, a pesar de las intensas capas que se había puesto, no había conseguido disimularlos del todo. Comenzó a pasar las denuncias al ordenador cuando Lisa se arrimó a su mesa.

—Ya veo que estás bien —susurró—. ¿Pero me vas a contar lo que te ocurrió?

Sarah dejó de teclear y la miró fijamente. Había intentado evitarla durante toda la mañana para no tener que explicárselo, aunque sabía que no tardaría en volver a insistir. Se acercó un poco a ella y bajó el tono de voz.

—Me atacaron cuando estaban llegando al portal de mi casa —explicó—. Me... me metieron en un coche...

—Dios mío —exclamó Lisa sentándose lentamente, con la mirada fija en ella y una mano tapando su boca con gesto de asombro.

—Intentaron asfixiarme. —Sarah señaló hacia los morados de su cuello.

—Mi niña...

—No fue nada, pude escapar —dijo quitándole importancia, pues sabía que si no hacía eso acabaría llorando a lágrima viva delante de ella y de toda la oficina, y eso era lo que menos quería—. Salté del coche. —Luego alzó su brazo derecho aún vendado—. Me hice algunas quemaduras al rodar por el asfalto.

Lisa parecía estar asombrada. Desde luego no esperaba que hubiese sido un ataque tan fuerte.

—Cuánto lo siento... ¿Y no prefieres quedarte unos días en casa tal y como te dijo tu tío?

Sarah negó con la cabeza.

—No, prefiero hacer como si nada hubiese ocurrido. No quiero volverme una paranoica, ya sabes.

—Claro —respondió sin comprender, con la mirada atónita.

Las horas pasaron concentrada en la pantalla del ordenador, aunque de vez en cuando no podía evitar pensar en la conversación que había mantenido con Josh y en las imágenes que había sufrido en el ataque. Aquellos ojos negros, aquella piel azulada, sus dedos largos y esqueléticos... Se llevó las manos a la frente y suspiró. No podía quitarse de su mente aquella visión, aquellos colmillos clavándose en su muñeca.

No había dejado de darle vueltas a lo que había oído en la reunión especial de ayer. Las víctimas aparecían sin una gota de sangre en su cuerpo. Él la había mordido, había comenzado a succionarle. Cerró los ojos e intentó eliminar la imagen en la que veía su sangre resbalar por su brazo mientras él seguía chupando. Miró hacia el despacho y vio la silla vacía de Josh. Quería hablar con él, necesitaba realmente saber qué era eso, ese monstruo. Un montón de posibilidades se le pasaron por la mente, pero una de ellas sobresalía con más intensidad.

Abrió Internet y escogió un buscador. Sabía que aquello no era buena idea, pero necesitaba saber, y si Josh no venía, nadie podría responder sus preguntas.

Primero buscó por asesinatos en los que las mujeres habían aparecido sin una gota de sangre, pero no había absolutamente nada. Desde luego lo estaban manteniendo en secreto. No era bueno que aquello se filtrase entre la población, podría ocasionar el pánico.

Suspiró y esta vez escribió la palabra que había rondado por su mente durante las últimas horas. Vampiro. Un montón de páginas web aparecieron. Algunas explicaban las últimas películas que se habían rodado, otras hablaban sobre la figura mitológica del vampiro, pero eso no era lo que estaba buscando. Volvió a retroceder hasta el buscador tras leer algunas páginas mientras iba controlando el despacho de su tío y con miradas furtivas observaba a Lisa.

Esta vez tecleó «Existencia real de vampiros», apretó la tecla de buscar y otra lista de páginas web se distribuyó a lo largo de la pantalla. Una de ellas llamó su atención: Enfermedad mental del vampirismo. Se quedó atónita al leer aquellas palabras. Movié rápidamente su mano hacia ese link y pulsó. La página comenzó a descargarse cuando escuchó la voz de Josh al final del pasillo. Miró un segundo hacia donde había escuchado la voz y vio que acababa de salir del ascensor y saludaba con un «buenos días» a uno de los policías que se encontraban en aquella planta, aunque automáticamente se giró como atraído por su mirada. La observó durante unos segundos y siguió caminando.

Sarah cerró rápidamente las páginas web que había abierto y maximizó la del programa informático policial, volviendo su mirada hacia la pantalla.

«¿Había dicho buenos días?», pensó mirando la hora en el ordenador. Era casi la una y media del mediodía.

Josh avanzó y pasó delante de ella sin decir nada, aunque pudo captar su fugaz mirada. Entró en el despacho de su tío y pudo ver a través de la enorme ventana que se dirigía hacia la mesa y charlaba de forma amistosa con Frankie. Aunque le costaba, se forzó a mantener la mirada clavada

en la pantalla y en los informes que tenía delante. Frankie habló con Josh durante varios minutos, informándole de cómo había ido la noche y de los altercados de los que la policía había informado.

Sarah mantuvo la mirada clavada en la pantalla hasta que escuchó que su tío informaba a Josh que iba a comer con Adam, y que si quería podía acompañarlos. Le había hecho incluso gracia escuchar cómo rehusaba de una forma muy educada la invitación, de una forma que nadie se hubiese tomado a mal. Pocos minutos después, Frankie salía con Adam rumbo al ascensor. Escuchó que Josh cerraba la puerta de su despacho y caminaba hacia ella. Se colocó frente a su mesa con las manos en los bolsillos en actitud desenfadada. La verdad es que ese hombre era increíble. Estuvo a punto de dejar caer su mandíbula y comenzar a babear ante él al observarlo. Sus tejanos claros y su camisa marrón claro a conjunto con su ancho cinturón realzaban su figura. Se contuvo y se forzó a mirarlo con indiferencia.

—¿Cómo estás, Sarah? —dijo estudiándola.

Ella se encogió de hombros y desvió la mirada hacia la pantalla del ordenador evitando mirarle.

—Bien.

—¿Has comido ya?

Levantó la mirada despacio y se sintió algo intimidada.

—No... mmm... como con Lisa a las dos y media. —No supo qué otra cosa decir.

Aunque no miraba a Lisa, supo que ella los observaba con ojos abiertos como platos.

—Me gustaría que me acompañaras a comer.

—¿Ahora?

Él asintió.

—Oh, no te preocupes, Sarah —intervino Lisa—. Yo de todas formas tengo mucho trabajo. Comeré algo rápido y volveré. —Luego señaló la gran multitud de carpetas que tenía sobre la mesa. Aunque Sarah sabía que eso era mentira ya que su mesa siempre estaba igual—. Se me está acumulando —sonrió con timidez.

Sarah la miró asombrada. Sabía que Lisa estaba deseando que ella tuviese una cita, pero no tenía por qué ponerlo tan fácil.

—¿Y bien? ¿Vamos? —volvió a insistir Josh con naturalidad.

Sarah grabó la última información que había introducido en el ordenador y lo bloqueó sin decir nada más.

—Está bien.

Luego miró de reojo a Lisa y vio cómo sonreía de aquella forma que tanto comenzaba a detestar. Menuda encerrona le había hecho.

Comenzó a caminar por el pasillo seguida de cerca por Josh.

Notó que él se colocaba a su lado y observó su perfil. Debía estar recién afeitado y duchado porque le llegó un suave aroma a jabón. Era alto. Al menos le sacaba una cabeza y Sarah había decidido ponerse tacones hoy. A la altura del cuello tenía un corte bastante largo que había intentado taparse con la camisa.

—¿Qué te ha pasado en el cuello? —preguntó sin darse cuenta de que verbalizaba sus pensamientos.

Josh la miró mientras las puertas del ascensor se abrían y le indicaba con un sutil movimiento de mano que entrase ella primero.

—Me he cortado afeitándome —mintió.

—¿Te afeitas con un cuchillo de cortar jamón? —bromeó pulsando el botón para descender a la planta cero.

Josh sonrió pero no dijo nada. Se limitó a obsequiarle de nuevo con su maravilloso perfil. Nunca le había ocurrido lo de aquella noche. Pasar toda ella con un pensamiento en mente: Sarah. No dejaba de verla llorar en su despacho, de imaginar el ataque que había sufrido por aquel vampiro, de lo que le hubiese ocurrido si ella no tuviese esa fuerza y ganas de vivir. Le encendía la sangre. Había trazado un plan. Ella no parecía tener ningún compromiso con ningún otro chico, ¿por qué no intentar estar cerca de ella? De esa forma mataba dos pájaros de un tiro. Podría protegerla y a la vez atrapar a un vampiro. Lo que no esperaba era que cuando volviese a verla notase aquella enorme necesidad de abrazarla y apoyarla contra la pared del ascensor para besarla. Sintió incluso cierto alivio cuando las puertas se abrieron y pudo establecer una distancia suficiente para no abalanzarse sobre ella.

Salieron de la comisaría mientras Sarah se colocaba las gafas de sol y se detenía junto a él notando de nuevo el intenso calor.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó algo brusca.

—Hay un restaurante un par de calles más abajo. —Una vez dicho eso comenzó a caminar.

Sarah lo siguió acelerando el paso. Aquel hombre tenía las piernas demasiado largas. En realidad él caminaba como si fuera solo, como si no tuviese compañía en ese momento y eso le enfadó bastante. ¿Para qué quería comer con ella si la ignoraba? Aunque por otra parte, quizás estaba dispuesto a contestar algunas de sus preguntas. Aquello le hizo calmarse un poco.

Cuando llegaron al restaurante, Josh sujetó la puerta para permitir que entrase. Enseguida los condujeron a una mesa para dos. Se acomodaron y el camarero les dio la carta del menú. Sarah abrió la carta mientras observaba furtivamente a Josh que seguía sin decir nada. Desde luego no era un hombre dado a hablar mucho.

Hizo su elección y se puso la servilleta sobre las piernas. Josh dejó la carta en un lado de la mesa y la miró fijamente. Sarah le aguantó todo lo que pudo la mirada, como si fuese un reto, hasta que aquello la desquició y volvió la vista hacia un lado.

—¿Para qué me has traído a comer? —preguntó molesta.

—Para hablar —contestó indiferente.

—¿Sobre qué?

El camarero hizo acto de presencia de nuevo.

—¿Qué van a tomar?

Josh le hizo un gesto con la cabeza hacia ella para que pidiera primero.

—Una ensalada completa y agua —dijo entregándole la carta.

—Solomillo a la pimienta —solicitó Josh dándole su carta también.

—¿Y de beber, señor? —Lo mismo que ella. Gracias.

En cuanto el camarero se alejó Sarah enarcó una ceja y lo miró interrogante.

—Si lo que quieres saber es cómo me encuentro, ya lo sabes... bien, y si lo que quieres saber es si recuerdo algo más de lo que ocurrió, pues no, ya lo leíste en la denuncia que hice.

—No quería hablar de eso.

Ella prosiguió con su mirada interrogante. Pero aquello le dio ánimos para realizar algunas preguntas. Se arrimó un poco más a la mesa y abalanzándose un poco sobre ella bajó el tono.

—¿Qué era esa persona? —Estudió con la mirada a Josh, pero no transmitía nada—. Sé que no era normal. He... he leído por internet que hay gente que tiene una enfermedad que...

—¿Una enfermedad?

—Una enfermedad mental, la del vampirismo, y teniendo en cuenta que ese tipo me mordió la muñeca y succionó mi sangre, creo que podría ser eso.

Esta vez fue Josh quien se pasó varias veces la mano por la mejilla, como si acariciase alguna barba invisible, en actitud pensativa.

—La enfermedad del vampirismo —dijo con una sonrisa—. Ya, mmm... verás, no te he traído aquí para hablar de trabajo. —Ella volvió a enarcar la ceja—. Preferiría hablar de otros temas.

Aquello la descolocó.

—¿Cómo?

—Como... ¿Cómo es que trabajas en la comisaría? ¿Desde cuándo vives sola? ¿Qué haces en tu tiempo libre?

Aquello la dejó aún más descolocada. Así que la había llevado ahí para conocerse mejor, o al menos esa era la impresión que le daban esas preguntas. Ella se encogió de hombros notando cómo su corazón se aceleraba. Está bien, respondería a sus preguntas, pero él debería responder a las suyas.

—Soy licenciada en derecho por la universidad de Columbia —explicó—. Intenté ponerme por mi cuenta o trabajar para algún bufete... pero no hubo suerte, así que mi tío me ofreció trabajar aquí. Hace casi un año. —Tomó aire y lo miró—. Vivo sola desde hace seis años, desde que comencé la facultad...

—¿Y tus padres?

Aquello le hizo poner la espalda tiesa y removerse nerviosa en la silla. No solía hablar con nadie de eso, ni siquiera con Lisa. Se mordió el labio y esquivó su mirada.

—Murieron —susurró.

—Lo siento. —Y pareció que lo dijo con verdadero sentimiento.

—Viví con mi tío y su mujer durante unos años hasta que inicié la facultad. —Guardó silencio unos segundos y prosiguió—. Y respecto a mis aficiones, me gusta pasear, leer... —Luego sonrió—. Me encanta el cine, escuchar música tumbada en el sofá mientras bebo una copa de vino, sin pensar en nada. —Acabó encogiéndose de hombros—. Supongo que como todo el mundo.

El camarero trajo dos botellas de cristal de agua, las abrió y llenó hasta la mitad cada una de las copas. Posteriormente volvió a alejarse. Sarah dio un trago y depositó con delicadeza la copa al lado de su plato.

—¿Y bien? —volvió a preguntar ella.

—¿Y bien qué?

—¿Responderás tú a las mías ahora? Tú sabes qué era eso que me atacó, ¿verdad? —La chica tenía agallas, desde luego, y era cabezota, muy cabezota. No pudo evitar sonreír. Pero él siguió sin responder, y sin embargo su mirada se volvió de nuevo interrogante, como si la estuviera analizando—. ¿Quieres que te diga lo que pienso que era eso? —preguntó ella al no recibir respuesta. Él asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Un lunático... un loco que se ha escapado de un manicomio y va succionando la sangre a chicas porque el desgraciado cree que es un vampiro. Pero, ¿sabes? —dijo centrando la mirada en los ojos de él—. Que a pesar de saber que era un loco... esos ojos... esa piel... Sé que no llevaba careta ni lentillas. Igual que sé que a ti no te han enviado del Pentágono para resolver este caso.

Aquello descolocó absolutamente a Josh que se rio con una ronca risa. Cuando acabó deslumbró con una sonrisa afable a Sarah.

—Trabajo en el Pentágono desde hace quince años —explicó—. ¿O crees que voy falsificando documentos y luego los entrego a la policía?

Sarah sintió un poco de vergüenza al recibir aquella respuesta. En realidad Josh le había enseñado su placa a su tío y le había entregado unos documentos que estaba segura de que Frankie había contrastado.

—Perdona... —se disculpó encogiéndose en la silla—. Pero es que no comprendo cómo el Pentágono puede estar interesado en estos asesinatos... En principio es un órgano de defensa.

—El Pentágono tiene muchas divisiones.

—¿Y tú a cuál perteneces? Josh suspiró mientras miraba hacia los lados.

—A una especial. —Fue lo único que dijo.

—¿Qué tiene de especial? —siguió retándolo.

—Comprende que no puedo hablar de ciertos asuntos —dijo seriamente.

Sarah tomó otro sorbo de agua.

—Pero te han mandado a atrapar a... eso.

—Exacto.

El camarero llegó con sus respectivos platos colocando delante de cada uno el suyo.

—Que aproveche —dijo con una sonrisa antes de alejarse.

Sarah removió un poco la ensalada. Le habían puesto una suave salsa de hierbas que daba buen aroma. Observó a Josh y pensó en lo que le había dicho. Lo habían enviado para atrapar a aquel monstruo.

—Era extremadamente fuerte... —susurró intentando prevenirlo—. Y se movía... demasiado rápido —dijo como si estuviese recordando el incidente.

Josh observó sus ojos perdidos y su voz temblorosa.

—Tranquila. Ya lo sé.

—Sabes más de lo que dices, estoy segura.

—No me hubiesen enviado a mí si no fuese así.

—Ya —respondió—, y supongo que en la reunión que diste ayer no lo dijiste todo.

Josh enarcó una ceja y sonrió para intentar quitar un poco de tensión al ambiente.

—Se nota que eres licenciada en derecho. Haces buenos interrogatorios.

Ella soltó el tenedor algo enfadada por el repentino cambio de tema, aunque sabía que él lo hacía con toda intención.

—Aunque ya veo que contigo no sirven de nada.

Joshladeó su rostro y emitió un chasquido de fastidio con su lengua.

—Está bien —prosiguió ella—. No me cuentes nada, pero simplemente dime si lo que te he dicho sobre ese... lo que sea... Si he acertado en algo, si tiene que ver con lo que te he dicho que pensaba.

—Puede.

Ella reflexionó sobre su respuesta.

Un perturbado con la enfermedad mental del vampirismo, pero aunque fuese algo de eso su aspecto no era del todo normal. Se obligó a intentar olvidar aquello, notando como el vello de su nuca se erizaba al pensar en lo que podría haber ocurrido si no se hubiese defendido con uñas y dientes, al recordar las fotografías que Josh había mostrado en la reunión del día anterior. Volvió a jugar con el tenedor removiendo la lechuga y volvió a mirarlo mientras un largo suspiro salía de su boca.

—Bueno, ¿y tú? Me comentaste que vivías cerca de aquí —preguntó finalmente dándose por vencida.

De todas formas le había quedado bien claro que él no diría nada que no pudiese decir. Josh

pareció agradecer aquel cambio de conversación, ya que notó desde su asiento que sus músculos parecían relajarse.

—A menos de veinte minutos de tu casa —corroboró.

—¿Y vives solo? —preguntó con cierta timidez. Por Dios, si decía que vivía con su novia o su mujer se desmayaría ahí mismo.

—Vivo con unos amigos. —Sonrió mientras introducía en su boca un trozo de carne.

—Vaya... eso suena divertido.

—Lo es.

—¿Dónde trabajabas antes?

—En Washington... aunque estuve un tiempo en Nuevo México.

—¿Y hace mucho que vives aquí?

Él sonrió.

—Me enviaron desde Washington aquí hace tres días. Los mismos que llevo viviendo aquí.

Ella lo miró boquiabierta.

—Entonces te han enviado especialmente para este caso.

—No exactamente. Me han delegado aquí definitivamente.

Aunque no acabó de entender por qué, aquella respuesta la llenó de felicidad y la tranquilizó en cierto sentido. Volvió a ingerir un poco más de ensalada.

—¿Buscaste el piso por internet? —Él negó. —¿Te lo buscaron desde el Pentágono? —prosiguió ella. Luego lo miró con mirada interrogante—. ¿Y tus amigos? —preguntó con una sonrisa. Él pareció bufar desesperado—. ¿Has venido acompañado para tu misión? —concluyó con una espléndida sonrisa, rebosante de felicidad al ver que le había sonsacado algo que él no quería decir. Como si estuviese realmente orgullosa.

Josh volvió a enarcar una ceja y luego rio. Aquella chica conseguía desconcertarlo del todo, le había hecho bajar la guardia y había logrado sacarle cosas que no debería saber.

—Más o menos —soltó dándose por vencido.

—Bueno —Se encogió de hombros—, me alegro. Es mejor... aquello era... horrible. Es tranquilizante saber que estarás acompañado si pretendes enfrentarte a eso.

Josh la estudió con la mirada ahora serio, parecía que en realidad se preocupaba por su bienestar. Sin poderlo evitar sintió deseos de levantarse y estrecharla entre sus brazos. Decirle que no se preocupase, que él estaría cerca cuando volviesen a por ella, que no permitiría que le ocurriese nada, pero una vez más tuvo que tragarse sus palabras. Si Sarah supiese la de veces que había combatido contra cientos de vampiros él solo, no lo creería, pero al menos sabría que no tenía por qué preocuparse por él, pero eso era algo que no podía decir ni hacer.

—No estoy solo en esto —le susurró intentando calmarla—. Pero Sarah, eso es algo que...

—Tranquilo —le cortó—. No le diré nada a mi tío, así que no temas por eso.

Él asintió y volvió a ingerir otro trozo de carne.

Pasaron el resto de la comida charlando, sobre todo de ella, de su etapa de universidad, de su infancia con sus padres, dado que él no parecía querer hablar de la suya. Cuando acabaron, Sarah miró el reloj y se sorprendió al ver que marcaban casi las tres y diez.

—Madre mía —exclamó mientras Josh pagaba la cuenta—. Se me ha pasado volando.

Salieron del bar y esta vez se dirigieron hacia la comisaria manteniendo una animada conversación.

11

Josh había entrado al despacho sin decir nada más, pero Sarah observó cómo su tío lo miraba fijamente mientras iba hacia su silla de cuero. No pasaron más de diez segundos sin que Lisa hiciera un comentario al respecto.

—Interpreto por esa sonrisa que no ha sido tan desagradable, ¿no?

Sarah se encogió de hombros para quitarle importancia al asunto.

—Para nada.

Aquella respuesta fue la que Lisa estaba esperando. Desvió un segundo su rostro hacia Josh y luego volvió a mirarla a ella.

—Me alegro... Me alegro mucho.

—Lisa... —musitó ella advirtiéndole de que no fuese por ese camino. Intentó concentrarse en el trabajo, pero no había manera. Aquella sonrisa, aquellos ojos marrón claro, su voz... no podía evitar dejar vagar su mente. ¿Se había vuelto tonta? Solo hacía tres días que lo conocía y no podía apartarlo de sus pensamientos.

Solo había salido con un chico y fue durante su etapa de universidad. Su relación había durado tres años, lo suficiente para escarmentarla y decidir que quería estar sola durante un buen tiempo. De eso hacía ya tres años y desde entonces no había estado con nadie. Pero ahora, se encontraba a gusto en su compañía y deseaba con todas sus fuerzas que la mirase, le sonriese.

Aquel trágico episodio que había ocurrido hacía dos noches debía de haberla trastornado, pero lo cierto es que no era difícil sentirse atraída por Josh. Maldita sea, le resultaba muy difícil concentrarse, ¿qué era lo que le estaba ocurriendo? Cuando fue su hora de marcharse vio que Josh también se levantaba. Como si le hubiese leído el pensamiento. Se colocó el bolso en el hombro y se acercó un poco tímida a la puerta del despacho.

—Frankie —dijo casi en un susurro—. Me marcho a casa. Hasta mañana.

Frankie sonrió a su sobrina, pero miró a Josh mientras también tomaba su maletín, algo inquieto y cohibido. Sarah se dirigió al ascensor. Pulsó el botón y esperó a que llegase mientras veía cómo Josh salía del despacho y caminaba hasta donde se encontraba ella. Se paró a su lado y sonrió. Ella vio que Frankie los observaba, luego miró de forma interrogante a Josh. Las puertas del ascensor se abrieron y Sarah entró primero. Su nerviosismo iba creciendo. Cuando Josh se colocó a su lado apretó el botón y volvió a meterse la mano en el bolsillo.

—Te llevo a casa —dijo sin mirarla.

Sarah entrecerró los ojos y lo estudió.

—¿Te lo ha pedido mi tío? —preguntó de forma acusatoria.

Josh se giró hacia ella con una extraña sonrisa en sus labios.

—No —admitió. Luego se encogió de hombros.

Sarah se mordió el labio, pero no dijo nada más al respecto. Si él se ofrecía a acompañarla a su casa no iba a protestar.

Salieron de la comisaría mientras el sol los bañaba. Aunque el calor a las seis y media de la tarde era fuerte no era como el de medio día. Siguió a Josh a la calle posterior donde en un pequeño descampado aparcaban la mayoría de los trabajadores. Ella no tenía necesidad de tener un vehículo, de hecho, ni había aprendido a conducir, ¿para qué? En Nueva York era una pérdida de tiempo intentar dirigirse en coche a algún sitio a las horas punta, que justamente coincidían con su horario laboral. Aparte, le encantaba tomar el transporte público, más rápido y sin problemas de aparcamiento. Se subió al todoterreno acomodándose en el lado del copiloto, sobre los asientos de cuero color crema.

—No tienes por qué hacer esto —susurró tímidamente. No quería que se sintiese responsable de ella y se viese obligado a llevarla a casa cada noche.

—Ya lo sé. —Le sonrió y puso primera mientras comenzaba a avanzar—. Igualmente no tengo casi que desviarme para llegar a mi casa.

Ella aceptó y se quedó en silencio viendo a la gente pasear por la acera. Josh sabía que aún no había peligro para ella, que era poco probable que el vampiro ya se hubiese recuperado y además aún no había oscurecido, pero en cierto modo sentía satisfacción al acompañarla, al tenerla cerca. Esa noche volvería a patrullar por las calles cercanas a su piso ya que la anterior noche había sido productiva. Aunque tras su primera lucha el radar no había vuelto a detectar ningún vampiro más, sabía que por ahí había movimiento y más habría en cuanto al que ella atacó se hubiese recuperado. Quería conocerse bien la zona antes de que se produjese el nuevo ataque. Giró varias calles recordando el camino del día anterior y bajó la visera para cobijar sus ojos del sol bajo pero intenso.

—Ayer por la noche estuve mirando pisos —comentó Sarah.

—¿Para qué? Se volvió hacia él.

—Para mudarme. No me hace gracia que se quedase con mi bolso. Llevaba todos mis documentos.

—Ya. Me dijiste que habías cambiado la cerradura, ¿no?

—Mi tío la cambió.

Josh volvió a pensar que no le serviría de nada cambiar de lugar para vivir, pero, obviamente, no iba a decírselo, no quería asustarla más.

—¿Guardaste mi número en tu móvil? —preguntó mirándola un segundo mientras se incorporaba a otra calle.

—En cuanto te fuiste.

—Muy bien. ¿Encontraste algo? —preguntó volviendo al tema principal.

—Poca cosa. La mayoría están bastante lejos del trabajo y la renta sube. —¿Buscas de alquiler?

—Claro —respondió como si pagar una hipoteca no estuviese en sus planes de momento.

—Si quieres puedo informarme sobre algo.

Sarah se quedó pensativa unos segundos.

—Pues te lo agradecería.

Cuando llegaron al semáforo y giraron a la izquierda, se detuvo al lado del contenedor igual que la noche anterior y apagó el coche.

—Vamos —dijo apeándose del vehículo. Sarah se quedó algo inquieta cuando lo vio bajarse. ¿Iba a acompañarle otra vez hasta su puerta?

Prefirió no decir nada y bajó del coche mientras él apretaba el botón para bloquear las puertas del todoterreno. Buscó en su bolso las llaves y abrió la puerta.

—Al menos aquí se está más fresco. —Sonrió mientras avanzaba al ascensor seguida por Josh.

Subieron y fue él mismo quien apretó la planta once.

—¿Te gustan las alturas?

Ella le sonrió.

—Bueno —se encogió de hombros—, no me desagradan. En realidad no le doy importancia. Pero en una ciudad tan ruidosa se agradece estar un poco alto. Sobre todo por la noche —reconoció—. ¿No te gustan las alturas?

—Tampoco le doy importancia. —Se introdujo las manos en los bolsillos y observó cómo el panel electrónico iba dibujando los números de las plantas que iban subiendo.

Cuando llegaron a la suya, la acompañó hasta la puerta y ella se dispuso a abrir con cierto nerviosismo. Su presencia tan cerca la estaba afectando. Josh entró al lado de ella y fue hasta la barra de su cocina observando todo a su alrededor. Sarah detectó cómo miraba de un lado al otro con agilidad.

—¿Ocurre algo?

Josh la miró con inocencia.

—No.

Se había situado al lado de la ventana y miraba los pisos de enfrente. Luego bajó la vista hasta su coche.

—¿Sigue ahí? No se lo ha llevado la grúa, ¿verdad? —bromeó Sarah.

Vio el reflejo de su sonrisa en el cristal.

—Sigue ahí.

—Este calor es horrible. —Fue hacia el mando a distancia de su aire acondicionado que reposaba en su pequeña mesa de cristal. Lo pulsó. Entrecerró los ojos y volvió a apretar el botón

de encendido mientras se acercaba más al aparato que colgaba sobre la televisión—. No, no — gimió—. Otra vez no.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que me timaron cuando lo compré. Cada dos por tres se estropea.

Josh se acercó y miró el aparato y el mando a distancia.

—¿No se te habrá acabado la pila?

Lo miró con fastidio y soltó el mando sobre la mesa mientras emitía un suspiro.

—La pila es nueva. La puse la semana pasada. —Se cruzó de brazos y bufó. Luego se encaminó hacia la ventana y fue a abrirla—. ¿Quieres tomar algo?

—No, no lo hagas.

—Aunque no me guste nada este calor no me voy a arrojar por ella —bromeó. Fue hacia ella y cerró la ventana con celeridad.

—No la abras —le dijo casi en un susurro.

Ella lo estudió de nuevo.

—¿Por qué?

—Tú hazme caso. Deja las ventanas cerradas.

Se separó un poco de él con los ojos entornados.

—¿A qué viene eso? Me... estás asustando.

Josh la miró fijamente, no quería que estuviese asustada, pero era mejor prevenir. Aunque sabía que para un vampiro una ventana no tenía ningún secreto podría localizar más rápido su aroma.

—No tienes por qué preocuparte. —Pero ella seguía con la mirada algo perdida. Miró hacia la cocina y buscó—. ¿Tienes basura que bajar?

—No —respondió desconcertada.

—De acuerdo —dijo mientras avanzaba a paso lento, pensativo hacia la puerta. Ella lo siguió aún contrariada por lo que le había dicho. Abrió la puerta y se giró hacia ella. Tenía los brazos cruzados a la altura de su pecho y su mirada era incluso triste, angustiada. Se acercó un poco y ella elevó sus ojos azules hacia él. Se quedó extasiado mirando aquel azul celeste rodeado de pestañas doradas. Jamás había visto un color tan brillante en unos ojos. Se descubrió recorriendo su rostro, sus ojos, sus pómulos rosados, sus labios carnosos. Ella relajó el semblante impactada por aquella mirada llena de deseo. Sintió cómo Josh se acercaba un poco más a ella se inclinaba sobre sus labios para besarla, pero algo lo detuvo y parpadeó un par de veces. Miró hacia el lado, pensativo, y dio un paso atrás. Sarah se quedó quieta mientras intentaba controlar sus latidos desbocados.

—Llámame si necesitas algo —susurró aún muy cerca de ella.

Se quedó en la puerta extasiada ante su comportamiento, pero lo vio alejarse hasta el ascensor

sin mirar atrás. Nada más cerrarse las puertas del ascensor, Josh soltó una maldición. Sarah iba a volverlo loco. No podía evitar sentirse protector con ella, pero besarla... era lo que más deseaba en ese momento y sin embargo lo que menos le convenía. Por Dios, iba a usarla como señuelo para llegar hasta un vampiro y, sin embargo, no podía evitar notar cómo su cuerpo temblaba al contenerse por no abalanzarse sobre ella. Nada más llegar a la planta baja estuvo tentado de subir y llevarla con él a su casa, allí no correría peligro, ningún vampiro podría entrar para atacarla, ya encontraría otro modo de cazarlos, pero una vez más tuvo que contenerse y hacer de sus manos puños. Saldría esa noche a cazar para intentar aplacar su furia. Mientras, Sarah se dirigió a la ventana para verlo salir del porche como la noche anterior. Justo cuando vio que él salía el teléfono de su casa sonó. Echó un último vistazo rápido hacia Josh mientras abría la puerta de su coche y fue hacia el teléfono.

—¿Sí?

—Sarah —La voz de su tío sonaba desde el otro lado de la línea—, ya estás en casa, ¿te ha llevado Gallaher?

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto subir al ascensor con él, y has llegado más rápido que con transporte público.

—Sí, me ha traído.

Frankie permaneció unos segundos callado.

—Has comido con él, ¿no?

Ella entrecerró los ojos captando su intención.

—Sí. Es nuevo en la comisaría y compañero tuyo. Supongo que le es más fácil entablar una amistad conmigo al ser tu sobrina —se sorprendió excusándolo.

—Ya —dijo no muy convencido.

—¿Ocurre algo?

—No, no cariño, para nada.

Sarah guardó silencio y suspiró.

—¿Y esas preguntas, entonces?

—Nada, era por saber.

Sabía lo que su tío estaba pensando. Tres días hacía que conocía a Josh Gallaher y ya la había acompañado a su casa dos noches y había ido a comer con él. Echó un vistazo a su piso mientras volvía a encaminarse a la ventana. El coche de Josh había desaparecido ya.

—Nos vemos mañana, tío.

—Descansa.

Sabía que las intenciones de Frankie no eran malas y que, obviamente, aprobaba su amistad con él, aunque estaba claro que si su tío no estuviese conforme habría puesto el grito en el cielo. Al menos eso la reconfortaba algo, sobre todo después de parecer intuir en aquella mirada penetrante

el mismo deseo que sentía ella.

Josh aparcó su todoterreno al lado del deportivo y subió a la primera planta. Le impactó ver que no había nadie allí. Se cambió de ropa, subió a la planta de arriba y escuchó que una música electrizante salía del pequeño gimnasio. Todos se encontraban allí. Necesitaba desahogarse, dar unos buenos puñetazos al saco de arena que colgaba del techo. Y en compañía siempre era mucho más entretenido. Entró sonriente y saludó mientras Brad y Jason dejaban sus pesas frente al cristal donde se observaban. Sean y Nathan corrían sobre unas cintas y Ryan estaba tendido en el suelo haciendo abdominales. Ryan fue el primero que se levantó y agarró la toalla blanca secando el sudor de la nuca y los brazos. —¿Qué tal?

—Bien. ¿Entrenando?

Brad no se volvió sino que lo miró a través del reflejo del cristal mientras sostenía de nuevo una pesa con cada mano.

—Manteniéndonos en forma. —Sonrió mientras comenzaba de nuevo su serie de quince.

Josh fue hacia una pequeña estantería y cogió unos guantes de boxeo.

—¿Algo nuevo? —preguntó Jason.

—Nada nuevo —contestó introduciendo las manos en los guantes. Fue hacia el saco y se colocó frente a él. —Esta noche volveremos a salir. Es posible que el vampiro ya comience a recuperarse.

—¿Iremos por donde ayer? —preguntó Sean deteniendo la cinta de correr y saltando de ella.

—Sí. Al menos sabemos que por ahí tarde o temprano aparecerá un vampiro. —Echó su brazo derecho hacia atrás y golpeó con fuerza el saco que salió despedido hacia atrás. Cuando tomó impulso hacia delante dio otro golpe con la izquierda mientras daba unos pasos hacia el lado—. Quiero hacer un plan de vigilancia para los próximos días.

12

Sarah no había pasado buena noche. Se había despertado asustada varias veces al escuchar algún ruido y se había puesto a mirar las ventanas de forma obsesiva. ¿Por qué le había dicho eso Josh? Si seguía a ese ritmo iba a convertirse en una paranoica. Se había dicho a sí misma que era fuerte, que no se dejaría asustar por unas palabras después de todo lo que había logrado superar, pero aquella noche, en sueños, había visto aquellos ojos negros, aquellos colmillos afilados. En cuanto comenzó a amanecer dio un salto de la cama y se metió en la ducha. Se había relajado allí dentro, con agua tibia durante más de media hora. Aunque aquello no había logrado despertarla del todo, al no haber dormido prácticamente en toda la noche, había conseguido activarla un poco. No se secó el pelo, se lo recogió en una cola bien alta dejando que sus rizos rubios cayesen a la altura de sus hombros y se puso una falda azulada y una camiseta blanca con cuello de barca. Volvió al aseo y se maquilló lo suficiente para conseguir un aspecto más saludable.

Logró esconder aquellas horribles ojeras y la palidez de su rostro tras una fina capa de maquillaje y algo de colorete. Se acercó al espejo y observó los moratones en su cuello. No parecía que fuesen a marcharse nunca. Se aplicó en ellos también una buena dosis. Aunque mientras estaba en casa se quitaba el vendaje del brazo, prefería ponerse unas pequeñas capas de venda sobre las quemaduras y sobre la marca que tenía en la muñeca para no rozarlas, pero al aplicarse cada día un par de veces la pomada que el médico le había recetado, notaba que el dolor iba remitiendo y su brazo ya no tenía un aspecto tan horrible. Decidió quitársela y dejar que se ventilase durante el día, aun así cubrió con una pequeña gasa la marca de aquellos colmillos, lo que menos necesitaba es que su tío la viese. Tras coger las llaves y el bolso y asegurarse de cerrar bien la puerta de la casa, salió a la calle.

El día, como de costumbre pasó rápido, tramitando denuncias, rodeada de archivos, pero no pudo evitar desilusionarse a medida que las horas pasaban y Josh no aparecía. El día anterior había llegado sobre la una de la tarde, pero cuando el reloj marcó las dos y media y aún no había hecho acto de presencia, notó que una extraña languidez se prolongaba por su cuerpo. Recorrió el despacho, donde su tío se había mantenido prácticamente toda la mañana encerrado, a través de los cristales y no pudo evitar detenerse en la mesa y silla que Josh ocupaba.

—¿Vamos a comer? —propuso Lisa arrimándose a su mesa.

—Claro. —Le sonrió.

Lisa esperó a que Sarah bloquease su ordenador y cogiese su bolso.

—¿No sabes nada de él? —preguntó con cierta preocupación.

—No. —Se encogió de hombros—. Supongo que tendrá trabajo que hacer por ahí.

—¿Dónde te apetece comer?

—No tengo mucha hambre.

—Podríamos coger algo rápido y comer en el parque.

Sarah se quedó pensativa.

—Sí, me parece buena idea.

Fueron hasta uno de los puestos ambulantes y pagaron cada una un perrito caliente y una Coca-Cola.

Se dirigieron a un parque situado varias manzanas por detrás de la comisaría y se sentaron en un banco a la sombra de un enorme y frondoso árbol.

—¿Al final tu marido se va este fin de semana? —preguntó Sarah mientras se limpiaba con la servilleta.

—Qué remedio. Tiene que ir —dijo como si no hubiese otra alternativa.

—Podéis ir el fin de semana que viene —le animó.

—Es lo que hablamos ayer. —Dio un bocado a su perrito—. Seguramente la semana que viene le dejaré los niños a mi cuñada y nos iremos por ahí.

—¡Oh! Eso es mejor que una simple cena—rio.

—Sí, hemos dicho de pasar el fin de semana en Harrisburg. Está a poca distancia en coche y nunca he ido.

—Te divertirás. Y quiero ver muchas fotos —dijo sonriente.

—Por supuesto. —Acabó su perrito caliente y se levantó para tirar en una papelera cercana las servilletas—. ¿Tienes algún plan para este fin de semana? —preguntó sentándose de nuevo. Sarah afirmó con la cabeza y sonrió.

—Ver alguna película, leer un buen libro, dormir y relajarme.

—¿No has quedado con nadie?

—No me apetece mucho, prefiero descansar. —Se levantó también y tiró las servilletas en la papelera.

Cuando se sentó dio un trago largo a su Coca-Cola.

—¿Por qué no le dices a Josh de quedar?

Abrió los ojos como platos y comenzó a reír.

—Qué va. ¿Qué dices?

—¿Por qué no? Podrías quedar para dar una vuelta. Seguro que el chico te lo agradece.

—Ya has visto que no ha venido a la comisaría, estará ocupado.

—Ya, pero no creo que esté ocupado por la noche. Aunque ahora que lo pienso —dijo reflexionando—, si no viene dudo que puedas invitarle a quedar.

—Tengo su teléfono —reconoció Sarah.

—¿Ah, sí? —Entornó los ojos y la miró. —Te dio su teléfono, ¿no?

Sarah comenzó a reír observando la sonrisa maliciosa de su amiga. Sabía exactamente lo que iba a decir.

—Llámale —dijo animada.

—No.

—¿Por qué? —protestó—. Te llevó el otro día a tu casa y te ha invitado a comer... Vamos Sarah, no seas tonta.

—Eso no tiene nada que ver. Aparte —dijo acercándose un poco más—, él está investigando lo de las muertes de las mujeres, por eso quería hablar conmigo.

—¿Por qué? —Estudió su rostro y abrió los ojos como platos poniéndose muy seria—. Espera... espera... ¿Él piensa que quien te atacó la otra noche puede estar relacionado con esas muertes?

Sarah desechó la idea con la mano, pero luego acabó moviendo la cabeza de un lado a otro pensativa.

—No lo sé.

—Pues si quieres que te diga la verdad... me quedaría mucho más tranquila si no estuvieses sola en casa.

—Ya, y se lo digo a él y no a mi tío, ¿no?

—Él es quien lleva la investigación. Además, Sarah, ¿qué quieres que te diga? No soy tonta... a ti ese chico te atrae, y creo que es mutuo.

—Solo hace su trabajo.

—Ya, por eso te llevó a comer y te llevó a tu casa. Si lo que quería era hablar podría haberlo hecho perfectamente en el despacho.

Sarah suspiró mientras recordaba las conversaciones que había tenido con Josh en la comida del día anterior, había hablado de su trabajo, pero él era reacio a hacerlo, en realidad se había interesado mucho por su infancia, por las cosas que le gustaba hacer.

—Mejor que no —volvió a decir aunque en un susurro.

Lisa bufó.

—Tonta —le contestó también Lisa en otro susurro—. De todas formas no sé qué hay de malo: a ti te atrae, tú le atraes...

—Eso no lo sabes —le interrumpió admitiendo finalmente que Josh no era indiferente para ella.

—Ya, claro, y por eso te mira de esa forma, ¡no te digo! Y te lleva a casa, te invita a comer... y te da su teléfono. Eres muy ingenua.

Sarah se quedó pensativa. Lo cierto es que deseaba verlo más que a nada, además, ¿para qué engañarse? Se sentía segura con él. Miró por el parque y vio que unos niños corrían por la zona de hierba con la pelota en sus pies.

—Uff... no sé.

—Le llamas y le dices: «oye Josh, mira... ¿haces algo esta noche? Es que yo no hago nada y he pensado que como eres nuevo aquí te gustaría ver la ciudad y... como te debo una comida...» —le ofreció la excusa.

Sarah pareció meditar unos segundos.

—¿Y si me dice que no puede o no quiere? Uff... Qué horror verlo el lunes de nuevo.

—¡Qué va!, no lo pintes como que te hace un favor a ti, sino tú a él. Ahí está la clave. Él es nuevo en la comisaría, no conoce a nadie —rio.

—Ay, no sé... —suspiró Sarah.

—Vamos, no vas a perder nada. Si te dice que no, podrás quedarte en casa y disfrutar de tu maravilloso plan de relax, pero si acepta seguro que te diviertes más. —Dio otro sorbo a su lata.

Sarah movió la cabeza aún no muy convencida.

—Qué corte —acabó diciendo.

—A él no pareció darle ninguno cuando te llevó a tu casa e insistió en ir a comer. Ahora es tu turno. —Se arrimó un poco más a ella y sonrió—. Llámale cuando llegues a comisaría.

—Ni hablar. ¿Y si aparece más tarde? Si le llamo lo haré justo cuando me vaya a marchar para casa.

—De acuerdo. Tienes toda la razón en eso —admitió—. A las seis lo llamas —Su tono fue como una orden, pero Sarah seguía pensativa mientras miraba el parque—. No te dirá que no, te apuesto lo que quieras a que acepta la mar de contento y feliz.

—Más te vale después de todo lo que estás insistiendo —rio.

—Si te dice que no, me comprometo a invitarte durante todo un mes a comer. Sarah torció su rostro hacia ella y entrecerró los ojos.

—Sabes que no voy a aceptar eso.

—Pues me comprometo a quedarme contigo... durante un mes hasta que acabes tu jornada laboral. —Luego alzó su mano hacia delante puntualizando cada palabra—. Eso aumenta mi jornada laboral y mi sufrimiento en media hora cada día.

Sarah rio ante la cara de horror que había puesto.

—De acuerdo. Y si un día tengo que quedarme hasta más tarde también deberás hacerlo.

—No hay problema —sonrió ella. Lo que fuese por que Sarah no se quedase sola durante el fin de semana—. Pero un mes.

—Un mes —corroboró ella.

—Aunque no hará falta, sé perfectamente que él aceptará. —Luego se quedó pensativa—. Es más, déjate esa falda, pero la camiseta...

—¿Qué pasa con mi camiseta? —preguntó riendo.

—Ponte el top negro, el de palabra de honor. El que te pusiste la semana pasada. Y el pelo

suelto.

—Espera que acepte. —Suspiró y luego comenzó a reír—. Si no, no podré mirarle a los ojos el resto de mi vida. —Puso cara de susto.

—Qué tonta... Le vas a hacer un favor, recuérdalo.

Cuando pasó la hora que tenían destinada para comer se dirigieron a la comisaria. Sintió cierto alivio cuando vio que Josh no estaba allí. Se había decidido, así que finalmente le diría de quedar para tomar algo, pero sabía que en persona no se atrevería, ya sería bochornoso hacerlo por teléfono como para tener que hacerlo cara a cara.

Las horas que quedaban por delante pasaron de forma lenta, demasiado lentas. Cada vez que escuchaba el ascensor, giraba con cierta rapidez su rostro para descubrir que algún administrativo o policía salía de él.

Decidió que tenía que relajarse. Tampoco pasaba nada por invitarle a tomar algo. Pero cada vez que recordaba la forma en que la había mirado y aquel gesto por el que parecía querer besarla, se echaba hacia atrás. Así que decidió pensar en lo que Lisa le había dicho. Él era nuevo en la comisaría, no había entablado conversación con nadie excepto con Frankie, Adam y ella misma. Él era joven, seguro que le apetecía ir a tomar algo, aunque por lo que había dicho vivía con más gente, gente que había venido a ayudarle en aquella misión. Quizás hubiese quedado con ellos para salir esta noche. De todas formas tampoco pasaba nada, se dijo así misma, tampoco quería ser descortés. Le había acompañado dos veces a su piso, aunque Lisa pensase que solo era una, y la había invitado a comer, le había dado su número de teléfono y le había dicho que le avisase para cualquier cosa, pues invitarle a tomar algo era una de ellas, ¿no?

—Sarah —susurró Lisa—, faltan diez minutos para marcharnos —especificó. Miró el reloj y luego bufó. Cogió su teléfono móvil y lo observó.

—Recuerda —dijo señalando a su amiga—. Un mes entero...

—Sí, sí... pero no me va a hacer falta. —Buscó en su móvil el número que había grabado y levantó el auricular del teléfono de su mesa. Maldita Lisa, la había convencido, le había hecho desear que él aceptase de una forma inigualable, como le dijese que no se iba a morir de la vergüenza.

Suspiró y comenzó a marcar los números mientras se colocaba el teléfono en el hombro. Cuando escuchó que sonaba el tono de las llamadas se giró dando la espalda a Lisa y cerró los ojos mientras notaba cómo su pulso aumentaba.

Josh se había levantado casi a las dos de la tarde. Habían estado patrullando por las calles hasta prácticamente las seis de la madrugada. Pero no había servido de nada, esa noche no había habido movimiento, por lo menos por aquella zona, y tampoco parecía haberlo habido por otras ya

que no había recibido ninguna llamada de comisaría indicando alguna víctima más, tal y como le había pedido a Frankie que le comunicase la noche anterior. Nada más levantarse se había dado una ducha y se había reunido con el resto de sus compañeros para comer. Jason y Sean se habían hecho responsables de hacer la comida. Aunque sin duda no era su especialidad, no lo hacían mal de todo. Tomó una bandeja llena de ensalada y se echó un buen puñado en el plato. Luego se sirvió una buena ración de pescado frito. Hoy podía lanzar el ataque si el vampiro se había recuperado, tenía que trazar con su grupo un buen plan para mantener la zona de Sarah cubierta y tenerla a salvo. No había duda de que ese vampiro tendría sed de venganza y tampoco dudaba de que iría a por ella en cuanto estuviese lo suficientemente fuerte. No se movería de aquel barrio mientras no hubiese acabado con aquel vampiro.

Habían comido de forma relajada mientras intercambiaban opiniones sobre la noche anterior. Aunque sabía que habían tenido mucha suerte al encontrarse con dos vampiros, sabía que no sería así cada noche. No tenían la necesidad de alimentarse cada día ni cada dos. Pero todo dependía de la cantidad de vampiros que hubiese en Brooklyn y de las necesidades de cada uno.

Cuando terminaron y recogieron todo se dirigieron a la segunda planta, a la oficina, para comenzar a trazar el plan. Una vez acomodados, Josh daba las instrucciones para esa noche. Era mejor dejarlo todo claro unas cuantas horas antes de tener que volver a salir, por si surgía alguna duda o bien algún imprevisto que les hiciese modificar su plan.

—No creo que el vampiro tarde más de tres o cuatro días en atacar.

—¿Vamos a dividirnos en grupos? —preguntó Nathan.

—Esa es mi idea. Nos dividiremos en dos grupos. Jason, Sean y Nathan irán en un vehículo. Ryan y Brad irán conmigo. —Todos afirmaron—. Nathan, te harás cargo del grupo.

—No hay problema.

Al menos era un grupo unido y se llevaban bien, no habría problemas de liderazgo y sabía que podía confiar en cualquiera de ellos.

—Uno de los grupos siempre estará frente al piso de Sarah, mientras otro patrulla. Por lo tanto haremos dos turnos. Comenzaremos el trabajo a partir de las once de esta noche. Por lo tanto, de las once a las dos y media el grupo uno —señaló hacia Jason—, patrullará las calles y nosotros permaneceremos frente al piso. De dos y media a seis se hará al revés. ¿Entendido todo? —Todos asintieron—. El grupo que esté patrullando lo hará sin alejarse demasiado, siempre dentro de un margen que permita acudir a ayudar al grupo del piso si lo necesita.

—¿Y si hay vampiros en otro lado?

—El piso de Sarah no se quedará sin vigilancia ni un segundo. A no ser que queramos otra víctima más. El grupo que esté en movimiento deberá encargarse.

—Así será más divertido —rio Brad.

Josh lo miró y medio sonrió. Desde luego no podía tener mejor equipo que ese.

—Eso sí, si en algún momento la cosa se pone fea, por supuesto que se abandonará el piso y se irá a ayudar.

—No hará falta, jefe —respondió Sean con una gran sonrisa—. Por el bien de los vampiros será mejor que se lo piensen dos veces antes de salir a buscar la cena.

—Perfecto. —Los miró seriamente—. Cuando logremos acabar con el vampiro de Sarah cambiaremos de táctica.

—Tranquilo, lo primero es la seguridad de esa chica. Ya sabemos todos lo que ese vampiro piensa hacer, así que lo mejor es quedarse cerca, tarde o temprano aparecerá. —Josh afirmó lentamente mientras escuchaba a Ryan—. Así cazaremos alguno de esos chupasangres seguro.

—Si se produjese algún ataque quiero máxima discreción. Se intentará neutralizar al vampiro sin que llegue a entrar al piso. No esperaremos a tenerlo dentro.

—Eso reduce un poco nuestras posibilidades —comentó Brad con tono complicidad—. Es más fácil cogerlo si esperamos a que este dentro. Así no se irá corriendo.

—Ya, pero es más peligroso para ella.

—Lo pillaremos antes de que llegue —intervino Ryan rápidamente—. Al fin y al cabo siempre lo hemos hecho así. —Brad aceptó sin problemas.

—Bien. —Josh se apoyó sobre la mesa y se cruzó de brazos—. Respecto a las comunicaciones, todos llevaremos el walkie y el móvil. Jason, tú y yo iremos informando como mínimo cada quince minutos, aunque los walkies siempre estarán encendidos para poder escucharnos. Si alguno fallase echaremos mano de los móviles. Respecto a... —Justo iba a seguir cuando notó que su móvil vibraba. Se echó mano al bolsillo y miró la pantalla. Era un número fijo, de comisaría. Notó que sus músculos se ponían en tensión. Se llevó de forma rápida el móvil al oído y descolgó—. Josh —dijo a modo de saludo. Hubo unos segundos de silencio.

—¿Josh? Hola... soy Sarah, ¿qué tal?

Se distanció de la mesa y caminó hacia el final de la habitación mientras sus compañeros le miraban de forma interrogante.

—Hola. ¿Ocurre algo? —preguntó de forma rápida mientras se pasaba la mano por el pelo en actitud nerviosa.

—No, no. —Sarah se removía en su asiento—. Era solo para hablar contigo. ¿Te pillo en mal momento?

A Josh se le cortó la respiración cuando escuchó aquello.

—No, para nada —respondió saliendo de la oficina para conversar tranquilamente.

—Bueno, en realidad era para proponerte algo. —Decidió ir al grano. Su voz sonaba algo nerviosa aunque sin duda estaba sonriendo—. Es viernes, y esta noche no hago nada... Era por si te apetecía ir a tomar algo, o ver alguna película... No sé, como eres nuevo aquí, pensé que quizás te gustase conocer un poco la ciudad. —Guardó silencio esperando respuesta, pero al ver que

Josh no decía nada siguió—. Si no tienes nada que hacer. Si estás ocupado, no te preocupes —susurró.

Josh sonrió.

Sarah se lo estaba poniendo en bandeja. Se pasó de nuevo la mano por el cabello despeinándose mientras notaba que una extraña alegría se apoderaba de él. Se había dicho a sí mismo durante toda la noche que sería mejor mantenerse alejado de ella si quería hacer bien su trabajo, pero en realidad no podía. Se estaba volviendo loco a medida que pasaban las horas y no sabía nada de ella. Por otra parte, lo que ella le estaba ofreciendo le permitía de una forma discreta permanecer a su lado y garantizar su protección de una forma más efectiva.

—Claro —respondió. Sarah miró hacia Lisa un segundo y sonrió haciendo que ella levantara el pulgar hacia arriba en actitud de victoria.

—Pero no podré hasta las diez o así.

—Claro, perfecto —aceptó de forma apresurada.

—Pasaré por tu piso a esa hora, si te parece bien.

—Claro —volvió a repetir.

—Tengo que dejarte. —Miró hacia el interior de la sala y vio que sus compañeros lo observaban con actitud interrogante—. Nos vemos luego.

Colgó y con un suspiro guardó el móvil de nuevo en el bolsillo. Miró su reloj. Las seis de la tarde. Tendría que diseñar un plan nuevo, y estaba seguro de que Sarah no corría peligro hasta que fuese noche cerrada. Sin saber cómo, Sarah había acertado llamándolo a él. Entró en la oficina despacio observando a sus compañeros.

—¿Algún problema? ¿Quién era? —preguntó Brad nervioso.

—Sarah —dijo con indiferencia—. Bien, muchachos, cambio de planes.

13

Sarah fue hacia el despacho de su tío y se apoyó en la puerta mientras Adam y Frankie la observaban.

—Me marcho a casa —comentó ya con el bolso colocado en su hombro.

—Cariño, vente a cenar hoy a casa —dijo Frankie levantándose—. Puedes quedarte el fin de semana allí.

Ella le sonrió. En realidad le estaba agradecida, no sabía qué haría sin él.

—Quizás otro día o mañana... He quedado, tío.

—¿Con quién? —preguntó con indiferencia mientras ordenaba unos documentos. Sarah se mordió el labio y suspiró.

—Con unas amigas de la universidad. Hace tiempo que no las veo —mintió.

No sabía por qué, pero prefería no decirle nada a su tío de Josh, al menos de momento. No quería que él se sintiese intimidado en el trabajo, aunque dudaba que Josh pudiese sentirse así.

—Perfecto. —Pareció que aquello le agrado a su tío. No solía salir nunca con nadie, solía estar en casa todo el fin de semana—. Diviértete, y ya sabes que cualquier cosa...

—Sí, te llamaré —acabó su frase sonriendo.

Ofreció otra sonrisa a Adam y caminó hacia la salida.

Fue pensativa durante el trayecto. Estaba feliz, ansiosa, hacía mucho que no se sentía así, que no sentía esa chispa que la hacía vibrar.

Era importante vestirse bien, pero tampoco quería arreglarse tanto, prefería ir un poco más desenfadada, no tan formal. Llegó a su piso media hora después, tenía tiempo de sobra para ducharse y arreglarse. Cuando terminó abrió el armario y miró detenidamente la ropa que tenía colgada. Finalmente se decidió por unos tejanos claros. Preferiría ponerse falda, pero tampoco quería parecer que se vestía así por él. Estaría más relajada con los pantalones, ya tendría tiempo de ponerse falda el lunes. Miró las camisetas y decidió una camiseta blanca de tirantes con el dibujo de una flor en azul y lila. Quedaría arreglada e informal. Se agachó y miró debajo de su cama donde guardaba una gran colección de zapatos. Se puso unas sandalias blancas con un enorme tacón. Dejó la ropa que había decidido sobre la cama y fue de nuevo al aseo. Recogió todo el baño y miró la hora en el reloj de pared. Las ocho, aún quedaban dos horas.

Josh había rediseñado un nuevo plan. Jason, Sean y Nathan estarían patrullando con el todoterreno. Ryan y Brad permanecería en el otro todoterreno, pero en la calle posterior al piso

de Sarah. Él se quedaría en el piso con ella. Aunque Sarah había hecho referencia a ir a tomar algo o ver una película, se tomaría la libertad de llevar unos cuantos Dvd a su casa, unas pizzas y decidir que había entendido que lo de ver una peli se refería en su casa. Aunque en realidad lo que más le apetecía era tener una cita formal con ella, salir a cenar, tomar algo o dar un paseo, lo más sensato era quedarse encerrado en aquel pequeño piso con ella. Era lo mejor, hasta que cualquier amenaza quedase erradicada.

Jason y Brad le mandarían mensajes a su móvil cada hora para indicar cómo iba y si ocurría algo lo llamarían de inmediato. Cenaron pronto. Cogió tres Dvd de las estanterías sin siquiera mirarlos y a las nueve habían salido ya todos a la calle. El resto del grupo subió en los dos todoterrenos, pero Josh había decidido ir en un coche propio para poder moverse por si ocurría alguna emergencia. Cogió el deportivo plateado y siguió a los dos todoterrenos. Recorrieron la zona examinando algunas calles sin salida que bien podían servirles para tender algunas trampas a los vampiros y acorralarlos. Se habían fijado en los clubs y bares de moda donde la juventud iba y los habían memorizado en el radar para tenerlos controlados. Si aquellos vampiros buscaban gente joven la mayoría podría encontrarla en aquellos lugares.

Cuando su reloj marcó las diez menos cuarto paró frente a una pizzería y pidió tres pizzas.

—Tardarán unos veinte minutos —Le dijo la mujer que se encontraba en caja mientras agarraba el billete. Josh miró su reloj.

—Esperaré.

Cuando le dio las tres pizzas salió al exterior. Dio unos golpes en la puerta y Brad abrió echándose hacia su lado. Entró y dejó las tres pizzas en el salpicadero.

—¿Tanto engulle esa Sarah? No parecía gorda cuando la vimos el otro día — Bromeó Brad.

Josh lo miró y sonrió maliciosamente.

—Me quedo con una. Las otras dos son para vosotros. Hay muchas horas por delante. —Miró el reloj. Las diez y diez. —Sean, pásame una pistola y balas.

Sean abrió la trampa y acogió una pistola Walter del calibre veintidós, puso un cargador de quince balas y lo pasó hacia delante.

—Pásame un par de cargadores más y algunas dagas. Recordad —dijo cogiendo su maletín y observando el cielo. Ya estaba oscuro, solo una fina línea en el horizonte aún permanecía clara—. Avisadme cada media hora o cuarenta y cinco minutos, y cualquier cosa, llamadme.

—Todo controlado —dijo Ryan mientras palmeaba su hombro—. Estaremos cerca en todo momento.

Josh subió al deportivo y le encantó escuchar cómo rugía al acelerar. Encendió las luces delanteras y se incorporó a la carretera. Condujo de forma tranquila controlando el todoterreno que conducía Brad y Ryan y que le seguían. Cuando comenzaron a rodear el piso de Sarah, Josh bajó la ventanilla y sacó el brazo para señalar un sitio donde podían aparcar. Tras girar un par de

veces pasó por el portal de Sarah y miró hacia su piso inclinando la cabeza. Las luces estaban ya encendidas.

Tuvo que dar un par de vueltas y pasar por delante de Brad y Jason varias veces hasta que encontró un sitio donde dejar el vehículo. Aparcó a la primera y bajó agarrando la pizza y el maletín. Cogió el móvil y marcó el número de Brad mientras se encaminaba al portal.

—Brad, voy a subir ya. Avisa a Jason que entro al piso. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. —
Dicho esto colgó y se guardó el teléfono en sus tejanos.

Fue hasta el portal y pulsó el timbre de Sarah. Pasaron varios segundos hasta que ella contestó.
—¿Sí?

—Soy Josh —dijo acercándose al interfono.

Al momento escuchó cómo apretaba el botón para abrir la puerta del portal.

—Sube, tardaré un minuto.

Josh entró al portal mientras arrugaba su frente. Así que ella tenía intención de salir en realidad. Llamó al ascensor y subió. Sarah había dejado la puerta entreabierta. Tendría que darle unas cuantas instrucciones sobre seguridad a esa chica. Empujó la puerta con cuidado y la cerró mientras se introducía en el comedor.

—¿Sarah?

—Estoy aquí —dijo asomándose a la puerta del final del pasillo para volver a desaparecer—.
Perdona, me pongo los zapatos y estoy lista.

—¿Lista? —preguntó como si no supiese de qué hablaba. Sarah volvió a aparecer con un zapato puesto y el otro en la mano. Vestida con unos tejanos, una camiseta blanca y cayéndole por la espalda y sobre el pecho los rizos rubios de su cabello, estaba preciosa.

—Claro, para salir —respondió como si no comprendiese aquella pregunta. Josh le enseñó la caja de la pizza.

—Pensaba que nos íbamos a quedar aquí. Como habías dicho de ver alguna película... —
comentó mientras se dirigía a la barra y dejaba la caja de pizza—. He traído unas cuantas. —Su tono sonó inocente.

Sarah fue hasta él desconcertada, cojeando, con el zapato aún en su mano, se detuvo al inicio del comedor y observó la caja de pizza, luego lo miró fijamente. Estaba deslumbrante. Llevaba sus tejanos oscuros y una camisa negra a conjunto con sus zapatos. Dios mío, ¿cómo podía tenerlo aún a varios metros de distancia y notar aquel nerviosismo?

—Ah —soltó sin saber qué decir.

—Lo siento, te entendí mal.

—No, no... —dijo acercándose un poco a él—. No te preocupes, me parece bien también, y...
te has tomado muchas molestias. —Sonrió mientras se colocaba a su lado—. No tendrías que haber traído nada, tengo comida de sobra.

—Me parecía conveniente.

Se acercó y abrió la caja para observar la pizza.

—Es una «Cuatro estaciones» —comentó él—. No sabía si te gustaría.

—Me encanta. —Le sonrió mientras volvía a cerrarla. Se quedó callada unos segundos. Había imaginado que saldrían a tomar algo, a cenar, dar un paseo o incluso al cine, pero aquello había modificado todo su plan, si incluso había estado mirando por internet la cartelera del cine—. Bien, voy... voy a dejar los zapatos, tú... ponte cómodo —comentó impresionada por el giro de las circunstancias.

Fue hacia su dormitorio y se sentó sobre la cama para quitarse la sandalia y dejarla bajo la cama junto a la otra. Tampoco era mal plan quedarse allí. Notó que todo su cuerpo vibraba al pensar que él se encontraba en el comedor. Se levantó de inmediato y se miró en el pequeño espejo que tenía en el interior de la puerta de su armario. No se había maquillado mucho, lo suficiente para borrar más o menos los moratones del cuello, darse un poco de color y perfilar el claro azul de sus ojos. Se arregló el pelo con las manos de forma rápida, se puso unas sandalias sin tacón y se dirigió al comedor mientras se colocaba un mechón de pelo tras la oreja. Josh se había sentado en un taburete y la observó fijamente.

—Te habías arreglado, lo siento.

—No te preocupes, también me apetece quedarme. No he podido dormir muy bien esta noche —reconoció colocándose detrás de la barra y abriendo una de las puertas de los armarios para sacar unos platos—. Supongo que no tardaré en caer rendida. —Sonrió.

—¿No has pasado buena noche?

Ella negó con la cabeza.

—Me costó dormirme.

—¿Nerviosa?

Ella se giró y depositó los platos sobre la barra junto a dos vasos. Abrió un cajón y cogió un par de tenedores y cuchillos.

—Más o menos.

Josh estudió su rostro mientras volvía abrir otro cajón y extraía unas tijeras de cocina y colocaba unas cuantas servilletas sobre la barra. Observó que se había maquillado, aun así los morados de su cuello permanecían y aún llevaba una venda tapando la zona donde el vampiro había dejado su marca.

—Estás asustada, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Sarah lo miró con ternura mientras se sentaba en el taburete al lado suyo.

—No son recuerdos agradables. —Notó un matiz de tristeza en su voz y eso lo afectó realmente.

Comenzó a trocear la pizza. Josh no pudo evitar llevar su mano hasta la suya y acariciársela

haciendo que soltase las tijeras. La atrajo un poco hacia él y tocó suavemente la venda. La miró a los ojos y notó que estaba algo angustiada. Josh despegó de forma suave el esparadrapo con el que había pegado la venda y comenzó a desenrollarla. A ella no pareció agradarle aquella idea porque intentó apartar la mano, pero él se la retuvo.

—Déjame verla. —No sonó a orden, más bien a petición.

Sarah lo miró, pero él tenía su rostro hacia abajo desnudando su muñeca lentamente. Notó cómo el vello se le erizaba al notar la suavidad con la que movía sus dedos. Dejó la venda a un lado y sostuvo su muñeca para observarla. Tenía una muñeca pequeña, delicada y justo en el centro dos cicatrices. La estudió fijamente. La tenía quemada, como el resto de sus víctimas.

—¿Te duele? —preguntó sin mirarla.

—No —susurró tímidamente. Se la soltó lentamente y la miró a los ojos.

—Déjala sin cubrir. Se secará antes.

—No quiero que mi tío la vea.

—Durante el fin de semana —explicó—. El lunes vuelve a taparla, pero por la noche deja que respire.

—De acuerdo —dijo apartando la mano y rozándose el hombro tímidamente. Volvió a agarrar las tijeras para seguir cortando la pizza. Estaba cicatrizando bien, quizás en una semana ya habría desaparecido, pero lo que era seguro es que le quedarían para siempre dos puntos morados, como dos pecas. La observó apartarse los mechones de cabello un par de veces descubriendo que aquel gesto le encantaba. —Ya está. —Soltó las tijeras en el fregadero mientras dejaba la pizza en medio de los dos—. ¿Qué quieres de beber?

—¿Tienes vino? —Aquello la descolocó un poco—. No estoy de servicio ya. —Acabó sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa y se agachó a un armario que había debajo del fregadero.

—Tengo tinto, ¿te gusta?

—Claro.

Sujetó la botella y la dejó sobre la barra junto a un abridor. Empezó a quitarle la envoltura que rodeaba el tapón.

—Déjame a mí —dijo quitandosela de las manos. La descorchó sin problemas. Cogió los vasos y los llenó hasta la mitad. Sostuvo el suyo y lo acercó a su nariz. —Buen vino.

—Lo tengo ahí hace más de un año. —Luego dio un sorbo. Era dulce. Tenía buen sabor—. Bueno, que aproveche —sonrió a Josh—. ¿Cómo es que no has venido hoy al trabajo? —se atrevió a preguntar.

—He estado ocupado todo el día.

Notó cómo masticaba lentamente la pizza. Recorrió su mandíbula de forma disimulada y bajó hasta el cuello de su camisa, pero algo llamó su atención.

—¿No tenías un corte ayer? —preguntó confundida.

Josh se subió el cuello de la camisa un poco más. Era demasiado observadora.

—Se me ha caído la costra ya.

—No tienes ninguna marca.

Le sonrió intentando quitarle importancia al asunto.

—Claro que a tengo, solo que la intento disimular. —Luego señaló hacia su cuello—. Tus morados están desapareciendo.

Ella se llevó la mano al cuello.

—Demasiado lento —dijo llevándose un trozo de pizza a la boca.

—¿Cómo ha ido el día? Sarah se encogió de hombros.

—Aburrida. Deseando que acabase la jornada.

—¿No quedas con amigos? —Aunque al momento se arrepintió de hacer esa pregunta.

—No tengo muchos amigos —susurró mientras se levantaba y cogía el mando de la tele—. Las de la universidad, la mayoría se marcharon a otros estados y bueno... las otras tienen sus vidas. Quedo de vez en cuando con ellas, pero la mayoría viven en pareja y... es más complicado —dijo sentándose de nuevo apretando el botón de encendido de la televisión.

—A mí me pasa lo mismo —admitió intentando hacerle sentir un poco mejor—. Es complicado comenzar una vida nueva en su sitio nuevo cada dos por tres. Te agradezco que me llameses. —Le sonrió y sin duda Sarah se sintió mejor al escuchar aquellas palabras.

Ella acabó de dar otro bocado y cogió otro trozo mientras Josh le llenaba el vaso de vino.

—No, para, para... —dijo riendo—. Pretendes emborracharme ¿o qué?

Soltó una carcajada y emitió una sonrisa dulce hacia ella.

—Una chica con poca tolerancia al alcohol. Interesante. —Depositó la botella sobre la mesa—. ¿Un brindis? —dijo alzando su copa.

Sarah dejó el tenedor en el plato y cogió el vaso.

—¿Por qué brindamos?

Josh miró hacia los lados y se encogió de hombros.

—Tienes un piso bonito... brindemos por tu piso.

Sarah bufó.

—Vaya excusa más tonta para que beba —rio, pero aún rio más fuerte cuando vio que Josh enarcaba su ceja hacia ella y sonreía—. Está bien. —Elevó su copa un poco más—. Por mi piso.

Juntaron las copas y bebieron un trago largo.

—Pues pensé que a lo mejor no venías... como me dijiste que vivías con esos amigos...

—Compañeros de trabajo —le recordó.

—Eso —dijo recordando—. ¿No sales con ellos?

—Sí, pero no como imaginas. —Ella entrecerró los ojos—. Salgo con ellos por cuestiones de

trabajo.

—Ah. ¿Y qué hacéis? —Josh chasqueó la lengua y observó fijamente a Sarah—. Comprendo —siguió Sarah—. Hay cosas que no puedes decir. —Se encogió de hombros.

—No es por ti —le susurró—. Confío plenamente en ti. Es simplemente... —dijo volviendo su mirada hacia la televisión—. Que hay cosas que prefiero que no sepas.

Aquella sinceridad la dejó aturdida.

—¿Por qué? —preguntó realmente intrigada.

—Créeme, Sarah.

—De acuerdo.

Escuchó un poco la televisión y se concentró en la película. Era realmente sangrienta. Había una guerra y uno de ellos iba con una metralleta derribando a todos sus enemigos.

—Mejor quito esta película mientras comemos. —Cogió el mando y puso el canal de música.

—Gracias —bromeó él—. No quería decírtelo por si estabas realmente interesada en ella.

—Muy cortés por tu parte —rio.

Josh volvió a enarcar aquella ceja en actitud divertida y Sarah ya estaba riendo antes de que comenzase a hablar.

—Se me ha ocurrido otro brindis —dijo agarrando el vaso—. Por la cortesía —pronunció con solemnidad.

Ella volvió a juntar su vaso con el suyo.

—Y por la borrachera que voy a pillar a este ritmo.

—¿Ese es otro brindis, Sarah? —dijo de forma interrogante.

Pero el escuchar su nombre con aquella voz tan varonil y el sabor del vino le hizo comenzar a sentir un calor extraño en el estómago.

—Eso era una afirmación.

—¿Brindamos por eso?

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros—, si no brindamos por eso brindaremos por otra cosa —rio mientras daba otro sorbo.

Josh agarró la botella y volvió a llenarle el vaso. Esta vez Sarah no protestó, dejó que Josh hiciese.

—Sinceramente, creo que quieres emborracharme —le dijo divertida.

—Ya te he dicho que me resultaba interesante.

—Ya, pero dudo que al vecino le resulte así cuando comience a brincar por el piso.

—¿De verdad vas a hacer eso? —preguntó con aquel sutil tono de broma—. Bebe, bebe... —le animó agarrando su copa y pasándoselo.

—Ya, ¿y a ti no te afecta?

Josh se encogió de hombros.

—Está claro que de la misma forma que a ti no.

—¿No? ¿Y cómo te afecta a ti?

Josh soltó un bufido y comenzó a reír.

—¿De verdad me has hecho esa pregunta?

Sarah notó que un extraño brillo se apoderaba de sus ojos y al momento notó cómo su rostro se encendía. ¿Había insinuado lo que había insinuado? ¡Claro que lo había hecho! Carraspeó un poco y bajó el volumen de la televisión un par de puntos.

—¿Mañana no trabajas?

—No —respondió acabando el trozo de pizza—. Aunque si surge algo tengo que estar disponible.

—¿No te estresa eso?

—No. Estoy acostumbrado. Por cierto —dijo cambiando de tema—, me has llamado desde la comisaría, ¿verdad?

—Sí. —Tendrías que darme tú número personal —dijo volviendo la mirada hacia ella.

—Claro —dijo mientras él sacaba de su bolsillo el móvil. Sarah le dijo el número y lo memorizó.

—¿Tienes fijo? —insistió Josh. Sarah le dijo también el fijo de su apartamento y dio otro sorbo. El que le pidiera el teléfono se merecía un brindis, aunque él no fuese a participar. Luego observó el plato de Josh.

—¿No vas a comerte otro trozo?

—No, no tengo más apetito.

Sarah se levantó y dejó los platos y cubiertos en el fregadero.

—¿Tu no comes más?

—No, tampoco tengo hambre —reconoció y fue hacia la nevera—. ¿Quieres algo de postre? Tengo algo de fruta, yogures y... —Luego abrió el congelador—. Helado de vainilla.

—Uff, lo del helado está bien, pero ahora mismo estoy tan lleno que ni me apetece.

—Bueno, si quieres más tarde, ya sabes.

—Claro.

Josh se levantó mientras daba un sorbo a su vaso de vino y la contempló levantarse a su lado. Sarah elevó su rostro hacia él y lo observó unos segundos. Mientras notaba de nuevo que aquella proximidad le ponía nerviosa. Se separó un poco de él y agarró los vaso dirigiéndose al sofá.

—¿Qué películas has traído? —dijo soltándolos sobre la mesa de cristal y sentándose. Josh buscó en su maletín los tres Dvd, con cuidado de no sacar ni las dagas ni la pistola y dejándolo al lado del sofá, cerca por si lo necesitaba. Le pasó las películas y se sentó a su lado.

Sarah las contempló. Godzilla, Depredador y Misión imposible. Menudos peliculones.

—¿Te gusta este tipo de cine?

Josh se arrimó un poco más a ella colocando su rostro al lado del suyo y observó las películas que había cogido. Quizás debería haber mirado cuáles seleccionaba antes de traerlas. Chasqueó la lengua y sonrió tímidamente.

—En realidad las he cogido sin mirar.

Ella rio mientras observaba las carátulas.

—¿Quieres ver alguna en concreto?

Él puso cara de disgusto.

—Casi mejor que no —admitió con una risa de fondo. Dejó las películas sobre la mesa y asió el mando de la tele que había dejado a su lado.

—Quizás comience una película ahora en este canal —dijo apretando los botones.

14

Josh buscó con cuidado su móvil en el bolsillo con la única mano que tenía libre. El otro brazo lo tenía sobre los hombros de Sarah y su rostro reposaba casi sobre su pecho. Tal y como ella le había dicho no había tardado mucho en caer rendida, poco después de comenzar la película la había visto cerrar los ojos de vez en cuando. Su rostro denotaba mucho cansancio. Pocos minutos después debía de haberse quedado dormida pues su cabeza y parte del tronco se había ido desplazando varias veces hacia él, aunque había rectificado innumerables veces y se había puesto recta al notar que se caía hacia su lado, había acabado cediendo.

Josh había pasado su brazo por sus hombros estrechándola contra él, notando su respiración lenta y acompasada. Si hubiesen sido otras circunstancias le hubiera dado las buenas noches y se habría marchado para dejarla acostarse, pero no podía mientras no saliese el sol, y en parte tampoco quería, deseaba quedarse allí junto a ella. Miró la pantalla del móvil y vio que señalaba las dos y diez de la madrugada. Tenía un nuevo mensaje. Lo abrió con cuidado escondiendo su mano de la visión de Sarah por si abría los ojos. Era Brad. «Ningún cambio. Todo tranquilo. Jason igual.» Todo iba como la seda, pero él prefería estar despierto, ya dormiría cuando llegase a su casa. El mínimo despiste podía acabar con la vida de Sarah y pensar en eso le revolvió el estómago. Observó sus rizos rubios caer sobre su pecho y sintió deseos de acariciarlos. Parecían tan sedosos. Se descubrió besando sin darse cuenta la frente de ella, con infinita ternura. ¿Cómo podía sentir eso por ella en menos de una semana? Era la mujer más extraordinaria, valiente y hermosa que había conocido. Sarah abrió los ojos, seguramente al notar el beso, pero no pareció asociarlo con los labios de él, más bien se asustó cuando se encontró abrazada a él durmiendo. Se separó un tanto rápido y se pasó las manos repetidas veces por los ojos mientras Josh la observaba.

—Lo siento. No me había dado cuenta —susurró mientras bostezaba.

—No pasa nada. Estaba cómodo —respondió con una sonrisa. Volvió a bostezar y se desperezó un poco.

—Eso te pasa por intentar emborracharme —dijo mientras se levantaba. Josh rio mientras encogía las piernas para dejarla pasar.

—La próxima vez te hare beber más.

—La próxima vez no habrá vino.

—La próxima vez traeré yo mismo un par de botellas. —Acabó riendo.

Sarah bufó y sonrió mientras iba al fregadero.

—¿Qué haces? —Josh se giró y observó hacia atrás.

—Tengo sed. —Cogió un vaso y lo puso bajo el grifo llenándolo—. ¿Quieres?

Josh se levantó y caminó hacia ella de forma lenta. Le había gustado aquel rato que había pasado con ella entre sus brazos más de lo que había imaginado. Se colocó a su lado y observó cómo bebía mientras una pequeña gotita resbalaba por su barbilla. Sarah pasó su mano sobre la barbilla y le sonrió tímida mientras le entregaba un vaso lleno de agua.

—Esto pasa por beber tanto vino —dijo observando la botella vacía que había depositado en el cubo de basura.

Josh sonrió y se encontró mirando aquellos labios húmedos. Eran tan apetecibles, tan tiernos. Se descubrió una vez más soltando el vaso en el fregadero, acercándose más a ella y rodeando con un brazo su cintura, sin apartar la mirada de sus labios.

Sarah pareció no entender al momento, aunque al elevar su rostro y observar la dirección de su mirada, comprendió. Notó cómo su corazón se disparaba. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Respiró hondo y contempló durante unos segundos aquellos ojos cargados de deseo, tanto que llegó a asustarse. Se distanció un paso de él mirando sus labios, pero el volvió a acercarla con un movimiento de su brazo y la rodeó con el otro también.

—Ven aquí —le susurró mientras paseaba su mano con delicadeza por su cintura. Ella tragó saliva. Por Dios, si eso era un sueño no quería despertarse nunca.

Bajó de forma lenta su rostro clavando su mirada primero en aquellos ojos celestes y luego en los labios hasta que los rozó con los suyos. Eran más suaves de lo que había imaginado. Había deseado hacer eso desde prácticamente la primera vez que la vio y ahora que lo había hecho no había vuelta atrás. Paseó sus labios por los suyos con suavidad mientras ella colocaba los brazos sobre él y se dejaba hacer.

Era tan tierna, tan apetecible. La apretó más contra él y Sarah soltó un dulce gemido mientras sus manos recorrían sus brazos y se juntaban a la altura de cuello. Movié sus dedos y los introdujo en su cabello oscuro con un ligero masaje. Aquello excitó a Josh que volvió su beso más apasionado haciendo que ella separase sus labios introduciendo de forma sutil su lengua. Había imaginado cómo sería ser besada por Josh, pero nada se igualaba a aquello. Notó que su cuerpo reaccionaba y comenzaba a vibrar por el deseo que estaba despertando en ella. Josh bajó sus manos hasta sus caderas y las recorrió con una dulce caricia mientras exploraba su boca. Sabía tan bien, aún tenía un ligero matiz de vino en su lengua. Se separó un segundo y la miró a los ojos elevando una de sus manos por la espalda y acariciándole el cabello rubio. Sus ojos estaban entreabiertos, azulados, brillantes. Volvió a bajar sus labios hasta los suyos y esta vez Sarah notó que había cierta urgencia en ese beso. La guió con sus manos y la apoyó contra la barra de la cocina haciendo que se inclinase un poco hacia atrás. Sarah hundió esta vez todos sus dedos en su cabello mientras le correspondía a ese beso apasionado, pero notó que todo su cuerpo se erizaba cuando él abandonó sus labios para comenzar a recorrer su cuello y sus manos viajaban por su

cintura. Soltó un suspiro en cuanto sintió aquellos labios bajar por su cuello mientras iba recorriéndolo con besos. Abandonó su cabello y se agarró a sus hombros para inclinarse un poco más hacia atrás y así facilitarle el trabajo.

Fue descendiendo sus manos por su espalda ancha, musculosa mientras él llegaba a su hombro y lo besaba. Aquella sensación era tan dulce, tan inesperada. Sintió cierto reparo cuando notó que la mano de Josh comenzaba a subir y se situaba justo debajo de su pecho, como si estuviese esperando a que le diese permiso. Volvió a llegar con su boca hasta su rostro y observó aquellos labios carnosos. Sarah volvió a hundir sus dedos en su cabello mientras inclinaba su rostro hacia él para capturar esos labios. Josh volvió a explorar su boca con impaciencia, sabiendo que ella lo deseaba igual que él.

Subió su mano un poco más hasta que capturó su pecho con una caricia. Sarah arqueó la espalda haciendo que él se excitase más, rozando sus caderas contra las suyas al inclinarse un poco. Aquello fue superior a todo lo que imaginaba y rompió todos los esquemas que Josh había ideado. Bajó sus manos hasta las caderas de ella mientras seguía explorando su boca y la apretó contra él. Ella percibió lo muy excitado que estaba y eso la excitó más si podía. Descendió sus manos hasta sus hombros y se apretó contra él mientras Josh volvía a explorar su cuello sin dejarle apartarse. Si seguía así le haría el amor allí mismo, en la barra de su cocina.

Abandonó sus caderas y tiró de la camiseta de ella subiéndosela. Sarah no se resistió y elevó sus brazos para quitársela con más facilidad. Nada más arrojarla al suelo, Josh la apretó contra él y comenzó a besar su cuello mientras iba bajando hasta la altura de sus pechos. Colocó sus manos en la espalda de Sarah y desabrochó el sujetador de encaje en una fracción de segundo bajando sus tirantes mientras acariciaba sus brazos. Cuando este se unió a la camiseta en el suelo, bajó su rostro hasta uno de sus pechos y capturó uno de sus pezones entre sus labios. Sarah soltó sin poder evitarlo un gemido de placer en cuanto sintió aquella calidez. Fue besando y acariciando con la lengua los pezones hasta que notó que Sarah le estaba desabrochando la camisa.

Se separó un poco de ella para facilitarle su cometido mientras volvía a explorar su boca. A Sarah debían temblarle las manos por el deseo porque tardaba una eternidad con cada botón, o eso debía parecerle a Josh porque retiró sus manos del cuerpo de ella y se desabrochó con urgencia el resto de botones de su camisa arrojándola directamente al suelo.

Tenía poco vello en el pecho, apenas un poco sobre los pectorales. Sarah se descubrió acariciando de forma suave unos abdominales marcados. La rodeó con los dos brazos y se juntó a su torso, notando sus pechos presionándole. Ella no paraba de acariciarle la espalda, pasear sus dedos por su cabello. Bajó su mano hasta una de las piernas de ella y la elevó a la altura de su cadera apoyándola más en la barra y acariciando su muslo con su mano.

Ella colaboraba en todo lo que él hacía, en todo lo que le pedía. La aprisionó entre su cuerpo y la barra manteniendo su pierna alta y apretando sus cuerpos mientras seguía besando su boca.

Nunca había deseado tanto a una mujer, nunca había deseado hacer el amor a una mujer de una forma tan desesperada. Llevó su mano hasta su pantalón y soltó el botón mientras bajaba su cremallera. Sus manos viajaron de nuevo hasta sus caderas haciendo que ella bajase de nuevo la pierna y comenzó a bajar sus pantalones hasta que estos cayeron por su propio peso hasta el suelo. Sarah sacó los pies de él y lo impulsó lejos con un ligero toque. Pero Josh no se detuvo, ya no podía esperar más. La apretó con un brazo contra él mientras con la otra mano se desabrochaba el cinturón y los botones del tejano. Ella le ayudó a bajarlos hasta que también cayeron. Los apartó también con un movimiento de pie y volvió a acariciarla de forma dulce.

Se inclinó un poco pasando un brazo por detrás de sus rodillas y por su espalda y la cogió en brazos. Sarah se agarró a sus hombros mientras la elevaba a la altura de su cintura sin soltar sus labios. Avanzó por el pasillo con ella. Ni siquiera encendió la luz cuando entró al dormitorio, habían dejado la del salón encendida por lo que llegaba una tenue luz que le permitía ver cada parte de ese pequeño dormitorio. Había una fina cortina que dejaba entrever todas las luces de la ciudad. Depositó suavemente a Sarah sobre la cama y se recostó su lado. Era tan esbelta, tan delicada. Se reclinó sobre ella y volvió a besarla con intensidad. Ella se agarró a él como si su vida dependiese de ello.

Hacía más de tres años que no estaba con nadie, solo había estado con un chico, el de la universidad, Michael, y en ese tiempo jamás había logrado experimentar lo que Josh le estaba dando en esos momentos. Se aferró más fuerte a él y correspondió a ese beso mientras notaba cómo colaba un brazo por debajo de su cuello y con la otra mano recorría todo su cuerpo con una delicadeza que jamás pensase que un hombre podría tocarla.

Pasó sus manos por su pecho notando como sus músculos se tensaban allá donde ella ponía sus manos. La mano de Josh descendía hacia abajo hasta que llegó a sus piernas y la acarició mientras ella flexionaba su rodilla. La subió un poco más y fue quitándole las braguitas de forma lenta. Las arrojó al suelo y él hizo lo mismo con su ropa interior. Introdujo su mano entre sus muslos y rozó dulcemente su vello rizado. Sarah comenzó a gemir mientras se abrazaba más a él. Justo iba a bajar su mano para poder darle el mismo placer que estaba recibiendo cuando introdujo uno de sus dedos en ella. Sarah se abrazó a él y gimió de nuevo. Josh no lo soportó más y se incorporó colocándose sobre ella, haciendo que separase sus piernas. La besó introduciendo su lengua con potencia mientras ella colocaba sus extremidades alrededor de sus caderas y notaba sus manos por todo el cuerpo. Josh la observó unos segundos, ella lo miraba con los ojos entrecerrados, respirando aceleradamente, igual que él. Sus labios estaban rojos y húmedos por la pasión de sus besos. Se incorporó y comenzó a introducirse en ella de forma lenta sujetando una de sus piernas al lado de sus caderas. Ella gimió cuando lo sintió en su interior.

Se acercó a él y alzó su cuello para besarlo. La besó de forma apasionada mientras se quedaba quieto saboreando aquella sensación, hasta que poco a poco comenzó a moverse sobre ella. Sarah

respiraba de forma agitada mientras se movía al ritmo de él. Comenzó de una forma lenta, delicada, pero pronto empezó a moverse de manera más rápida. Se agarró más fuerte a él cuando incrementó su ritmo. Pasaron pocos minutos antes de que ella notara cómo comenzaba a romperse por dentro. Le abrazó fuerte y apartó su rostro mirando hacia un lado llegando al éxtasis, pero Josh la sorprendió sosteniendo con una caricia su cara y haciendo que centrara sus ojos en los suyos.

—Mírame —le susurró mientras la besaba—. Mírame, Sarah.

Ella notó que llegaba a la cima del éxtasis y dejaba escapar un grito de placer. Josh no dejó de moverse un segundo mientras notaba cómo se estremecía bajo él, cómo lo abrazaba y volvía a atrapar sus cabellos con los dedos.

Eso es lo que quería, quería que gimiera, hacer que se retorciere de placer bajo él. Sintió que Sarah se relajaba entre sus brazos durante unos segundos, pero poco después volvió a notar cómo sus manos volvían a presionar sus hombros. Josh incrementó más el ritmo mientras ella se retorció de nuevo. Él estaba a punto de llegar a su propio éxtasis. Soltó un gruñido mientras Sarah besaba repetidas veces su hombro y se tumbó sobre ella, intentando no cargarla con todo su peso.

Ella lo aprisionó entre sus brazos mientras él besaba su cuello. Acarició su espalda de forma dulce. Josh la besó de nuevo con intensidad y se tumbó a su lado abrazándola junto a su pecho. Sarah se acomodó escuchando su respiración agitada, nunca había experimentado algo así, nunca había imaginado que pudiese llegar a sentir tanto placer. Pero algo le llamó la atención: su corazón. Aunque su respiración era agitada sus latidos, a diferencia de los suyos no eran rápidos, tenía una frecuencia cardiaca normal, como si en realidad no estuviese tan agotado como su respiración hacía pensar. Se mordió el labio y sonrió de forma suave mientras él acariciaba su hombro.

Josh giró su rostro y la miró. Llevó su mano hasta su mejilla y apartó con delicadeza un rizo rubio.

—Eres preciosa —susurró mientras la acariciaba. Sarah sintió que sus mejillas tomaban un matiz aún más rosado y escondió su rostro contra su hombro mientras sonreía. —¿Estás bien? —preguntó en otro susurró.

Ella afirmó con la cabeza mientras volvía a mirarlo.

—Muy bien —respondió en el mismo tono—. ¿Tú? —preguntó algo tímida.

Josh le sonrió y la acercó con su brazo para besarla de nuevo.

—Muy bien.

Josh la contempló dormida entre sus brazos, tenía una respiración calmada, los ojos cerrados. Le había hecho el amor apenas hacía unas horas y ya la deseaba de nuevo. Había deseado hacerlo

como un salvaje, sin cuidado, pero ella se merecía ternura. Nunca había hecho el amor de aquella forma con una mujer, siempre había sido sin sentimiento de por medio. Ahora era distinto. La observó durante largo rato hasta que escuchó la vibración de su móvil en el comedor. Sacó con cuidado la mano de debajo de su cintura y se levantó de la cama. Se colocó la ropa interior y fue hasta el comedor a paso acelerado. Era Brad. Se llevó el móvil al oído.

—Dime —susurró mientras miraba en dirección al pasillo.

—Está amaneciendo. No ha habido nada. Nos vamos ya.

Aquello le calmó.

—Muy bien. Id a casa y descansad. Nos vemos luego.

Dicho esto, colgó el teléfono. En el reloj digital marcaba las cinco y media. La noche había sido tranquila. Esta noche no habían atacado, pero no tardarían en hacerlo. Sarah. Su dulce Sarah, si le ocurría algo... Tuvo que contenerse para no pegar un grito. ¿Por qué ella? Bufó desesperado y se acercó más al pasillo para observar su figura entre la oscuridad de la habitación, dormida sobre la cama. No permitiría que la dañasen, si hacía falta no se separaría de ella un segundo, pero por Dios que la mantendría con vida a su lado. «A su lado», repitió aquella frase en un susurro. Se tenía que estar volviendo loco. Jamás había pensado así, aunque también era cierto que nunca había sentido algo así. Avanzó por el pasillo hasta la cama. Se tumbó a su lado pasando un brazo sobre su cintura mientras se acercaba a ella. Ahora podía descansar, ya estaba amaneciendo. Ahora ella ya estaba salvo. Debió de quedarse dormido porque cuando volvió a abrir los ojos el sol entraba con fuerza por la ventana. Se pasó la mano por los ojos varias veces acostumbrando sus pupilas. Cogió su móvil y vio que eran las once de la mañana. Se incorporó en la cama mientras miraba hacia el lado donde Sarah debía estar durmiendo, pero se encontró solo en la cama.

—¿Sarah? —llamó con un suave grito. Se levantó al no recibir respuesta y se puso los pantalones con urgencia—. ¿Sarah? —volvió a llamarla mientras andaba descalzo por el pasillo y notaba que su pulso se aceleraba.

—¡Hola! Buenos días —dijo apareciendo tras la barra de la cocina con una gran sonrisa. Tenía una cafetera en la mano y una taza en la otra. Suspiró de alivio e intentó relajarse. Debía de haberse duchado porque su cabello estaba mojado. Vestía unos pantalones cortos color caqui y una camiseta rosada de tirantes—. ¿Café?

Josh fue hacia ella y lo primero que hizo fue cogerla por la cintura y besarla. Sarah no se lo esperaba, pero le agradó que lo hiciera y cuando logró salir de su aturdimiento le sonrió. Cuando había despertado pensó que había sido un sueño, un maravilloso sueño, pero cuando comenzó a tener conciencia de su cuerpo y notó la mano firme de él sobre su cintura y su proximidad, volvió a estremecerse. Había sido real. Y tan real. Se había levantado antes de las diez de la mañana con sumo cuidado para no despertarlo, se había duchado y había preparado café. Inhaló su aroma a

jabón y besó su frente separándose un poco de ella. Sarah se maravilló observando su torso desnudo. Era tan apetecible. Se obligó a apartar la mirada de él y volvió a ofrecerle café con un gesto. El afirmó y luego le sonrió.

—Podrías haber esperado a ducharte conmigo —dijo rodeándole la cintura de espaldas a él. Sarah rio. Se giró y le ofreció una taza de café recién hecho con una cucharada de azúcar. No dijo nada al respecto, pero no se movió de su lado, frente a él. Josh la miró mientras daba un sorbo y luego miró el comedor. Sarah había colocado su camisa negra sobre el sofá. Se separó un poco de ella después de acariciar su mejilla y fue a coger la camisa. —¿Puedo darme una ducha?

—Claro.

—Mmm... ¿Quieres ducharte otra vez? —Sonrió mirándola.

Sarah comenzó a reír ante tanta insistencia. La verdad es que no había nada más excitante que enjabonarlo lentamente con una buena capa de espuma, pero desechó la idea.

—Me acabo de duchar —dijo mientras cruzaba delante de él y se dirigía hacia su cuarto. Llegó hasta su armario y sacó un par de toallas limpias. Josh la había seguido, pero esperaba en la puerta del dormitorio. Pasó a su lado y fue hasta el lavabo mientras le encendía la luz—. En ese armarito tienes todo lo necesario —le informó ofreciéndole las toallas.

—Gracias.

Sarah cerró la puerta tras él y se dirigió a la cocina a tomarse su café escuchando cómo el agua comenzaba a caer en la ducha.

Pensó en Josh pasándose su esponja por todo el cuerpo y sintió como un nudo se le hacía en el estómago. Abrió la ventana y dejó que se ventilara mientras hacia la cama. Hacía calor, el mismo lunes llamaría al técnico para que reparase el aire acondicionado. Escuchó que el grifo de la ducha se cerraba y en pocos minutos la puerta se abrió.

—Estoy en el dormitorio —dijo Sarah. Escuchó los pasos de Josh y lo vio aparecer bajo el marco de su puerta con una sonrisa. Estaba espléndido. Pero su rostro se tornó serio cuando miró hacia la ventana abierta. Se metió en el cuarto y la cerró de inmediato.

—No abras las ventanas, por favor —le pidió. Sarah lo interrogó con la mirada.

—¿Por qué insistes tanto con eso? ¿Es alguna manía tuya?

—Por favor —volvió a pedir.

—Me voy a asar de calor —protestó.

—Hazme caso —dijo esta vez con un tono más serio. Sarah se puso tiesa y colocó las manos en su cintura. Josh sabía que saldría a la calle, pero no era lo mismo dejar su aroma en la calle que brindarle a un vampiro el aroma de su vivienda, donde la encontraría sin problemas por la noche. Y aunque sabía que la hallaría tarde o temprano tanto con la ventana abierta como cerrada, el hecho de que mantuviese su aroma un poco más escondido podría darle algún margen de minutos en la búsqueda del vampiro, algo que podía ser esencial. Tenía que prevenir todo lo que pudiese.

Josh se quedó mirándola y luego recorrió inquieto la habitación. —¿Tienes velas perfumadas?

Ella lo miraba asombrada.

—Creo que guardo algunas velas en el armario del comedor.

Josh aceptó tranquilamente y se acercó a ella. La abrazó para sorpresa de Sarah y le dio un beso en la frente.

—Tengo que irme —dijo con un tono que emanaba tristeza—. ¿Te apetece que quedemos esta noche?

Ella se alejó un poco con una tímida sonrisa en sus labios.

—Podríamos salir hoy si te apetece —dijo con una alegría renovada—. Hay un restaurante a unas manzanas de aquí que hacen...

—Preferiría quedarme aquí —le cortó. Luego miró nervioso hacia la ventana ya cerrada—. Estoy un poco agotado de toda la semana. —Ella se encogió de hombros—. Ya saldremos otro día —dijo agarrándole la mano y con una dulce sonrisa dibujada en su rostro. Sarah no pudo negarse, pero de nuevo Josh se puso serio—. Necesito que me hagas un favor.

—Claro.

—Por favor, pon velas perfumadas por toda la casa. —Ella enarcó una ceja.

—¿No... no te gusta cómo huele? —preguntó un poco avergonzada.

—No, no es eso, Sarah... —Luego suspiró—. Por favor, hazme caso, es importante. —Miró hacia el pasillo y luego se volvió a observarla—. Ponlas cerca de las ventanas, y no las abras.

—¿Pero a qué viene todo esto? —Su voz sonaba angustiada—. Me vas a asustar al final.

—Prométeme que lo harás.

—Esto no me gusta —dijo soltándose de su mano y alejándose un poco de él. Josh se pasó la mano por el cabello y la miró angustiado.

—Te lo explicaré todo, pero por favor, debes hacerme caso.

—¿Cuándo? —Se cruzó de brazos—. ¿Cuándo me vas a explicar de qué va todo esto?

Josh no respondió a eso, se limitó a observarla fijamente, sin ninguna expresión en su rostro.

—En cuanto pueda —acabó susurrando. Volvió a acercarse y le agarró de nuevo la mano—. ¿Te va bien que venga a la misma hora que ayer?

Ella lo miró pensativa y finalmente aceptó.

—Pero no hace falta que traigas nada de cenar, ya haré algo. Se agachó y la besó en los labios.

—Haz lo que te he pedido, por favor —dijo aún sujetándola contra él—. Me quedo más tranquilo —acabó reconociendo.

—De acuerdo. Pero quiero que me expliques de qué va esto.

—Lo haré.

Le dio otro beso y se dirigió hacia la puerta. Cogió su maletín que se encontraba sobre el sofá y soltó una maldición. Por suerte Sarah no lo había abierto. Si hubiese llegado a abrirlo

seguramente lo hubiese echado de su casa. La pistola aún podría haberlo entendido, era policía, pero aquellas dagas... Debía recordar ponerlo en un lugar seguro la próxima vez. Se asomó al pasillo y saludó con la mano a Sarah que aún se mantenía en el dormitorio.

—Hasta luego. Echa la llave cuanto salga.

—Hasta luego —se despidió mientras Josh abría la puerta.

15

Josh aparcó el todoterreno y subió. La casa estaba en total silencio y sabía que sus compañeros estarían descansando después de pasar toda la noche en vela. Entró en su dormitorio, se quitó la ropa y se puso unos pantalones que usaba de pijama. Se tumbó sobre la cama y decidió que intentaría dormir unas cuantas horas más, si no, la próxima noche estaría reventado. Pero las imágenes de Sarah bajo su cuerpo se cruzaban en su mente cada dos por tres haciendo que se estremeciese.

Maldita muchacha, aquello podía perjudicar su trabajo. Mientras volvía a casa había pensado seriamente en la idea de traerla con él, allí estaría a salvo, pero eso quitaría la oportunidad de poder atrapar a ese vampiro, además, ¿cuánto tiempo podría ocultarla allí hasta que ella decidiese salir? No, debía acabar al menos con ese vampiro que la buscaba para que ella pudiese volver a su vida normal y eso solo lo conseguiría si ella permanecía en su casa.

Al menos, el hecho de que él se encontrase con ella hacía que las posibilidades de que el vampiro la atrapase se redujeran casi al cien por cien. Se conocía, ¿y para qué engañarse? Sabía de lo que era capaz. Se le había dotado con unas cualidades especiales que pocos humanos tenían. Y cuando se trataba de Sarah, podía ser mortal para todo aquel que quisiese hacerle daño. Lo tenía claro, y no dudaría en acabar con cualquiera que lo intentase. Pero, ¿cómo reaccionaría ella si supiese realmente a lo que se dedicaba? ¿Si supiese realmente de lo que era capaz? De pequeño su familia le había dicho que era un bicho raro, algo que no debía existir... Poco después había conocido a sus compañeros que disponían de las mismas habilidades. En el Pentágono lo habían tratado con amabilidad, haciendo que no se avergonzase de lo que era, que lo aceptase como parte de él, que era un privilegio. Pero ahora que pensaba en Sarah... no sabía si ella lo vería igual, si ella lo aceptaría como era.

Pasó casi una hora en la cama dando vueltas a sus pensamientos. Cuando vio que sería incapaz de dormirse se levantó, se vistió con un chándal y se dirigió al pequeño gimnasio, necesitaba desahogarse de nuevo. Se puso los guantes y comenzó su personal lucha con el saco de boxeo.

Sarah sonrió mientras se ponía las gafas de sol y escuchaba a Lisa contestar a su llamada con gran interés.

—Cuenta. —Fue lo primero que dijo.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó.

—Bien, ¿Y tú? Dime. —Pues muy bien.

Había comido los trozos de pizza que sobraron de la noche anterior y se había vestido. Había salido a comprar, necesitaba preparar algo bueno para cenar y de paso compraría aquellas velas perfumadas que Josh le había pedido, ya que tras buscar por el armario del comedor solo había encontrado una.

—¿Te divertiste anoche? ¿Cómo fue?

Sarah se mordió el labio y suspiró. Luego volvió a sonreír.

—Genial Lisa, fue muy agradable.

—Te lo dije. Va, cuenta... ¿Qué hicisteis? ¿Dónde fuisteis?

—Pues... se presentó en casa con una pizza y unos Dvd. —¿Y eso?

—Me comprendió mal cuando le dije de ver alguna película. Pensaba que me refería a verla en casa.

—Ah, ¿os quedasteis en casa entonces?

—Sí.

—¿Pero os divertisteis?

Sarah rio de lo lindo.

—Acabamos con una botella de vino —admitió—. Así que imagínate.

Lisa rio y luego notó que se ponía seria.

—No me digas que...

—¿Qué?

—Ya sabes... ¿ha pasado la noche allí?

—¡Lisa! —exclamó al escuchar aquella pregunta.

—Vamos, Sarah... que estoy ya crecidita —dijo en tono de broma.

Sarah se detuvo en el semáforo y miró hacia los lados, como si no quisiese que la gente escuchase lo que iba a decir.

—Se ha ido esta mañana.

Lisa comenzó a reír.

—Así que estáis juntos.

Suspiró.

—En realidad no lo sé...

—¿No lo habéis hablado?

—Pues no. No sé... Esas cosas ya no se hablan, ¿no?

—La verdad es que no entiendo a los jóvenes de hoy en día.

El semáforo se puso en verde y cruzó de forma acelerada. Se detuvo en un escaparate de una tienda y observó un montón de telas, cojines y velas. Entró y saludó con un movimiento de cabeza a la dependienta.

—Bueno, él se ha comportado como si...

—¿Cómo si estuvieseis juntos?

—Sí —respondió tímidamente—. Aunque no me quiero hacer ilusiones.

—Haces bien. Aunque bueno, no parece mal chico.

—Ya. —Se acercó a una estantería y observó la gran cantidad de velas que había.

—¿Se lo vas a decir a tu tío?

—¿Estás loca? —preguntó casi en un grito. Aunque luego bajó de nuevo su tono de voz al ver que la dependienta la miraba extrañada—. Prefiero que no se entere de momento. ¿Entiendes?

—Entiendo perfectamente, me mantendré callada. Soy una tumba. —Pareció intercambiar unas palabras con alguno de sus hijos y luego volvió a la conversación—. ¿Y qué haces? ¿Dónde estás?

—He salido a comprar. —Cogió una vela y la olió, aunque la dejó de nuevo en la estantería—. Vendrá a cenar esta noche también.

—Vaya, si os ha dado fuerte, ¿no?

—Lisa, ayer me agradeció que le hubiese llamado. Me dijo que era difícil empezar en un lugar nuevo y todo eso...

—Ves, encima tendrá que agradecértelo —rio.

Avanzó entre las estanterías y agarró otra vela. La acercó a su nariz y esta vez le gustó el olor. Miró la etiqueta y vio que era de manzana. La cogió y se giró hacia el otro lado.

—Tengo que comprar algo para hacer la cena. ¿Alguna idea?

Lisa se quedó pensativa unos segundos.

—¿Una ensalada de pasta?

—Cenamos pizza anoche.

—Mmm... pues es buena idea, así fresquita.

—Ya, pero muy repetitivo.

—¿Y por qué no haces ese risotto con setas que te sale tan bien?

Sarah se quedó pensativa.

—Sí, creo que haré eso.

—¡Alex! —gritó Lisa hacia su hijo—. ¡Haz el favor de dejar eso en su sitio! Por Dios, Sarah —volvió a la conversación—, este niño va a acabar conmigo. ¿Por qué no vas a jugar con tu hermano? —le preguntó de nuevo a su hijo. Escuchó que suspiraba a través del teléfono—. ¿Me llamarás mañana para decirme cómo ha ido? Tengo que dejarte o esto va a parecer una guerra de trincheras.

—Tranquila. Mañana te llamo. Un beso.

—Otro y divertíos mucho.

Cogió finalmente cuatro velas con olor a manzana, otras dos con olor a vainilla y una con olor a mandarina. Más le valía a Josh que le diese una explicación de todo aquello. Se fiaba de él, sabía que era un chico cuerdo, si le pedía eso algún motivo tendría, pero le asustaba pensar en lo

que podía ser. Lo habían enviado del Pentágono para investigar aquellos asesinatos tan extraños, ella al parecer había estado a punto de ser otra víctima, había visto el asesino... y ahora él le pedía que hiciese eso, que mantuviese las ventanas cerradas y pusiese velas con olor cerca de ellas.

Suspiró y decidió que esta noche le preguntaría sobre el tema. Y le contestaría, vamos que si lo haría. Podía ser muy persuasiva, mucho.

Aunque sabía que Josh no se dejaría engatusar así como así. Miró su reloj mientras volvía a avanzar por la calle rumbo al supermercado. Las cinco de la tarde. Tenía tiempo de sobra. Cuando llegó guardó cada cosa en su sitio y se dedicó a colocar las velas por el apartamento. No paraba de pensar en lo que Josh le había dicho, en la intensidad e insistencia que había puesto en que no abriera las ventanas y en que pusiera las velas. Estaba decidida a preguntarle, pero primero quería documentarse correctamente para saber por dónde atacarlo y si hacía falta, dejarlo sin palabras. Comenzaría investigando por las funciones del Pentágono y luego por la enfermedad mental del vampirismo. Quería empaparse de todo. Encendió el portátil y se puso manos a la obra. Puso la palabra «pentágono» en el buscador y leyó todas las webs que salían. La mayoría hablaban de los atentados terroristas que sufrieron el once de septiembre. Entró en una de ellas y comenzó a leer cosas que ya sabía. Era la sede de defensa de los Estados Unidos, tiene forma de pentágono... pero algo le llamó la atención. Trabajan aproximadamente veintitrés mil empleados civiles y militares y cerca de tres mil empleados de apoyo. ¿Josh sería militar? Aquello le hizo quedarse pensativa. De todas formas ya se lo preguntaría esa noche. En aquella página no ponía ningún dato más de interés, volvía a hacer referencia a los atentados terroristas. Retrocedió de nuevo hasta el buscador y añadió: «Pentágono», «departamentos».

Entró en otra página que le resultó interesante y leyó.

Tenía cinco plantas de altura más dos que eran subterráneos. Aquello debía ser enorme. Durante un segundo imaginó a Josh paseando por aquel edificio, por aquellos pasillos y se le erizó la piel. Siguió leyendo más abajo. Ponía algunos de los departamentos que lo constituían. Secretaría de la defensa, ejército, jefes de personal comunes, de fuerza aérea, marina de guerra y cuerpo de marina.

Fue entrando en cada uno de los departamentos que explicaban. Desechó la primera opción, la secretaría de defensa, ya que parecían ser los consejeros principales del presidente de Estados Unidos en materia de defensa. Josh parecía reunir todas aquellas cualidades, pero no imaginaba a un consejero del presidente en una comisaría de Brooklyn, sino más bien en una lujosa oficina. Respecto al segundo departamento, el ejército, le llamó más la atención. Se dividía en muchos subdepartamentos y puede que en alguno de aquellos fuese donde trabajase Josh.

Leyó las características de cada uno de ellos y pasó a jefes de personal comunes. Fue leyendo cada uno de aquellos departamentos, empapándose de cada una de sus características.

Buscó en otras webs, pero, francamente, tampoco ponía mucho. Normal, en ese edificio se extremaba la seguridad. Pero al menos había encontrado unas cuantas preguntas que hacerle en cuanto tuviese ocasión. Miró el reloj y vio que marcaban casi las seis y media, aún tenía bastante tiempo para seguir investigando. Volvió al buscador y puso las palabras «enfermedad mental del vampirismo». El otro día en el trabajo no pudo estudiar el tema a conciencia, pero ahora se informaría bien. Josh le había comentado que no iba mal encaminada, aunque en realidad no sabía si fiarse realmente de lo que le dijese, le había dicho infinidad de veces que no podía hablar de ese tema con ella. Por lo menos esa enfermedad era lo más parecido a lo que había vivido.

Leyó atentamente las webs que aparecían, pero una al final de la página le llamó la atención: Vampiros, ¿realidad o mitología? Se encogió de hombros y entró en esa web. Había una caricatura en movimiento de un vampiro con colmillos largos y una capa moviéndose. Desde luego, aquello no se parecía a lo que había visto, excepto por aquellos colmillos. Siguió leyendo y le llamó la atención leer que «sentían verdadero placer al clavar sus colmillos en una hembra y extraer hasta su última gota de sangre». Sarah se pasó un poco nerviosa la mano por la frente. Hasta la última gota, repitió en su mente. Todas aquellas víctimas no habían tenido ni una gota de sangre en su cuerpo, tal y como Josh había dicho en aquella reunión.

Se preguntó si una persona con aquella enfermedad mental sería capaz de ingerir toda la sangre de un cuerpo humano. Por lo que sabía, una persona adulta podía tener entre cuatro o cinco litros de sangre. Demasiada sangre para ingerir una persona normal en un día. Y había habido siete víctimas. Sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Miró hacia la ventana y observó las velas encendidas, las ventanas cerradas. ¿Podía ser posible aquello? Negó con la cabeza y comenzó a reír. Debía de estar volviéndose loca, Josh la estaba convirtiendo en una paranoica. Se dijo a sí misma que era mejor dejar aquel tema si quería dormir el resto de su vida. Se levantó y miró el reloj. Se impresionó al ver que marcaban las siete y media pasadas. Estaba pasmada por la rapidez en la que habían pasado las últimas horas y decidió vestirse y arreglar un poco la casa. Fue hacia su dormitorio y se cambió de ropa. Cogió una camiseta de manga corta amarilla con una ilustración de unos ojos azules y una línea curvada a forma de sonrisa y se la puso junto con una falda tejana y unas sandalias amarillas de tacón. Una vez vestida se fue hacia el aseo y se maquilló lo justo para tener buen aspecto, quitarse aquella palidez y taparse los morados del cuello. Se repasó la línea de los ojos un poco y se puso rímel. Una pizca de colorete y brillo de labios.

Cepilló su cabello intentando desenredarlo. Cuando lo consiguió, cogió un pasador amarillo y se hizo un medio recogido detrás, haciendo que los rizos rubios cayeran sobre su espalda y parte de su hombro. Lista. Al menos ya no tenía que preocuparse por su aspecto. No se iba a arreglar más, de todas formas, se iba a quedar en casa aquella noche. Fue hacia la cocina y se puso el delantal. Ya era hora de comenzar a hacer la cena si quería tenerla lista para cuando llegase. Preparó la ensalada y luego continuó con el risotto. Esperaba que a Josh le gustase el arroz con

champiñones. Miró el reloj: las nueve y media pasadas. No tardó en empezar a hacerse el arroz, le añadió los champiñones removiéndolo. Lo tapó y dejó que el arroz acabase de hacerse. Entonces cayó en la cuenta... el vino. Mierda, no había comprado vino. Miró el reloj. Eran las diez menos cuarto. Con suerte estaría abierta aún la tienda que había dos manzanas más abajo. Si iba a paso rápido podría estar de vuelta antes de que Josh llegase. Si llegaba y no abría la puerta estaba segura de que la llamaría, pero si podía volver antes de que él llegase mucho mejor.

Se quitó el delantal, cogió las llaves y salió del piso. Maldita sea, ¿cómo podía haberlo olvidado? Apretó el botón del ascensor y esperó mientras golpeaba con impaciencia con el tacón.

—Vamos, vamos... —La puerta se abrió y apretó el botón de la planta baja. Aquellos minutos le parecieron eternos. Cuando salió al exterior del edificio el cielo estaba casi oscuro, excepto una franja anaranjada que se vislumbraba en el horizonte. Las farolas comenzaban a encenderse. Caminó con paso acelerado en dirección a la tienda. ¿Por qué había tenido que acordarse en ese momento? Había ido al supermercado esa misma tarde... ¡Maldición!, esa era la falta de costumbre de no beber, pero estaba claro que con Josh le apetecía, sobre todo porque sería un poco más fácil dominar los nervios que sentía al estar cerca de él.

—Que esté abierta por favor, por favor... —susurraba mientras se acercaba.

Apretó los puños y bufó.

—Mierda —susurró al ver que tenía echada la persiana metálica. Suspiró y se mordió el labio. Bueno, Josh debería conformarse con agua o Coca-Cola.

Comenzó a avanzar y giró la esquina a un paso ya más tranquilo. ¿Por qué tenía que estar justamente ese día cerrada? No solía acudir mucho a esa tienda... Para un día que podían hacer negocio con ella estaba cerrada. Siguió el camino hasta que le llamó la atención un coche que acababa de aparcar en la acera de enfrente. ¿Ese era el todoterreno de Josh?

Agudizó un poco más la vista y se sorprendió observando a un chico joven, muy atractivo de cabello oscuro y ojos muy claros sentado en el asiento del conductor. El joven pareció captar su mirada, al momento sonrió y le dio la espalda hablando con alguien que lo acompañaba. Josh apareció tras la puerta del coche mirándola asombrado.

—¿Sarah? —preguntó desde la otra acera.

16

Habían distribuido los turnos igual que la noche anterior. Brad y Ryan se quedarían cerca del piso mientras Nathan, Jason y Sean patrullaban las calles. Josh aparcó el todoterreno unas calles por debajo de Sarah, realmente el aparcamiento era horrible en aquella zona. Ya había oscurecido y se disponía a pasar otra inolvidable noche con Sarah. Fue hacia el todoterreno aparcado donde Brad y Ryan le esperaban. Una vez más había dejado que aparcasen primero, de esta forma sabía con precisión dónde se encontraban. Cruzó y se colocó al lado de la puerta de Brad mientras Ryan iba montando las armas en la parte trasera, cargando las balas a los fusiles.

—Menuda mierda de barrio para aparcar —volvió a decir Brad. Habían pasado más de diez minutos buscando aparcamiento para los coches de ambos.

—Y que lo digas.

Josh miró hacia el piso de Sarah, el todoterreno lo habían aparcado en la esquina, aunque con suerte, esa noche tampoco haría falta y podría gozar de otra velada con ella. Brad giró su rostro hacia atrás y gritó hacia Ryan.

—¿Lo tienes preparado ya?

—Sí. —Pasó unos cuantos fusiles a los asientos de delante y Brad los fue colocando en el suelo, ocultos a la vista de cualquier persona. Miró hacia atrás mientras Ryan abría la puerta del maletero y salía de él. —Creo que esa es tu amiguita, ¿no? —dijo sin mirar a Josh, clavando sus ojos en Sarah.

Aquella chica era espectacular, no le extrañaba que su jefe tuviese tantas ganas de acudir a su cita. Josh dio unos pasos hacia el lado y la observó.

—¿Sarah? —preguntó en un tono más elevado. Ella lo miró fijamente y dejó de andar intentando observarlo en aquella oscuridad que comenzaba a gobernar las calles. Definitivamente era ella. Miró a Ryan que salía de la puerta—. ¿Las armas están escondidas?

—Sí —susurró mientras abría la puerta del copiloto y se sentaba.

Josh volvió a colocarse en el mismo lugar desde donde podía ver a Sarah y dio un paso hacia delante. Ella no parecía muy convencida de acercarse, pero ¡qué diablos! Quería ver a esos compañeros de trabajo de los que Josh había hablado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Josh con mal humor mientras ella cruzaba la calle con un paso un poco tímido. Pasó por delante del todoterreno mirando casi al suelo, sin atreverse a mirarle a la cara. No sabía por qué, pero se sentía realmente intimidada.

—He ido a la tienda... pero estaba cerrada —murmuró cuando llegó a su lado. Brad se acercó a la ventana abierta del todoterreno y sacó un brazo por ella observándola con una sonrisa.

—Hola —intervino en la conversación. Josh volvió su mirada hacia él estudiando su rostro sonriente y pareció suspirar mientras le colocaba una mano en la cintura.

—Sarah, este es Brad —dijo señalándolo con la mano y mirándolo con fastidio.

—Encantada.

—Y él es Ryan. —Señaló al chico que se sentaba en el lado de copiloto.

—Buenas —le saludó con un gesto gracioso.

Sarah le devolvió el gesto.

—Son... dos de los compañeros de trabajo de los que te hablé —informó realmente fastidiado.

Tanto Brad como Ryan sonreían sin parar. Pero a Brad... cuando lo pillase a solas iba a recibir una buena paliza. Por Dios, no dejaba de comérsela con los ojos. Josh la agarró del codo y la separó un poco del todoterreno.

—Luego hablamos —dijo mientras se giraba hacia Brad y Ryan.

—Claro, jefe —se despidió Brad mientras le hacía un gesto con la mano y ellos se iban apartando del todoterreno. Josh se rio escuchando cómo Brad decía aquello que tanto detestaba. Desde luego ese chaval era un peligro, no tenía remedio. Siguió caminando hasta que se dio cuenta de que Sarah intentaba deshacerse de esa mano que le atrapaba el codo.

—Perdón —se disculpó soltándola tras cruzar la calle.

Sarah se rozó el codo y lo miró de forma interrogante mientras echaba una mirada furtiva hacia atrás.

—¿Te han traído?

—Más o menos. —Ya comenzábamos con las respuestas que no decían nada.

—¿Y no se van? ¿Se van a quedar ahí? —preguntó girándose de nuevo.

—Ahora se irán —mintió—. Querían hablar conmigo un segundo.

—El moreno ese te ha dicho...

—Brad —le recordó.

—Te ha llamado jefe. ¿Eres su jefe?

Josh volvió su rostro hacia ella y le estudió.

—Sarah, es una forma de hablar —dijo encogiéndose de hombros.

—Ah. —Se mordió el labio y buscó en su bolso las llaves—. Parecían... simpáticos.

—Lo son.

Se detuvo al lado de ella mientras abría la puerta. Se dirigieron al ascensor.

—Así que... también son enviados del Pentágono —dijo como si nada, como si fuese la conversación más normal del mundo.

Josh entrecerró los ojos mirándola y luego sonrió. Cuidado, se dijo a sí mismo, esta chica podía acabar con todas sus barreras y hacer que confesara todo lo que quisiese.

—Ya sabes que sí.

Ella aceptó pensativa. No había pensado hacerle un interrogatorio desde el principio, pero el haberse encontrado con ellos en la calle le había dado la oportunidad de inmediato.

—¿Y trabajan en el mismo departamento que...? No pudo acabar la frase.

El ascensor se abrió y Josh la agarró por la cintura introduciéndola. Apretó el botón de la planta once mientras se inclinaba hacia ella y la besaba. Mejor cerrarle la boca antes de que comenzase a avasallararlo con preguntas. Recorrió sus labios de forma suave y notó que ella se relajaba ante esa caricia, no pudo evitarlo y la estrechó más fuerte contra él con el brazo que tenía libre.

Sarah se agarró justo a su cuello cuando las puertas se abrieron. Josh se apartó de forma un tanto brusca de ella y le sonrió.

—Llevaba todo el día esperando para besarte —le susurró mientras le acariciaba la mejilla. Ella sintió que se derretía por dentro. Pero reaccionó antes de ponerse a babear y salió del ascensor. Fue hasta la puerta y abrió.

Había dejado la televisión puesta y la luz del comedor encendida. El aroma mezclado de las velas la mareó. Josh entró detrás de ella y lo primero que observó fue que había hecho lo que le había pedido. Había puesto dos velas al lado de cada ventana. Le acarició el cabello mientras ella avanzaba hacia la barra y dejaba su bolso encima.

—Huele muy bien —dijo Josh mirando hacia la olla que había sobre el fogón. Sarah se acercó a la olla y abrió la tapa notando cómo el vapor salía de ella, al menos se había mantenido caliente.

—Espero que te guste. He hecho una ensalada y rissotto con champiñones.

—Me gusta —dijo sentándose en uno de los taburetes y colocando la bolsa que llevaba sobre la barra.

—Pero hoy no tengo vino... había salido a comprar cuando te he... —Se quedó callada al observar que Josh sacaba dos botellas de vino tinto y las colocaba sobre la barra.

—Te dije que la próxima vez traería más botellas —rio. Ella sonrió aliviada.

—Las meteré en la nevera unos minutos.

—Ya lo hago yo. —Josh fue hacia la nevera y la abrió colocándolas en un lateral.

—¿Puedes sacar la ensalada? Está en la primera repisa —dijo buscando una cuchara grande para servir los platos. Sacó la ensaladera y la puso sobre la barra.

—¿Te ayudo en algo?

—No. —Sonrió—. Ya está todo. He tenido bastante tiempo libre hoy. Por cierto, te dejaste las películas esta mañana. Están sobre la mesa —indicó.

—¿Las has visto? —bromeó.

—A decir verdad las vi hace muchos años. Son entretenidas. —Se encogió de hombros—. Me

gustan las películas de ciencia ficción.

Josh se agachó y dejó el maletín al lado del sofá. Esta vez iría con más cuidado. Sarah fue hacia la mesa y cogió el mando de la televisión cambiando de canal y sintonizando un nuevo canal de música más movida. Se sentó al lado de Josh y lo miró durante unos segundos. Iba totalmente de negro, pantalones negros y una camisa negra de manga larga, y una vez más había doblado las mangas hasta por debajo de los codos. Quería hacerle tantas preguntas, pero no sabía cómo comenzar, ni cómo hacerlo para que no se sintiese mal, pero lo cierto es que debía hacérselas, lo necesitaba, él podía aclarar sus dudas.

Suspiró y miró hacia la televisión unos cuantos minutos.

—¿Estás bien? —preguntó Josh notando su cambio de humor. Se había quedado callada, como si estuviese preocupada. Llevó su mano hasta el hombro y se lo acarició de forma dulce. Volvió su rostro hacia él y le sonrió tímida. Volvió a inspirar un tanto fuerte y se levantó.

—Voy a sacar el vino. —Fue a la nevera y le pasó la botella con el abridor para que Josh se encargase de eso.

Se sentó a su lado mientras servía el vino hasta la mitad de las copas. Aunque ella parecía relajada sabía que algo pasaba por su mente, había adoptado una actitud un poco distante. Dejó la botella a su lado y siguió mirándola mientras servía un poco de ensalada en cada uno de los platos.

—Dímelo —dijo pinchando un trozo de tomate con el tenedor y llevándoselo a la boca—. Venga, dispara.

—¿Para qué? No me vas a responder —murmuró mientras se encogió de hombros. Pero aquel tono de tristeza afectó a Josh.

Bebió un sorbo de vino mientras pensaba. Dejó la copa con cuidado sobre la mesa y desvió la mirada hacia el televisor. Se mantuvo callado mientras comía de vez en cuando algo de ensalada. Luego suspiró, pareció relajarse y la estudió con la mirada.

—Está bien... ¿Qué quieres saber? —preguntó suavemente.

—¿Eres militar? —inquirió sin rodeos.

—¿Militar? ¿De dónde has sacado eso?

—Ya te he dicho que he tenido mucho tiempo libre esta tarde. He investigado por internet. — Aunque estaba pasando una vergüenza increíble siguió hablando—: He visto que la mayoría de personas que trabajan en el Pentágono son militares.

Josh pareció relajarse ante lo que había dicho y le sonrió.

Aquello tranquilizó a Sarah que en esos momentos estaba de los nervios. No quería parecer indiscreta, pero realmente necesitaba saber lo que estaba ocurriendo, que hacía él allí, por qué había mandado el Pentágono un grupo de hombres a Brooklyn con la intención de investigar aquellos asesinatos y, lo más importante, qué era aquello que le había atacado.

—No soy militar.

—¿Eres civil? ¿Eres de la secretaría de defensa?

Josh comenzó a reír.

—Demasiado tiempo libre —dijo aún riendo, pero se descubrió pasándole un dedo por la mejilla con cariño. Su actitud le parecía encantadora, incluso le divertía. Luego se tornó serio—. No estoy en esa división —reconoció.

—¿Y en cuál estás? —susurró—. Es que... no entiendo cómo el Pentágono envía a un grupo a estudiar estas muertes... no sé —dijo apoyando la cabeza sobre la mano—. Sé que algo está ocurriendo, pero también sé que no puedes decírmelo o no quieres. —Se mordió el labio y siguió con la mirada baja—. Sé que lo que me atacó no tenía mucho de humano, he estado engañándome todo este tiempo, pero Josh, era horrible... Y luego apareces tú y parece saber tanto del tema. Me obligas a mantener las ventanas cerradas cuando vivo en una planta once como si alguien pudiese entrar por ella, me haces poner velas... —acabó con un suspiro.

Realmente estaba asustada. Josh la miró conmovido, lo estaba pasando mal aunque ella se negase a admitirlo ante él. Estaba realmente aterrorizada ¿Pero no sería peor si supiese la verdad?

Se acercó a ella y pasó un brazo sobre sus hombros acercándola a él. Le hizo elevar su rostro y le besó la frente. Luego suspiró y desvió la mirada hacia otro lado unos segundos, pensativo. Volvió a besarle la frente y la apretó contra él.

—Trabajo para el departamento DAE. —Ella no se movió, se quedó a su lado sin mover un milímetro su cuerpo—. División de Agentes Externos —le explicó.

Ella entornó los ojos.

—Ese departamento no salía en internet.

Él sonrió de forma tierna y se separó un poco de ella, lo suficiente para poder mirarle a los ojos.

—Son departamentos secretos, como la mayoría de los del Pentágono.

—¿Y ese departamento... qué...?

—Sarah —le susurró con tono de petición para que no le hiciese esa pregunta.

Ella volvió a aceptar asintiendo. Parecía que había hablado más de lo que podía.

—Solo... —dijo tragando saliva—. Solo dime una cosa más... —Él no hizo ningún gesto, simplemente esperó a que ella preguntase—. ¿Sabes qué era lo que me atacó? —acabó musitando con temblor en la voz.

Josh desvió de nuevo la mirada de ella hacia las velas encendidas, pensativo.

—Sí.

Sarah apartó la mirada de él asustada ante aquella afirmación. Intuía que lo sabía, pero el hecho de confirmárselo le asustaba. Se acarició los brazos notando cómo la piel se le ponía de gallina y su labio inferior temblaba.

Josh se acercó y con una mano le sostuvo un rizo colocándoselo con delicadeza detrás de la oreja.

—No te preocupes —le susurró—. Escucha, Sarah. —Agarró su barbilla y le hizo alzar la mirada hacia él—. No voy a permitir que te ocurra nada malo.

Se puso recta en el taburete y se abrazó a él. Aunque sabía que le ocultaba información necesitaba abrazarlo, él era el único en el que había confiado, que le creía, era el único que sabía que podía ayudarla.

La estrechó contra él mientras le rodeaba con los brazos y la apretaba. Le besó repetidas veces la frente, intentando calmarla, tranquilizarla. Sentía que su cuerpo temblaba entre sus brazos mientras la estrechaba. Se separó un poco de él y se secó una lágrima de forma disimulada, aunque él lo captó. Se arrimó de nuevo a ella y lo dio un beso suave en los labios mientras le acariciaba los hombros.

—Venga, vamos a cenar —utilizó un tono más alegre y sonrió intentando tranquilizarla. Ella recompuso su rostro y sonrió algo tímida.

—Lo siento —susurró.

—No pasa nada.

Ella jugó un rato con las hojas de lechuga hasta que finalmente se llevó un poco de ensalada a la boca. Comenzó a tragar en silencio. No quería llegar a ponerse así, pero estaba cansada y asustada. No era para menos.

Cuando acabaron la ensalada Sarah se levantó, abrió la olla y sirvió el risotto en dos platos limpios.

—Huele muy bien —dijo Josh desde su taburete.

—A ver si te gusta. —Colocó los dos platos sobre la barra y se sentó. Josh se llevó un tenedor a la boca.

—Está buenísimo, mejor que el del restaurante.

—Anda, exagerado —rio mientras daba un sorbo de vino.

—De verdad, está buenísimo.

Parecía que le había gustado, pues en menos de diez minutos había acabado. No había cenado con el grupo precisamente para acompañar a Sarah en la cena.

—¿Quieres más?

—¿Puedo repetir? —preguntó con felicidad. Sarah se puso en pie y cogió su plato.

—Sobra un montón, es lo malo de cuando cocino, no me aclaro con las medidas y siempre hago de sobra —dijo mientras ponía el plato lleno de nuevo delante de él—. Pero no te llenes mucho, he comprado postre también —dijo con una sonrisa.

Josh enarcó una ceja hacia ella y sonrió de forma maliciosa mientras su mirada se iba convirtiendo en lujuria.

—Helado —susurró Sarah—. He comprado helados.

Josh comenzó a reír y luego movió su rostro incrédulo mientras se llevaba otro tenedor a la boca. Tras unos minutos acabó con el plato.

—¿Quieres más?

—Estoy lleno ya.

Recogió los platos y los llevó al fregadero. Fue hasta el congelador y sacó dos cucuruchos, pasándole uno a Josh.

—No gracias, la verdad es que estoy lleno. Quizás más tarde.

Sarah se encogió de hombros y guardó uno de aquellos cucuruchos en el congelador. Lo cerró y comenzó a quitarle el papel al suyo.

—¿Seguro que no quieres? —preguntó extrañada. Josh negó mientras daba otro sorbo de vino y miraba la televisión.

Sarah fue dando buena cuenta del cucurucho de vainilla y chocolate mientras observaba el videoclip que ponían en el canal de música y miraba a Josh de vez en cuando. Tenía un tono dorado de piel como si hubiese estado tomando el sol.

—¿Está bueno? —preguntó Josh. La estaba observando fijamente.

—Coge uno, de verdad... —le animó.

Pero Josh se incorporó y antes de que ella supiese lo que iba a hacer se arrimó y la besó de forma apasionada. Estuvo a punto de soltar el helado mientras le recorría la cintura de manera seductora. Sarah comenzó a perder la noción del tiempo. La besó de forma dulce, saboreando su boca con la lengua hasta que su beso se tornó más lento y se separó un poco de ella. Sonrió contra sus labios.

—Pues sí que está bueno, sí.

A Sarah le dio un ataque de risa y se separó de él llevándose una mano al estómago y apartándose. Era lo último que pensaba que iba a decir en aquel momento. Josh sonrió alegre de verla reír. Había estado seria desde la conversación que habían tenido antes, pero no quería que estuviese así, la quería ver reír y divertirse.

—¿Me das un poco más? —preguntó enarcando la ceja y caminando hacia ella. Sarah dio unos pasos atrás y puso unos ojos divertidos mientras negaba con su rostro.

—No, es mío —rio. Josh chasqueó la lengua como si hubiese roto todas sus esperanzas, pero el brillo en sus ojos persistía.

—Sabes... —dijo pensativo—. Podría requisártelo sin problemas

—Supongo —Se encogió de hombros. Josh iba a responder justo cuando notó que el móvil vibraba en su bolsillo.

Lo sacó y vio que Brad le había mandado un mensaje. Lo que leyó no le gustó. «4. Vamos a ayudar».

Sabía a lo que se refería. Cuatro vampiros. Jason, Sean y Nathan quizás ya estaban luchando contra ellos y Brad y Ryan se dirigían hacia allí para prestar ayuda.

Leyó el mensaje de nuevo y miró a Sarah con aire preocupado.

—¿Ocurre algo? —preguntó al ver su repentino cambio de humor.

Él negó, pero se separó un poco buscando en la agenda del móvil el teléfono de Brad.

—Un segundo —le dijo mientras se separaba e iba hacia el pasillo para tener un poco más de intimidad. Sarah se quedó al lado de la barra sintiendo que algo no iba bien. Josh se metió un poco entre la oscuridad del pequeño pasillo y se llevó el móvil a la oreja mientras se acercaba a la habitación. Había puesto dos velas perfumadas más al lado de la ventana. Escuchó los primeros tonos y acto seguido escuchó como activaban el «manos libres» al otro lado de la línea.

—Dime —dijo Josh.

—Jason nos ha llamado hace pocos minutos. Han aparecido cuatro vampiros en su radar, en el nuestro no aparecían. Vamos a ayudarlos.

—¿Dónde se encuentran? —preguntó con urgencia mientras desviaba la mirada hacia el comedor y veía que Sarah había dado los pasos respectivos para ponerse frente al pasillo y observarlo.

—Lejos, no te preocupes, y por lo que ha dicho Jason no llevan rumbo al piso.

—¿Necesitáis mi ayuda?

—¿Estás de broma? —respondió Brad desde el otro lado—. Si vienes tú se acabó la diversión. Josh bufó mientras se giraba de nuevo hacia el dormitorio.

—Llámame en cuanto acabéis.

—Claro, jefe.

—Deja de decir eso —le recriminó antes de colgar.

Colgó y sujetó el móvil con fuerza. Maldición. Se pasó las manos por el cabello y respiró profundamente. Debía proteger a Sarah, pero era difícil quedarse allí mientras su equipo iba a la lucha contra cuatro vampiros. Se giró y observó que Sarah aún permanecía al otro lado del pasillo expectante.

—¿Va todo bien?

Josh inspiró y caminó de forma lenta hacia el comedor pasándose de nuevo la mano por el cabello en actitud preocupada.

—Sí.

—¿Seguro? —insistió.

Josh no dijo nada. Contempló el piso y miró hacia las ventanas. Caminó hacia ellas y examinó la calle iluminada. Estaban lejos, pero no podía fiarse. Sarah se quedó observándolo sin decir nada más, simplemente mirándolo con los brazos cruzados. Josh permaneció varios minutos mirando. No paseaba nadie por la calle, excepto una pareja que se veía a lo lejos. El reloj

marcaba las doce menos cuarto. Buscó su maletín. Lo tenía colocado al lado del sofá. Volvió la mirada de nuevo a la ventana y permaneció varios minutos más allí mientras sujetaba con fuerza el móvil en su mano.

—Josh —susurró ella. Se giró y la contempló. Lo miraba preocupada.

—No pasa nada.

—Mientes mal —le recriminó en un tono dulce. Avanzó hasta el sofá y se sentó mientras colocaba el maletín a su lado—. ¿Era por trabajo? —preguntó de forma tímida mientras se sentaba a su lado. Josh afirmó lentamente. Ella se llevó la mano a la boca asustada—. No me digas que... han encontrado otra víctima.

—No, no —se apresuró a calmarla mientras rozaba su pierna desnuda con una caricia. La falda se le había subido un poco al colocarse a su lado encogiendo las piernas en el sofá.

—Bueno —susurró intentando animarle—, entonces no puede ser tan malo. —Se acercó y le besó en la mejilla. Era la primera vez que ella se tomaba esa libertad, pero creía que él lo necesitaba en ese momento, se le veía preocupado, inquieto. La miró y le sonrió de forma cariñosa, aunque en sus ojos había inquietud. Le pasó las manos por los hombros y la acercó a él. Maldita sea, sus compañeros estarían luchando contra aquellos chupasangres en ese momento y él, mientras tanto, se encontraba sentado acariciando a Sarah. Aunque sabía que aquello no era tal como lo pintaba, que estaba allí para protegerla, sintió cómo un nudo se iba formando en su estómago. Bufó y miró el móvil de nuevo. Hacía pocos minutos que había llamado a Brad y estaba de los nervios. Pero no llamaría hasta que ellos no le dijiesen algo, no quería despistarlos. Ellos eran cinco para cuatro vampiros. Los superaban en número, pero bien sabía que si eran vampiros antiguos sería difícil acabar con ellos. Sabía que eran buenos, ya los había visto en acción, pero igualmente estaba inquieto. Por su mente pasaron escenas que había vivido, la primera vez que combatió con un vampiro a los veinte años, su mirada se había clavado en aquellos colmillos cuando los vio por primera vez. Recordó cómo se había quedado petrificado, pero había reaccionado, y había acabado de forma rápida y eficaz con él. Había luchado contra muchos a la vez, conocía sus posibilidades, por eso lo habían elegido para llevar la división de Brooklyn. Y él estaba allí, y sus compañeros luchando. Se removió en el asiento mientras acariciaba los hombros de Sarah de forma cariñosa intentando disimular su estado de nervios, observando el videoclip en silencio.

Aquella noche se quedaría despierto, ni siquiera se metería en la cama, parecía que había movimiento y no podía permanecer un minuto sin estar concentrado, despistándose, ya se había tomado aquella libertad ayer. Se giró y miró a Sarah. Le observaba respetando su silencio, quieta a su lado. Le cogió de forma suave la mano y elevó la otra hasta el cabello de Josh que caía hacia un lado. Le acarició la frente y sonrió. Si tuviese que elegir un lugar donde relajarse sería aquel, junto a ella, pensó Josh. Le daba paz. Sintió un estremecimiento mientras los dedos de Sarah

paseaban por su frente apartando el mechón de cabello de sus ojos y la apretó contra él. Sarah colocó su mano sobre su pecho y su cabeza en su hombro.

—¿Estas cómodo? —le preguntó mirando hacia arriba.

—Mucho. —Pero no sonrió, parecía estar en otro mundo.

Ella prefirió respetarlo. Algo en esa llamada le había perturbado. Sabía que era reservado con su trabajo, y que ya había revelado más de lo que debía, dándole confianza. No quería presionarlo, ya le explicaría él lo que fuese si lo necesitaba. De todas formas, ahora que lo pensaba, llevaban solo dos días de relación, y tampoco podría llamarlo así, aunque estuviese sentada a su lado apoyando su cabeza en su hombro y su mano en el pecho, el brazo de él apretándole contra su cuerpo.

En realidad, aunque su interior le dijese a gritos que podía confiar en él, que él parecía sentir algo por ella, lo conocía hacía menos de una semana. Aún era un desconocido. Vio que Josh mantenía su teléfono en la mano y lo iba observando cada pocos minutos. Había estado tentada de volver a preguntarle, pero por la mirada y la seriedad que desprendía rechazó esa idea. Josh no había cambiado su posición durante todo el rato hasta que notó que su móvil vibraba en su mano, se levantó agitado y fue a paso apresurado hasta el pasillo.

—Dime —dijo nada más apretar el botón.

Le llamaba Brad.

—Josh, vamos para casa. —El tono que empleaba no le gustaba nada, sonaba agitado, preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó en el mismo tono asustado. Sarah se incorporó en el sofá inquieta.

—Han herido a Ryan.

—¿Qué? —medió gritó.

—Hemos acabado con ellos, pero han herido a Ryan.

—¿Cómo está? —volvió a preguntar con urgencia. Aquella pregunta no gustó nada a Sarah que se levantó del asiento preocupada mientras notaba cómo su vello se ponía de punta. Algo había ocurrido, algo serio.

—Sean le está haciendo un torniquete en la pierna. Le han hecho un buen corte. Está bien, pero está perdiendo mucha sangre.

—Ya está. —Escuchó la voz de Sean por el manos libres.

—Necesita unos cuantos puntos de sutura —informó Brad—. Pero está bien.

Josh se movió nervioso por el pasillo mientras volvía a despeinar su cabello preocupado.

—Voy para allí.

—No hace falta que...

Pero no acabó de escuchar lo que Brad dijo. Colgó el teléfono y se dirigió al comedor a toda prisa. Mierda, habían herido a un compañero, no tendrían que haber herido a Ryan, si no a él. Si él

hubiera estado allí, nada de eso hubiese ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sarah preocupada mientras veía a Josh coger su maletín con movimientos nerviosos. Se acercó a ella y le agarró del brazo.

—Tengo que marcharme, intentaré volver esta noche, si no lo hago, hazme un favor: no abras las ventanas, ¿de acuerdo? Ni apagues las velas en toda la noche.

—Pero ¿qué ocurre? —volvió a preguntar al ver que se alejaba hacia la puerta—. Josh, por favor, me estás preocupando.

—Haz lo que te he pedido —dijo abriendo la puerta, le pasó las llaves y la contempló un segundo mientras cruzaba el umbral—. Por favor.

Ella suspiró inquieta pero aceptó.

—Cierra la puerta —le ordenó.

Aunqu no esperó a que ella lo hiciese, si no que la cerró el mismo.

Ya se disculparía en otro momento por aquel comportamiento, pero ahora tenía que ir a casa y asegurarse de que Ryan estaba bien, informarse de todo lo que había ocurrido. Miró hacia la puerta de Sarah mientras avanzaba casi corriendo. Pero no cogió el ascensor. No tenía tiempo para formalidades. Abrió la puerta que daba a las escaleras y no esperó siquiera a mirar si había alguien ahí. Se arrojó por el hueco que quedaba entre las escaleras bajando las once plantas de un salto. Aterrizó en el suelo flexionando sus rodillas sin ningún esfuerzo y siguió corriendo hasta el portal. Corrió las dos manzanas que lo separaban del coche a una velocidad normal para un humano común. Desplazarse a la velocidad que podía no era buena idea en la calle, cuando un montón de bloques de pisos altos lo rodeaban y cualquier vecino podía observarlo.

Para cuando llegó al todoterreno ya lo había abierto presionando el botón del mando. Pusó el «manos libres» y marcó el número de Brad.

—Josh —dijo Brad—. Ryan está bien, no te preocupes.

—Joder, es un rasguño solo. —Escuchó la voz de Ryan. Debía ir sentando en la parte de atrás porque se escuchó a lo lejos.

—Voy para... —Pero algo le llamó la atención en el ordenador de a bordo, donde aparecía el radar. Tres puntos azules se dirigían a una velocidad sobrenatural hacia él—. ¡Joder! —gritó mirando la trayectoria que estaban tomando. Sarah—. ¡Están aquí!

—¿Qué?

—¡Van al piso de Sarah! —gritó antes de apagar el coche y agarrar a toda prisa la pistola, los cargadores y las dagas. ¡Mierda!—. ¡Al piso de Sarah ya! —gritó antes de colgar el teléfono y salir del coche a toda prisa.

Comenzó a correr mientras guardaba los cargadores en su bolsillo y las tres dagas las ajustaba a su cinturón. Marcó el número de móvil de Sarah mientras corría. Mierda, mierda... Primer tono. Comenzó a correr más rápido. Segundo tono. No contestaba. Incrementó su ritmo, ya no le

importaba que alguien pudiese verlo desplazarse a esa velocidad, una velocidad que ningún humano común pudiese aspirar.

Tercer tono, cuarto...

—¿Josh? —preguntó ella en un susurro.

—¡Sarah, sal del piso! ¡Sal del piso ahora mismo! —gritó.

Acto seguido escuchó un fuerte golpe y al momento comunicaba. A la mierda si alguien lo veía. Incrementó su velocidad al punto que ni el ojo humano hubiese podido captar todos aquellos movimientos.

Sarah se había quedado tras la puerta varios segundos preocupada por la forma en la que se había marchado. Algo ocurría, aunque él se esforzase en no preocuparla, ¿no se daba cuenta de que al no decirle nada la intranquilizaba más? Si al menos supiese el motivo, podría hacerse una idea, pero de esa forma su mente divagaba y eso era peor. Solo esperaba que no fuese nada grave, que no le hubiese ocurrido nada a su familia o a algún conocido. Se dirigió despacio hacia el aseo. Aquello le había sofocado. Encendió la luz y abrió el grifo. Hundió las manos en el agua fresca y se las pasó por la cara. Se miró en el espejo unos segundos y se secó el rostro con la toalla sin que se le fuera la preocupación de encima. Suspiró y escuchó la música de su móvil inundando el piso en un tono suave. Pero se quedó de piedra nada más llegar al comedor. Notó cómo la respiración se le cortaba y notaba un ligero mareo. La ventana. La ventana del comedor estaba abierta de par en par. Desvió la mirada hasta las velas. Estaban apagadas las cuatro. Permaneció varios segundos paralizada mientras el móvil seguía sonando y todo su cuerpo temblaba. Las palabras de Josh volvieron a su mente. «No abras las ventanas y no apagues las velas». Miró de un lado a otro angustiada. ¿Qué estaba ocurriendo? Dio varias vueltas sobre su eje investigándolo todo y volvió a centrar su mirada en aquella ventana, en la cortina que se movía suavemente por la brisa que entraba. Se acercó despacio hacia la barra de la cocina donde su móvil se desplazaba a un lado por la vibración. Lo cogió y vio que era Josh quien le llamaba. Lo acercó a su oreja mientras contemplaba paralizaba la ventana a pocos metros de ella.

—¿Josh? —preguntó en un susurro. —Sarah, ¡sal del piso! ¡Sal del piso ahora mismo! —gritó Josh al otro lado de la línea.

Pero no pudo decir nada pues notó algo extraño a su espalda, como un gruñido. Se giró asustada y se le cayó el móvil al suelo. Sarah chilló ante semejante visión. Tres hombres la miraban paralizados mientras movían su nariz de un lado al otro, olfateando a su alrededor. Su piel azulada, sus ojos negros...

—¡Dios mío! —gritó colocándose tras la barra poniendo algo de espacio entre ella y aquellos monstruos. ¿Pero qué era eso? La imagen del ser que la atacó en el coche volvió a ella: su misma piel, sus mismos ojos, aquellos dedos esqueléticos con uñas extremadamente largas—. Dios mío, Dios mío... —gimió nerviosa.

En una fracción de segundo uno de aquellos monstruos se movió y se colocó delante de ella. Sarah no tuvo tiempo ni de reaccionar. Lo había visto allí y de repente estaba a su lado. La agarró por el cuello elevándola como si se tratase de una muñeca de trapo. Sarah gritó por el sobresalto, pero no pudo decir nada más en cuanto fue elevada. Agarró el brazo con fuerza intentando clavarle

las uñas, pero su piel era demasiado áspera, demasiado dura. La desplazó hacia el lateral y la impulsó con fuerza hacia la mitad del comedor, haciéndola volar por encima del sofá y caer sobre la mesa de cristal, el cual se partió en mil trocitos que se le clavaron en la pierna y en el brazo. Aulló de dolor llevándose la mano a la zona dolorida y viendo cómo un cristal se había incrustado en una de sus piernas y otro sobre el brazo en el que se apoyaba. Se incorporó gritando, temblando, y llevó la mano hasta la pierna, agarró el cristal y se lo sacó con otro grito. Lo arrojó al suelo, pero de nuevo otro de aquellos gruñidos le hizo girarse asustada.

Uno de aquellos hombres se había acercado hasta ella, se encontraba arrodillado a su lado. Llevó su dedo hasta la sangre que emanaba de su pierna, lo manchó y lo llevó directamente a su boca. Al momento un grito de placer y algo parecido al júbilo inundó la habitación haciendo que los tímpanos de Sarah estuviesen a punto de estallar. Retrocedió hacia atrás incrustándose en la mano algunos cristales pequeños, pero no le importaba, solo quería alejarse de ellos.

El que había a su lado volvió a moverse de una forma rápida, demasiado rápida para los ojos de Sarah que, en fracción de segundos, se encontró aprisionada contra aquel cuerpo y la pared, elevada del suelo hasta la altura de sus ojos negros. Lo observó mientras golpeaba con sus puños aquel brazo que aprisionaba su cuello cortándole la respiración. Se arrimó un poco más a ella, con su nariz olisqueando todo el rato hasta que abrió su boca. Sus colmillos brillaron, largos, mientras se aproximaban a ella. Sarah quiso gritar, pero no pudo. «Que sea rápido, solo que sea rápido», pensó mientras se le acercaba. Al momento escuchó un golpe seco. El vampiro se giró hacia atrás sin soltarla. Josh había derribado la puerta y apuntaba con la pistola a aquel vampiro, no dudó un segundo y disparó a su pecho. Sarah cayó al suelo mientras se llevaba la mano al cuello y respiraba de forma agitada. Miró hacia arriba justo para ver cómo aquel ser se desintegraba en polvo que iba cayendo sobre ella. Gritó mientras se apartaba deslizándose hacia atrás.

Uno de aquellos seres fue directamente hacia Josh, pero para incredulidad de Sarah le vio moverse a una velocidad similar a la de ellos mientras esquivaba algunos puñetazos y arrojaba al vampiro de una patada contra la pared, cerca de la ventana.

—Corre Sarah, corre —le gritó mientras se abalanzaba a por el siguiente.

Sarah no esperó, aunque estaba segura de que aquello era una pesadilla de la que no podía escapar, se levantó como pudo notando un agudo dolor en la pierna, donde se había clavado el cristal. Pasó al lado de Josh corriendo hacia la puerta justo cuando vio que este sacaba una daga de su cinturón y comenzaba a luchar contra aquel ser. No pudo ver más, chocó contra la pared de enfrente y se giró para correr hacia el ascensor o las escaleras, pero se quedó paralizada y frenó en seco. Dos vampiros más aparecieron a pocos metros ante ella deteniéndose y estudiándola. No esperó a ver como olisqueaban el ambiente. Se giró y corrió hacia el piso entrando por la puerta justo cuando Josh lanzaba una de aquellas dagas en su dirección y se incrustaba justo en el pecho

del vampiro que la seguía convirtiéndose en polvo al momento.

Sarah tropezó y cayó al suelo, cerca de la barra de la cocina mientras aquel ser se iba descomponiendo, pero volvió a elevar su mirada hacia el vampiro que se abalanzaba hacia Josh. Apareció un segundo frente a sus ojos y de inmediato se situó tras el vampiro lanzándole de nuevo otra patada. El vampiro salió disparado hacia delante mientras Josh cogía la pistola que se había colocado en el cinturón y disparaba una única vez. Al momento, comenzó a desintegrarse. Miró hacia Sarah antes de ir a por el siguiente. Estaba tirada en el suelo con las piernas encogidas al lado de la barra. Sangraba por varios sitios. Maldición. Pero al menos parecía que había llegado justo a tiempo para que no la mordiesen. Se giró de nuevo y volvió a hacerse invisible a la visión de ella durante menos de un segundo, lo suficiente para llegar al siguiente vampiro y agarrarlo del cuello, pero este alzó su pierna e impulsó a Josh hacia atrás cayendo sobre todos los cristales esparcidos por el suelo. No pareció quejarse, pero el vampiro se elevó en el aire y saltó hacia él. Josh volvió a desaparecer de la visión de Sarah para aparecer de pie a un lado, y justo cuando llegaba el vampiro al lugar donde había caído en un principio, impulsarlo hacia la pared con una fuerte patada. Cayeron varios Dvds y Cds de música cuando el vampiro se golpeó contra la pared, pero este no pareció estar dolorido, miró a Sarah un momento y pareció ir por ella, pero justo Josh volvió a interponerse en su camino con la daga en la mano, aunque este lo esquivó. Sarah volvió la mirada un segundo para darse cuenta que dos vampiros más la miraban enseñando sus colmillos.

Sintió que se le cortaba la respiración. Se levantó y se colocó a toda prisa al otro lado de la barra agarrando un cuchillo de los que habían usado en la cena, lo empuñó justo cuando uno de aquellos vampiros se tiraba también sobre Josh y otro aparecía justo en frente de ella. Reaccionó rápido, esta vez no esperó a que le agarrasen de nuevo del cuello y la elevasen, deslizó su mano con el cuchillo y lo clavó en el costado del vampiro. Este torció su rostro algo sorprendido hacia el cuchillo clavado en su costado... pero ni un alarido de dolor salió de su boca. Sarah observó impresionada que sacaba el cuchillo de forma lenta de su costado, lo arrojaba al suelo y clavaba sus ojos negros en ella enseñándole los colmillos. ¿Por qué no se desintegraba ese también?

Josh había arrojado cuchillos y estos desaparecían.

Dio un paso atrás intentando huir de él, pero en menos de un segundo se encontró siendo elevada de nuevo. Gritó justo antes de quedarse sin respiración mientras se agarraba a ese brazo duro como una piedra y pataleaba con todas sus fuerzas. El vampiro rugió y se acercó de nuevo a ella. Josh acabó de clavar la daga justo en el corazón de uno de aquellos vampiros cuando miró al siguiente y vio que entraban otros dos más por la puerta. Pero ¿de qué iba todo esto? Los vampiros no solían atacar en grupo, siempre uno, dos como mucho, pero esto... no lo entendía. Escuchó el grito de Sarah y torció la cabeza en esa dirección para verla de nuevo siendo elevada, al lado de la barra y con los colmillos de otro vampiro a escasos centímetros de su piel. Agarró

de nuevo su pistola, apuntó y disparó. Vio que Sarah caía hacia atrás, la vio tropezar justo delante de la ventana. Intentó agarrarse de forma desesperada, pero no logró guardar el equilibrio y cayó por ella.

—¡Sarah! —gritó justo antes de agacharse para evitar que las uñas afiladas del vampiro le separasen la cabeza del tronco. Sin embargo, no tenía tiempo para acabar con ese vampiro.

Empezó a correr a una velocidad sobrenatural hacia la ventana cuando escuchó que uno de los vampiros gritaba:

—¡Cogedla!

Al momento observó que dos vampiros más se colocaban a su lado igualando su velocidad. Josh se dio impulso saltando por la ventana. Sarah caía a gran velocidad y si no conseguía alcanzarla antes de llegar al suelo moriría por el impacto. Hizo todas las fuerzas posibles mientras apretaba sus puños y pudo ver que sacaba un poco de distancia a los dos vampiros que se habían arrojado por la ventana. Por suerte Sarah vivía en una planta once y la caída era larga, si hubiese menos pisos quizás no hubiese llegado a agarrarla.

La cogió del codo y la colocó sobre su espalda justo cuando llegaban al suelo y caía arrodillado para amortiguar el golpe, apoyando una mano en el suelo y con la otra hacia atrás sujetándola sobre él. Aun así notó cómo ella se quedó sin respiración ante el golpe, pero al menos la había salvado.

Al segundo siguiente vio que aparecían dos vampiros, uno por cada lado.

Deslizó a Sarah hacia el suelo con rapidez y a la vez con cuidado mientras se ponía de pie y paraba un golpe, levantó la cadera y elevó su pierna a la altura del pecho del vampiro que tenía al otro lado. Se giró de nuevo para enfrentarse al primero que había intentado golpearlo mientras extraía la última daga que le quedaba y que había podido recuperar y la tiró hacia él con suma fuerza. Pero aquellos seres no dejaban de acecharlos y aparecer. Tres más llegaron en un segundo a escasos metros de ellos. La daga salió con tal fuerza que atravesó el pecho del vampiro y se clavó en los ladrillos del bloque de pisos por encima de donde Sarah estaba tirada en el suelo. Sarah se echó atrás mientras gritaba. Ni en una de sus peores pesadillas hubiese imaginado algo así.

El vampiro desapareció en el instante en el que uno de los tres nuevos se abalanzaba sobre Josh y los otros dos iban a por Sarah. Ella captó su intención y se levantó agarrando la daga que Josh había incrustado en los ladrillos. Le costó un poco sacarla, pues se había clavado con fuerza, pero para cuando se giró aquellos dos vampiros ya se encontraban frente a ella.

—¡Ni se te ocurra acercarte! —gritó apuntando con la daga al que estaba más cerca, pero no pudo hacer nada. El vampiro golpeó a Sarah en el pecho con la mano abierta, alejándola de Josh, volando por encima del asfalto hasta caer varios metros atrás.

La intentaban alejar de él. Comenzó a incorporarse cuando el vampiro llegó hasta ella y alzó su

brazo hacia arriba dándose impulso para clavar sus uñas en ella, pero por arte de magia Josh se trasladó hasta ella a una velocidad increíble, la agarró del brazo y la elevó esquivando por unos milímetros aquellas uñas largas como cuchillos. Agarró con la otra mano la pistola y la colocó justo en el pecho del vampiro apretando el gatillo. Este se volatizó al segundo. Josh miró hacia atrás sujetando a Sarah por el codo para observar que otra tanda de vampiros aparecía.

—Joder —gritó mientras comenzaba a tirar de ella a paso rápido.

Sarah ni siquiera se quejó. Comenzó a correr junto a él, intentando igualar su paso. Dios mío, quería despertarse ya, aquello estaba durando demasiado. Josh se detuvo mirando hacia delante. Dos vampiros más les bloqueaban el paso. Comenzó a correr de nuevo agarrando a Sarah por la cintura y al segundo siguiente se vio elevada por el cielo en un gran salto.

—Dios mío —gritó Sarah sujetándose a su cuello. Llegaron hasta la azotea siguiente y siguieron corriendo por ella. Necesitaba llegar a su coche ya, allí estarían a salvo. Agarró fuerte de nuevo a Sarah por la cintura. Pero Sarah dudó cuando comprendió lo que iba a hacer y forcejeó un poco con él al ver que la distancia que los separaba del siguiente edificio eran al menos veinte metros, por unos quince de caída. Pero Josh saltó sin hacer caso a sus movimientos. Sarah gritó desesperada mientras recorrían aquella distancia por el cielo. ¿Pero qué estaba haciendo Josh? ¿Quién era Josh? Justo cuando aterrizaron, Sarah intentó deshacerse de la mano de él.

—¡No me toques! —le gritó forcejeando.

—Intento salvarte la vida —le habló en el mismo tono justo cuando la echaba al suelo ante la aparición de un nuevo vampiro detrás de ella.

Sarah retrocedió por la azotea gateando mientras veía que Josh volvía a hacer uso de su pistola. Disparó de nuevo al vampiro que tenía justo frente a él a escasos centímetros, pero con un movimiento rápido evitó la bala. El vampiro se movió de nuevo hacia Sarah con sus colmillos largos saliéndose por su boca, pero Josh fue más rápido, apareció junto a ella, la agarró por la cintura y nada más cogerla se desplazó a una velocidad impresionante hacia el otro extremo de la azotea. Ella notó cierto mareo al moverse a esa velocidad y se llevó la mano a la frente para intentar recuperar el control, pero para cuando había elevado su mano y tocado su frente, Josh se lanzó junto a ella desde aquella altura. Volvió a gritar mientras descendían, pero de nuevo cayeron sin hacerse un rasguño. Esta vez Josh no la soltó y volvió a moverse de aquella extraña forma tan rápida recorriendo los últimos metros que los separaba del coche. Abrió la puerta y la arrojó al asiento del copiloto sin contemplaciones ni cuidado ninguno.

Sarah se incorporó en el asiento mientras él se sentaba y cerraba la puerta con un portazo. Se apoyó de lado contra el asiento y subió sus piernas agarrándoselas con los brazos mientras las lágrimas bañaban su rostro. Josh arrancó y se incorporó de inmediato a la calzada. Vio que pulsaba un par de botones del salpicadero y al segundo la calle que tenía por delante se iluminó con fuerza por la luz que desprendían los faros. «Menos mal que Brad me comentó aquella

función», pensó Josh. Con la luz solar los vampiros no se acercarían al todoterreno.

Sarah se movió de forma nerviosa y miró hacia atrás, por la ventana trasera. Aquella intensa luz también salía de la parte posterior del coche. Miró y no le pareció ver ninguna extraña figura más. Se sentó de nuevo en el asiento mientras se pasaba la mano de forma desesperada por el rostro secándose las lágrimas y medio gritando, temblando. ¿Pero qué era aquello? Ahora estaba segura de que no era humano. Su cuerpo, su forma de moverse, aquello no era humano, pero luego cayó en la cuenta... Se puso tiesa como un palo y giró el rostro hacia Josh lentamente. Él no tenía ese aspecto, no tenía la piel azulada, ni los ojos oscuros, pero se movía a la misma velocidad, podía prácticamente volar con aquellos impulsos.

Comenzó a notar cómo su cuerpo temblaba descontrolado, las palpitaciones de su corazón se dispararon y sintió como si se ahogara. Llevó las manos hasta la manilla para abrir la puerta. Necesitaba salir de ahí, alejarse de todo aquello. Hizo varios intentos, pero la puerta no se abría. Las imágenes de la noche en la que la habían atacado la primera vez se repitieron en su mente. La puerta estaba atrancada, igual que aquella vez. Empezó a gritar intentando abrir la puerta desesperada, golpeándola.

—Sarah. —Josh le agarró del hombro de forma suave, pero ella se alejó como si su contacto la quemase haciéndose un ovillo.

—No me toques —le gritó—. Déjame salir de aquí... déjame salir —le exigió.

Directamente se llevó la mano a su zapato y lo agarró apuntándole con el tacón. Josh llevó su mano rápidamente hacia el zapato, se lo quitó y lo lanzó al asiento de atrás sin miramientos.

—Por si no te has dado cuenta te acabo de salvar la vida —medió gritó.

—¿Salvarme la vida? ¿A eso le llamas salvarme la vida? ¡Me has arrojado de un edificio a otro!

—¿Preferirías haberte quedado ahí? —respondió de mal humor. No estaba enfadado con ella, sabía que aquella reacción era normal, había pasado demasiada tensión. Si le hubiese ocurrido algo... Había estado tan cerca... podrían haberla matado. —¡Joder! —gritó golpeando el volante.

Sarah se abrazó las piernas de nuevo mientras lloraba de forma desconsolada. Josh se giró de nuevo hacia ella y vio su pierna ensangrentada, su brazo con algunas virutas de cristal aún clavadas. Llevó su mano hasta su barbilla y se la elevó, pero ella volvió a rechazarlo con un movimiento rápido.

—¿Te han hecho daño? ¿Te ha llegado a morder?

Ella lo observó asustada. Se quedó pensativa unos segundos y se movió incómoda.

—No —murmuró mientras se secaba las lágrimas. Tragó saliva e intentó relajarse pasándose repetidas veces la mano por sus rizos rubios, notando que temblaba—. ¿Qué era eso?

Josh permaneció unos segundos callado.

—Creo que ya lo sabes.

—¿Vampiros? —Su voz tembló cuando pronunció aquella palabra.

Josh redujo la velocidad mientras bajaba el cristal de su ventana. Se paró al lado del todoterreno que Sarah había visto conducir a Josh en otras ocasiones. El cristal se bajó y apareció aquel chico joven al que había presentado esa misma tarde. Brad, le pareció recordar que se llamaba. Brad miró a Josh unos segundos y luego se acercó un poco más a la ventana echándose hacia delante al observar que no iba solo en el coche.

Recorrió con la mirada a Sarah y vio que estaba malherida.

—¿Estáis bien? —preguntó con impaciencia en su voz.

—Ha faltado poco. —Miró hacia dentro del todoterreno—. ¿Y Ryan?

Ryan se acercó al asiento delantero.

—Estoy bien. Jason iba al lado de Brad que se arrimó más a la ventana acercándose a Brad.

—¿Qué ha pasado?

—Nos han atacado. —Luego puso su tono de voz más grave—. Ahí atrás parece haber un aquelarre.

—¿Vamos?

—No, están demasiado organizados.

—¿Cuántos hay? —volvió a intervenir Brad.

—No me he parado a contarlos —contestó Josh de mal humor—. Pero mínimo unos quince.

—Joder —exclamó.

Observó a Sarah. Permanecía encogida en el asiento con los ojos como platos. Su mirada bajó de nuevo hasta su rodilla. Necesitaba que le curasen las heridas. Se volvió hacia Brad mientras metía primera de nuevo.

—Nos vemos en casa —dijo a la vez que subía el cristal de la ventana y aceleraba.

Sarah le miraba fijamente moviéndose de forma dolorida en el asiento.

—¿A dónde me llevas?

—A mi casa. Necesitas que te curen esas heridas y, además, allí estarás a salvo.

Inspiró y se mordió el labio tembloroso.

—¿Quién eres? —susurró.

Josh le echó varias miradas furtivas mientras mantenía la atención en la carretera.

Suspiró y pareció relajarse.

—Lo que te ha atacado... —Luego tomó aire un poco más fuerte—. Son vampiros.

Se pasó la mano de nuevo por las mejillas secándose las lágrimas.

—¿Y tú? Te movías igual que ellos, saltaste una distancia de...

—Yo no soy ningún vampiro, Sarah —dijo calmando su voz—. Yo los cazo.

Sarah tragó saliva y se mojó los labios.

—¿Eso es lo que eres? ¿Un cazavampiros?

—Más o menos. —Mantuvo la vista clavada en la carretera—. A veces son vampiros; otras veces, otras cosas.

Se llevó las manos a la cabeza apretándosela, como si le fuese imposible creer aquello.

Ella permaneció varios minutos callada, mirando por la ventana incrédula

¿Josh, un cazavampiros? Los vampiros existían, y de hecho lo había visto matar unos cuantos sin mucho esfuerzo, pero aquello... incluso cuando lo había visto le era difícil de creer.

—¿Pero —Tragó saliva e inspiró—, tus movimientos... cómo puede ser?

—Llámalo anomalía. —Luego la miró—. O llámalo evolución.

—¿Y tus compañeros también pueden hacer eso? —preguntó rápidamente.

—Claro. —Se encogió de hombros como si fuese lo más normal del mundo. Se acarició los brazos notando como aún temblaba. Volvió a secarse otra lágrima y suspiró.

—¿Por qué me han atacado?

Josh permaneció callado varios segundos mientras giraba a su derecha y se paraba en un semáforo. Miró por el retrovisor y observó que el todoterreno se situaba justo detrás.

—Los vampiros son muy vengativos. Dejaste a uno malherido cuando intentaba alimentarse y han vuelto a por venganza.

Sarah sacudió la cabeza escuchando con atención todo lo que decía.

—Pero lo has matado, ¿no?

—He matado a unos cuantos vampiros ahí detrás, pero no sé si uno de ellos era el mismo que te atacó. Supongo que sí, el primero que intentó morderte.

Sarah volvió a temblar.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—Un poco.

—Es por los nervios —Le explicó Josh mientras pulsaba un botón y notaba que un ligero aire caliente salía por sus pies—. Tienes que intentar relajarte, ahora no te ocurrirá nada.

Abrió la guantera que había delante de ella y sacó un paquete de pañuelos de papel pasándoselo. Cuando volvió la vista al frente el semáforo estaba en verde, metió primera y volvió a avanzar.

—¿Tú lo sabías?

—¿El qué? —preguntó sin comprender.

—Que iban a volver a atacarme —dijo gimiendo.

Josh volvió la vista hacia ella para observarla.

—Era lo más lógico —le susurró. Ella aceptó algo molesta y bufó mientras secaba sus mejillas.

—Por eso has venido a mi casa, ¿no?, para poder atrapar a alguno de esos vampiros...

—Sarah... —le interrumpió.

—¿Vas a comisión? —preguntó de mal humor.

—Eso no es así —le cortó—. Hubiese ido a tu casa con o sin vampiro, ¿entiendes?

—Ya, claro —dijo mirando por la ventana.

Josh chasqueó la lengua y miró de nuevo hacia la carretera, molesto. Observó a Sarah pasarse el pañuelo por la nariz, casi de espaldas a él, mirando por la ventana la calle oscura. Desvió una de sus manos hasta la que ella había dejado sobre la pierna y la acarició de suavemente.

—Aunque no hubiese vampiros de por medio te hubiese invitado a comer y hubiese aceptado ir a tu casa —susurró de una forma dulce.

Ella se mordió el labio y apartó la mano de la suya de forma lenta.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Podrías haberme dicho lo que ocurría...

Josh sonrió.

—No me hubieses creído. —Acercó de nuevo su mano a la suya y la agarró, esta vez Sarah no se resistió.

—Sí lo hubiese hecho.

—Ya, claro —bromeó.

18

Tardaron casi un cuarto de hora en llegar. Brad abrió la puerta trasera del todoterreno mientras Ryan bajaba de él con ayuda de Nathan. Llevaba una cuerda atada sobre su rodilla. Sarah vio que todos vestían de la misma forma. Los cinco llevaban camiseta y pantalones ajustados, de un género parecido a la licra, con mangas largas y un cinturón en el que portaban varias pistolas y dagas. Dio un paso atrás para dejar pasar sin problemas a Ryan mientras Josh se ponía a su lado y la cogía del codo que no tenía dañado. Parecía tan frágil, pálida, como si estuviese a punto de desmayarse.

—Vamos —dijo mientras la conducía a paso lento hasta el ascensor.

Ryan permanecía sujeto a los hombros de Nathan.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Josh.

—Es un rasguño de nada —contestó medio sonriendo.

Sarah se mantenía en un lateral, sin decir nada. Todos eran enormes, le sacaban una cabeza como mínimo y eran como armarios.

Cuando llegaron a la segunda planta y se dirigieron a una de las pequeñas habitaciones. Josh la condujo hasta una pequeña enfermería. Pero Sarah caminaba despacio, consciente cada vez más del dolor de su rodilla. Para cuando llegaron a la habitación, Ryan estaba sentado en un taburete con la pierna en alto. Se había subido aquella malla a la altura del muslo. Sarah se quedó petrificada en la puerta. ¿Aquello era un rasguño? Tragó saliva y notó cómo se mareaba ante aquella herida. Tenía la carne abierta con un corte de al menos veinte centímetros. Intentó controlar la respiración para no caerse ahí en medio. Josh la llevó hasta una camilla y la sentó agarrándola por la cintura.

—A Brad y Ryan ya los conoces —dijo mientras ellos le sonreían, incluso Ryan, con la pierna prácticamente abierta, le mostraba una sonrisa sincera mientras le hacía un gesto gracioso con su mano. Josh señaló hacia los otros tres. —Ellos son Nathan, Sean y Jason.

Jason se acercó y se colocó al lado de Josh. Colocó una mano sobre el hombro de ella y le dio una palmadita.

—¿Estás bien?

Ella los miró a todos aún impresionada mientras recibía los saludos y sonrisas.

—Sí.

—Así que tú eres la chiquilla que derrotó a un vampiro con un bote de pimienta y unos tacones, ¿no? —le sonrió Sean mientras agarraba una aguja e hilo.

Sarah no dijo nada, simplemente se limitó a observar la herida de Ryan. Se la estaba limpiando

él mismo con una gasa empapada en alcohol.

—¿Te duele mucho? —le preguntó en un susurro. Ryan la miró y le sonrió.

—No tanto como parece —respondió. Sean cogió un taburete y se colocó frente a la pierna de Ryan.

—No te preocupes chiquilla, mañana ya podremos quitarle los puntos.

Ella lo estudió con la mirada sin comprender aquella frase mientras Josh cogía unas pinzas, gasas y un bote lleno de líquido. Se colocó frente a ella y destapó la botella.

—Nos regeneramos rápido —le explicó.

Sarah pareció inspirar aire agotada. Demasiada información en poco tiempo.

Josh sujetó el bote y echó un buen chorro sobre la gasa.

—¿Qué haces? —preguntó en un susurro.

—Voy a curarte estas heridas. —Pero Sarah apartó un poco el brazo cuando acercó aquella gasa húmeda hacia el codo—. Es suero —le explicó—. Voy a limpiártela.

Tragó saliva y se dejó hacer. Josh iba con sumo cuidado, quitando con la gasa las virutas de cristal que aún quedaban sobre ella. Le agarró el brazo y alzó las pinzas.

—Tienes algunos cristales en la herida —le explicó mientras comenzaba a sacar con las finas pinzas unos trozos clavados. Notó que el brazo de Sarah se tensaba bajo su mano, pero no dijo nada. Se limitaba a observar a todos aquellos hombres, a Ryan charlando amistosamente con Sean como si estuviesen tomando una cerveza en el bar en vez de estar cosiéndole la pierna—. Al menos no necesitas puntos.

Sarah desvió su rostro hacia Josh. Estaba muy próximo a ella. Sacó el último de los cristales y lo quitó con cuidado. Volvió a tomar otra gasa y a limpiarle la herida. Recordó los movimientos que había visto hacer a Josh durante la lucha, aquellos saltos, su velocidad. Se estremeció cuando recordó cómo la sujetaban por el cuello, cómo había caído por la ventana, cómo había estado a punto de morir en esa noche infinitad de veces. Notó que sus ojos se humedecían de nuevo y los cerró para controlar las lágrimas.

—Aquí no pueden entrar, ¿no? —susurró abriendo los ojos una vez había controlado las lágrimas. Josh comprendió lo que quería decir.

—No, la casa está blindada —explicó—. Las ventanas y puertas tienen una fina capa de plata que los debilita y la mayoría de las bombillas tienen la misma particularidad que la luz solar. No podrán entrar aquí. Sarah suspiró mientras notaba cómo sus músculos comenzaban a relajarse y el agotamiento se iba haciendo presente en todo su cuerpo.

Josh dio unas cuantas vueltas con una venda a su codo y lo pegó con cinta. Se sentó en un taburete frente a la pierna de ella.

—¿Cómo va Ryan? —preguntó desviando la mirada hacia él.

—Bien. Aunque tengo un poco de hambre.

Sarah abrió los ojos como platos, pero se alegró de que al menos conservase su buen humor mientras aquella aguja lo atravesaba una y otra vez. Nathan se distanció un poco de Sean y Ryan y sonrió a Sarah.

—¿Te gusta el café? —preguntó amablemente. —Sarah asintió—. Haré un poco —dijo saliendo de la habitación.

Observó que desaparecía tras ella mientras Josh mantenía toda su atención en la herida de la pierna. No necesitaba puntos pero era fea. Sostuvo de nuevo la gasa impregnada en suero y la limpió con sumo cuidado. Sarah no se quejó ni una sola vez en todo el proceso, parecía estar perdida en un pozo oscuro. Era normal, durante la última hora había estado a punto de morir, había descubierto la existencia de los vampiros y el chico con el que parecía mantener una relación resultaba ser un cazavampiros.

—Ya está —dijo colocando el bote en una estantería cuando terminó de curarle la herida. Le acarició la mejilla y fue hacia Brad que se encontraba al lado de Ryan charlando amistosamente—. Sarah se quedará con nosotros unos días, hasta que logremos solucionar esto.

Ella puso la espalda recta. ¿Que se iba a quedar? ¿Ni siquiera iba a preguntárselo? Sabía que era lo más seguro para ella, que de esta forma permanecería a salvo, pero no podía obligarla a que abandonase su vida.

—Me dijiste que el vampiro que me atacó había muerto —murmuró. Todos centraron la mirada en ella.

—No estoy seguro, igualmente... —dijo volviendo la mirada hacia sus compañeros—. Fue muy extraño, ya os digo, había como quince vampiros intentando atraparla.

—Eso es raro —intervino Ryan. Luego observó a Sarah y explicó—. Los vampiros no suelen atacar en grupo, siempre lo hacen de forma individual o como mucho en pareja. Es raro que hagan eso. Ya ves. —Se encogió de hombros—. Hemos alucinado al ver cuatro vampiros juntos.

Sarah volvió a quedarse pensativa mientras agachaba su cabeza.

—Había vampiros nuevos y antiguos —continuó Josh.

—Joder, entonces está claro que se han reproducido —dijo Brad después de soltar un bufido.

Guardaron unos segundos de silencio hasta que Sarah se humedeció los labios y se atrevió a preguntar.

—¿Qué significa eso? —Su voz tembló demasiado para su gusto—. A mí... me mordieron, ¿significa que voy a convertirme en una de ellos?

Josh dio un paso hacia ella tranquilizándola mientras le acariciaba el cabello rizado.

—No vas a transformarte, eso no funciona así. Un humano no puede transformarse en vampiro.

—Hay pocas hembras —explicó Brad de nuevo—. Y solo pueden procrear cada diez años aproximadamente, pero cuando lo hacen pueden llegar a poner treinta o cuarenta huevos cada una.

—¿Huevos? —preguntó confundida.

Josh la miró y asintió.

—Debieron tener una camada hace poco más de un año porque había vampiros nuevos. —Josh volvió a acariciarla—. El vampiro que te atacó a ti era un vampiro nuevo, es decir, tenía entre doce y veinticuatro meses. Durante el primer año de crecimiento de un vampiro solo se alimentan de la madre, desde que cumplen el primer año hasta el segundo comienzan a alimentarse de humanos y lo alternan con la sangre de la madre. Cuando se convierten en vampiros antiguos, es decir, cuando cumplen los dos años de vida, ya solo se alimentan de humanos. Es cuando son más fuertes.

—¿Cómo sabes que el que me atacó era un vampiro joven? —preguntó arrugando la frente.

—Por la mordedura. —Le agarró la muñeca y la observó. Aunque estaba cicatrizando bien aún no se le había caído la costra—. Sus colmillos aún eran pequeños.

—¿Pequeños? —medió grito—. No eran nada pequeños.

—Sí, si los comparas con los de un antiguo —remarcó Brad. Sarah se estremeció y quitó la muñeca de la mano de Josh.

—Tuviste suerte —intervino Ryan—. Un vampiro antiguo no te hubiese dejado escapar con tanta facilidad.

Sarah enarcó una ceja hacia él.

—Cómo se nota que no me conoces cabreada —protestó.

Todos comenzaron a reír, excepto ella que no veía dónde estaba la gracia. Claro, que aquellos hombres luchaban contra multitud de vampiros y sabían lo que decían. Incluso Josh sonreía y la miraba asombrado.

—Ni quiero —continuó con la broma Ryan mientras seguía riendo—. Podríamos meterla en la división —rio dirigiendo la vista hacia Josh.

Josh sonrió pero no dijo nada. Se apoyó en la camilla al lado de ella y se cruzó de brazos.

—Te quedarás aquí hasta que sepamos lo que ocurre.

—Pero los vampiros solo atacan de noche, no pueden salir a la luz del sol,

¿no?

—Exacto. —Josh vio por dónde iba—. Pero prefiero que tu tío no te vea así —dijo señalando su pierna y su codo—. Además, necesitas descansar.

—¿Tú vas a descansar? —preguntó molesta por organizarle la vida.

En realidad no estaba molesta con él, estaba molesta por el desarrollo de los acontecimientos en esa última semana, por cómo habían modificado su existencia de una forma tan trascendente. Josh sonrió.

—Yo no soy como tú.

—Ya veo.

—Al menos espera un par de días para volver al trabajo. Igualmente pasarás las noches aquí

hasta que sepamos que estás a salvo. Supongo que tu tío estará encantado de darte unos días de fiesta.

Sarah se encogió de hombros, al fin y al cabo él tenía razón. Estaba agotada y al comenzar a relajarse y sentirse más tranquila notaba cómo comenzaba a dolerle todo el cuerpo. No le irían mal un par de días descansando, asimilando todo aquello y estando realmente a salvo.

—Está bien —musitó.

—Mañana iremos a tu piso y podrás coger lo que necesites. —Se levantó y acarició su brazo—. Te enseñaré la casa y tu habitación.

Brad en ese momento miró sin que se percatarse Sarah a Josh y lo interrogó con la mirada dibujando en su rostro una sonrisa traviesa. Josh le devolvió la mirada antes de salir de la enfermería y conducirla hacia el ascensor.

—En esta planta están las habitaciones de trabajo. —Señaló hacia el final del pasillo—. Esa es la oficina, tenemos la enfermería y bueno... más cosas. Esta es la segunda planta. —Entraron en el ascensor y apretó la planta uno—. En la primera planta están las habitaciones, el comedor y la cocina. Sarah se apoyó en la pared mientras las puertas se cerraban y se pasó la mano por la cara agotada.

—Aquí estarás a salvo —musitó Josh al ver aún su rostro pálido y un ligero temblor en sus manos. Sarah lo miró.

—Ya lo sé —susurró. Las puertas se abrieron y avanzaron por el pasillo. El olor a café los inundó desde el primer momento.

Josh le indicó la segunda puerta a la derecha y la abrió. Encendió la luz y una enorme habitación apareció ante ella. Había una gran cama en el centro, a un lado un armario empotrado y un enorme escritorio con algunos papeles desparramados. En uno de los lados una puerta entreabierta dejaba ver un lavabo. Sarah se adentró en su interior. Todo el suelo era de parquet dando a la estancia un tono más confortable. Se acercó hasta el escritorio y encontró al lado de los papeles dos libros.

—Es mi habitación —murmuró Josh mientras cerraba la puerta tras él.

Sarah se giró un poco confundida por aquellas palabras y fue entonces cuando se percató de que en realidad la habitación tenía un toque muy masculino.

—¿Voy a dormir aquí?

—No veo por qué no.

—¿No hay más habitaciones? —preguntó tímida.

Aunque la idea de dormir a su lado le atraía, aún seguía asustada por lo que había descubierto sobre él.

—No. Desde luego no vas a dormir en el sofá, y por supuesto que yo tampoco, necesito estar descansado. —Avanzó un poco hacia ella y se colocó enfrente.

Había deseado traerla a su habitación desde que habían llegado a la casa, pero las circunstancias se lo habían impedido hasta ahora. Necesitaba aclarar con ella ciertas cosas. Sarah miró la cama unos segundos, la verdad es que ahí dormiría mucho más cómoda que en la suya propia, al menos era el doble que la de su casa. Al lado había una mesa pequeña con una lámpara y un pequeño reloj que marcaban las dos y media de la madrugada.

—De acuerdo —acabó susurrando cansada. Josh se acercó un poco más a ella.

—Lo que hemos hablado antes en el coche... —comenzó a decir en un tono suave mientras recorría su mejilla con un dedo—, era cierto, Sarah. Ella suspiró y bajó la mirada esperando a que siguiera hablando.

—Fui enviado por el Pentágono a Brooklyn para acabar con esos vampiros. —Le cogió la mano y la atrajo hacia él—. Pero lo que no esperaba era enamorarme de la chica a la que debía proteger —acabó diciendo.

Sarah elevó la mirada sorprendida por lo que acaba de oír. «Enamorarme de la chica a la que debía proteger». Ella contempló sus ojos miel. La miraban de una forma intensa.

—Ni siquiera sé quién eres —le susurró con un ligero temblor en la voz sin apartar la mirada de él.

—Ya lo sabes todo de mí.

Se arrimó y acercó sus labios a los suyos mientras le agarraba de la cintura y la atraía hacia él. Pero no la besó, se quedó a escasos milímetros observándola, esperando a ver si ella le aceptaba, a ver si ella aún parecía sentir lo mismo por él tras descubrir su secreto. Esperó varios segundos perdiéndose en aquel azul intenso de sus ojos. Ella pareció debatirse durante unos segundos hasta que llevó su mano a su camisa negra y acarició su pecho de forma suave. Había arriesgado su vida por ella, le había protegido y había reconocido que la quería, ¿Qué más podía pedir?

Él no esperó y la besó con urgencia, como si nunca lo hubiese hecho, como si hubiese esperado toda su vida para hacerlo. La agarró y la apretó contra él notando cómo se relajaba en su abrazo, cómo le correspondía con la misma urgencia. Ella se agarró a su cuello y volvió a acariciar sus cabellos cortos aprisionándolo contra sus labios. Aquella sensación sobrepasó los límites de Josh. La tomó por la cintura con un brazo y prácticamente la elevó acercándola hasta el escritorio. La dejó sentada en él mientras apartaba con la mano que le quedaba libre los documentos y libros arrojándolos al suelo sin cuidado. Metió la mano bajo su falda y arrancó prácticamente sus bragas arrojándolas al suelo mientras con sus caderas le hacía separar las piernas. La aprisionó contra él mientras se bajaba los pantalones con la misma urgencia y la acercaba con un movimiento rápido de sus caderas.

Sarah lo besaba con intensidad, rodeándole los hombros con fuerza mientras él subía su pierna ilesa. La penetró de forma un tanto violenta, pero no podía controlarse. Tapó con su mano su boca intentando acallar el grito de Sarah mientras escondía su rostro en su cuello y lo iba recorriendo

con sus labios. Comenzó a embestirla de forma rápida, incluso violenta, como si quisiera borrar aquel aroma tan característico de ella intentando implantar el suyo. Los vampiros intentaban arrebatársela, pero por su vida que no lo lograrían y acabaría con todo aquel que intentase hacerlo. Siguió moviéndose a un ritmo frenético, colocando su mano sobre la boca de ella para que sus compañeros no se alertasen de lo que estaba ocurriendo en aquella habitación. Descendió su mano hasta la espalda y la tumbó de forma delicada sobre el escritorio inclinándose sobre ella y colocando los brazos a cada lado mientras ella se retorció de placer bajo su cuerpo. Se quedó contemplándola viéndola llegar al orgasmo, mientras las manos de ella recorrían su camisa negra y se agarraban con fuerza a su cuello cuando sentía que iba a explotar. Pero Josh no bajó el ritmo ni un segundo, era como si quisiera hacerla suya, marcar su territorio, y de hecho es lo que significaba para él. Aunque sabía que su aroma no se borraría, quería sentirla así. Se inclinó hacia ella y la besó sosteniendo su pierna y sujetándola por la rodilla que no tenía herida, colocándola al lado de su cuerpo y acariciando de forma suave el muslo, en contraste con las embestidas potentes. Sarah colocó su pierna rodeando la cadera de él, abrazada a su espalda haciendo que se acercase más.

—No pares —le susurró entre gemidos—. No pares, por favor.

—No voy a parar —dijo contra sus labios. Josh se incorporó y la embistió con más fuerzas mientras la besaba e introducía su lengua en su boca.

Bajó su mano hasta la cadera de Sarah y la pasó por debajo elevándola lo justo para que notase más sus embestidas y penetrarla con más profundidad. Sarah se sobresaltó un poco por aquel gesto, por la fuerza que sentía en él. Subió sus manos hasta su cuello y agarró sus cabellos con fuerza.

La besó con fuerza silenciando sus gemidos y gritos de placer hasta que notó que él mismo llegaba al éxtasis que le había hecho sentir varias veces a ella durante ese rato. Emitió un gruñido con la última embestida y se inclinó sobre ella. Le besó el cuello mientras recuperaba el aliento. ¿Cómo era posible? No se agotaba prácticamente luchando contra una multitud de vampiros, pero aquella mujer hacía que jadease y su respiración fuese rápida. Movié su cuello y se incorporó un poco, lo suficiente para mirarla a los ojos y dedicarle una dulce sonrisa. Era tan hermosa, un ligero rubor cubría su rostro donde antes solo había palidez y sus ojos entreabiertos lucían con un brillo especial. Sarah se levantó un poco y un gesto dolorido inundó su rostro.

—Lo siento —murmuró ayudándola a incorporarse. La sentó sobre el escritorio agarrándola por la cintura y la observó asustado por si le había provocado algún daño. Ella le reportó una sonrisa tranquilizadora y le acarició la mejilla.

—Estoy bien, y lo que tengo no es por tu culpa. —Se quedó mirando aquellos ojos miel mientras acariciaba su cuello. Josh le pellizcó la nariz en actitud cariñosa.

—¿Qué pasa? —Le sonrió.

Aunque ella comenzó a reír, él siguió sonriendo mientras la observaba.

—Nada. —Luego lo miró divertida—. Simplemente, que si lo que pretendes es que descanse va a ser difícil compartiendo habitación.

Sarah salió de la habitación junto a Josh. Se había limitado a recoger los papeles y libros que había tirado al suelo en ese arrebato de lujuria y se había refrescado un poco en el aseo. Tal y como habían imaginado, Jason había preparado café y estaba sentado en el sofá con una taza, frente a la enorme pantalla de plasma. Les sonrió y señaló hacia el final de la gran estancia donde se encontraba una pequeña cocina.

—El café está en la cafetera. Recién hecho —matizó volviendo a mirar la televisión.

—Siéntate —le animó Josh señalando el sofá—. ¿Lo quieres solo o con leche?

—Con un poco de leche.

Josh se dirigió a la cocina mientras Sarah se acomodaba en medio del enorme sofá. La pantalla tenía las dimensiones similares a las de un cine y debía tener home cinema porque el sonido de la película que estaba viendo Jason venía de todas partes. Jason la miró un segundo mientras dejaba su taza sobre la pequeña mesa que había justo enfrente.

—¿Te encuentras bien? —Sarah le sonrió tímidamente y asintió—. Los vampiros son un verdadero coñazo —dijo colocando los brazos a lo largo del reposacabezas y sonriendo—. Espero que te cargaras a unos cuantos, Josh.

—Unos cuantos —aceptó él mientras llegaba al sofá y le pasaba la taza. Se sentó entre Jason y Sarah y estiró las piernas hacia delante—. ¿Aún no han bajado? —Jason negó sin mirarle—. ¿Qué ocurrió?

—Joder, detectamos en el radar cuatro vampiros, se movían a una velocidad increíble, así que suponíamos que iban en busca de alimento moviéndose de un lado a otro. Avisamos a Brad y Ryan y les pedimos ayuda, cuatro vampiros contra tres... nos podían dar bien por culo. —Luego miró a Sarah como si acabase de recordar que estaba allí—. Disculpa, soy un poco bruto.

Ella negó asombrada por lo que estaba oyendo.

—Los interceptamos en un cruce y comenzamos la lucha. Brad y Ryan llegaron unos minutos después. —Luego movió su cabeza de un lado a otro—. La verdad es que no sé ni cómo ocurrió, de repente tenía a Ryan a mi lado y al siguiente segundo lo estaba arrastrando un vampiro hacia una pared hincándole sus mugrientas uñas en la pierna. —Sarah tembló—. Acabamos con ellos.

—¿Eran antiguos?

—Los cuatro. —Luego desvió su mirada hacia Josh—. ¿Pero qué coño hacen atacando en grupo? No lo entiendo.

—Supongo que intentaban distraernos para cogerla.

Sarah se pudo tiesa al momento.

—¿Pero qué he hecho yo? —preguntó a la defensiva. Josh se giró y la contempló.

—Eres la primera mujer que sobrevive al ataque de un vampiro —explicó.

Ella puso los ojos como platos.

—¿En serio? —preguntó anonadada.

Jason se inclinó hacia delante y le sonrió burlón.

—Supongo que habrás herido su orgullo o algo así.

Ella suspiró y bebió un poco de café. Josh le había echado un par de cucharadas de azúcar.

—Pero no lo entiendo —susurró—. Dices que soy la primera mujer que sobrevive a uno de sus ataques, ¿solo atacan a mujeres?

En ese momento el resto del equipo entró en el comedor. Ryan caminaba cojeando un poco pero no hacía ningún gesto de dolor.

—Hombre —dijo Brad que acababa de entrar y que debía haber oído algo de la conversación mientras se dirigía por el pasillo—. Si yo fuera vampiro y pudiese elegir... solo atacaría a las mujeres, está claro —respondió en tono de chanza—. Mmm... café —dijo yendo directo a la cafetera—. Ryan, ¿quieres uno?

—Doble —respondió sentándose al lado de Jason.

—A mí ponme uno corto —comentó Sean mientras se sentaba al lado de Jason.

—Qué soy ¿tu chacha? —preguntó Brad desde la cocina—. Tú no estás herido, así que mueve el culo.

Sean se giró hacia él y medio sonrió.

—Por favor —suplicó.

Nathan miraba atentamente en dirección a Brad mientras servía una taza de café. Debió darse cuenta de que Nathan tenía una sonrisa burlona en su rostro porque lo miró con los ojos entornados.

—Uno largo —pidió riendo.

—Ya, ya... yo también tengo ganas de sentarme —dijo mientras agarraba otra taza para Nathan—. ¿Algo más?

—No te olvides del azúcar —dijo Sean riendo desde el asiento—, cariño... —se burló.

Sarah se quitó los zapatos y subió los pies en el asiento permitiendo que Brad dejase todas las tazas en la mesa.

Automáticamente, se sentó al lado de ella y bebió un sorbo de café.

Luego suspiró y se recostó en el asiento como si estuviese realmente agotado.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah hacia Ryan que colocaba la pierna herida sobre la mesa.

—Sí, no es nada.

—No lo parecía —musitó de forma tímida—. No... ¿No vas a ir al médico? —interrogó con

timidez.

—¿Para qué? —Se encogió de hombros—. Con los puntos de sutura me cicatrizará antes.

Ella aceptó sin comprender bien aquella postura pero se limitó a dar otro sorbo a la taza de café. Se sorprendió al darse cuenta que todos tenían la mirada clavada en ella, estudiándola, eso la intimidó, aun así hizo como si no se percatase mirando atentamente aquella película antigua. La verdad es que estar rodeada de seis hombres, a cuál de ellos más enorme, imponía un poco. Josh se adelantó un poco para dejar la taza en la mesa al notar la rigidez de ella y la observó también.

—Sarah y yo tenemos una relación —dijo de improviso. En ese momento todas las miradas se centraron en él.

Sarah puso los ojos como platos. ¿Pero a qué venía eso?

—Me lo suponía —comentó Brad sonriente. Se giró hacia él y lo observó fijamente, pero Josh se limitó a guiñarle el ojo con complicidad y sonrió.

—Felicidades —comentó Ryan—. Un cazador cazado —rio.

Aquello pareció despertar risas entre todos, lo cual hizo que Sarah se relajase un poco.

—Así que ya sabéis lo importante que es —continuó Josh cuando las risas se hubieron aplacado un poco. Jason se encogió de hombros.

—Íbamos a protegerla igualmente —matizó poniéndose los brazos detrás de la cabeza para apoyarla. Luego se giró hacia Sarah—. Tú tranquila, chiquilla, que ningún chupasangre te va a poner un dedo encima. —Ella sonrió agradecida por ello y dejó la taza sobre la mesa alargando el brazo—. Aunque también sabemos que sabes cuidarte solita —volvió a reír—. De verdad, deberías explicarnos cómo conseguiste dejar K.O. a un vampiro, ¡es alucinante!

—Podrías reemplazar a Ryan hasta que sane completamente —bromeó Sean.

Ryan bufó, pero no dijo nada al respecto. Josh se apoyó de nuevo en el asiento, relajado al fin, aunque sabía que sus compañeros no intentarían nada con Sarah, Brad no había parado de echarle el ojo. No era porque no se fiase de él, sino que prefería dejar las cosas claras desde un principio.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Brad con una sonrisa en dirección a Sarah.

Sarah miró a Josh un momento algo tímida, pero él le sonrió y le indicó con la mano que no había problema en que hablase del tema con ellos.

—Me metieron en la parte de atrás de un coche. —Sarah tragó saliva y dejó de inmediato la taza sobre la mesa al notar cómo su mano comenzaba a temblar—. No podía abrir las puertas... lo intenté durante un rato, o al menos a mí me pareció eterno. —Todos escuchaban con atención, serios—. Hasta que me di cuenta de que no estaba sola en la parte de atrás. Se tiró sobre mí y me mordió la muñeca. —Se quedó callada unos segundos.

—Si no quieres no tienes por qué explicarlo —dijo Josh suavemente.

—Ni hablar, ¿ahora que viene lo mejor? —le dijo en tono burlón para intentar quitar hierro al

asunto, pues veía a todo el equipo con caras serias, incluso enfadadas, pero al escuchar aquella respuesta todos comenzaron a reír. Desde luego la chica tenía coraje, era digna de un cazador. Suspiró y miró hacia abajo mientras hablaba. —Por suerte llevaba un bote de spray de pimienta, me lo regaló mi tío, así que le rocié con él los ojos.

—Menos mal que lo tenías a mano —comentó Ryan.

Sarah se quedó pensativa durante varios segundos, como si recordase algo que hasta ese momento le había pasado desapercibido.

—El hombre... —musitó.

El equipo se puso en tensión cuando dijo aquello, sobre todo por el tono que empleó, como si en ese momento fuese consciente de algo.

—¿Qué ocurre? —Josh se incorporó.

—Eran las once y media cuando salí de comisaría, creo. Al salir me asusté, había un hombre al otro lado de la calle, me miraba fijamente. Me llamó la atención porque vestía una cazadora larga, parecía de cuero... y hacía demasiado calor para esa prenda. Aceleré el paso hacia la estación porque vi que me seguía, pero de repente desapareció al girar la esquina. Por eso busqué el spray en el bolso y lo guardé en el bolsillo, pero...

—¿Qué? —preguntó Brad nervioso.

—No lo vi seguirme hasta el metro, ni siquiera cuando llegué a mi parada y caminaba hacia mi casa. Cuando alguien me agarró por detrás y me metió en el coche no pude verle la cara, pero sí pude ver que llevaba la misma cazadora.

—Era otro vampiro —concluyó Josh.

—¿Qué hace un vampiro facilitando la comida a otro? —preguntó Ryan mosqueado—. ¿Se han vuelto generosos de golpe?

—¿Estás seguro de que se trata de un vampiro nuevo? —preguntó de nuevo. Brad agarrando sin previo aviso la muñeca de Sarah y examinándola. La miró durante unos segundos sujetándola con delicadeza y por lo visto llegó a la misma conclusión de Josh—. ¿Un vampiro sirviendo a un vampiro nuevo el banquete? —A Sarah no le gustó como la definió pero, a fin de cuentas era la verdad—. ¿Pero qué diablos está ocurriendo en esta maldita ciudad?

19

Eran casi las cuatro de la mañana cuando Sarah acabó de ponerse la camisa que Josh le había prestado para dormir. Era una camisa blanca, de manga corta, y le iba realmente enorme. Se había metido en la cama, y se había echado la sábana fina por encima. Aquello era un lujo, pero ni siquiera pudo aguantar despierta mientras Josh se ponía el pijama. Cerró los ojos y se sumió en un plácido descanso.

Josh había estado observándola dormir durante un buen rato, acariciando su mejilla y depositando algunos besos en su frente, pero ella ni parecía percatarse, ni siquiera se movía o protestaba, simplemente seguía con su respiración suave, tranquila y uniforme. Por primera vez en los últimos días, Sarah no soñó con aquellos ojos negros ni con aquellos colmillos. Despertó con las fuerzas renovadas, aunque se sintió descolocada durante unos segundos hasta que consiguió recordar todo lo sucedido. Buscó a ciegas a Josh en la cama, pero no estaba allí. Se movió hacia su derecha y palpó con la mano sobre la mesita de noche que recordaba haber visto. Tocó el interruptor de la lamparita y la encendió. Cerró los ojos de inmediato hasta que poco a poco sus pupilas se adaptaron y logró mantener los ojos abiertos. Miró hacia el reloj. Las tres. ¿Las tres de la tarde? Se quedó boquiabierta. Recorrió la habitación con la esperanza de encontrar a Josh allí, pero estaba totalmente sola. Lo último que recordaba era verle quitarse la camisa y ponerse la parte inferior de su pijama. A partir de ese momento no recordaba nada. Se dio una ducha rápida, fue hacia la puerta y en cuanto la abrió escuchó las voces que provenían del comedor. Se relajó al saber que no estaba sola, pues durante unos segundos había dudado que la hubiesen dejado allí sola.

Todos estaban sentados a la mesa y la miraron sonrientes cuando la vieron entrar.

—Buenas tardes, dormilona —saludó Jason.

—Hola.

Josh se levantó y le dio un tierno beso en la mejilla.

—¿Has dormido bien?

—Hacía días que no dormía tan bien.

—Pensábamos que ibas a estar todo el día durmiendo —dijo Brad.

Sarah le sonrió.

—¿Tienes hambre? —preguntó Josh aún a su lado.

—Sí, estoy hambrienta.

—Siéntate. —Fue hacia la cocina y le puso un servicio completo en la mesa. Después, se sentó a su lado mientras Brad le servía una buena ración de espaguetis con carne. —No, no tanto —dijo

en cuanto vio que rebosaban los espaguetis de su plato.

Brad sonrió y dejó el plato frente a ella que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Vino? —preguntó Ryan levantándose y caminando tranquilamente hasta ella.

—No, gracias, prefiero agua. —Le sonrió y miró su pierna—. Ya no cojeas —dijo asombrada.

Ryan dejó el vino sobre la mesa y se agachó para levantarse el pantalón a la altura de la rodilla, con una gran sonrisa, como si exhibiese un trofeo.

—No es una pierna tan bonita —se burló Brad riendo. Pero Sarah, sorprendida, no apartaba los ojos de ella.

Le habían quitado los puntos y donde ayer había una herida abierta ahora solo había una pequeña costra.

—¿Cómo es posible? —preguntó asombrada con la vista clavada en la pierna mientras Ryan se bajaba de nuevo el pantalón y se ponía de pie guiñándole un ojo.

—Se debe a las plaquetas. Estos fragmentos de células intervienen en el proceso de coagulación...

—Oh, vamos... no empieces Sean —se rio Jason.

—No, no, de verdad que me interesa —le animó Sarah.

—Encima ánimale.

Sean dibujó en su cara una sonrisa de triunfo.

—Como iba diciendo, estas células intervienen en el proceso de coagulación y liberan unas sustancias en la sangre, incluidas proteínas ECM, citoquinas y factores de crecimiento. Estos factores de crecimiento estimulan las células para que aumenten su velocidad de división y poder cicatrizar antes. —Dio un sorbo de vino y sonrió—. Nosotros tenemos mucho más desarrollado ese proceso de crecimiento.

Sarah se quedó pensativa unos segundos.

—Interesante... aunque no he entendido mucho —le sonrió.

—Es licenciada en derecho —explicó Josh.

—Las ciencias no son lo mío —dijo algo tímida. Luego volvió su mirada hacia Sean—. ¿Y los movimientos rápidos? ¿La fuerza? ¿También tiene una explicación fisiológica?

Sean se quedó pensativo.

—Es la evolución —rio Nathan.

Josh dio un sorbo de vino de su copa mientras escuchaba con una sonrisa a sus compañeros discutir sobre la teoría de la evolución. Se giró hacia Sarah que enrollaba la pasta en el tenedor.

—No he querido despertarte, parecías cansada —susurró. Se metió el tenedor en la boca y se limpió la comisura de la boca con la servilleta.

—Me ha sentado bien. Lo necesitaba.

Tragó y volvió a mover su tenedor entre la pasta.

—Y bien, ¿cuál es el plan hoy? —preguntó Brad echándose hacia delante y acercándose un poco a Josh.

—Esta noche saldremos.

Todos comenzaron a sonreír, incluso Ryan que parecía no recordar la pelea de ayer. Sarah los examinó a todos estudiando con la mirada a Josh, sin saber a lo que se refería.

—¿Yo también? —preguntó con inocencia.

—No, tú no, cariño —respondió poniendo su mano en el respaldo de su silla para estirar el brazo. Estaba claro que Sarah aún no sabía cuál era realmente su horario de trabajo. —Saldremos a cazar —le aclaró.

Ella siguió estudiándolo con la mirada hasta que pareció comprender.

—Ya, vampiros... —dijo mirando de nuevo su plato—. ¿Y me voy a quedar aquí sola? —preguntó con voz entrecortada.

—Aquí estás a salvo —intentó tranquilizarla. Ella aceptó mordiéndose el labio pero prefirió no protestar, no quería parecer una histérica ni llorarles que se quedasen a su lado, si Josh le aseguraba que ahí estaría a salvo sería porque así era. Suspiró y volvió a clavar su atención en la pasta—. Saldremos un poco más tarde hoy, sobre las once y media. Cenaremos sobre las diez —dijo mirando a Jason. Él aceptó con su rostro sabiendo que la cena tendría que estar preparada para esa hora—. Quiero que vayamos esta tarde a tu casa —dijo volviendo su mirada de nuevo a Sarah—. Así podrás coger algunas cosas.

Sarah volvió a aceptar mientras una idea se cruzaba por su mente.

—Si queréis puedo encargarme de hacer la cena. —Todos se miraron entre ellos algo desconcertados—. Si voy a estar un par de días aquí me gustaría colaborar con algo, no dar más trabajo. —Miro hacia Jason—. Además, así estaré entretenida, si no me voy a aburrir como una ostra.

Jason sonrió alegre ante aquel ofrecimiento, lo cierto es que deseaba liberarse de esa carga.

—Me parece una idea extraordinaria —dijo Jason con una gran sonrisa, feliz por poder liberarse de aquella faena—. Por mí puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Ella le sonrió alegre, al menos ya tendría algo con lo que estar entretenida.

—Si queréis que haga algo más solo tenéis que pedirlo, no quiero ser una carga —volvió a repetir.

Todos protestaron ante lo de ser una carga y le dieron a entender que para nada representaba eso para ellos, de hecho les parecía fantástico tener una presencia femenina allí.

—Estarás entretenida —dijo Josh—. Hay muchas películas. —Señaló a la estantería—. Y libros.

Ella miró la estantería y observó la gran cantidad de películas que tenían. Podría estar realmente entretenida, además le encantaría poder ver algunas de ellas en aquella enorme pantalla.

—¿Y a qué hora volvéis?

—Cuando lleguemos estarás dormida —contestó Josh llevándose la pasta a la boca.

—Un poco antes del amanecer —aclaró Nathan.

Aunque había visto lo que le había pasado a Ryan, el hecho de verle sano hoy la tranquilizaba bastante. Aun así, sabía que todas aquellas horas serían eternas. En realidad no le hacía ninguna gracia saber a lo que iban, pero no serviría de nada rogarles que se quedasen allí, que no fuesen. Aunque desease con todas sus fuerzas pedirles que no salieran.

Se contuvo y comió mientras escuchaba las conversaciones. No pudo ni con la mitad del plato. Brad le había servido una ración, como mínimo, para tres personas. Josh se puso en pie y miró a sus compañeros.

—Jason y Brad, nos acompañaréis al piso de Sarah. —Se pusieron en pie al momento. Miró a Sean, Ryan y Nathan—. Coged un deportivo y dad un rodeo por esta zona, a ver si captáis algo con el radar. Si no, incrementad el perímetro. —Sabía que al ser pleno día los vampiros estarían escondidos de la luz, pero eso le daba la opción de poder encontrar algún escondite y poder atacarlo. Desde luego se quedaría mucho más tranquilo aquella noche si sabía que por su zona no había ningún escondite de vampiros—. Si encontráis algo me llamáis.

—Claro.

Suerte que Josh le había dicho que Brad le llamaba jefe como una forma de hablar, pensó Sarah. De hecho parecía ser el responsable de aquella división, tal y como la llamaba él. Ahora, con su buena dosis de sueño y el estómago lleno se sentía perfectamente. Aun así, notaba de vez en cuando como si tuviese agujetas, todavía estaba un poco dolorida del día anterior. Subieron todos al ascensor y fueron al garaje. Tal y como Josh había ordenado Sean, Ryan y Nathan montaron en un deportivo mientras ellos cuatro cogieron un todoterreno. Se desplazaron entre las calles repletas de coches, se notaba que era domingo por la tarde. La carretera estaba atestada de vehículos. Brad puso la radio y una música agradable y movida inundó el todoterreno.

—¿Cómo los matáis? —preguntó Sarah inquieta. Sintió que Brad la miraba a través del retrovisor y Jason miraba a Josh. Aunque Sarah no podía ver el rostro de Josh, sabía que aquella pregunta no le había gustado mucho—. Bueno, es que ayer le clavé un cuchillo a uno en el costado y ni se inmutó, sin embargo todos los que tú clavabas hacía que se convirtieran en cenizas —dijo rápidamente—. Y si voy a quedarme sola esta noche quiero tener una ligera idea.

—Los vampiros no pueden entrar en casa. —Josh le habló con infinita paciencia y una voz calmada—. Ya te lo he dicho, las ventanas y las puertas tienen una capa de plata que los debilita y algunas de las luces son similares a la solar.

—¿Y si se va la luz? ¿Y si la cortan? —contraatacó.

—Existe un generador autónomo con una batería para setenta y dos horas.

—Ah —dijo algo más tranquila—. Entonces... —Se arrimó un poco más al asiento de Josh

mientras él volvía a girarse—. Lo de que no soportan la luz del sol, la plata, el ajo... ¿es verdad?

Brad sonrió interviniendo en la conversación.

—La luz del sol los convierte en cenizas. La plata los debilita, por lo que no pueden moverse de una forma tan rápida y es más fácil matarlos y al ajo son... mmm... alérgicos. Los quemamos —explicó—. Les crea erupciones.

—¿Y por qué no lo maté con el cuchillo? —volvió a preguntar.

—Es muy difícil matarlos —dijo de nuevo Josh.

—No lo parecía para ti —susurró.

Josh sonrió y volvió a girarse.

—Solo pueden morir si se les corta la cabeza o se les atraviesa el corazón. Nosotros usamos dagas y balas forradas en plata, por lo que si no llegamos a tocarles el corazón al menos están más débiles para el próximo ataque. El cuchillo que le clavaste no contenía plata.

—Ah —volvió a decir. Se quedó pensativa unos segundos, reflexionando una idea que se le pasaba por la cabeza—. Josh... mmm... no sé si... si podrías...

Él volvió a girarse para mirarla directamente.

—¿Qué?

—¿Me podrías dejar una de esas dagas esta noche? —susurró de forma baja—. Me... sentiría más tranquila...

—Sarah, no pueden entrar, no hay peligro.

—Ya, pero... no sé, aunque luego no la use o no sepa bien hacerlo... es a nivel psicológico.

Josh la estudió un rato con la mirada y pareció suspirar.

—De acuerdo. —Volvió a girarse hacia delante—. De todas formas tampoco serán muchas horas.

—Unas cinco o seis, ¿no?

—Sí.

Jason observó a Sarah, parecía nerviosa. No era para menos. Había sufrido dos ataques vampíricos en cuestión de menos de una semana pero ella no parecía consciente de que se encontraba entre un grupo de cazavampiros mortal. Era una chica fuerte, y realmente hermosa, con una belleza dulce e incluso salvaje. Jason sonrió e intentó cambiar de tema.

—¿Qué vas a hacer de cenar?

—¿No me digas que ya tienes hambre? —rió Brad mientras giraba el volante.

—No lo sé. ¿Qué tenéis para cocinar? —preguntó Sarah sonriente, dispuesta con alegría a cambiar de tema.

—Tenemos una gran despensa —volvió a decir Jason—. Luego te la enseñaré, puedes coger todo lo que necesites.

—De acuerdo. Pero tampoco creáis que cocino muy bien —rió.

—Mejor que Jason y Sean, seguro —intervino Brad de nuevo.

—Te quejarás... —gruñó Jason.

—Tampoco tienes que esmerarte mucho —intervino Josh. Pasaron el resto del viaje conversando, aunque Josh se mantuvo más bien callado, interviniendo pocas veces.

No le hacía gracia tener que irse por la noche, aunque supiese que ningún vampiro pudiese penetrar aquellas puertas y ventanas sin caer en la debilidad y que la luz similar a la del sol acabara con ellos. Sarah estaría a salvo, y aunque no quisiese dejarla sola debía hacerlo si quería llevar a cabo su plan.

—Aparca aquí —le informó a Brad cuando llegaron al piso.

Sarah salió del vehículo y sintió escalofríos. Alzó la mirada colocando su mano sobre sus ojos a modo de visera para observar su planta. La ventana por donde había caído aún estaba abierta. Tragó saliva y fue hacia el portal.

—No tengo llaves —dijo como si lo acabase de recordar. Bufó repetidas veces y fue hacia el interfono. Eligió un piso y llamó. Josh se colocó a su lado. Sarah esperó unos segundos hasta que contestaron con una suave voz por el interfono.

—¿Sí? —Señora Palmer, hola, soy Sarah Griffith, ¿cómo está?

—Hola, cielo —respondió con voz agradable.

Debía de ser una mujer mayor, pues su voz a veces temblaba.

—Verá, he olvidado la llave del portal en casa, ¿le importa abrirme?

—Claro. Al momento la puerta vibró y Josh la empujó.

—Muchas gracias.

—De nada —contestó la voz temblorosa.

Jason y Brad los siguieron al ascensor y subieron hasta la planta once. Al llegar, Josh avanzó primero por el pasillo. Al llegar a la puerta, la empujó y esta se abrió sin muchos problemas. Josh entró primero en el piso, le siguió Sarah y posteriormente Jason y Brad.

Sarah se llevó la mano a la boca. Sabía que su piso había quedado en mal estado tras la lucha de ayer, pero verlo le impresionó.

Había varias figuras de porcelana rotas por el suelo junto a unos cuantos Cds de música. La mesa de cristal había quedado hecha añicos, se llevó una mano a la boca cuando vio que entre los cristales había manchas de sangre en el suelo, cristales rojos, teñidos con su sangre.

Recorrió paralizada su casa, un par de velas había caído al suelo y junto a la barra estaba su teléfono móvil. Lo cogió y lo miró con urgencia. La batería se había salido al golpear contra el suelo. Intentó colocarla y cuando logró encajarla lo encendió. Suspiró cuando vio que al menos funcionaba. Brad y Jason miraban el piso de un lado a otro mientras Josh agarraba las dos dagas que perdió durante la lucha.

Observó a Sarah mirar toda su casa callada, recordando seguramente lo que había ocurrido la

noche anterior.

—Sarah, mete lo que necesites en una bolsa —le indicó sacándola del aturdimiento. Sarah asintió yendo hacia el pasillo. Josh se agachó al lado de los cristales rotos. Había bastante sangre, la sangre de Sarah, aquello le podía servir—. ¿Dónde están las bolsas de basura? —preguntó.

Ella se giró.

—En la cocina, en el tercer cajón debajo del fregadero.

Josh fue hasta donde ella le había indicado y tomó una. Cogió la escoba y el recogedor y fue hacia los cristales.

—Brad, intenta arreglar esa puerta y, Jason, cierra las ventanas y corre las cortinas —ordenó.

Brad se arrodilló al lado de la puerta principal y observó la cerradura.

—Esta puerta la abrieron a la fuerza, seguramente de una patada.

—Fui yo —admitió Josh—. Entraron por la ventana —explicó mientras iba barriendo el suelo y echando los cristales en la bolsa.

Aquellos cristales, aquella sangre, podía servirle de ayuda si quería saber si finalmente el vampiro que la había atacado estaba vivo. Podría servirle para atrapar algún vampiro vivo.

—Necesitaría algún destornillador. —Brad se levantó y fue hacia el pasillo—. Sarah, ¿tienes herramientas?

Ella negó.

—No, mi tío venía cuando necesitaba que me arreglase algo. —Aquello la dejó pensativa. Se incorporó y miró directamente a Brad—. Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

Pasó a su lado rápidamente y fue hacia el comedor. Brad le siguió algo preocupado.

—Mi tío —susurró mientras pasaba al lado de Josh y miraba confusa cómo metía los últimos cristales en la bolsa de basura. ¿Había venido a ayudarle a limpiar el piso?

Fue hacia la barra de la cocina y pulsó el botón del contestador mientras veía que en la pequeña pantalla parpadeaba el número tres. Pulsó y se activó la cinta, al segundo la voz de su tío inundó el pequeño comedor. «Sarah, te llamaba por si querías venir a comer, dime algo, tu tía está preparando tallarines». Dio paso al siguiente mensaje. «¿Dónde estás? Te he llamado al móvil pero me sale apagado, dime algo cariño». El tono de voz era un poco preocupado. «Sarah, me estás preocupando, dime algo en seguida o tendré que decretar una orden de búsqueda y captura a tu nombre». Sabía que aquella era la típica broma de su tío inspector, pero en su voz había cierta urgencia. Miró el reloj, marcaban las cinco menos cuarto. Josh pasó a su lado para dejar en un lateral la escoba y el recogedor.

—Llámallo y cálmalo. Dile que vas a estar un par días fuera.

—¿Y dónde le digo que voy a estar?

—Invéntate cualquier excusa. —Se acercó y al pasar junto a ella le acarició el cabello—.

Estará encantado de darte un par de días de descanso.

Sarah suspiró y se mordió el labio mientras pensaba. Asió el teléfono y marcó el número de su casa.

—¿Sí? —contestaron desde el otro lado de la línea.

—Hola, tío —intentó que su tono de voz sonase alegre.

—Sarah, Dios mío, ¿dónde te habías metido? Me tenías preocupado.

—Lo siento, he estado fuera... —Miró su móvil que estaba al lado del contestador—. Se me acabó la batería del móvil.

—Iba a ir ahora a tu casa, no sabía dónde te habías metido.

—Ya, lo siento. —Inspiró y miró un segundo a Josh que se había acercado a Brad y observaban atentos la puerta intentando arreglarla—. Estaba con una amiga de la universidad, Cindy, ¿recuerdas?

Frankie tardó unos pocos segundos en responder.

—Pues no, no me acuerdo de ella.

—Ha venido un par de días a Brooklyn, hacía mucho que no la veía y hemos ido a desayunar, y bueno... hemos comenzado a hablar y al final hemos acabado comiendo juntas.

Su tío suspiró pareciendo más relajado.

—Me tenías preocupado.

—Lo siento —respondió sinceramente.

—La próxima vez dime algo, me estaba volviendo loco.

Sarah se mordió el labio y se giró de espaldas a Josh para intentar tener un poco más de intimidad.

—Oye tío...

—Dime.

—Verás... Cindy tiene vacaciones ahora y bueno... —Volvió a tomar aire algo nerviosa. No le gustaba mentirle—. Le he explicado lo que me ocurrió y me ha invitado a irme un par de días con ella...

—¿A dónde?

Sarah miró algo nerviosa alrededor.

—Pennsylvania —dijo recordando la conversación que había mantenido con Lisa—. Sus padres tienen una casa ahí y va con unas amigas, un par de días. Me ha invitado... no sé si te importaría... si te importaría que fuese... La verdad es que creo que me iría bien relajarme.

Frankie permaneció callado unos segundos.

—Claro, no te preocupes. Te irá bien.

—Sí. He pasado bastante mal las últimas noches y sinceramente creo que lo necesito. Necesito salir de la ciudad y estar relajada —continuó intentando parecer realmente estresada.

—No hay problema, cariño —respondió esta vez más rápido—. ¿Necesitas que te lleve?

—No, tranquilo, Cindy me ha dicho que si al final iba me pasaba a recoger en una hora, vamos en coche.

—Ah.

Se giró de nuevo y esta vez Josh le observaba fijamente con aire interrogatorio.

—Entonces, ¿no te importa de verdad?

—Claro que no, yo también creo que deberías tomarte unos días, así te relajarás.

—Gracias.

—¿Y a qué parte vais?

—Pues me lo ha dicho —dijo mordiéndose el labio—, pero no me acuerdo del nombre, es un pueblecito. Me ha dicho que es bonito y muy tranquilo.

—¿Cuántos vais?

—Pues conmigo seremos siete chicas.

Josh le estudió con la mirada y puso cara de disgusto, ¿debían ser justamente siete chicas? ¿Ahora los de su equipo de cazavampiros se habían convertido en mujeres? Sarah le hizo un gesto burlón y se encogió de hombros.

—¿Cuántos días vas a estar?

—En principio dos o tres días. —Volvió a mirar a Josh pidiéndole ayuda con la mirada. Josh afirmó—. Supongo que el miércoles o jueves podré reincorporarme al trabajo.

—Cógete la semana, Sarah —le animó.

—No tío, no quiero... y los días que me coja ahora me los descuentas de las vacaciones.

—No hace falta, considéralo una baja médica.

—No tío, no quiero aprovecharme.

Frankie suspiró.

—Bueno, como quieras.

—Luego llamaré a Lisa para comentárselo.

—De acuerdo. Oye, Sarah, llévate el móvil y el cargador.

—Tranquilo. —Sonrió y volvió a girarse dándole la espalda a Josh—. Te llamaré todos los días, ¿de acuerdo?

—Hazlo. Y llámame en cuanto llegues, aunque sea de noche.

—Que sí. Muchas gracias. Te quiero. Dale un beso a la tía de mi parte.

—Lo haré.

Colgó el teléfono e inspiró largamente mientras cerraba los ojos y se apoyaba sobre la mesa.

—Sarah —le llamó Josh.

Ella se volvió y lo miró con una media sonrisa.

—Ya está todo arreglado. —Se movió algo nerviosa y miró su móvil—. No me gusta mentirle

—reconoció.

—Es por tu bien —comentó Jason que se encontraba al lado de la ventana.

—Eso espero. Miró la pantalla de su móvil yendo de nuevo a su habitación. Tenía tres llamadas de su tío. Pobre. Había estado preocupado. No le extrañaba, desde la muerte de sus padres Frankie se había obsesionado con su seguridad, pero a ella no le importaba que la llamase un par de veces al día, o que la llamase casi cada día cuando él suponía que había llegado a su casa tras el trabajo. Al contrario, le gustaba porque le hacía no sentirse sola.

Fue directa hacia su cama donde había dejado la maleta en la que había incluido algo de ropa y se dirigió al comedor. Josh y Brad habían hecho un apaño en la cerradura gracias a las dagas con las que habían conseguido sacar los tornillos y volver a montarla, más o menos.

—Habrá que cambiar la cerradura otra vez —dijo Josh acercándose a ella—. ¿Puedes guardarlas en tu bolsa? —Le pasó las dos dagas y Sarah se agachó para abrir la bolsa e introducirlas en ella—. ¿Lo has cogido todo?

—Creo que sí.

—Si te dejas algo ya volveremos. —Miró hacia Jason—. ¿Están todas las ventanas cerradas?

—Sí. —Bien, pues vamos.

Sarah echó un último vistazo al piso mientras Josh cogió sus maletas y Jason cogía la bolsa de basura con todos los cristales. Notó un escalofrío cuando la puerta se cerró. Sintió que sus ojos se humedecían y se ahogaba en cierto modo. Josh le pasó el brazo por los hombros y fueron hasta el coche. Sarah dejó su equipaje entre Jason y ella y se arrimó a la ventana mientras el todoterreno comenzaba a avanzar, echándole un último vistazo al edificio. ¿Cómo había podido cambiar su vida en tan pocos días de una forma tan drástica? Cuando Brad giró el volante y tomaron la esquina se apoyó contra el asiento y suspiró intentando relajarse. Aquello no había sido tan fácil como imaginaba. Ver su piso en aquel estado, recordar lo que había ocurrido la noche anterior, enfrentarse a lo que había descubierto en las últimas horas... Era difícil, pero debía reconocer que tener a Josh a su lado le ayudaba a pasar el trance.

—Sarah. —Josh se volvió para mirar a Jason—. Dale las dagas a Jason para que las guarde.

Abrió su bolsa y se las entregó. Jason pasó al asiento de atrás y abrió una trampilla situada en el suelo del coche.

Sarah miró lo que hacía. Jason había levantado una trampilla bajo la moqueta. Parecía que ahí guardaban todo un arsenal. No llegó a ver todo lo que llevaban, pero le pareció ver algunos fusiles y pistolas.

—Vais bien preparados. Jason le sonrió cerrando de nuevo la trampilla y colocando la moqueta de formar correcta.

—Nunca es suficiente. —Pasó por encima del asiento y se colocó a su lado—. Mira. —Señaló hacia atrás—. Toda esta parte está forrada en plata.

—¿Para qué? —preguntó curiosa.

—Aparte de para que los vampiros se debiliten si intentan quitarnos las armas, por si debemos transportar alguno.

—¿Transportar un vampiro en el coche? —preguntó asustada.

Él afirmó.

En realidad todos ellos parecían disfrutar de lo lindo explicándole todo aquello.

—¿Para qué vais a transportar a un vampiro?

Jason se encogió de hombros.

—Nunca se sabe.

Ella bufó y se cruzó de brazos.

—Bonito trabajo el vuestro.

Oyó que Brad y Josh reían desde la parte delantera.

—Ayer me dijiste que cazabas vampiros entre otras cosas. ¿A qué te referías? —Miró hacia Josh. Josh se volvió para encontrar a Sarah a pocos centímetros de su rostro. Pero él se separó un poco y puso de nuevo cara de pocos amigos. No le gustaba que le hiciese aquellas preguntas.

—Sarah... —volvió a advertirle.

—¡Oh, vamos!, ¿qué más da? —protestó—. Por si no lo recuerdas me he topado con varios vampiros, pocas cosas me pueden sorprender ya.

—Tiene razón —dijo Brad interrumpiendo la conversación. Aunque al momento volvió la vista a la carretera huyendo de la mirada asesina de su jefe.

—Hay más cosas.

—¿Cómo qué?

Chasqueó la lengua.

—Licántropos, cambiaformas, brujas...

—¿Licántropos? ¿Te refieres a hombres lobo? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Sí.

—¿En serio?

Brad apartó la mirada un segundo de la carretera para mirarla y sonreír.

—¿Habéis luchado contra algún hombre lobo?

—En Canadá —matizó Josh.

—Vaya —dijo impresionada. Josh la observaba boquiabierto, Sarah expresaba más curiosidad que miedo—. ¿Y cómo son?

—Mejor que no te topes con ninguno —intervino Jason.

—¿Es peor que un vampiro?

—Es diferente.

—¿Y las brujas? —preguntó rápidamente—. ¿Cómo son?

—Mujeres que han vendido su alma a la parte oscura a cambio de poderes.

Sarah se apoyó un poco más en el asiento de Josh y pasó un brazo a su lado.

—¿Y tienen un caldero? —preguntó bromeando.

Brad estalló en carcajadas.

—Que yo recuerde, no. Ni son verdes, ni tienen verrugas... La verdad es que son muy hermosas.

—Ah.

—Tú podrías ser una brujita... y nosotros aquí tan confiados protegiéndote —bromeó Brad de nuevo.

Sarah notó que sus mejillas se encendían un poco pero Josh sonrió ante aquel comentario.

—Pues no lo soy —protestó.

—Ya —dijo encogiéndose de hombros y rio—. Mejor para ti. Nos veríamos obligados a...

—Gira por esta calle —le interrumpió Josh con un tono seco—. Cambiando de tema, ¿te ha puesto muchas pegas tu tío para darte unos días libres?

—Oh, venga, me gusta más el otro tema. —Miró hacia Brad que parecía estar ansioso por responder a todas sus preguntas e ignoró a Josh—. ¿Qué son los cambiaformas?

Brad se fijó en ella un segundo.

—Personas que pueden cambiar de forma.

—¿Pueden convertirse en objetos?

Notó que Josh suspiraba, pero no dijo nada al respecto. Al fin y al cabo ahora Sarah formaba parte de su vida, y si quería que siguiera formando parte de ella, tendría que saber realmente a lo que se dedicaba y los peligros a los que se enfrentaba.

—En lo que quieran. Objetos, animales o incluso otras personas.

—¿Y por qué los cazáis? —preguntó con interés.

—Se alimentan de la energía de la persona en la que se transforman, la mayoría de las veces acaban con su vida.

—Vaya, ¿y si se transforma en un objeto?

—El objeto principal se destruye.

Sarah meneó la cabeza incrédula.

—Vaya cosas más extrañas. —Tomó aire y observó por la ventana un segundo, imaginando la de cosas ocultas que existían, de las que la mayoría de las personas ni siquiera eran conscientes—. ¿Hay mucha gente que se dedique a esto?

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Hay más gente de la que imaginas. Nosotros, por ejemplo, somos de un grupo de tierra, el subgrupo de lucha, pero hay más subgrupos como telépatas, videntes... y luego están los equipos de aire y mar.

—Es increíble. —Luego miró de reojo a Brad que era quien le explicaba todo—. ¿Existen las

sirenas?

Todos volvieron a reír. Esta vez fue Josh quien explicó.

—Por lo que sé las sirenas no existen, aunque sí que han intentado crearlas en laboratorios.

—Ufff, ¿y entonces el equipo del mar que hace?

—Concretamente, ese grupo creo que sobre todo está formado por el tema del kraken .

—¿El pulpo ese enorme?

—Sí —continuó Josh—. Y como supongo que me vas a preguntar ahora por el de aire, es más bien espacial, sobre la vida extraterrestre.

—Guau... me encantaría trabajar ahí —susurró.

Josh la miró de reojo con una sonrisa torcida.

—Dale el curriculum vitae a Josh. Es el jefe de nuestra división —comentó riendo Brad—. Seguro que la primera entrevista la pasas y, si no, puede enchufarte.

Josh suspiró.

—Mejor que no.

Ahora fue Sarah quien se picó.

—¿Por qué no? Casi me cargué a un vampiro, ¿eh?, yo solita... —Josh miró con cara de fastidio a Sarah, pero ella comenzó a reír—. Era broma, hombre.

20

Llegaron a casa poco después. Sarah se entretuvo mirando las películas que tenían y los libros, mientras ellos fueron a la segunda planta a planear la guardia de esa noche. Era interesante charlar con ellos sobre su trabajo. Aún permanecía asombrada por todo lo que le habían contado. El equipo llevaba más de una hora reunido. Oyó que las puertas del ascensor se abrían. Se acercó a la puerta para observar el pasillo. Ryan caminaba tranquilamente con las manos en los bolsillos de su chándal. Cuando la vio la miró de arriba abajo.

—Josh me ha dicho que te pregunte si has traído alguna ropa de deporte.

Aquello le cogió por sorpresa.

—¿Para qué?

—Creemos que estaría bien enseñarte algo de defensa personal.

Sarah se quedó boquiabierta.

—¿Servirán unos pantalones cortos y una camiseta?

Ryan se encogió de hombros.

—Supongo.

Se cambió de ropa rápidamente poniéndose unos pantalones cortos color caqui y una camiseta negra un poco ajustada, no era la más apropiada para hacer deporte, pero de las que había cogido era la más vieja. Salió del dormitorio, Ryan le esperaba apoyado en la pared.

—Que rápida —dijo asombrado.

Ella se encogió de hombros sonriente y caminó junto a él hasta el ascensor bastante emocionada por aquella proposición.

—Ryan, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él la miro.

—Claro.

—¿Josh es tu jefe?

—Es el responsable de nosotros.

—Ah.

—¿No lo sabías? —preguntó asombrado.

—Podía intuirlo porque siempre os está dando órdenes, pero no me había dicho nada al respecto.

—Bueno, no le gusta mucho que le llamemos jefe. —Le sonrió.

—¿No quiere serlo?

—No, simplemente fomenta la igualdad. Es buen jefe.

Las puertas se abrieron y al momento pudo oír multitud de golpes, gritos y risas. Se encontraban todos en el gimnasio. Sarah entró junto a Ryan. Nathan y Sean estaban al final del gimnasio luchando unos contra otros mientras los demás parecían animar y aplaudir los movimientos. Vio cómo Sean desaparecía de nuevo de su vista en un movimiento rápido y aparecía al otro lado de la sala. Un segundo después, Nathan estaba a su lado tirándolo al suelo con una llave, pero Sean desapareció de nuevo apareciendo detrás de él y agarrándolo del cuello. Fueron moviéndose de esa forma por todo el gimnasio hasta que parecieron finalmente reparar en que Sarah se encontraba ahí.

—¿Podéis enseñarme a hacer eso? —preguntó asombrada.

Josh dejó una pesa en el suelo y le indicó con la mano que se acercase.

—¿Qué te parece si empezamos por cosas más fáciles? —bromeó.

La condujo hasta la pared y pulsó unos botones que había en una especie de interfono. Al momento, la pared comenzó a moverse. Sarah dio un paso hacia atrás impresionada por aquello.

—¿Es vuestro almacén de armas? —preguntó cuando la pared se abrió del todo y pudo ver que tenían montado todo tipo de armamento.

Debía de haber cientos. Josh entró y cogió unas cuantas dagas, cartuchos y una pistola. Dejó todo sobre una estantería y pulsó de nuevo los botones para que la pared volviese a tapar aquel arsenal armamentístico.

—¿Has disparado alguna vez? —preguntó colocando un cartucho en la pistola.

Ella lo miró asombrada.

—No —respondió bastante cortada.

Dejó el arma sobre la estantería colocando el seguro y agarró una daga. Se acercó a ella y se la enseñó.

—En principio nunca más vas a tener que vértelas con un vampiro, pero dada la trayectoria que llevas creo que sería conveniente enseñarte ciertas cosas. —Ella aceptó deseosa. Puso la daga frente a ella y se la mostró—. Son de titanio, y van recubiertas por una fina capa de plata. Cógela —dijo mientras él agarraba la otra. —Fue hacia uno de los sacos que habían colgados y se colocó a su lado—. El vampiro es muy rápido, normalmente no se va a dejar clavar un puñal, ni siquiera podrás, pero si tienes ocasión apunta siempre al centro del pecho, justo al centro —dijo señalando un punto en el saco—. Aléjate un poco. —Sarah dio unos pasos hacia atrás mientras el resto del equipo se colocaba detrás de ella apoyados en la pared—. Vamos a ver cómo andas de puntería. Intenta clavarla desde ahí.

—¿Desde aquí?

—Sí.

—¡Pero si estoy muy lejos! E igualmente él la esquivaría.

—Al menos lo tendrás entretenido. Venga, títala —le animó.

Se giró un segundo y vio que todos esperaban expectantes con los brazos cruzados. Sarah suspiró. Iba a hacer el ridículo.

—No tengo puntería, Josh. Apártate del saco, por favor.

—Tírala.

Se encogió de hombros. Echó el brazo hacia atrás e impulsó la daga hacia delante. Pero ni siquiera llegó a tocar el saco. La daga voló hasta el otro extremo del gimnasio chocando contra la pared por el mango y cayendo al suelo con un golpe. Sarah se sonrojó y puso los ojos en blanco.

—No tengo puntería, ya te lo he dicho —protestó algo avergonzada.

Josh agarró la daga que estaba en el suelo y fue hacia ella colocándose a su lado, pero al menos no oyó risas. Parecía que se estaban tomando en serio eso de darle una base para poder defenderse aunque fuese mínimamente.

—Cuando eleves el brazo hacia atrás, agarra la daga por el mango. La hoja debe estar hacia atrás. —Le mostró el gesto. Ella lo repitió, pero al verse reflejada en el espejo al lado de Josh estuvo a punto de echar a correr.

—El vampiro se reirá de mí.

Josh la miró serio y aquello la intimidó un poco.

—Flexiona la pierna, no estés tan tensa —dijo golpeándole con unos cachetes el muslo y haciendo que se flexionase—. La espalda recta —ordenó colocando su mano en esa zona—. Con el otro brazo debes mantener el equilibrio. —Fue corrigiendo su pose hasta que creyó que era más o menos adecuada—. Vuelve a intentarlo.

Sarah suspiró y clavó su mirada en el saco. Lanzó la daga y al momento se cruzó de brazos.

—A lo mejor son las dagas las que no están equilibradas. —Ni siquiera había rozado el saco. Josh la contempló y rio.

Había pensado darle algunas clases, aunque sabía que de nada serviría, pues nada podría hacer contra un vampiro en espacio abierto, pero al menos podría defenderse algo si llegaba el momento. Y en cierto modo, a nivel psicológico quizás la ayudase.

—Bueno, lo que está claro es que las dagas no son lo tuyo. —Desvió la mirada hacia el arma y fue a agarrarla dejando las dagas en la estantería—. Veamos qué tal se te da la pistola.

—Peor, seguro.

Fue hacia una pared que parecía acolchada y vio que tenía dibujada la silueta de una persona.

—Cada cargador lleva quince balas —dijo extrayéndolo—. Es fácil de poner. —Lo volvió a colocar—. Toma.

Sarah dudó un poco antes de cogerla. Nunca había tenido una en la mano y la verdad es que imponía. Se mordió el labio mientras notaba el acero entre sus dedos.

—Las balas también van recubiertas de plata —continuó explicando. La observó y comenzó a indicarle—. Flexiona la pierna de nuevo y apoya tu peso en ella para aguantar el equilibrio.

Espalda recta y la pistola sujeta con las dos manos.

—¿No la sujetabas tú con una ayer? —preguntó dudosa.

—Tú sujétala con las dos. El retroceso puede echarte hacia atrás. —Elevó sus brazos y se colocó detrás de ella rodeándola con los suyos, colocando sus dedos de la forma correcta en que debía sujetarse—. Bien, vas a apuntar al centro de la silueta. —Luego sonrió junto a su oreja y bajó el tono—. Esta primera vez me voy a quedar aquí detrás. —Llevó su mano hasta el seguro y lo quitó rodeando de nuevo sus dedos con los suyos—. Tómame tu tiempo, apunta y cuando creas conveniente, dispara.

Sarah cerró un ojo e intentó mantener su pulso firme, aunque notaba que sus manos temblaban.

—Los dos ojos abiertos —volvió a susurrarle al oído.

Sarah estuvo unos segundos intentando apuntar, cuando creyó que podría dar en el blanco apretó el gatillo. No hubo prácticamente ningún sonido, simplemente un chasquido. Al momento notó cómo los músculos de sus brazos entraban en tensión sujetando la pistola y una fuerza invisible la impulsaba hacia atrás haciendo que sus brazos se elevasen. Por suerte, Josh se había quedado ahí sujetando sus brazos para que no se desviasen y haciendo que no cayese de culo al suelo.

Cuando logró recuperar el equilibrio buscó rápidamente la marca del disparo. Aunque no había acertado a la silueta no se había salido de aquella pared acolchada. Bufó algo desolada. Volvió su rostro hacia él y lo miró a escasos centímetros de su piel.

—Fatal, ¿no?

Josh giró también su cara haciendo que sus narices prácticamente chocasen.

—Bueno, esperaba que rompieras algo, la verdad —rió. Se soltó de ella y dio un paso hacia atrás—. Prueba tú sola ahora.

—Saldré disparada hacia atrás. Josh negó con la cabeza y volvió a situar su mano en la pierna de forma indicativa.

—Haz fuerza con la pierna. —Se separó y fue al lado de Brad. Todos miraban atentos—. Venga, prueba a ver.

Ella suspiró y apuntó de nuevo hacia la pared.

Elevó sus brazos tal y como Josh le había indicado, intentando adoptar aquella pose corporal que le había mostrado. Centró su vista en el objetivo y apretó el gatillo con cuidado. Aunque estaba preparada para el retroceso, el hecho de no tener a Josh al lado para retenerla le hizo elevar los brazos hacia arriba, dar unos cuantos pasos rápidos hacia atrás y caer al suelo.

Josh la levantó rápidamente cogiéndola del brazo, pero Sarah estaba demasiado intrigada por saber si le había dado, buscó por la pared y encontró la segunda marca.

—Un vampiro sin mano —dijo feliz haciendo la señal de victoria con sus dedos. Josh le sonrió no muy convencido mientras la soltaba—. Aunque seguramente la habría esquivado, ¿verdad?

—Verdad.

Sarah suspiró.

—Se me dan mejor los tacones y el spray de pimienta. —Le pasó el arma—. Esto no sirve de nada. Ni siquiera podría darle con la pistola, y menos aún con una daga.

Josh se encogió de hombros.

—Creo que eso ha quedado claro —bromeó.

—Quizás con otra arma... —pronunció Brad.

Pero Sarah lo miró de reojo.

—¿No tenéis una metralleta? ¿Un lanzallamas? —bromeó como si eso fuese una solución. Brad sonrió.

—Lanzallamas, no.

—Quizás sea mejor que aprendas la teoría —propuso Josh mientras se cruzaba de brazos.

—¿Cómo qué?

—Ya sabes que tienen los ojos muy vulnerables. Spray , ajo... cualquier cosa que le dé en los ojos le va a molestar.

—Pero no intentes darle una patada en los huevos —advirtió Jason. Sarah se giró hacia él y le estudió con la mirada.

—¿Por qué no? —preguntó tímida.

—No sirve de nada. —Josh le agarró por la mano y la llevó hasta el otro extremo del gimnasio—. Al menos podremos enseñarte algo para defenderte de los humanos.

—Josh, te lo agradezco mucho, pero soy muy patosa para este tipo de cosas, de verdad, es una pérdida de tiempo.

Se colocó delante de ella y le hizo un gesto con las dos manos para que intentase alejarse de él.

—¿Y ahora qué?

—Corre.

—¿Que corra? —dijo poniéndose las manos en las caderas sin comprender.

—Intenta salir de esta sala. Si no luchas contra ellos, por lo menos aprenderás a esquivarlos e intentar huir. —Sarah bufó y miró hacia la puerta de salida—. No —le recriminó—. No pierdas nunca el contacto con sus ojos.

—Josh, no creo que...

—Cobarde —le susurró con una ligera sonrisa. Ella lo estudió con los ojos entrecerrados. ¿Cobarde? Lo miró enfadada. Miró hacia el resto del equipo, aún seguían apoyados contra la pared, de brazos cruzados y esperando con intriga algún movimiento de ella. En un segundo Sarah se giró y comenzó a correr hacia la puerta, pero no había dado el primer paso cuando Josh apareció ante ella y la detuvo.

—Muy previsible, querida —dijo serio.

—Y tú demasiado rápido para hacer de humano —protestó—. ¿Cómo quieres que huya de ti o de algún vampiro con esa velocidad?

—Sabrá cuáles son tus movimientos, debes intentar ganar tiempo.

Volvió a bufar y le separó un poco de ella con la mano.

—No servirá de nada, Josh. Tarde o temprano me cogería... —Suspiró y se mordió el labio—. No quiero hacer esto —dijo enfadada consigo misma al ver su torpeza—. De todas formas, ya estás tú para eso. —Se encogió de hombros.

Josh suspiró y se removió el cabello con la mano pensativo.

—Me dijiste que estando aquí no me pasaría nada, que esta casa está blindada —siguió argumentando.

—Aquí no pueden entrar, pero parecías asustada —reconoció él—. Creí que te gustaría recibir alguna clase.

—Y lo estoy, pero también sé cuáles son mis limitaciones. Así que si ocurre algo, te llamaré. —Acabó sonriendo pareciendo despreocupada.

—Creo que eso será lo mejor —rio Brad.

Sarah se dio una ducha rápida y preparó la mesa. Ellos se quedaron en la planta superior hasta la hora de cenar. Echó en la olla los trozos de bacalao que había frito y lo removió. Solo esperaba que les gustase. Desde luego se estaban tomando muchas molestias con ella, independientemente de que Josh hubiese dicho que tenían una relación todos eran muy amables y se mostraban confiados. Eso le permitía comportarse y hablar en confianza. Nunca se había sentido así, aparte de contar con Josh, había encontrado que tenía cinco amigos más y hacía mucho que no tenía tantos amigos. Si aparte sumáramos que eran cinco amigos guapísimos, con unas habilidades extraordinarias y dispuestos a luchar por ella, se sentía la mujer más feliz del mundo. Todos elogiaron desde que entraron en el comedor el buen aroma de lo que había preparado. Se sentaron alrededor de la mesa y ella dejó en el centro la olla.

—Yo serviré. —Jason se levantó y cogió los platos—. Tú ya has hecho suficiente.

—No me importa —Le sonrió. Pero Jason cogió una cuchara y fue sirviendo unos platos bien repletos—. A mí no me pongas tanto —le pidió recordando el plato que le había servido Brad para comer.

—Esto está buenísimo —dijo Sean masticando—. Mmm... riquísimo.

Ella se sonrojó un poco mientras Jason seguía sirviendo. Cuando acabó con todos se sentó y lo probó él mismo. Miró directamente hacia Sarah mientras masticaba.

—Cariño, no nos abandones nunca... —susurró mientras se metía otro trozo en la boca—. La

comparación es odiosa, pero reconozco que la cocina no es lo mío.

—Bueno, es... fácil de hacer —dijo mientras probaba un trozo. Le había quedado bueno. Nunca había cocinado para tantas personas, tenía miedo que las cantidades no fuesen las apropiadas, pero una vez más se había pasado y había hecho más de la cuenta. Por lo menos podrían repetir si querían.

Así lo hicieron. Sarah disfrutó viéndolos comer y lo mismo ocurrió con la macedonia. Le había echado bastante zumo de naranja y azúcar por lo que estaba dulce y contenía mucho líquido. Pasaron la mayoría de la cena hablando de temas sin importancia y preguntando a Sarah cosas sobre su vida, la universidad, amigos... Ella se mostró habladora, al fin y al cabo ellos le habían explicado todo lo que preguntaba.

Cuando acabaron, Sarah tenía ya preparada la cafetera. Les sirvió a cada uno un café y se sentó con ellos en el sofá. Ryan observó que había varias películas Dvd sobre la mesa.

—¿Vas a ver alguna película?

—Seguramente. Aunque aún no sé qué haré, puede que coja un libro.

—En mi cuarto tengo una estantería llena —le indicó Jason—. Puedes entrar y mirar si te interesa alguno.

—Gracias.

Josh se levantó y dejó la taza dentro del lavavajillas. Vio que el resto se levantaba y hacían lo mismo. Para ser hombres eran muy ordenados, pensó riendo.

—Sarah —dijo Josh—. Ven aquí. —Fue hasta donde le indicaba y vio que señalaba unos enchufes—. Estos enchufes no los toques, déjalos encendidos toda la noche. El resto puedes apagarlos. Son los que dan luz solar —explicó. Ella afirmó—. Aunque no te va a hacer falta y sé que eres torpe... —sonrió—, te he dejado una daga sobre la mesa de noche.

—Estaré más tranquila así.

—Ya lo sé —dijo observándola fijamente.

Cómo la iba a echar de menos mientras estuviese fuera. Sabía que la encontraría en la cama cuando volviese, pero por Dios que esas horas se le iban a hacer eternas. Pasó un dedo sobre su mejilla y le besó la frente.

—No te preocupes. —Luego miró hacia el grupo—. Vamos arriba.

Todos se subieron en el ascensor dejando a Sarah en el comedor.

Estuvo entretenida limpiando la olla hasta que escuchó al final del pasillo que la puerta del ascensor de abría. Se alejó un poco de la cocina para observar mejor mientras se secaba las manos con un paño.

Josh se había vestido con aquel traje negro que los había visto a todos el día anterior. Le daba un aspecto peligroso y letal. Marcaba mucho más sus músculos, su fuerza. Sintió un estremecimiento mientras lo recorría con la mirada. Se había colocado una pistola en un lado del

cinturón y en el otro extremo llevaba tres dagas. Caminó lentamente hacia ella hasta que se colocó enfrente.

—¿Dónde tienes tu móvil? —preguntó. Ella señaló hacia la mesa, al lado de los Dvd—. Cualquier cosa llámame, no estaremos muy lejos de aquí —le susurró mientras acariciaba su mejilla.

—De acuerdo. —Sarah tragó saliva—. Oye, ten... tened cuidado.

Él le sonrió de forma dulce. —Claro.

Se agachó y le besó en los labios.

—No te acuestes tarde, quiero encontrarte en mi cama cuando llegue — susurró en su oído. Notó que el vello de la nuca se le erizaba mientras le abrazaba. Volvió a besarla y le pasó la mano por la mejilla—. No apagues las luces que te he dicho y sobre todo, no salgas de aquí.

—De acuerdo.

Sintió un estremecimiento cuando lo vio alejarse. Avanzó unos pasos hasta el pasillo y vio que el ascensor tenía las puertas abiertas. Todo el equipo estaba allí, vestidos con aquellos trajes tan extraños. La miraron y sonrieron mientras Josh se introducía en el ascensor.

—Hasta luego —le saludaron todos felices mientras las puertas se cerraban, como si se fuesen a una fiesta o de cena. Sarah suspiró cuando finalmente se encontró sola. Miró hacia atrás y se dirigió hacia el dormitorio. La daga que Josh le había dicho se encontraba sobre la mesita de noche, tal y como le había prometido. Fue hacia ella y pasó sus dedos suavemente por la hoja. Se cambió de ropa poniéndose el camisón color crema y asió una suave bata aunque no se la puso porque hacía calor y estaba sola. Cogió la daga y se dirigió hacia el comedor. Vería un par de películas hasta que le entrase el sueño.

21

Brad conducía despacio. Josh, como siempre, se había situado en el asiento del copiloto y el resto del equipo iba detrás. Habían dado un par de vueltas a la manzana de su vivienda para comprobar que no había ningún vampiro por la zona y, una vez que se habían asegurado de que todo estaba en orden, se alejaron.

Durante la tarde, mientras habían acompañado a Sarah a su piso, el resto del equipo había hecho una ronda de reconocimiento, pero no habían encontrado ninguna madriguera de vampiros. En parte era mejor así, prefería encontrarlos bien lejos de allí. Josh había metido en el maletero la bolsa de basura donde tenía todos los cristales que había conseguido en el piso de Sarah. Aquello era mejor que tener que sacar a Sarah de casa y llevarla a un parque a media noche para poder averiguar si finalmente el vampiro que la había atacado había muerto. Con la sangre que había en esos cristales seguramente llamaría la atención del vampiro si seguía vivo.

—Gira por aquí a la izquierda y ve al parque que hay cinco manzanas más abajo.

El parque no era muy grande, pero a esa hora de la noche y siendo domingo estaría vacío. Tenía muchos árboles y maleza, incluso algunos caminos de tierra entre los árboles, por lo que eso los escondería de la visión de ellos. Además, no era una zona muy poblada. Ciertamente ya se encontraban en Brooklyn ciudad, no en la zona industrial donde ellos residían, pero al menos no había muchos edificios cerca, lo que les evitaría tener que estar tan pendientes de vecinos mirones, y aunque mirasen, sabía que aquellos árboles los protegerían. Era el lugar idóneo para llevar a cabo su plan. Se volvió en el asiento y los miró a todos.

—En esa bolsa llevo unos cristales con la sangre de Sarah —comenzó a explicar—. Ayer durante la lucha la arrojaron sobre una mesa de cristal.

—Joder —dijo Sean echándose hacia delante.

—Quiero saber si el vampiro que la atacó está vivo, y es más, quiero saber por qué la atacaron ayer en manada. —Inspiró y miró un segundo hacia el radar encendido para volver de nuevo la vista—. Quiero pillar uno vivo e interrogarlo —acabó gruñendo.

—¿Nos dejarás luego divertirnos con él? —preguntó Jason con una sonrisa.

—Cuando haya contestado a todas mis preguntas, será todo vuestro. —Se giró y miró hacia el frente, observando las farolas encendidas. Al final se observó un rayo atravesar el cielo.

—Guau —exclamó con un grito Brad golpeando el volante con fuerza y excitación.

Al momento unas gotas de lluvia cayeron sobre el cristal.

—Una tormenta de verano —explicó Brad. Luego miró hacia Josh—. ¿Crees que saldrán habiendo rayos?

Josh se encogió de hombros.

—Los rayos tampoco los perjudican tanto. Lo que está claro es que los cegará durante unos segundos, pero nada más, no veo por qué no van a venir por eso. —Miró hacia su izquierda y observó el parque. Sí, aquel era un lugar perfecto para llevar a cabo su plan, un lugar más o menos apartado de la ciudad, por lo que le permitiría actuar sin problemas y sin ocasionar peligro para la gente. Un lugar oscuro donde había muchos escondrijos. —Da un rodeo al parque —comentó.

Dieron la vuelta de reconocimiento mientras todos miraban con entusiasmo el radar, aunque no apareció ningún punto azul. Josh observó con atención mientras avanzaban muy lentamente. Señaló un punto.

—Coloca el coche ahí. —Brad subió el todoterreno por el bordillo y cruzó la acera comenzando a introducirse en un pequeño bosque. Todos contemplaban los altos árboles, la oscuridad del lugar mientras otro rayo atravesaba el cielo. La noche era oscura, pero aun así, había la suficiente luz para poder planear un ataque y salir victoriosos. A fin de cuentas, siempre habían trabajado de noche, estaban familiarizados con ella, y en cierto modo habían aprendido a sentirse muy cómodos.

Se introdujeron un poco más hasta dejar el todoterreno entre unos arbustos, rodeados por altos árboles. Josh miró de un lado a otro. Sí, ese lugar era perfecto.

Permanecieron varios minutos en silencio comprobando el radar. De momento ningún vampiro recorría la zona.

—Sean, las armas —indicó. Sean abrió la trampilla y fue extrayendo los fusiles, cargadores y dagas pasándolos de la parte de atrás hasta Josh y Brad que se encontraban en la parte delantera. —Necesitaremos las cadenas de plata. —Sean introdujo el brazo en la trampilla y extrajo dos cadenas de platas. —Vamos allá —susurró Josh abriendo la puerta y bajando al exterior.

Todos comenzaron a salir del todoterreno mientras Sean abría la puerta del maletero para poder salir. Agarró la bolsa de cristales y se la pasó a Josh. Él la cogió y miró de un lado a otro. Contempló los altos árboles que los rodeaban, algunas hojas caídas sobre la hierba. Comenzaba a chispear. Solo esperaba que no lloviese lo suficientemente fuerte como para hacer desaparecer el olor de la sangre que emanaría de aquellos cristales. Comenzó a andar mientras el grupo rastreaba la zona buscando algún indicio de que hubiese pasado algún vampiro por ahí. Brad se había quedado al lado del todoterreno, con el fusil en la mano y observando el radar.

—¿Tenéis los walkies encendidos? —preguntó Josh deteniéndose a unos diez metros de donde estaba el resto. Todos llevaron su mano hasta el walki para detectar si el botón de encendido estaba activado y respondieron afirmativamente. Josh dio un par de vueltas sobre sí mismo observando todo a su alrededor mientras otro rayo cruzaba el cielo. A los pocos segundos sonó el estrépito del trueno. Aquel era el lugar ideal, miró alrededor y escudriñó entre los matorrales que lo rodeaban. Podrían esconderse ahí a la espera de que apareciese algún vampiro movido por

aquel olor.

—Sean, Jason, Ryan, escondeos tras esos matorrales —señaló hacia el lado—. Nathan, coge las cadenas de plata y escóndete tras ese árbol —dirigió mientras todos se movían hacia donde indicaba—. Brad, quédate al lado del todoterreno e indícanos si aparece algún vampiro.

Cuando observó que todos estaban en posición, dejó la bolsa de basura sobre el suelo y comenzó a abrirla.

—Lo quiero con vida —comentó mientras abría la bolsa y la elevaba. La volcó sobre el suelo esparciendo los cristales, algunos manchados de sangre. Removió un poco con el pie los cristales sobre la tierra y se dirigió hacia un extremo del parque, detrás de unos árboles, tras dejar la bolsa en el maletero del vehículo. Señaló a Brad con la mano llevándosela hasta los ojos y al radar. Brad aceptó.

Josh se escondió tras unos árboles con el fusil, preparado para atacar cuando apareciesen. Notó cómo una ráfaga de aire fresco revolvía sus mechones de cabello corto. Aire fresco, pensó, desde luego se acercaba una gran tormenta. Se apoyó en el tronco y miró hacia arriba, entre las espesas ramas de los árboles se veía el cielo iluminado de vez en cuando por algún relámpago. Notó que unas gotas de lluvia caían sobre su frente. Maldición, que no lloviese.

Se giró y observó hacia el centro de aquel pequeño descampado donde había colocado los cristales mientras llegaba a él un suave repiqueteo de la lluvia al caer sobre ellos. Bufó y buscó con la mirada al resto de sus compañeros. No los veía, aunque sabía que estaban ahí, preparados para atacar en cualquier momento.

Necesitaba atrapar a un vampiro, asegurarse de que el que había atacado a Sarah estaba muerto y saber qué es lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué atacaban en manada? ¿Por qué iban tantos vampiros tras Sarah? Suspiró aguantando la respiración unos segundos y volvió a apoyarse en el tronco.

¿Qué estaría haciendo ella en ese momento? Seguramente viendo una película o durmiendo. Miró su reloj y vio que marcaban la una y media de la madrugada. Hacía tan solo dos horas que había salido de casa, que no la veía y ya la echaba de menos.

Sintió que unas gotas caían sobre su cabeza desde las ramas al moverse por la fina brisa fresca que soplabla. La verdad es que se agradecía ese ligero cambio de temperatura. Aunque el calor aún era sofocante, se estaba bien y al menos parecía que había dejado de llover, pues ya no se escuchaba el repiqueteo de las gotas al caer sobre los cristales. Pasaron más de veinte minutos en silencio hasta que Josh se decidió a agarrar el walki y susurrar en voz muy baja.

—Brad, tienes el radar a la vista, ¿no?

Tardaron unos segundos en responder.

—Claro jefe, pero esos putos vampiros no aparecen.

Josh volvió a dejar el walki en su cinturón y se pasó la mano por la frente. Aquello era

desesperante.

—Quizás el que atacó a Sarah está muerto. Quizá no tengan ya interés en ella. —Le pareció reconocer la voz de Ryan por el walki . Josh se impacientó y bufó. Agarró el walki y lo llevó hasta sus labios.

—Permaneced atentos —ordenó. Se apoyó de nuevo en el árbol mientras sostenía el fusil a su lado. En realidad llevaban ya media hora y el radar no había detectado nada, quizá su compañero tuviese razón, quizá ya no tuviesen interés por ella. Se pasó la mano por el cabello revolviéndoselo. No, aquello no era posible, antes de ayer se habían tomado demasiadas molestias en atacarla. Habían acudido demasiados vampiros para ser una caza normal. Había gato encerrado, lo sabía. Sarah debía tener algo que los atraía, ¿pero el qué? Necesitaba saberlo para poder protegerla, para poder estar tranquilo.

—Un grupo —oyó que susurraba Brad por el walki —. Son cinco o seis, se mueven muy rápidos, vienen directos hacia aquí.

Josh agarró el walki y lo llevó directamente a sus labios mientras se giraba hacia donde estaban los cristales.

—No atacéis hasta que dé la orden —dijo con contundencia.

Dejó el walki colgado de su cinturón y subió el fusil hasta su hombro apuntando justo al centro del descampado donde reposaban los cristales.

—Trescientos metros —susurraron desde el walki .

Contempló durante unos segundos los arbustos y el árbol donde Nathan se había escondido con las cadenas de plata. Con suerte los vampiros no se darían cuenta de su presencia hasta que fuese demasiado tarde para ellos.

—Cien metros.

Josh posicionó el fusil listo para apuntar justo cuando comenzaba a escuchar el ligero zumbido que precedía a la llegada del vampiro. Sabía que vendrían, estaba seguro. No tendría sentido que hubiesen atacado de esa forma y que ahora no se presentasen. Perseguían a Sarah, pero ¿por qué? En una fracción de segundo aparecieron cinco vampiros en medio del descampado mirando de un lado a otro, ansiosos, con sus narices contrayéndose ante el olor de sangre. Uno de ellos miró hacia abajo, inspeccionando los cristales que había en el suelo y se arrodilló al lado. Podía ver su piel pálida, sus ojos negros desde aquella distancia. Apuntó hacia el vampiro que estaba arrodillado al lado de los cristales mientras el resto investigaban la zona con la mirada, con la boca la abierta y los colmillos afilados. Llevó su dedo hasta uno de los cristales y los rozó, lo llevó a su boca saboreando la sangre seca. Estiró su cuello hacia arriba mientras parecía entrar en una especie de éxtasis por el sabor de aquella sangre y abrió su boca haciendo que un gemido de súbito placer recorriera todo el descampado. Josh apuntó durante unos segundos más y apretó el gatillo sin esperar. La bala salió disparada entre los arbustos con un suave silbido. El resto de los

vampiros se giraron justo hacia él antes de que la bala alcanzase en un hombro al vampiro que estaba agachado. Al momento se oyeron muchos silbidos más. El resto del equipo había comenzado a disparar contra los vampiros, ya que al segundo empezaron a moverse a aquella velocidad tan extraordinaria. Pero Josh fijó su mirada en el que había estado arrodillado y que llevaba sus dedos finos y alargados hasta su hombro. Josh no esperó y disparó de nuevo hacia él. Aunque sus movimientos eran más lentos por el anterior disparo, logró esquivar la bala.

Josh salió de su escondite con un salto sobre el arbusto, corriendo hacia ese vampiro con el fusil en una mano y agarrando una daga con la otra. Al momento sus compañeros le imitaron saliendo de sus escondites y dirigiéndose hacia los vampiros mientras disparaban sus balas.

Observó que Nathan llevaba en su mano las dos cadenas arrastrándolas por el suelo. Las hizo volar por encima de su cabeza como si se tratase de una cuerda y la empujó con fuerza contra dos de los vampiros que los esperaban con los brazos y colmillos en posición de ataque. Los dos consiguieron esquivar las cadenas apareciendo detrás de él. Josh elevó su fusil hacia aquellos dos y disparó quitándoselos de la espalda a Nathan mientras se giraba hacia ellos y volvía a elevar las cadenas por encima de su cabeza haciéndolas rodar a gran velocidad y alejándolos de él. Brad se había unido a Sean, Jason y Ryan en otra lucha contra otros dos y se iban aproximando a Nathan para ayudarlo.

Josh siguió corriendo hacia esos cristales, donde aún permanecía aquel vampiro al que había conseguido herir. Se movió de forma rápida llegando hasta él en menos de un segundo mientras sacaba una daga y pasaba a su lado intentando dañarlo con ella, pero el vampiro consiguió esquivarla por pocos centímetros. Se giró y fue directo hacia él, pero se elevó pasando por encima de Josh y dando una vuelta en el aire mientras aterrizaba en el suelo arrodillado y apoyado en una mano. Los disparos no dejaban de sucederse. Brad agarró una daga y la tiró directamente a uno de los vampiros que intentaba atacar a Ryan por la espalda. Se convirtió en cenizas al segundo. Ryan se agachó una milésima de segundo para recoger la daga del suelo y lanzársela a Brad de nuevo mientras agarraba una pistola que llevaba en su cinturón y disparaba al siguiente vampiro que se aproximaba en su dirección. El vampiro logró esquivar cada una de las balas que Ryan disparaba y justo cuando llegaba frente a él, Ryan desapareció en una milésima de segundo para aparecer tras el vampiro y clavar su daga en él. Al momento desapareció mientras Brad se ponía a su lado y observaba la lucha que tenía Josh contra uno de ellos y Nathan contra otros dos haciendo rodar las cadenas de plata sobre su cabeza.

Josh rodó en el suelo esquivando las uñas largas del vampiro mientras extraía del cinturón otra de sus dagas dispuesto a atraparlo, no tardaría en debilitarse más. Este sería su vampiro, lo quería vivo.

—¡Jason! Las cadenas —gritó sin mirarlo—. Matad a los otros.

—Claro, jefe —exclamó Brad mientras apuntaba con su fusil hacia uno de los vampiros que

atacaba a Jason y apretaba el gatillo.

Al segundo desapareció, sin duda eran vampiros jóvenes, mucho más fáciles de matar que un vampiro antiguo. Uno de los vampiros que aún atacaba a Jason desapareció y apareció al otro lado del descampado. Ryan hizo el mismo movimiento rápido y apareció a su lado esquivando sus uñas y arañándolo en el brazo con la daga. Rodó sobre el suelo para elevarse de nuevo e intentar apuñalar a ese vampiro, pero justo parecía que el vampiro iba a lanzar otro ataque cuando se desintegró por arte de magia. Tras aquellas cenizas que iban difuminándose se encontraba Sean con el fusil sobre su hombro.

—Gracias —dijo Ryan con una amplia sonrisa—. Pero podía yo solito. —Se giró y observó que Jason se encontraba al lado de Josh con las cadenas preparadas—. Comienza el espectáculo —soltó mientras desaparecía y se movía hacia Josh.

Justo el vampiro intentaba atrapar a Josh con sus dedos cuando Ryan apareció junto a ellos asestándole un corte con la daga en el antebrazo. El vampiro pareció perder el equilibrio unos segundos, suficientes para que Jason diera una vuelta más a las cadenas sobre su cabeza y arrojase una de ellas al cuello del vampiro, sujetándola por el vértice. La cadena comenzó a rodear el cuello del vampiro dando varias vueltas, pero este pareció darse cuenta de lo que intentaban hacer y se intentó mover de forma rápida. Jason tiró de la cadena sujeta a su cuello hacia atrás haciendo que el vampiro volase por los aires acercándose más a ellos.

—¡La otra cadena! —exclamó Josh mientras se acercaba a Jason y la agarraba. Corrió hacia donde el vampiro se encontraba de rodillas intentando liberarse de la cadena que lo sujetaba al cuello tirando fuerte de ella—. Ni hablar —dijo asestándole una patada con todas sus fuerzas en la cabeza. El vampiro rebotó contra el suelo en un golpe seco. Aunque sabía que no podía perder la conciencia, si sumaba la bala de plata que tenía alojada en su hombro, la cadena de plata rodeando el cuello bien tensa y aquel golpe, el vampiro por lo menos estaba atontado y bastante débil, pero no podía fiarse.

Había oído que algunos compañeros suyos habían atrapado algún vampiro con vida y sabía que aunque pareciesen indefensos no podía fiarse. Pasó la cadena de plata por uno de sus brazos mientras miraba hacia Brad y se apartaba un poco del vampiro por si atacaba.

—Trae otra cadena, rápido.

Brad apareció al segundo con otra de las cadenas y se la pasó por el otro brazo libre agarrándoselo con fuerza. Por lo menos si mantenían cada uno de sus brazos atados por un lado y sujeto del cuello estaría más controlado.

—Sean, prepara el maletero del coche —gritó mientras golpeaba de nuevo la cabeza del vampiro al ver que la elevaba hacia él. Había elegido a ese vampiro porque parecía ser el que lideraba a ese grupo, era el primero que había llegado y se había arrodillado al lado de los cristales, el que había probado aquella sangre, y no le había hecho ninguna gracia ver su gesto de

éxtasis cuando la probó. Lo observó tendido sobre las hojas y la tierra, con un brazo extendido a cada lado, como si estuviese crucificado y con otra cadena al cuello. Estaba prácticamente inmobilizado.

Sean colocó en el maletero unos ganchos de plata donde amarrarían las cadenas.

—Ya está —gritó con urgencia mientras colocaba el último gancho.

Josh miró hacia Jason y Brad y asintió con la cabeza. Comenzaron a arrastrar al vampiro mientras este empezaba a retorcerse e intentar detener aquella marcha clavando sus pies en el suelo, pero de nada servía. La fuerza de aquellos hombres hacía que cada vez se acercase más al todoterreno. Comenzó a gritar con espantosos alaridos capaces de despertar a todo Brooklyn. Ryan fue hacia él y le asestó una patada en la cabeza haciendo que saliese un poco disparado hacia Brad, aunque Josh lo mantenía sujeto por el brazo contrario y evitó que se acercase mucho.

Al menos consiguió que el vampiro bajase sus tonos.

—Gracias. Estaba a punto de clavarle una daga —bromeó Brad.

Sean y Nathan los esperaban junto al todoterreno.

—Nathan —dijo Josh pasándole su cadena—. Subidlo al todoterreno y agarradlo con fuerza. —Cogió la bolsa de basura que estaba en el maletero y se dirigió al medio del descampado para recoger los cristales.

El plan había funcionado, lo había conseguido. Ahora solo necesitaba que ese vampiro cantase.

Se notaba que eran vampiros jóvenes, no había dificultad en acabar con ellos. Bien distinto hubiese sido que fuesen antiguos, pues aún podría durar la lucha.

Cuando volvió al todoterreno, ya habían colocado al vampiro con los brazos por encima de la cabeza, agarrado bien fuerte por las cadenas. El cuello permanecía totalmente pegado a la carrocería por otra cadena y sus pies, atados impidiendo que pudiese defenderse de cualquier forma. Sean se sentó al lado del vampiro con una daga en la mano, dispuesto a clavársela en el momento que hiciese algún movimiento extraño. Josh fue hacia el asiento del copiloto y se sentó mientras Brad encendía el motor.

—¿Puedes poner los cristales tintados en la parte de atrás? —preguntó Josh mientras pasaba las dagas que habían dejado en el descampado a Jason para que las guardase.

—Claro.

Sarah se despertó asustada. Se había acostado cerca de las dos de la madrugada y se había dormido al momento. Había colocado la daga en la mesilla y dejado las luces del pasillo encendidas tal y como Josh le había dicho. En un principio había pensado quedarse despierta hasta que regresaran para asegurarse de que todos estaban bien, pero para cuando estaba acabando

de ver la primera película los ojos se le cerraban. Decidió que sería mejor idea acostarse y dormir, así al menos podría levantarse pronto y prepararles el desayuno y la comida.

Unos gritos la hicieron despertarse. Se incorporó en la cama sobresaltada con la mano en el pecho, escuchando en la oscuridad y notando su corazón acelerado. Se escuchaban golpes y alaridos, y pudo reconocer la voz de algunos de los miembros del equipo. Buscó a ciegas, con la mano temblorosa el interruptor de la lámpara arrojando sin querer la daga al suelo. La luz iluminó tenuemente la estancia. Notó cómo el vello de todo el cuerpo se le ponía de punta: los gritos que se oían no parecían humanos. ¿Qué estaba pasando? Sintió de nuevo escalofríos cuando los gritos y golpes comenzaron de nuevo. Tomó aire y se levantó de la cama agarrando la daga que aún permanecía en el suelo. Solo esperaba que ninguno de ellos estuviese herido, que todos estuviesen bien. Se puso una fina bata color crema y, tragando saliva, fue hacia la puerta mientras echaba sus cabellos hacia un lado. La mano le temblaba al girar el pomo.

Dios mío, parecía que se estuviese librando una batalla en la planta superior. Aquel alboroto no era normal, o al menos eso creía ella. Era la primera noche que se quedaba sola mientras el grupo salía a realizar su trabajo, pero si de algo podía estar segura es de que había ocurrido algo.

Volvió a recordar la pierna abierta de Ryan, aquella profunda herida. Por Dios, que no les hubiese ocurrido nada, por favor. Salió de la habitación y fue hacia las escaleras que ascendían hasta la segunda. Los gritos se escuchaban ahora mucho más fuerte. Ella no sabía nada de medicina, ni siquiera sabía bien cómo curar una herida, pero quizás pudiese ayudarlos, estar cerca y consolar a quien hubiese sufrido algún daño, al fin y al cabo ellos la estaban protegiendo, le estaban salvando la vida, y lo suyo era prestarles su ayuda.

Ascendió las escaleras hasta que llegó a la planta superior y abrió la puerta que daba con el pasillo que estaba iluminado por una tenue luz, una luz muy diferente a la que brillaba en la planta donde se encontraban las habitaciones.

—¡Maldito hijo de puta! —Escuchó la voz de Brad. Al momento se sucedieron un montón de golpes y gritos—. ¡Sujétalo fuerte!

Observó que tenían abierta la puerta al final del pasillo junto a la oficina. Los gritos y golpes venían directamente de ahí. Elevó su brazo a la altura de su cabeza, empuñando su daga. Aquello no le daba buena espina, pero necesitaba saber qué estaba ocurriendo.

—¡Agarrad las cadenas a los ganchos! —Escuchó la voz de Josh antes de que unos golpes le hicieran dar un paso hacia atrás.

Respiró profundamente y volvió a dar unos pasos hacia delante. Solo echaría una ojeada, si todos estaban bien volvería a su habitación sin decir nada. Llegó hasta la puerta y se quedó paralizada, bajando su mano lentamente. ¿Qué estaba pasando ahí? Josh, Brad y Jason sostenían unas cadenas gruesas. Su mirada voló justo hacia el punto donde estas se juntaban. Vio el cuerpo azul pálido, los largos colmillos y la mirada llena de furia. Se llevó una mano hasta la boca y

acalló un grito. El vampiro se quedó quieto de pronto, como si algo lo hubiese alertado. Comenzó a mover su nariz de un lado a otro inquieto hasta que los ojos negros se centraron en Sarah que permanecía paralizada en la puerta.

Alzó su cabeza y un grito agudo le hizo casi estallar los tímpanos. La reacción fue inmediata. El vampiro pareció recuperar sus fuerzas por aquel olor que desprendía el cuerpo y la sangre de Sarah. Subió su brazo hacia arriba intentando liberarse de la cadena que agarraba Jason, este se vio impulsado hacia arriba y cayó al suelo unos metros más atrás. Todas las miradas fueron a parar a Sarah.

—Sarah, ¿qué estás haciendo aquí? ¡Márchate! —gritó Josh intentando controlar al vampiro que parecía haber entrado en trance. Pero fue imposible paralizarlo. El vampiro se giró hacia atrás con su brazo libre y apresó la cadena que Brad atrapaba fuerte entre sus manos tirando de él.

Brad se acercó y dio una patada en el aire haciendo que el vampiro saliese un poco disparado hacia detrás y chocase contra la pared. Pero reaccionó rápido y se incorporó saliendo disparado hacia Sarah que observaba petrificada la escena. Josh mantenía sujeta aún la cadena enrollada en su garganta y tiró fuerte de él antes de que llegase a Sarah haciendo que el vampiro de nuevo recorriese por el aire los prácticamente ocho metros de estancia hasta chocar contra la pared.

—¡Las cadenas! —gritó sin mirar a nadie, refiriéndose a las que permanecían sueltas de los brazos.

Sean corrió hacia una de ellas, pero el vampiro debió darse cuenta de su intención porque movió su brazo rápido convirtiéndose la cadena en un arma de destrucción arrasando con todo lo que pillaba a su paso. Clavó de nuevo sus ojos en Sarah y se movió de forma rápida hacia ella. Pero Sarah notó un golpe y unos brazos que la agarraban antes de que el vampiro la atrapara y se vio desplazada hacia el otro extremo de la sala.

Cuando abrió los ojos encontró que Brad estaba a su lado. La había trasladado en un segundo hacia otro sitio para tenerla a salvo.

—¡Sácala de aquí ya! —gritó Josh hacia Brad. Pero antes de que pudiese acabar la frase, el vampiro rodó sobre su cuerpo haciendo que la cadena se tensase y arrastrando a Josh hacia donde se encontraba. Sin embargo, para sorpresa de él no le atacó sino que volvió a girarse hacia Sarah y Brad y se movió de nuevo de forma rápida.

Todo transcurrió en una milésima de segundo. Todos los que estaban en aquella sala comenzaron a moverse a demasiada velocidad para los ojos de Sarah. Solo era capaz de ver pequeños reflejos y lo único que sabía era que todos estaban luchando contra el vampiro. De repente, el vampiro apareció tumbado en el suelo a un metro escaso de ella con Sean, Jason y Brad agarrando su cuerpo. Se había dirigido hacia ella con movimientos rápidos mientras todo el equipo intentaba frenarlo al aproximarse. Josh agarró las cadenas y le pasó una a Nathan y a Ryan mientras él volvía a pasársela por el cuello. Nathan y Ryan hicieron lo mismo con los brazos.

Josh se giró hacia Sarah.

—¡Ve a la habitación! ¡Ya! —rugió con una mirada capaz de matar a cualquier persona.

Sarah notó que todo su cuerpo temblaba ante aquel tono de voz y aquella mirada. Se llevó la mano hasta su pecho y salió corriendo de allí sin decir nada. Josh la observó salir a todo correr de la sala y escuchó cómo se abría la puerta de las escaleras. Bufó y se pasó la mano por el cabello, sintiendo un poco de arrepentimiento por haberle hablado así pero, Dios mío, se había puesto en peligro, podría haberla atrapado y matado delante de todos ellos. Bajó su mirada hacia el vampiro y esta vez no se hizo esperar. Agarró una daga y la clavó en su hombro. Si con la bala que aún tenía alojada en el otro hombro y las cadenas no era suficiente, le metería en el cuerpo todas las dagas necesarias para que se volviese débil, pues desde luego el olor que desprendía Sarah había alimentado su fuerza. Se distanció un poco hacia la mesa y cogió una pistola mientras el vampiro era levantado y llevado hacia la pared donde habían colocado los ganchos. Nathan se encargó de atar los brazos con fuerza a la pared mientras el resto lo sujetaba. Josh llegó hasta él y colocó su arma directamente en el estómago del vampiro y disparó. El vampiro gritó unos segundos y luego miró con odio a Josh enseñando sus colmillos.

—¿Crees que vas a poder salvarla? —rugió el vampiro mientras Nathan acababa de atar la última cadena al gancho—. ¿Crees que vas a poder? —gritó con furia.

Josh se dirigió de nuevo a él y esta vez colocó su pistola en la pierna y disparó. El vampiro gritó de nuevo, pero se recuperó rápidamente. Al menos parecía que se estaba debilitando porque ya no luchaba con tanta fuerza.

—¿Por qué la seguís? —preguntó colocando el arma en la otra pierna.

El vampiro rugió hacia él, pero mantuvo los labios cerrados observándolo fijamente.

—¿Por qué? —volvió a repetir con un grito. Los ojos negros del vampiro no se separan de los suyos, como si intentase retarlo mientras sus colmillos asomaban por sus labios y su cuerpo permanecía tenso.

Josh se encogió de hombros y apretó el gatillo disparando sobre la pierna que aún mantenía ilesa. El vampiro volvió a rugir mientras cerraba los ojos un segundo. —Puedo llenarte todo el cuerpo de plata. El vampiro incrementó su respiración haciéndola más rápida, tensando sus músculos y sujetándose con fuerza a las cadenas.

—Ella morirá... —susurró con una media sonrisa—. Su olor... su sangre... Tiene un rastro inconfundible. Tarde o temprano la encontrarán y cuando lo hagan... —No pudo continuar.

Josh estrelló la culata de su pistola contra su boca. La cabeza del vampiro se golpeó fuertemente contra la pared, pero no pareció aturdirse lo suficiente porque de nuevo volvió a mirarlo con furia. Josh se giró y miró a Brad.

—Hicimos ayer la compra, ¿no?

Brad sonrió y se cruzó de brazos comprendiendo aquella indirecta mientras comenzaba a

alejarse.

—Marchando una de ajo —bromeó.

Aquello pareció aturdir al vampiro que observó un poco asustado de un lado a otro. Josh se giró tranquilamente hacia él.

—¿Vas a hablar?

El vampiro tragó saliva y observó que Brad esperaba su respuesta justo en la puerta de la sala. Miró a cada uno de los miembros del equipo y bufó mientras agachaba la cabeza.

—Ella atacó al hijo de Tristan.

Josh se acercó hacia él con los ojos entornados.

—¿Tristan?

—El hijo del jefe —aclaró.

—Sabía que se habían reproducido —susurró Brad acercándose al grupo. —El otro día, cuando se realizó un ataque en el piso de la muchacha lo matasteis —rugió el vampiro mirando a Josh.

Josh recordaba que nada más entrar en la casa había visto que un vampiro sujetaba a Sarah por el cuello contra la pared y estuvo a punto de morderla. Sintió cierto alivio al saber que aquel vampiro había muerto.

—Murieron más vampiros.

—Pero él era el sucesor de Tristan. Es el heredero.

Sean se acercó con los brazos cruzados.

—¿El heredero de qué? —dijo apretando de nuevo la pistola contra un brazo suyo.

Inspiró un par de veces.

—De Brooklyn.

—Así que es eso. Hemos matado al hijo del tu jefecillo y ahora él clama venganza. —Sean se colocó al lado de él y le apuntó con la daga—. ¿Dónde está ese jefe tuyo?

El vampiro rugió hacia la daga apretando sus manos contra las cadenas.

—¿Dónde está? —gritó Josh hacia él haciendo presión con la pistola.

Esperó varios segundos, en silencio, observando fijamente al vampiro. Dio un paso hacia atrás.

—Si no hablas, no me sirves —dijo empuñando con fuerza su daga hacia él. Pero el vampiro no tembló al ver su gesto, simplemente sus labios se transformaron en una sonrisa maliciosa, diabólica.

—¿Sabes? —dijo riendo y enseñando sus colmillos—. Puedo olerla desde aquí —espetó. Josh tensó el cuerpo y agarró con más fuerza la daga mientras el vampiro reía—. La encontrarán.

La reacción de Josh no se hizo esperar. Ya sabía lo suficiente. Ya sabía las razones. Hizo un gesto rápido y clavó su daga en el mismo corazón del vampiro. Hubo un último chillido agudo y al momento las cadenas cayeron por su propio peso sobre el suelo al desintegrarse su cuerpo. Josh

se mantuvo quieto varios segundos, observando las cenizas de lo que había sido un vampiro. Se guardó la daga en el cinturón y se giró hacia sus compañeros. Todos permanecían en silencio, con los brazos cruzados y meditando sobre lo que habían descubierto.

—Hay que matar a ese jefe —murmuró Brad—. Si lo matamos se acaba el problema.

—Pero otro lo sustituirá —intervino Jason.

—Pero ese ya no perseguirá a Sarah. —Josh se cruzó de brazos y comenzó a avanzar hacia la puerta sin decir nada más. ¿Pero cómo iban a atraparlo? ¿Cómo iban a encontrarlo? Salió pensativo de la sala y se dirigió a las escaleras. Sabía que irían tras la sangre de Sarah, que irían a buscarla, el único lugar donde ella estaría a salvo sería en aquella fortaleza que era su hogar. Sabía que en cuanto se pusiera el sol y ella saliese de allí irían a buscarla. Se pasó la mano por el cabello y suspiró varias veces mientras acababa de bajar las escaleras y caminaba por el pasillo.

Necesitaba hacer salir a ese jefe de su guarida, necesitaba matarlo. Se detuvo frente a la puerta de su habitación y observó que la luz debía estar encendida. No llamó, simplemente abrió la puerta muy lentamente y dio un paso hacia delante.

Ella se encontraba sobre la cama, sentada y sujetándose las piernas con los brazos. Hecha un ovillo y con sus rizos rubios cayendo hacia delante. Levantó la mirada hacia Josh, tenía los ojos llorosos, e incluso le pareció ver que una lágrima resbalaba todavía por su mejilla, pero volvió a inclinar el rostro hacia sus rodillas escondiéndolo de él.

Josh la observó unos segundos. Se la veía tan débil, tan asustada. Se sentó a su lado en la cama. Ella ni siquiera levantó la cabeza. Josh le acarició los rizos y el hombro notando que temblaba. Estaba realmente asustada. Finalmente lo miró de reojo.

—Lo siento —murmuró—. Yo... yo solo oí aquellos gritos y golpes... —Tragó saliva—. Pensé que os había ocurrido...

Josh había deseado gritarle, reñirle por la actitud temeraria que había tenido, pero verla así rompió sus esquemas.

—Tranquila.

—Solo quería ayudar por si alguno de vosotros había resultado malherido — acabó gimiendo.

—Ya, cálmate —musitó mientras acercaba su cuerpo al de ella y la abrazaba. Notó que todo su cuerpo temblaba. La abrazó más fuerte y depositó un beso sobre su frente intentando tranquilizarla.

—¿Qué hacía... ese... vampiro...?

—Lo hemos traído. Pero no tienes que preocuparte, está muerto —intentó calmarla.

Sarah se separó un poco de él para poder observarlo mientras se apartaba un rizo rubio de su rostro.

—¿Por qué lo habéis traído?

Josh la observó fijamente a los ojos y suspiró mientras colocaba su mano en su nuca.

—Quería interrogarlo.

—¿Para qué?

—Quería saber si había más como él —mintió.

Aunque sabía que tarde o temprano tendría que explicar a Sarah lo que realmente ocurría, este no era el mejor momento. Estaba demasiado asustada, aún recuperándose de lo que había ocurrido pocos minutos antes. Solo quería abrazarla, besarla, protegerla. Colocó sus labios sobre los suyos apretándolos suavemente. Pasó una mano por su mejilla y secó una lágrima.

—No te preocupes —le susurró entre besos. Ella se separó un poco y acarició su mejilla—. Acuéstate —le dijo con dulzura.

Se levantó y se quitó la camiseta negra ceñida del uniforme dispuesto a acostarse junto a ella.

22

Sarah se despertó temblando. Lo había visto de nuevo en su sueño, sus ojos negros, sus colmillos goteando con su sangre. Se movió rápidamente intentando acallar los gritos por el terror que había sufrido. —Eh, ¿qué pasa? —susurró Josh sentándose en la cama y colocando una mano en su hombro, con los ojos entreabiertos por la luz repentina.

—Una pesadilla.

Josh metió su mano entre los rizos rubios masajeando su cabeza y haciendo con la otra mano que se apoyara en él. Apartó su mano de la cabeza y le rodeó el cuerpo notando su peso en su pecho.

—Tranquila —le susurró mientras besaba su sien.

Sarah se relajó contra aquel pecho desnudo, notando el calor reconfortante que emanaba de su cuerpo. Agarró su brazo musculoso con las dos manos mientras se colocaba cómoda apoyada sobre él, aún sentado en la cama.

—Era tan real, he visto esos ojos negros, sus uñas y colmillos manchados con mis sangre... como si acabara de... de...

—Shhh, no le des más vueltas. —Le acarició el cabello—. Eso es imposible.

Elevó los ojos hacia él y se encontró con su mirada color miel cargada de fuerza. Pasó su mano por su pecho desnudo y lo besó. Escuchó el gemido de Josh y sonrió.

—Contigo me siento a salvo —murmuró apoyando su cabeza en él.

—Lo estás —respondió acariciando aún su cabello. Suspiró y se relajó recostada contra aquel pecho mientras él le acariciaba la espalda.

Estaba tan a gusto allí, podría quedarse siglos en aquella postura, pero finalmente se incorporó y se echó los cabellos hacia atrás.

—Voy a darme una ducha.

—¿Ya?

—Sí. —Comenzó a levantarse de la cama pero Josh le cogió la mano. —¿Por qué no esperas un poco? —rió mientras recorría su cuerpo con la mirada y la atraía hacia él.

Sarah sonrió.

—No, de verdad... —Comenzó a luchar por soltarse de la mano mientras reía.

—Venga, quédate un poco más —le pidió mientras se incorporaba para atraparla. Le pasó una mano por la cintura reclinándola sobre la cama, pero ella aún luchaba por soltarse mientras una risa dulce inundaba toda la habitación—. Mmm... ¿Te estás resistiendo? —bromeó mientras la acostaba y él permanecía arrodillado en la cama.

—Creo que no me conviene hacer eso.

Josh arrancó una carcajada mientras le agarraba las manos y las apresaba contra el colchón por encima de sus rizos rubios.

—Bien —musitó arrimándose contra sus labios—. Haces bien.

Se inclinó sobre ella y la besó de forma dulce, saboreando sus labios, pasando su lengua suavemente por ellos hasta que Sarah gimió.

Josh aún sujetaba sus manos por encima de su cabeza, apresó sus dos muñecas con una mano y descendió la otra por su cuerpo hasta llegar a sus caderas.

—Esto no es justo —susurró Sarah.

Josh enarcó una ceja sonriendo.

—¿Algún problema? —preguntó contra sus labios recorriendo con su mano libre su pierna.

Ella gimió cuando notó que su mano pasaba por debajo del camisón.

—Josh —murmuró cerrando los ojos.

—¿Qué? —rio al ver sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos.

—Tengo que... que ducharme.

—Eso puede esperar, ¿no crees? —Le recorrió el cuello con los labios mientras ella forcejeaba con sus manos para liberarse de la suya. Acto seguido se incorporó y se colocó encima de ella separándole los muslos y soltándole las manos. Las bajó hasta sus caderas y las apretó contra él. Volvió hasta sus labios recorriendo de nuevo su cuerpo y llegó hasta sus mejillas. Le acarició de forma dulce y la besó durante unos segundos mientras hacía unos movimientos con su cadera. Luego suspiró y levantó su vista hacia ella. Sarah abrió los ojos y le acarició intentando recuperar el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Josh le sonrió y le pasó la mano por la espalda incorporándola.

—Creo que nos vamos a dar una ducha.

Ella le sonrió aún aturdida por aquel cambio brusco, pero se incorporó en la cama y se desperezó. Era una buena forma de comenzar el día.

Fue hacia el lavabo, pero para cuando iba a cerrar la puerta Josh había puesto una mano impidiéndolo.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—He dicho que nos vamos a dar una ducha, no que te vayas a dar una ducha tú sola —dijo entrando en el lavabo casi sin mirarla y quitándose los pantalones.

Sarah permaneció en la puerta observando cómo él se quitaba la ropa lentamente, embelesada con aquellos músculos al flexionarse, con el movimiento de todo su cuerpo hasta que reparó en que él la miraba fijamente.

—¿Vas a ducharte con el camisón? —interrogó con una sonrisa pícaro.

La verdad es que la primera vez que Josh le había hecho referencia a ducharse con él se le había erizado todo el vello del cuerpo, la idea la descontrolaba, pero verlo ahí enfrente abriendo la mampara de la ducha y esperando a que se desnudara, le cortó la respiración. Tan solo con ver el pequeño espacio que era la ducha y lo cerca que tendrían que estar el uno del otro se le ponía la piel de gallina.

—De acuerdo, te ayudaré —dijo finalmente agarrándola por la cintura y subiéndole el camión por los brazos.

No llevaba sujetador, solo las braguitas, así que Josh no tardó más de medio minuto en tenerla desnuda entre sus brazos. La besó y se introdujeron juntos en la ducha. Josh solo quitó una mano de su cintura para cerrar la mampara y abrir el grifo. Al momento el agua totalmente helada empezó a salir por la alcachofa. Sarah se encerró más en sus brazos.

—Dios mío, qué fría está —dijo abrazándolo.

—Lo he hecho a propósito —rio Josh recorriéndole la espalda. Sarah lo miró y rio pero le golpeó el pecho suavemente a modo de fastidio. Abrió un poco más el grifo ajustándolo a una temperatura más cálida mientras su cabello comenzaba a humedecerse y se estiraba—. ¿Mejor?

Ella afirmó y se separó un poco de él echándose el cabello hacia atrás. Josh observó su cuerpo mojado, cómo el agua iba haciendo que su piel brillase.

Cogió el champú y depositó un poco sobre su mano, luego se lo pasó a Sarah. Ella se echó un poco en las manos y lo extendió lentamente por su pelo mientras veía a Josh hacer lo mismo. La verdad es que la ducha era pequeña para dos personas, y más si se tenía en cuenta el gran tamaño de él. Se aclaró el cabello, ante la mirada atenta de él, hasta que creyó que no le quedaba espuma y cogió una esponja mientras él se quitaba el jabón del pelo.

—Ah, no. —Josh se la arrebató de las manos—. Eso es tarea mía.

Colocó la esponja bajo el grifo y esperó a que absorbiese agua, echó un buen chorro de gel y la estrujó hasta que formó espuma.

Comenzó a pasar la esponja de forma delicada por el cuerpo de Sarah. Le parecía increíble que un hombre que demostraba tanta fuerza y furia pudiese tener tanta delicadeza. Cuando llegó a la zona de sus pechos cogió espuma de la esponja y la extendió por ellos. Sarah tuvo deseos de gritar ante aquel contacto, al sentir que deslizaba su mano dulcemente extendiendo la espuma por sus senos. Aquello superaba con creces sus sueños y expectativas. Josh recorrió con la esponja y sus manos todo su cuerpo arrimándose a ella y apoyándola contra la pared. Descendió su boca hacia sus labios y la besó profundamente demostrándole que estaba igual o más excitado que ella ante aquel contacto húmedo. Sarah pasó sus manos por su cuello acercándose, agarrándose a él mientras el agua tibia recorría sus cuerpos. Estuvieron varios minutos así, saboreándose el uno al otro, acariciándose, pero lo que no esperaba es lo que hizo Josh a continuación.

Se agachó un poco, lo suficiente para agarrarla por las caderas y la elevó haciendo que ella le

rodeara sus caderas con sus piernas. La apoyó contra la pared y presionó su cuerpo contra ella mientras recorría su cuello con los labios.

—Nos podemos resbalar —susurró Sarah antes de notar que la elevaba un poco más.

—No.

En ese momento sintió cómo la penetraba de una forma lenta, sujetando con sus manos sus caderas y haciéndole descender lentamente. Sarah gimió cuando la apretó más fuerte contra la pared y la miró. Estaba atrapada entre la pared de la ducha y su cuerpo, totalmente indefensa, rodeando con sus piernas las caderas de él, totalmente a su merced, y no le importaba, le encantaba aquella sensación. Josh comenzó a levantarla lentamente para penetrarla cada vez con más fuerza. Ella se agarró fuerte a él hundiendo sus manos en su cabello, gimiendo al lado de su oído mientras el agua caía sobre sus cuerpos. Era la relación más excitante que había tenido en toda su vida, sobre todo cuando comenzó a escuchar la respiración de Josh acelerada, la tensión de sus brazos al sujetarla, su lengua recorriendo su cuello. Tuvo deseos de clavarle las uñas en los hombros, de agarrar ese cabello oscuro entre sus dedos, aquel hombre la complacía como ningún otro podría hacerlo, en todos los sentidos.

Se agarró fuerte a sus hombros mientras la sujetaba moviéndose a un ritmo cada vez más rápido. La besó repetidas veces hasta que llegó a su propio clímax. Se quedó quieto unos segundos mientras sentía aquella agradable sensación, mientras la abrazaba más fuerte y notaba cómo ella gemía en su oreja. La sujetó con un brazo y pasó su mano por su rostro acariciándolo. La besó en la frente y la soltó sobre la ducha. Se abrazó a él mientras notaba que todo su cuerpo aún temblaba por lo excitante de la situación. Sintió cómo el agua templada caía sobre su cuerpo y sonrió a Josh. Sí, definitivamente era una buena forma de comenzar el día.

Poco después de que Josh y ella saliesen de la habitación la casa había comenzado a despertar. Brad había sido el primero en levantarse después de ellos, el resto habían aparecido poco después. Se sentaron todos a la mesa y disfrutaron de la sabrosa comida.

Josh se había arreglado, pantalones negros y camisa blanca, se sentó al lado de ella y comenzó a comer con cierta urgencia.

—¿Vas a ir a comisaría? —preguntó Jason mientras se llevaba un trozo de carne a la boca.

Sarah giró su rostro hacia él.

—Claro —contestó sin mirar.

Sarah se quedó pensativa unos segundos. Un recuerdo le atravesó la mente y soltó el tenedor de golpe.

—Mierda —susurró—. Mi tío. Le dije que le llamaría.

Se levantó y corrió hacia la habitación mientras todos levantaban la mirada del plato. Corrió al

escritorio donde dejó por la noche el móvil y lo cogió. Una llamada de Frankie. Pulsó unos botones y miró que era de la una y media del mediodía.

Miró el reloj, las dos y cuarto. Se colocó el móvil en el oído mientras pulsaba el botón de rellamada y cerró la puerta de la habitación.

—Hola cariño —contestó al otro lado de la línea su tío, escuchó de fondo el sonido de la voz de los administrativos de la oficina.

—Hola tío, perdona, se me olvidó llamarte. Llegamos tarde y ya no quise llamarte por si estabas durmiendo. Y hemos salido esta mañana temprano para desayunar en el pueblo. Me había dejado el móvil aquí —improvisó.

—No te preocupes, ¿todo bien?

—Sí, la verdad es que muy bien.

—Me alegro.

—¿Y por ahí? —preguntó sentándose en la cama—. ¿Mucho trabajo?

—Como siempre.

—¿Lisa? —Luego suspiró—. Se me olvidó llamarla a ella también para decirle que no iba.

—No te preocupes, está todo controlado, a Lisa no le importa encargarse unos días de tus expedientes. Tú descansa, te conviene.

Se mantuvo callada unos segundos y se frotó la nuca.

—Gracias tío, de verdad. En realidad lo necesito.

—Ya lo sabía yo —dijo en un tono egocéntrico, a lo que Sarah respondió con una sonrisa.

—Te llamaré esta noche o mañana, ¿de acuerdo?

El miércoles ya estaré allí, así que podré ir...

—Ya te dije que puedes cogerte la semana sin...

—No —le interrumpió—. No necesito tantos días. —Luego alegró la voz—. Un par de días está bien, más no.

—Bueno, como quieras, pero ya sabes que si...

—Ya lo sé. —Se levantó de la cama y fue hacia el escritorio—. Dale un beso a Lisa y a la tía, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Y otro para ti. —Sonrió tiernamente.

Cuando llegó al comedor todos habían acabado prácticamente de comer y Josh se encontraba sirviéndose de una taza de café en la cocina. Nathan pasó a su lado y colocó la mano en su hombro con confianza.

—Estaba buenísimo.

—Gracias —respondió tímida. Observó a Josh beber casi de un sorbo su café y dejarlo en el fregadero.

Después se colocó detrás depositando sus manos sobre sus hombros.

—Me marchó a la comisaría, volveré antes de que anochezca. —Se inclinó y la besó en la mejilla—. Hasta luego.

Se dirigió hacia el ascensor sin mirar atrás y desapareció tras sus puertas. Sarah comió lentamente mientras Sean, Jason y Nathan se dirigían a la planta superior y Brad y Ryan se sentaban en el sofá a ver la televisión. —¿Vosotros no hacéis nada durante el día? —preguntó Sarah mientras se llevaba su último trozo de carne a la boca. Brad se giró sonriente.

—Redactamos informes, hacemos deporte, revisamos las armas y vemos la tele.

Sarah afirmó mientras acababa de tragar y se levantaba para llevar su plato hacia la cocina. Se agachó y metió su plato, cubiertos y vaso en el lavavajillas.

—¿Hacéis informes? —preguntó curiosa mientras se dirigía al sofá y se acomodaba en un lateral.

Ryan la observó mientras le quitaba el mando de la televisión a Brad que ponía cara de disgusto.

—Sí, sobre las operaciones que hacemos. Tenemos que mantener a los jefes informados —acabó riendo.

—Ah. ¿Los del Pentágono?

—Exacto.

—Oye Ryan, ¿por qué trajisteis ayer a ese vampiro?

Ryan y Brad apartaron la mirada de la pantalla plana para observarla con ojos entornados.

—¿No te lo ha explicado Josh?

—Me ha dicho que queríais interrogarlo —comentó sin darle importancia.

—Pues para eso —respondió Ryan no muy convencido de lo que debía decir y de lo que no.

No estaban muy seguros de hasta qué punto Josh quería que supiese el verdadero motivo, que ella fuera consciente del grave peligro que corría. Brad debió pensar lo mismo porque intentó cambiar de tema.

—¿Te asustaste mucho ayer? —preguntó con suavidad.

Sarah se mordió el labio mientras subía sus piernas al sofá.

—Un poco. —Tragó saliva y luego le sonrió—. Gracias por lo de ayer, Brad.

Él se encogió de hombros sonrientes.

—Cualquiera soporta a Josh si te ocurre algo —bromeó. Ryan rio y cambió de canal de nuevo. Luego se puso un poco serio—. No tiene importancia. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—¿Por qué subiste? —intervino Ryan.

—Escuché muchos golpes y gritos. Pensé que os podía haber ocurrido algo, como la noche anterior habías llegado con la pierna...

—¿Subiste a ayudarnos? —le interrumpió Ryan enarcando una ceja.

Eso la molestó un poco.

—¿Y por qué no? Si os habían herido podía echaros una mano.

—No te preocupes nunca por eso —explicó Brad—. Ya has visto que nos curamos rápido, no nos duran mucho las hemorragias así que no hay peligro de desangrarse y cicatrizamos rápido.

—Ya, ya lo sé, pero... —Tragó saliva—. Eso no quita que os puedan hacer daño y necesitéis ayuda.

Aquello pareció convencerlos a los dos. Al fin y al cabo aquellas palabras tenían su lógica.

—Todos tenemos nociones de medicina, así que no te preocupes por eso —explicó Ryan.

—¿Ah, sí?

—Claro, no nos van a mandar a una batalla sin darnos unas pequeñas nociones de cómo sobrevivir. —Le sonrió Brad como si aquella pregunta la hubiese hecho una niña pequeña.

—Ya, supongo. —Se giró y contempló que esta vez había puesto el canal de las noticias. Suspiró y se recostó contra el brazo del sofá—. ¿Hay muchos más vampiros ahí fuera?

—Más de los que imaginábamos.

Volvió a incorporarse en el sofá agarrándose las piernas.

—¿Viven mucho tiempo? Ryan se encogió de hombros.

—Realmente no lo sabemos, viven más que los humanos. Quizás unos trescientos o cuatrocientos años. Pero realmente no lo sabemos.

—Buf. Eso es un gran problema —contestó Sarah abriendo los ojos como platos—. ¿Y vosotros?

—¿Nosotros qué? —preguntó Brad con una sonrisa.

—¿Cuánto vivís?

—Pues como tú, nosotros somos humanos Sarah, con cualidades, pero humanos.

—Ya... pero... aún no entiendo cómo os podéis mover tan rápido, de dónde sacáis esa fuerza, cómo os curáis tan rápido.

—No vuelvas a hacer esa pregunta delante de Sean —rio Brad de nuevo—. Es médico y se emociona demasiado explicando.

—Evolución, Sarah —le explicó Ryan.

—Ya, pero... es raro igualmente. ¿Vuestros hermanos, vuestros padres, también pueden hacer esas cosas?

—Yo no conocí a mis padres —se sinceró Ryan—. Crecí en un orfanato, ni siquiera sé quiénes son.

Brad se incorporó un poco en el asiento.

—Mi padre era muy rápido...

—Entonces tú sí que lo conociste —afirmó Sarah.

—Claro, como la mayoría de nosotros. —Le sonrió.

—¿Y qué dijeron cuando vieron de lo que eras capaz? —preguntó con verdadera intriga.

—En realidad nunca me han visto en plena acción. Con catorce años comencé mi instrucción en el Pentágono...

—¿Y no los has vuelto a ver? —interrumpió.

—Claro, los visito siempre que puedo, pero obviamente no hablamos de trabajo ni les muestro de lo que soy capaz, aunque en el fondo sé que lo saben.

—En general es mejor mantener esto en secreto —indicó Ryan.

—Claro, entiendo. —Volvió su mirada hacia la pantalla plana unos segundos y se quedó pensativa—. ¿Y Josh? ¿Tiene familia?

Hubo un pequeño silencio aunque al final Brad pareció relajarse y la observó.

—Por lo que sé sí que tiene. Aunque no es muy aficionado a hablar de ello.

—¿Por qué?

—No tuvo tanta suerte con sus padres como yo.

Sarah se incorporó intrigada.

—No entiendo.

Brad miró algo confuso de un lado a otro.

—Bueno, yo tuve la suerte de que mi padre ya era un poco más evolucionado que el resto de humanos, pero Josh era el primero en su familia. Es difícil crecer en una familia que no te acepta.

Aquello le hizo sentir un nudo en el estómago ¿Su familia lo había rechazado? ¿Lo habían despreciado por lo que era?

—¿Lo echaron de casa? —preguntó algo temblorosa.

—Por lo que sé, el Pentágono le ofreció un puesto y sus padres lo entregaron sin ningún problema.

—Vaya —murmuró—. ¿Qué edad tenía?

—Unos catorce o quince, como todos cuando comenzamos con el entrenamiento.

—Muy pequeños.

—Es un entrenamiento largo y duro, muchas cosas que aprender —comentó Ryan.

—¿Es como un entrenamiento militar?

Los dos rieron.

—Más o menos, aunque bastante más duro, pero sí... podríamos decir que es parecido.

—Aunque contra lo que luchamos no son humanos —puntualizó Ryan.

—Eso lo tengo claro —susurró. Se mordió el labio y volvió a interrogarlos con la mirada—. ¿Hay mujeres que se dediquen a esto? Brad chasqueó con la lengua.

—La mayoría de las mujeres que evolucionan suelen hacerlo en cosas extrasensoriales. Leen el pensamiento, clarividencia, incluso algunas tienen telequinesia.

—¿Eso es que mueven objetos con la mente? —preguntó asombrada. Ryan aceptó—. Qué chulo

—dijo asombrada.

—La telequinesia es peligrosa hasta que no la dominas. Funciona según el estado de ánimo que tengas... así que imagínate cuando te encuentras con alguna cabreada.

—¿Habéis visto a alguna?

—Ryan tuvo una novieta que tenía ese poder —explicó Brad riendo mientras le golpeaba en el hombro.

—¿Ah, sí?

—Bueno —dijo algo tímido—, no fue novieta... fue una amiga...

—Ya, ya... —Aquello mereció una mirada de reprobación por parte de Ryan.

—Era un poco rarita —explicó a Sarah, como si aquello despejase todas sus dudas.

23

Josh aparcó esta vez en la planta baja de la comisaría. No tenía ganas de buscar sitio, y de todas formas ya le habían insistido en esos últimos días que podía usar una plaza de aparcamiento de las que disponía la comisaría.

Bajó del todoterreno y fue hasta el ascensor. El calor era asfixiante. Se desabrochó el primer botón de la camisa de manga corta y apretó el botón de la tercera planta.

Cuando llegó, el alboroto era inmenso. Algunos administrativos iban de un lado a otro cargando archivos. Josh caminó entre ellos evitando chocarse con ellos, saludó a Lisa y cuando llegó al despacho encontró a Frankie y Adam discutiendo acaloradamente. Llamó a la puerta y dio un paso adelante.

—¿Interrumpo algo? —preguntó algo inquieto.

Frankie lo miró furioso pero su tono de voz sonó tranquilo.

—Pasa, pasa —le indicó con la mano—. ¿Ocurre algo? —preguntó mientras cerraba la puerta.

—Nada. —Extendió los brazos—. Lo mismo de siempre. Demasiado trabajo. Denuncias estúpidas que nos hacen perder el tiempo.

Josh lo estudió con la mirada y se dirigió a su mesa.

—Sarah no vendrá unos días —le informó Frankie levantándose. Fue hacia la puerta y la abrió—. Lisa, ¿puedes traerme un café? —Luego miró a Josh—. ¿Quieres? —Josh negó con la cabeza—. Ha decidido tomarse unos días libres. Cualquier cosa que necesites pídesela a Lisa, pero no la agobies mucho... por favor —dijo bajando el tono mientras iba hacia su mesa y se pasaba la mano por la frente, agobiado.

Josh no paraba de observarlo, aunque se esforzase por desviar su mirada y sus gestos no pareciesen nerviosos, sabía que ocurría algo. Lisa entró unos minutos después, justo cuando el ordenador de Josh se encendía.

Adam salió del despacho y se encaminó hacia el suyo dejando la puerta abierta. Josh se levantó y la cerró, luego se giró hacia Frankie que movía su café con una cuchara de plástico.

—¿Qué ocurre? —preguntó en tono tranquilo.

Frankie elevó su rostro hacia él, pensativo, y luego chasqueó la lengua.

—Susanne...

—¿La forense?

—Sí. —Bufó y cogió una hoja—. Nos ha hecho llegar el informe forense de la última víctima. —Se levantó furioso ante la atenta mirada de Josh que aún permanecía al lado de la puerta y arrojó un documento en su propio escritorio—. Ni una maldita huella, ni piel, ni cabello... nada.

—Su voz se iba alzando poco a poco—. ¡Ese jodido asesino es un experto! No deja pistas... nada a lo que agarrarnos. —Se le veía claramente fastidiado y encolerizado—. Hijo de puta —acabó murmurando. Josh fue tranquilamente hacia su asiento y se sentó apoyando sus brazos en los brazos de la silla.

—No es posible que una jodida persona sea tan meticulosa... Joder —volvió a gritar. — Siempre es el mismo modus operandi —explicó Josh mientras observaba la pantalla del ordenador. Frankie lo estudió durante un segundo, luego bufó—. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo para coger a ese tipo? —volvió a gritar asqueado. Josh levantó la mirada hacia él aunque su rostro no transmitió ninguna emoción—. Que yo vea no se ha avanzado nada en la investigación y en cualquier momento ese maldito asesino puede volver a matar a otra joven —siguió despotricando.

—Estoy en ello —dijo controlando su tono. Aunque el ambiente era bastante tenso.

—¿Estás en ello? —volvió a gritar asqueado por todo aquello, por verse desplazado de aquella investigación en cierto modo—. ¿Ni siquiera vas a mirar el informe forense? —preguntó agarrando el informe que le había llegado por fax desde el hospital.

—No lo necesito.

—Oh, no lo necesitas. —Su voz sonaba sarcástica—. ¿Así vas a atraparlo?

Josh no apartaba la mirada de él, sabía que estaba tenso, que necesitaba desahogarse, pero su paciencia también tenía un límite.

—Existe una investigación aparte de la que se lleva aquí —dijo en voz baja, con un tono extremadamente calmado.

Frankie volvió a estudiarlo con la mirada.

—Ya, claro... del Pentágono, ¿no? —Aquel tono de ironía le ponía el vello de punta.

—Exacto.

—¿Y los resultados? —volvió a espetar.

—Es más complicado de lo que piensas.

Frankie pareció resoplar ante aquella explicación.

—Verás, llevo más de veinte años como inspector de homicidios de esta comisaría...

—Lo sé.

—No. —Volvió a cortarlo con aquel tono seco—. No tienes ni idea. En todo este tiempo nunca había visto algo parecido. Y llegas tú del Pentágono y mi investigación se queda medio muerta, ¿para qué? ¿Para que tú pases más tiempo fuera de la comisaría que dentro?

—Que yo sepa el asesino no está aquí, sino en la calle. —Su tono de voz era furioso—. Y déjame que te diga algo, Frankie. —Se levantó de la silla y fue hacia la puerta—. Tengo más idea de la que tú crees. —Abrió la puerta y sonrió amistosamente a Lisa—. Lisa, las carpetas que estaban en la estantería el otro día, ¿Dónde...?

—Sí —dijo levantándose, fue hacia la mesa de Sarah y abrió el cajón del escritorio—. Las he

guardado aquí. Josh fue hacia la mesa y las cogió.

—Gracias. —Volvió hacia el despacho cargando todas aquellas carpetas y cerró la puerta con el pie.

Depositó las carpetas sobre la mesa y miró a Frankie. Lo cierto es que verse relevado de una investigación como aquella debía ser difícil de asimilar. En un principio sabía que se lo había tomado bastante bien, aunque eso fuese una tapadera, siempre acababa ocurriendo lo mismo y Frankie no iba a ser una excepción. Podría haberle gritado, decirle directamente que ahora él no tenía nada que ver con esa investigación, que se mantuviese apartado de ella, pero era el tío de Sarah, y no quería tener una mala relación con él. Suspiró y le aguantó la mirada unos segundos. —Está bien, ¿quieres ayudarme con esta investigación? Frankie lo miró sorprendido por su reacción. No dijo nada pero le pareció que afirmaba con su rostro mientras se cruzaba de brazos expectantes.

—Necesito una cosa. —Esperó a ver si decía algo pero simplemente le señaló con la mano para que siguiese hablando. Solo esperaba no arrepentirse de aquella petición—. Necesito un plano de la ciudad donde se señalen todos los edificios abandonados y un plano del subsuelo.

—¿Del subsuelo? —preguntó contrariado. Josh enarcó una ceja hacia él.

—¿Podrás conseguirlo pronto?

—Claro.

—Perfecto. —Agarró la primera carpeta y la abrió—. Por cierto, no hagas perder el tiempo a Sarah mirando antecedentes penales de delincuentes que hayan cometido crímenes similares, que hayan conseguido la condicional... y todo eso. No servirá de nada.

Frankie tragó saliva y se llevó la mano al cuello. ¿Él lo sabía? ¿Sabía que había dado esa orden? Bufó y se sintió realmente intimidado. Pensaba que lo había llevado en secreto.

—¿Tú lo sabías?

—¿Olvidas para quién trabajo? —preguntó mientras observaba las hojas. Aunque su tono sonaba tranquilo y en cierta parte amistoso, aquello logró amedrentar realmente a Frankie e infundirle un gran respeto. Podrían haberlo expedientado por eso, por permitir que personas ajenas a la investigación accediesen a una base de datos de la policía.

Josh cogió un bolígrafo y papel y comenzó a escribir.

—Ven aquí —le dijo con la mano. Frankie se acercó respetuoso hacia él y observó que había apuntado siete calles—. Son las calles donde encontraron a las víctimas —explicó.

—Sí, las recuerdo.

—¿Sabes si hay algún edificio abandonado por la zona?

Frankie se quedó pensativo unos segundos.

—Que yo sepa no, están en medio de la ciudad.

Frankie se llevó la mano al cabello y se la pasó repetidas veces despeinándose.

—¿Accesos a las cloacas? —preguntó mirando fijamente a Frankie.

A él se le pareció iluminar la mirada cuando captó lo que estaba insinuando.

—Sí, puede que sí. Creo que hay acceso a las cloacas cerca de cada una de estas calles. Josh se levantó y dejó las carpetas en la estantería.

—Necesito los planos ya. ¿Cuánto puedes tardar?

Frankie pareció recobrar la vida con aquello e incluso le pareció verle sonreír mientras se dirigía a la puerta.

—Intentaré tenerlos para ya.

—Frankie —dijo antes de que agarrase el pomo de su puerta—. Te agradecería que esto no saliese de aquí, por favor.

Él lo miró serio.

—Claro.

—Ni a Adam —remarcó.

Pareció titubear un poco pero luego afirmó convencido con la cabeza.

—Por supuesto. Puedes estar tranquilo.

Josh asintió y Frankie salió del despacho. Se sentó en la silla pensativo mientras meditaba lo que había hecho. Sabía que si seguía con Sarah, tal y como tenía intención, no quería tener mala relación con él, sabía que al haberle nombrado lo de la base de datos se había ganado su respeto, que no lo traicionaría, aun así, Frankie realmente no tenía ni idea de dónde estaba a punto de meterse. Igualmente, tampoco tenía por qué darle toda la información, pero sí mantenerle alerta y tenerlo a su lado, de todas formas era el inspector de aquella comisaría desde hacía más de veinte años, sabía que tenía el aprecio de todos sus compañeros, al menos de forma profesional, era mejor no tenerlo en contra, era mejor colaborar con él, mantener buena relación. Llegó unos diez minutos más tarde con un enorme plano enrollado bajo su brazo.

—Ya está —soltó cerrando la puerta tras él. Fue hacia su mesa y comenzó a desenrollarlo. El plano ocupaba prácticamente todo el escritorio—. Es un plano actual de la ciudad, no están señalados los edificios abandonados, pero he pedido a Lisa que contacte con la empresa hidráulica de la ciudad y que nos manden cuanto antes un fax con el plano que has pedido. Le han dicho que lo mandaran ya mismo.

—Perfecto —dijo levantándose y apoyándose sobre el escritorio mirando el plano. Cogió un rotulador rojo y se lo pasó a Frankie—. ¿Dónde están situadas exactamente las calles donde encontraron a las víctimas?

Frankie miró repetidamente el plano comenzando a hacer círculos allá donde habían encontrado alguna. Sabía que lo más lógico era que los vampiros se refugiasen en sótanos de edificios abandonados donde sabían que nadie los encontraría, pero teniendo en cuenta que en la ciudad no parecía haber edificios desocupados, lo más lógico era pensar en el subsuelo. Aunque

sabía que a Sarah la habían atacado en un coche y que luego la habían arrojado a la calle, no siempre era así, muchas veces los vampiros llevaban a la víctima a su lugar de reunión para que otros vampiros pudiesen alimentarse también, sobre todo si eran jóvenes, y tal y como había descubierto la noche anterior, habían procreado.

Josh observó los círculos que Frankie había dibujado en el mapa. Con un lápiz unió los puntos delimitando el perímetro.

—¿De verdad crees que ese tipo puede esconderse en las cloacas? —interrogó sorprendido.

—Puede ser.

—¿Quieres que envíe una de las patrullas a investigar?

—No —dijo de forma seca—. No lo hagas. —Luego soltó el lápiz sobre la mesa—. Estoy confiando en ti. En teoría esta información nunca debería habértela dado. Es crucial que no salga de aquí.

—Claro, claro —dijo rápidamente—. Era solo una opción...

—Olvídala —dijo volviendo la vista hacia el mapa—. No mandes a tus hombres nunca a las cloacas si quieres que sigan vivos minutos después.

Frankie lo miró de nuevo contrariado. Solo esperaba que con aquellas palabras fuese suficiente para que no lo hiciese.

Josh recorrió el plano con la mirada. Los puntos estaban muy separados entre sí, así que, buscar en el subsuelo, además de no tener garantías, era complicado. La superficie era muy extensa. Pocos minutos después, el fax que tenía situado junto a la impresora en una mesa debajo de la ventaba, se puso en funcionamiento. Frankie fue hacia allí.

—Debe ser el mapa del subsuelo. Josh esperó a que, una vez imprimido, Frankie se lo pasara.

—Necesito que se amplíe.

Frankie se lo quitó de las manos y salió del despacho.

Volvió poco después con una fotocopia más grande. En realidad esperaba tener suficiente con eso, al menos ahí aparecían los túneles de las cloacas de la ciudad, era demasiado para recorrerlo todo en una noche, incluso en una semana no habría tiempo a investigarlo todo. Dobló el plano varias veces y lo introdujo en su maletín. Volvió a mirar el mapa de la ciudad y trazó un perímetro por fuera de los puntos que había dibujado Frankie señalando el lugar donde habían aparecido las víctimas.

—Necesito que incrementes la seguridad en este perímetro —dijo sin mirarlo.

—Claro.

—Sobre todo entre las once y media de la noche y las cuatro de la madrugada.

—Por supuesto.

Le dio una palmada amistosa en el hombro y agarró las carpetas. Fue hacia la mesa de Lisa y las depositó sobre ella.

—¿Tienes un momento libre? —le preguntó.

Lisa enarcó una ceja señalando la gran torre de carpetas que tenía.

—Claro, dime —ironizó con una sonrisa.

—¿Puedes fotocopiarne estos documentos?

Ella posó una mano sobre esta carpeta.

—Estos documentos no pueden salir de la comisaría.

—Apuesto a que el inspector Griffith no tiene ningún problema en que los fotocopie para que pueda dejar los originales aquí —respondió con una hermosa e hipnótica sonrisa que dejó durante unos segundos a Lisa paralizada.

Miró hacia el inspector que se había apoyado en el marco de la puerta con sus brazos cruzados.

—Hazlo.

Lisa agarró todas las carpetas y fue directamente hacia la fotocopidora. Mientras tanto, fue de nuevo hacia el despacho pasando al lado de Frankie y hacia el ordenador y abrió el programa policiaco. Introdujo los nombres de las víctimas y comenzó a leer el historial clínico y a mirar las fotografías de todas ellas. Eran jóvenes y hermosas. No había ningún prototipo a seguir, nada a lo que ajustarse excepto la franja de edad. Leyó los historiales clínicos uno a uno. Fue directo al apartado que hablaba de las heridas. Leyó con detenimiento sin apartar la mirada de la pantalla mientras Frankie se situaba a su lado. No dijo nada, simplemente se limitó a leer como si estuviese absolutamente solo en el despacho. Buscó y leyó con atención el informe forense de cada una de ellas. Sí, las heridas variaban unos milímetros de grosor en dos de las víctimas. Sin duda no solo estaban alimentándose vampiros nuevos, también lo estaban haciendo los antiguos. ¿Contra cuántos vampiros estaban luchando? Se pasó la mano por el cabello despeinándose de nuevo y cerró el programa y el ordenador.

Lo sabía, sabía que actualmente estaba luchando contra una manada de vampiros, algo que debería notificar al Pentágono en cuanto llegase a casa. El vampiro de aquella noche lo había confirmado. Quizás tuviese que pedir refuerzos, no podía arriesgarse a perder a sus hombres en un combate contra ellos, pero primero debía asegurarse, más o menos, del número contra el que iban a luchar. No podía pedir simplemente que viniese más personal, necesitaba pedir un número determinado de hombres y para ello, necesitaba saber contra que número de vampiros luchaba.

—Voy a salir —comentó mientras se levantaba de la silla haciendo que Frankie se separase un poco.

—¿Puedo saber a dónde vas? —preguntó con verdadera curiosidad.

Josh lo observó un segundo antes de responder.

—Voy a las calles donde se hallaron a las víctimas.

Frankie pareció un poco nervioso. Se metió las manos en los bolsillos como si dudara antes de volver a hablar.

—¿Puedo acompañarte? —Más que una pregunta sonó a un ruego.

Josh levantó su mirada hasta él. Estaba claro que al Inspector no le gustaba hacer aquel tipo de peticiones, pero debía estar realmente deseoso por saber más sobre aquella investigación.

—Está bien, pero iremos en mi coche, luego te acercaré a la comisaría de nuevo.

Se dirigió a paso apresurado hacia el despacho de Adam bajo la atenta mirada de Josh.

—Voy a salir un rato, te quedas a cargo —le avisó desde la puerta.

Adam levantó su mirada de la pantalla y lo observó.

—¿A dónde vas?

Josh se acercó unos pasos hacia él por si debía intervenir.

—Voy a tomar un café con Josh, volvemos dentro de poco —dijo zanjando el tema—. Si hay cualquier cosa me avisas al móvil.

Adam se quedó un poco asombrado pero reaccionó de forma rápida afirmando con la cabeza, sin decir nada más.

Al menos parecía que se había tomado en serio que no podía comentar nada de lo que le había explicado, ni siquiera a Adam, sería bueno tener un «medio aliado» en la comisaría, y más, si este era el tío de Sarah. Esperó a que se colocara a su lado y miró a Lisa.

—¿Falta mucho?

—Solo he fotocopiado una carpeta de momento. Hay muchos documentos. —

De acuerdo. Voy a salir, volveré dentro de un rato.

—Perfecto, los tendré hechos para cuando vuelvas.

Sin decir nada más, se dirigieron al ascensor y bajaron hasta el garaje.

Frankie pareció impresionado por el todoterreno y no pudo evitar elogiarlo cuando se subió en su interior.

—Desde luego, os pagan bien en el Pentágono.

Josh medio sonrió mientras encendía el motor y este rugía.

—No me puedo quejar.

—Parece que está equipado con todo lo que hay en el mercado —manifestó mirando la cantidad de botones que había en el salpicadero. Josh no respondió y comenzó a conducir mientras apretaba el botón para encender el radar para detectar vampiros.

—¡Coño! —exclamó Frankie al ver cómo en el salpicadero aparecía un plano suspendido en el aire—. Cómo evolucionan los GPS.

Josh sonrió al ver su cara de asombro y la asociación que había hecho con el GPS. Salieron de la comisaría introduciéndose en la atestada carretera repleta de vehículos. Activó el aire acondicionado y al momento el coche comenzó a refrescarse.

—Estos japoneses son unos genios —seguía diciendo Frankie aún maravillado por el todoterreno.

—Bien —dijo Josh intentando cambiar de tema—. Primera víctima. Indícame cómo llegar hasta el lugar, así no tendré que introducir los datos en el GPS. ¿Sabes ir desde aquí?

—Claro. —Señaló con la mano una calle—. Gira por esa a la derecha e incorpórate a la paralela en esta. Seguramente estará menos transitada. Iremos más rápidos.

Josh siguió las instrucciones que Frankie le iba indicando. Le hacía meterse por calles que estaban menos transitadas. Era mejor que el GPS. Un cuarto de hora después, Josh detuvo el todoterreno en doble fila. Se quitaron los cinturones de seguridad para apearse del coche, algo que hizo Frankie de inmediato para observar maravillado el vehículo desde afuera. Mientras, él aprovechó para examinar con cautela el mapa que el radar emitía. Nada, no había ninguna señal de que un vampiro estuviese cerca. Suspiró y apagó el todoterreno haciendo que la imagen desapareciese. Bajó y fue hacia Frankie mientras lo cerraba con el mando a distancia. El calor contrastaba claramente con el clima fresco que había en el interior del todoterreno.

Se llevó las manos al bolsillo y agarró las gafas de sol poniéndoselas lentamente y estudiando la calle de un lado a otro. Estaba atestada de gente. Se encontraba situada en medio de la ciudad y era hora punta. Los niños salían del colegio, muchas personas acababan su horario laboral a esta hora. Prácticamente era imposible dar un paso sin tener que echarse al lado para ceder el paso de otra persona.

—¿Dónde la encontrasteis? —preguntó colocándose a su lado.

Frankie comenzó a caminar hacia una esquina próxima y se detuvo señalando con la mano hacia abajo.

—Estaba aquí.

—Ya.

Josh estudió el suelo y la pared del edificio que formaba la esquina. Se giró y comenzó a mirar a su alrededor mientras se colocaba las manos en la cintura.

—¿Es zona de bares? —preguntó sin mirarle.

—¿Esto? —Frankie medio sonrió—. No, no, que va... es más bien zona estudiantil. Muchos estudiantes alquilan pisos por aquí, son bastante económicos para ellos.

Josh se fijó en que los edificios eran altos y, a pesar de que llevaba puestas las gafas de sol, tuvo que colocar la mano a modo de visera cuando miró hasta la última planta del bloque de pisos que tenía frente a él.

—¿Preguntasteis si alguien había visto algo?

—Sí, pero nadie parecía saber nada.

Josh se separó un poco de él y comenzó a caminar a lo largo de la calle. «Vamos, ¿dónde estás?», preguntó en su mente. No caminó más de veinte metros cuando encontró una tapa redonda que cubría el acceso a las cloacas. Se agachó y situó la mano sobre ella. Frankie se aproximó a su lado, agachándose también, e intentando no interrumpir demasiado el paso a los transeúntes.

—¿Tienes alguna herramienta para levantar la tapa? —preguntó Frankie mirando hacia el todoterreno.

—No quiero entrar —aclaró—. Simplemente quiero ver a qué distancia se encuentra. —Fue levantándose lentamente y volvió a mirar alrededor. Puede que las llevaran en coche, que las arrojaren desde él, pero debían refugiarse durante el día en algún lugar y las cloacas parecían ser apropiadas para ellos. Sitios oscuros y donde sabían que seguramente ningún humano entraría. Revisó el resto de acera en busca de algo más y luego observó todo alrededor. Había varios comercios. Una joyería, un supermercado y un comercio. Se colocó al lado de Frankie y señaló a la joyería.

—¿Preguntasteis si tenían cámara de seguridad?

—Sí, vimos la grabación. Pero no coge bien el ángulo, no se ve nada. Josh aceptó y comenzó a caminar cruzando al otro lado de la calle. Justo frente a la esquina donde habían encontrado la víctima.

—¿Y esas tiendas?

—Nada de nada. Sus cámaras enfocan la mayoría a la puerta, en ninguna se ve nada más que dos metros por delante de ella.

Josh se apartó del camino de un grupo de estudiantes que salían del metro con sus carpetas y mochilas gritando entre ellos. Logró apartarse antes de que se lo llevaran por delante, aunque los estudiantes no parecieron darse ni cuenta.

—Está bien. Vamos al segundo lugar.

24

Los días en la casa con el grupo habían pasado rápido. Había compartido muy buenos momentos con ellos, pero cuando llegaba la noche entraba en tensión cada vez que se marchaban.

Solo hacía cuatro noches que se encontraba allí y ya se sentía como parte de aquella familia que formaban aquellos seis jóvenes cazavampiros. Se había acostumbrado con suma celeridad a sus constantes bromas y las compartía y se reía con ellos. Se acabó de dar la ducha, se arregló el pelo y se vistió con unos tejanos, una camiseta blanca de tirantes y un cinturón ancho de piel. Era extraño volver al trabajo después de tantos días de descanso. Al menos, los morados del cuello ya habían desaparecido y aunque aún tenía unas costras en la rodilla y en el brazo, habían cicatrizado correctamente y ya ni le molestaba.

Salió del aseo y observó a Josh apoyado sobre la cama con el pantalón largo del pijama. La miraba directamente, aunque en un principio le había dicho que esperase unos días más, no podía hacerlo. Tenía deberes, obligaciones, tenía un trabajo y aunque su tío fuese el inspector de homicidios, no podía quedarse más tiempo allí escondida. Además, no era justo para Lisa. Se acercó a él y se sentó en la cama mientras miraba los abdominales marcados de su pecho desnudo. Dios mío, cómo le gustaba ese hombre. Habían llegado hacía poco más de tres horas de patrullar por la ciudad. Cuando ella se había levantado sin hacer ningún ruido, pensaba que Josh estaba dormido. Ahora se daba cuenta de que lo había despertado, a lo mejor porque había notado su ausencia en la cama. Josh la miró disgustado mientras acariciaba dulcemente su mano.

—No te preocupes —susurró Sarah—. Es de día. —Sonrió—. Y luego me vendré del trabajo contigo.

Josh se mantuvo unos segundos callado observando su mano, hasta que emitió un suspiro. Le había insistido varias veces en llevarla él mismo al trabajo la noche anterior, pero no podía hacer eso, sabía que él pasaba gran parte de la noche fuera, necesitaba descansar.

—No puedo quedarme recluida aquí siempre —rio.

—Ve con cuidado —le pidió seriamente—. Cualquier cosa extraña que veas, aunque luego resulte ser una tontería...

—Sí, ya lo sé. Te llamaré. —Se inclinó sobre él y le besó—. Tranquilo.

Josh le pasó la mano por la mejilla acariciándola hasta que ella se separó lentamente.

—Vamos, duérmete, tienes que descansar —susurró mientras iba hacia la puerta—. Hasta luego. —Apagó la luz y cerró la puerta con cuidado.

Caminó casi de puntillas por el pasillo, llevando sus sandalias en la mano para no hacer ruido hasta que llegó al ascensor. Llamó y esperó nerviosa a que llegase. Justo se abrió del ascensor

cuando se volvió sobresaltada al escuchar que una puerta se abría y por ella asomaba la cabeza Brad, que acababa de despertarse. Tenía los ojos medio cerrados y el pelo completamente revuelto.

—Perdona —musitó—. Voy al trabajo.

—Ah, vale, vale —dijo pasándose la mano por los ojos—. He escuchado el ascensor, no recordaba que te ibas. Se metió en el ascensor y se despidió con la mano y una sonrisa.

—Hasta luego.

Salió de la nave industrial por la puerta principal cerrando con la llave que le habían prestado, tal y como le habían indicado. Miró hacia el cielo gris. Aunque hacía calor seguía nublado. Seguramente llovería y no llevaba paraguas. Comenzó a correr por la calle agarrando fuerte su bolso. La parada del metro no le pillaba muy lejos. Corrió y llegó a la boca del metro cuando comenzaba a chispear. Estaba claro que no era una estación muy transitada, se encontraba en un polígono industrial, nadie vivía ahí. Sin embargo, cuando llegó el metro sí que salieron un gran número de personas que obviamente se dirigían a trabajar hacia las industrias y empresas del polígono. Se subió al vagón y se sentó al lado de una ventana.

Había dormido más o menos bien, aunque a cada pequeño sonido se desvelaba esperando a que el grupo llegase y Josh se metiese en la cama. Suspiró y echó hacia atrás los rizos rubios aún un poco mojados.

Tardó diez minutos más que desde la estación de su casa.

Bajó del metro en su correspondiente parada y avanzó hasta la salida. Se quedó contemplando con amargura las escaleras que ascendían hasta la calle. Estaba diluviando. Resopló repetidas veces y miró de un lado a otro. Justo antes de salir vio unos estantes de publicidad con catálogos de inmobiliarias. Cogió uno y lo abrió. Bien, no tenía paraguas, así que cualquier objeto y esfuerzo que le permitiese llegar al trabajo con un aspecto decente merecía la pena.

Con una mano lo situó justo por encima de su cabeza mientras comenzaba a subir las escaleras a paso acelerado. Nada más ascenderlas supo que ese no iba a ser un buen día. Se miró el pie. Mierda. Lo había metido justo en un charco. Suspiró y miró hacia la carretera. Perfecto, bonita forma de comenzar el día y la jornada laboral de nuevo. Se refugió unos minutos bajo el bloque de pisos y cuando el semáforo se puso en verde para los peatones salió corriendo calle abajo esquivando a la gente que corría igual que ella intentando no mojarse. Tras varios minutos llegó a la puerta del bar. La abrió con esfuerzo y permaneció unos segundos en la entrada arreglándose el pelo más o menos y dejando la revista sobre un estante. Después se dirigió a la barra. El camarero le sonrió igual que el resto de días que iba.

—¿Café con leche? —preguntó.

—Sí, por favor y ponme una caña de crema.

Lo cierto es que a pesar de encontrarse en verano le apetecía tomar algo caliente. Sujetó con

las dos manos la taza de café y bebió varios sorbos.

Cuando acabó con la caña de crema pagó la cuenta y volvió a mirar el reloj. Le quedaban cinco minutos para comenzar su jornada.

Cuando llegó a la comisaría había logrado no quedar tan empapada como en la anterior carrera. La tercera planta estaba como siempre, era un caos. Caminó entre los administrativos hasta que se colocó frente a la mesa de Lisa, la cual no levantaba la vista de la pantalla. Permanecía totalmente absorta con una infinidad de documentos sobre la mesa.

—Hola, Lisa —saludó sonriente.

—¡Sarah! —exclamó nada más verla. Se levantó y dio la vuelta al escritorio para ir a darle dos besos—. Menos mal que has llegado ya. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, más tranquila.

—Me alegro.

—¿Y tú? —Luego adquirió un tono de culpabilidad—. Te he dado mucho trabajo, ¿verdad?

—No, no... —respondió amable y quitándole importancia—. Me ha ido fantástico, es más, no se lo digas a tu tío, pero al tener que hacerme responsable también de tu labor, tu tío me ha tratado con más amabilidad y no me ha dado más trabajo, así que he estado la mar de tranquila, en serio.

—¿De verdad? —preguntó mirando un montón de carpetas que había sobre el escritorio.

—Te lo aseguro.

Sarah observó su mesa y dejó el bolso en el cajón.

—Bien, voy a decirle a Frankie que ya estoy aquí.

Nada más aparecer por la puerta del despacho, su tío se levantó y fue hacia ella corriendo y cerrando la puerta él mismo.

—Cariño —dijo mientras la abrazaba—. ¿Cómo te encuentras? ¿Mejor?

—Sí, tío, mucho mejor. Estoy más tranquila y he dormido muy a gusto. —Me alegro mucho, de verdad. —Volvió hacia su asiento sonriente. —¿Tú qué tal? ¿Cómo ha ido todo en mi ausencia? —preguntó acercándose.

—La verdad es que muy bien, no ha habido ningún problema.

—Me alegro. —Se volvió y miró la mesa de Josh. Estaba ordenada y limpia de documentos. Su tío debió captar hacia dónde dirigía la mirada porque se incorporó en la silla y volvió a hablar. —Gallaher no llegará hasta más tarde, siempre viene aquí a partir del medio día —explicó sin darle importancia—. Supongo que estará investigando toda la documentación que se llevó el otro día...

—¿Qué documentación? ¿Sobre el caso de las mujeres asesinadas?

—Sí, por cierto... —Carraspeó un poco y le hizo un gesto para que se sentase. Sarah intuyó que algo no iba bien, Frankie había adoptado un gesto un poco distante—. ¿Le comentaste a Gallaher que estabas mirando los archivos confidenciales de penitenciarías? Sarah lo estudió con la mirada.

—No. Frankie suspiró.

—El otro día me dijo que no te hiciera perder el tiempo buscando ese tipo de documentación, que no encontraría nada ahí... —Meneó la cabeza incrédulo—. Aún no sé cómo ha podido adivinarlo.

—¿Pero te dijo algo?

—No, no —remarcó rápidamente—. Podría haberme abierto un expediente, pero no lo hizo, solo me dijo que no encontraría nada ahí. Sarah estuvo a punto de sonreír, así que Josh parecía que intentaba tener buena complicidad con su tío, buena señal. Cualquier superior habría expedientado a un subordinado por haber hecho lo que Frankie, pero Josh sin embargo le había advertido.

—¿Te comentó algo más? —preguntó Sarah en un susurro.

Frankie negó y estiró las piernas bajo el escritorio.

—No, nada más... aunque bueno, me está dejando participar un poco en la investigación de las mujeres. —Medió sonrió.

Esta vez fue Sarah la que se quedó boquiabierta.

—¿Ah, sí? ¿Y... qué...? ¿Qué has averiguado? ¿Por qué no le había comentado nada de eso Josh?

—De momento nada. Gallaher es quien lleva la investigación, pero la verdad es que me estoy llevando una sorpresa con él, parece que es más organizado y más comunicativo de lo que pensaba.

—Pues me alegro. Es mejor así si tenéis que compartir despacho.

—Por supuesto.

Sarah se volvió intentando disimular la sonrisa de sus labios y observó a Lisa amontonando una pila de carpetas.

—Será mejor que vaya a ayudar a Lisa.

—Perfecto.

Comenzó a caminar hacia la puerta pero se giró de repente.

—Tío, ¿un café?

Frankie sonrió.

—Claro.

Con la tormenta de verano era imposible andar mucho sin empaparse, así que había comido con Lisa en el bar donde siempre desayunaba.

Había tenido que inventar una excusa mientras comían, la verdad es que no había pensado en ello, pero improvisó y le salió prácticamente solo.

No había acabado de introducir la primera denuncia en el ordenador, con la que se puso nada más volver de comer, cuando Josh apareció tras las puertas del ascensor. Supo, aunque ella estaba

mirando la pantalla, que según dio el primer paso la había mirado, porque el calor que sentía en su rostro y pecho le hicieron sentirse observada.

Elevó la mirada justo cuando Josh pasó frente a su mesa.

—Buenas tardes —dijo deteniéndose ante la mesa de Sarah.

Ella le sonrió.

—Hola.

—¿Todo bien? —preguntó con la vista fija en el despacho de Frankie.

—Sí.

Josh se giró y la miró durante un segundo mientras comenzaba a caminar hacia el despacho. Lo vio entrar y saludar a Frankie. Le impactó ver a su tío responderle al saludo de forma tan amena y sonriente. ¿Realmente Josh Gallaher le caía bien? Aquello le parecía increíble. Un hombre que provenía del Pentágono y que le había relevado de una de las investigaciones más importantes que había tenido hasta el momento. ¿Le caía bien? Desvió la mirada hacia la pantalla y siguió introduciendo todas aquellas denuncias que habían puesto en los últimos días.

La verdad es que le llenaba de felicidad que Josh se llevase bien con su tío, aunque realmente aún no sabía qué tipo de relación mantenía ni mantendría con Josh en un futuro, pero le alegraba saber que él se estaba esforzando por llevarse bien con su tío. Y eso, aún le daba más esperanzas para que cuando acabase todo este jaleo aún pudiese mantener una relación con él.

—¿A qué ha venido eso? —Lisa se acercó con su silla de ruedas.

—¿El qué?

—Buenas tardes. ¿Todo bien? —imitó la voz grave de Josh.

—¡Ah! No sé... —Rio Sarah—. Supongo que es su forma de preguntar si ya me encuentro mejor —intentó disimular.

—Pues vaya forma más rara de preguntarlo —rio Lisa. Luego se aproximó más—. Me parece que te ha echado de menos estos días.

—No lo creo —rio—. ¿Por qué dices eso?

—Andaba de un lado a otro nervioso. Sin embargo, míralo ahora, lo más de tranquilo y justo cuando estás tú.

Sarah volvió a reír.

—No digas más tonterías, anda.

Lisa rio de lo lindo mientras se desplazaba impulsándose con la silla de ruedas hasta su escritorio.

Pasaron el resto de la tarde charlando a ratos y pasando los documentos. Sarah se empleó a fondo intentando contrarrestar su ausencia en los últimos días. Cuando llegó su hora, Lisa se despidió de ella y se quedó sola. Miró hacia el despacho donde Frankie hablaba tranquilamente con Josh. A través de sus ventanas se veía que llovía con fuerza.

Suspiró y volvió la vista hacia la pantalla. Media hora y se iría con Josh a casa. Aquello le reportaba cierto hormigueo en el estómago. Aunque, ¿qué le diría a su tío? No iba a pasar ninguna noche más durante un tiempo en su piso, debería inventarse alguna excusa o bien... ¿explicarle que estaba con Josh? Sarah se mordió el labio. No, de momento sería mejor que no, hacía poco que lo conocía y aunque sentía un verdadero amor por él y confiaba plenamente, para su tío sería demasiado pronto anunciar una relación. Incluso para ella misma.

Se mantuvo un par de minutos más mirando disimuladamente hacia el despacho y después volvió a la carga. Pasó la siguiente media hora tecleando de forma impulsiva en el ordenador.

Frankie salió del despacho seguido por un Josh sonriente y se dirigió hacia la mesa de Sarah.

—¿Quieres venir a cenar a casa?

Sarah le sonrió.

—Gracias tío, pero estoy cansada —murmuró mirando de reojo a Josh—. Solo tengo ganas de dormir. —Luego aumentó la sonrisa—. ¿El viernes por la tarde os marcháis la tía y tú?

—No, ¿por qué?

—Si te parece bien me pasaré a comer el viernes ya que comenzamos el horario de verano.

—Claro, cariño, cuando quieras. —Sonrió esta vez él. Luego miró hacia su ordenador—. Apágalo ya, es la hora.

Sarah miró el reloj colgado en la pared y vio que faltaban un par de minutos para que marcara y media. Josh se adelantó hacia el escritorio con la mano en los bolsillos.

—Si quieres te acerco a tu casa, no está el día para ir en metro.

Su tío se giró hacia él estudiándolo algo sorprendido por su proximidad. —Claro, te lo agradecería.

Frankie dio unos pasos hacia atrás mientras se pasaba la mano por la nuca algo nervioso.

—Mmm... bueno, está bien —comentó inquieto—. Nos vemos mañana.

Sarah agarró su bolso y fue hacia su tío.

—Hasta mañana. —Le besó en la mejilla y comenzó a caminar hacia el ascensor junto a Josh, bajo la atenta mirada de Frankie.

No apartó sus ojos de ellos hasta que desaparecieron tras las puertas del ascensor y aun así, se quedó un par de minutos quieto en la misma posición. No le había pasado desapercibida aquella mirada que Josh tenía en los ojos cuando observaba a su sobrina. Suspiró. Jóvenes, pensó sonriendo.

Bajaron hasta el garaje y subieron al todoterreno sin pronunciar ninguna palabra. En cuanto salieron de la comisaría, los parabrisas comenzaron a moverse a una velocidad agresiva, retirando el agua que se acumulaba en la luna.

—¿Llevas tú móvil encima? —preguntó Josh con voz grave.

Sarah lo rebuscó en su bolso y se lo enseñó.

—¿Por qué?

Acto seguido Josh marcó en su móvil el número de Brad y esperó a que la voz inundara el todoterreno a través del «manos libres».

—Al habla Brad —dijo con voz risueña—. ¿Qué pasa, jefe?

—Brad, necesito que me hagas un favor.

—Claro.

—Sarah te va a hacer una llamada perdida desde su móvil, quiero que pases todas las llamadas del teléfono fijo del piso de Sarah a su móvil, ¿podrás hacerlo?

—Tardaré unos minutos —volvió a reír.

—Perfecto. Nos vemos en breve.

Colgó el móvil y miró a Sarah sin decir nada más.

—Así no tendrás que preocuparte.

Ella suspiró.

—La verdad es que es un alivio, no quiero tener que inventarme excusas cada día cuando mi tío me llame. —Le sonrió—. ¿No notará nada?

—Nada de nada. Marca este número. —Le pasó su móvil con la agenda abierta y el número de Brad en la pantalla.

—Por cierto —dijo Sarah como si lo recordase—, gracias... gracias por tratar así a mi tío...

—¿A tu tío? ¿Por qué lo dices?

—Me ha comentado que le dejas participar un poco en la investigación... y que sabías que estaba investigando en el programa policial.

—Ah —dijo con una sonrisa franca.

—¿Pero no será peligroso?

—Sarah —dijo deteniéndose en el semáforo y mirándola fijamente—, no le he explicado nada de lo que ocurre en realidad, simplemente no quiero que se sienta mal estando yo a cargo de esta investigación.

Ella alargó su mano hacia él y le acarició.

—Te lo agradezco.

25

Los días pasaron, obviamente felices. Sarah salía del trabajo junto a Josh cada día y se iban a su casa donde cenaban en grupo entre risas e historietas que le contaban. Después, el equipo salía a patrullar la ciudad. Sarah solía ver alguna película o leer algún libro hasta que le entraba el sueño. Luego, simplemente, se despertaba con la suavidad del cuerpo de Josh a su lado. Aunque su tío no había dicho nada al respecto, habían detectado aquellas miradas vacilantes y tímidas que les mandaba cuando los veía juntos riendo o tomando un café en el trabajo. Frankie no tenía ni un pelo de tonto, así que era lógico pensar que estaba al tanto del acercamiento que había entre ellos, por tanto, no tardaría en comentar o insinuar algo.

Sarah se apoyó contra el escritorio de su tío y sonrió.

—No es que yo quiera inmiscuirme en tu vida... —comentó Frankie con cierto reparo—. Es solo por....

—Ya —rió Sarah al ver aquella actitud en su tío—. No te preocupes. —Luego tomó aire.

—Pero entonces... ¿Tú y Gallaher...?

—Más o menos.

—¿Qué significa eso?

Sarah se cruzó de brazos con una amplia sonrisa.

—Significa que estamos bien así, que hay algo... ¿Para qué te lo voy a negar? —preguntó al ver a Frankie un tanto intimidado con aquella respuesta.

—No, no cariño, si me parece perfecto. Sarah lo estudió fijamente.

—¿En serio?

Frankie se levantó y fue hacia la impresora donde estaba imprimiendo unos documentos.

—Es... Josh es buen chico, o eso parece.

—Lo es.

—Y parece que... bueno, que se interesa por ti.

—Esa ya lo sé, tío. —Aquello le hizo girarse y mirar a su sobrina algo contrariado—. De momento solo estamos probando, no queremos hacerlo oficial ni nada por el estilo... así que no se lo digas a la tía —dijo rápidamente.

Frankie agarró la hoja y la observó.

—Claro, descuida cariño.

—Ya —susurró Sarah pensativa, luego pareció reaccionar y caminó los pasos necesarios hasta colocarse a su lado—. No quiero que esto te afecte a la hora de decirle algo a Josh, una cosa es el trabajo y otra cosa es que nosotros estemos más o menos juntos.

—No, no, descuida. Si tengo que decirle algo se lo diré, aunque creo que más bien es al revés. Él es el jefe respecto a la investigación principal así que es él quien dirige esto.

—Ya, pero no quiero que afecte a tu trabajo.

—Tranquila, al contrario...

—Tampoco he dicho que puedas aprovecharte de eso, eh —rio Sarah, aunque a Frankie no pareció hacerle gracia aquel comentario—. Perdona —musitó—. Era una broma. —Se giró y miró hacia donde Josh se encontraba. Estaba hablando tranquilamente con Lisa y ayudándola a buscar unos archivos. Desvió de nuevo la mirada hacia su tío, que ahora permanecía en silencio mirando el documento que había sacado de la impresora—. Tío, tampoco me gustaría que le dijese algo a Josh sobre lo que te he dicho, prefiero que de momento...

—Descuida —respondió tranquilizándola—. Soy más discreto de lo que crees.

—Ya lo sé.

—Aunque si lo que quieres es guardar discreción, lo primero que deberías hacer es quitarte esa cara de boba que se te pone cuando hablas con él.

Sarah lo miró con los ojos como platos. ¿Su tío estaba bromeando? Ah, pero, ¿sabía bromear? Aquello le hizo comenzar a reírse de forma descontrolada mientras Frankie salía del despacho sin decir nada más, aunque con una sonrisa en su rostro. Se acercó hasta donde estaba Josh y le tendió los documentos, acto seguido posó una mano sobre su espalda y le dio un golpecito cariñoso. Josh ni siquiera se inmutó, como si aquella acción ya la hubiesen hecho varias veces o hubiese cierta complicidad entre ellos. Volvió al despacho y miró el reloj.

—Márchate ya a casa. Tu tía estará esperando desesperada a que llegues para servirte un buen plato de pollo en salsa.

—Qué rico. —Le sonrió. Miró el reloj y vio que pasaban unos minutos de y media—. Perfecto. —Fue hacia su tío y le dio un beso en la mejilla—. ¿Tú no vienes?

—No, iré dentro de una hora. Díselo a tu tía. Quiero comprobar una cosa con... con Josh.

—Oh, perfecto. Pues, nos vemos luego en casa.

—Sabes que si quieres él puede ir también a comer a...

—Tío, de momento no —dijo tímidamente.

—Está bien. Le sonrió y salió del despacho a la vez que Lisa se acercaba hacia ella.

—Al fin la hora de marcharse —dijo mientras apagaba el ordenador—. Esto de acabar los viernes al medio día es el mejor invento de la humanidad.

Josh pasó por delante de ella con un gran número de carpetas en sus brazos hacia el despacho.

—Josh —susurró mientras se ponía al lado de su escritorio—. Voy a cenar a casa de mi tío, se lo prometí.

—Está bien. —Le dedicó una fantástica sonrisa—. Yo tengo aún para un rato...

—Ya, ya me lo ha comentado mi tío.

—¿Quieres que luego pase a buscarte por su casa?

—No te preocupes, no me iré tarde. Cogeré el metro. No será de noche.

Josh miró un segundo hacia el despacho para observar cómo Frankie despejaba su escritorio para depositar todas las carpetas que Josh llevaba. —Está bien. —Luego emitió una mirada cargada de preocupación hacia ella—. Ve con cuidado y cualquier cosa, llámame.

—Sí. Hasta luego. —Le dedicó una sonrisa y fue hacia Lisa mientras Josh se metía en el despacho y cerraba la puerta tras él.

—Hoy cojo el metro contigo —informó a Lisa—. Voy a comer a casa de mi tío.

—Perfecto. Así el viaje será más agradable.

Recogió su bolso y se fueron.

Siempre que iba a comer o cenar a casa de su tía acababa llena. Había preparado pollo en salsa, pero estaba claro que al igual que Sarah su tía no acababa de dominar las cantidades a la hora de cocinar. Se incorporó en su asiento y bajó las piernas para que su tío se sentase al lado. Había llegado tal y como le había dicho una hora después de que Sarah, había comido en la cocina y se había sentado junto a ellas a ver la televisión. Miró hacia la ventana y observó de nuevo que comenzaba a llover.

—¡Vaya porquería de tiempo! —exclamó mientras se acomodaba.

—El hombre del tiempo ha dicho que durará un par de días más, pero luego mejorará.

—Eso espero —dijo mirando el reloj—. Las seis y media. Se me ha pasado el rato muy deprisa. —Se incorporó colocándose los zapatos.

—¿Ya te vas? —preguntó Frankie. —Sí, ya es hora, quiero descansar un poco. Se volvió para mirarla y una leve sonrisa inundó su rostro. Que no se atreviese a decir una palabra de lo que había hablado con ella en el despacho, pensó.

—¿Has quedado con Gallaher? Sarah

bufó. Se mordió el labio y puso prácticamente los ojos en blanco.

—Sí, tío, he quedado.

—¿Con Gallaher? ¿Quién es Gallaher? —preguntó de inmediato su tía. Sarah volvió a resoplar mientras se colocaba una fina rebeca.

—¿Tenéis un paraguas que prestarme? —Intentó cambiar de tema.

Frankie se levantó y fue hacia un pequeño armario situado al otro lado del comedor.

—El chaval que te comenté que había venido del Pentágono a dirigir una investigación.

—Ah, ¿y has quedado con él, tesoro? —preguntó con una sonrisa su tía.

—Sí, he quedado con él ahora. —Se acercó hasta su tío y le quitó de mala gana el paraguas de la mano—. Gracias.

—Venga, no digas tonterías, tu tía disfruta de lo lindo con estas cosas. Dale una satisfacción — le dijo bajando la voz. Sarah suspiró y se volvió con una sonrisa hacia ella.

—He quedado para cenar con él —dijo en un tono que rallaba el susurro. —Oh, qué bien... pero, ¿estáis saliendo juntos?

Sarah chasqueó la lengua.

—Quedamos para cenar, ir al cine, ver alguna película... —Luego se acercó a ella—. Es nuevo en la ciudad tía, está solo aquí.

—Ya... ¿Y es guapo?

Ahí estaba la pregunta que había querido evitar. Escuchó cómo Frankie se acercaba por detrás con una extraña risa.

—Sí —dijo evitando la mirada de su tía.

—¿Tienes alguna foto para que pueda verlo? —preguntó agarrando directamente las gafas que tenía sobre la mesita.

—No, tía... no es mi novio, es un amigo... y no, no tengo ninguna foto. —Se inclinó hacia ella y le besó en la mejilla.

—Qué lástima. —Se incorporó en el asiento igualmente sonriente—. Pues diviértete mucho cariño... Entonces, ¿vais a cenar juntos?

—Sí.

—¿Y luego supongo que saldréis a tomar algo? Es joven, ¿no? —preguntó a Frankie. Él movió la cabeza afirmando—. Menos mal.

Aquello provocó una sonrisa en Sarah, que fue hacia su tío y le besó también en la mejilla.

—Espera, te acerco a tu piso...

—No, no te preocupes, cojo el metro, de todas formas no voy para el piso. —Luego se quedó pensativa. Ya que su tío no había podido aguantar el quedarse callado aprovecharía la situación—. He quedado con él en la estación. No te preocupes.

—Ah —respondió de nuevo cortado.

—Diviértete, cariño —repitió su tía mientras la saludaba con la mano y salía por la puerta.

Frankie la siguió hasta el portal.

—Bueno, pues... diviértete.

Sarah se acercó y le besó de nuevo en la mejilla.

—Mañana te llamo.

Abrió el paraguas y comenzó a correr en dirección a la estación de metro que había un par de manzanas. Al menos aún no llovía con mucha fuerza, aunque no descartaba que de nuevo comenzase una auténtica tormenta. El cielo estaba totalmente encapotado y aunque era pleno día no descartaba que en poco rato la luz del sol ya no pudiese atravesar aquellas gruesas nubes. Bajó los escalones de la estación y sacudió el paraguas mientras buscaba en su bolso el billete. Por

suerte, una vez más, el metro llegó un minuto después. Se subió en el último vagón recordando que cuando llegase a la parada de Josh tendría la salida más a mano. Buscó en su bolso y miró el móvil. No tenía ninguna llamada. Josh debía de estar ya en casa con el grupo esperando a que llegase. Al menos se había subido en un vagón donde había sitio para sentarse. Aunque solo había trabajado tres días se notaba exhausta. El hecho de saber que Josh y el grupo patrullaban por la noche no le permitía dormir tranquila, se despertaba al mínimo sonido y siempre que llegaban. Pero, sin duda, no lo cambiaría por nada. Estaba feliz y contenta de estar allí con ellos, de compartir su hogar y sus bromas. Y lo mejor de todo era que a Frankie parecía agradarle Josh. Aquello era lo que más feliz la hacía.

El metro se detuvo en la siguiente estación y observó mirando hacia atrás que un grupo de jóvenes salía al exterior con gritos, como si discutiesen algo, pero al momento el sonido de sus voces quedó acallado al cerrarse las puertas y volver a avanzar por los túneles. Aunque en un principio no quería que sus tíos se enterasen de aquella relación, la verdad es que no le disgustaba que lo supiesen. Al contrario, de esta forma no tendría que mentirle tanto, cosa que odiaba con toda su alma. Y respecto a su tía, bueno, aunque sabía que era una cotilla y que cada vez que hablasen le preguntaría por él. De todas formas, para qué engañarse, mantenía una relación con Josh, y él también se estaba tomando muchas molestias con su tío.

Sarah permaneció absorta en sus pensamientos mientras observaba que pasaban varias estaciones y el metro iba quedándose vacío mientras se acercaban al polígono industrial a donde se dirigía.

Se pasó repetidas veces la mano por su cabello intentado arreglarlo y miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las siete. Solo esperaba que no lloviese mucho cuando saliese fuera o tendría que soportar todas las bromas del grupo. Elevó su mirada hacia la ventanilla por la que veía el vagón siguiente, intentando ver si alguna de aquellas personas que subían en aquel vagón iba mojada pero para sorpresa suya se quedó absorta mirando unos ojos oscuros a través del cristal. ¿Unos ojos oscuros?

Sarah parpadeó varias veces intentando centrar su mirada en aquel hombre que la miraba desde el otro vagón de una forma seria y aterradora. Estuvo a punto de pegar un grito cuando el hombre abrió la boca y unos finos colmillos aparecieron. Notó que su pulso se disparaba y se le cortaba la respiración. Se levantó de inmediato de su asiento sin perder el contacto visual con aquel hombre y corrió hacia el final del vagón. Estaba sola en el vagón. ¿Sola? ¿Dónde estaban las mujeres que había escuchado hasta hacía escasos minutos? Debían haber bajado en la parada anterior y no se había dado ni cuenta. Se situó al final del vagón mientras el metro avanzaba por el túnel oscuro a gran velocidad.

El hombre la miraba extasiado con sus ojos negros y con las manos pegadas al cristal, como si pudiese oler su olor desde allí. Metió la mano en su bolso y comenzó a menear todo su contenido

buscando el teléfono móvil, pero sus manos temblaban demasiado rápido y cuando logró sacarlo se le cayó al suelo. Se agachó y cuando recobró el equilibrio escuchó el altavoz anunciando la siguiente parada. Su parada. Mierda. Abrió su móvil y marcó de forma inmediata el teléfono de Josh colocándose al lado de la puerta más alejada del otro vagón y sin perder el contacto visual con aquel vampiro que parecía estar ya salivando. Josh no tardó más de dos tonos en contestar.

—Hola, Sarah, ¿te falta mucho para...?

—¡Josh! —gritó interrumpiéndolo—. Me están siguiendo. Estoy en el metro. Voy a llegar en quince segundos o menos a la estación. Hay un vampiro en el otro vagón.

—¿Qué estación? —gritó.

Sarah escuchó que Josh comenzaba a correr.

—La del polígono. —Acto seguido colgó sin que Sarah pudiese decir nada más. Guardó su móvil en el bolso y comenzó a hiperventilar cuando el metro comenzó a frenar y la luz de la estación comenzaba a hacerse presente.

Mierda, mierda, pensaba. Miró hacia el vagón y observó cómo el vampiro se había colocado en la puerta, dispuesto a salir corriendo tras ella. Apretó el botón para que se abriesen las puertas incluso antes de que el metro se detuviese del todo, pero no hacían caso.

Comenzó a gemir mientras aporreaba con la otra mano la puerta. Necesitaba al menos llegar hasta las escaleras, necesitaba colocarse en algún lugar donde la luz del sol la protegiese. ¿Pero cómo iba a llegar al exterior con un vampiro siguiéndole los pasos? Sabía lo rápidos que eran, de lo que eran capaces.

La puerta finalmente cedió y se abrió. Salió corriendo en dirección a las escaleras, pero no había dado dos pasos cuando notó un fuerte golpe que la impulsaba hacia el otro lado de la estación. Sarah gimió e intentó recuperar el aliento por el golpe mientras el metro comenzaba de nuevo su recorrido. Se apartó el cabello de la cara mientras se arrastraba hacia atrás.

—¿Esta es la perra? —Escuchó la voz grave de uno de los vampiros.

Cuando consiguió elevar su mirada pudo ver cómo al vampiro que la había seguido en el metro se habían unido dos más. Sarah tragó saliva mientras seguía retrocediendo hacia atrás, arrastrándose por el andén como podía, pues el temblor de su cuerpo no le permitía moverse a mucha velocidad.

—Parece que sí —contestó otro mientras daba unos pasos hacia ella y se colocaba enfrente. Se agachó y la agarró por el cuello mientras la elevaba—. ¿A quién llamabas por teléfono, perra? —preguntó con una media sonrisa.

—A mí. —Aquella voz le hizo a Sarah intentar girarse pero ni siquiera pudo.

Josh se abalanzó contra el vampiro que tenía sujeta a Sarah con una de aquellas dagas en la mano. Sarah cayó al suelo de culo mientras observaba cómo, con un rápido movimiento, Josh incrustaba su daga en el centro del pecho de aquel vampiro.

Al momento escuchó alboroto detrás, se giró una fracción de segundo para ver a Jason y Brad abalanzarse contra otro de los vampiros y Ryan, Sean y Nathan se tiraban sobre el otro. Sarah no tuvo tiempo de ver más. Josh la agarró por el brazo y la levantó. Ni siquiera preguntó nada, simplemente la cogió por la cintura y se movió con ella a una velocidad increíble hasta el exterior de la estación donde caía la lluvia torrencialmente, aunque no le importó empaparse.

Josh agarró su rostro entre sus manos y fijó sus ojos en los suyos.

—¿Estás bien? ¿Te han herido? —preguntó con urgencia.

—Estoy bien.

—Espera aquí, no te muevas —dijo mientras se lanzaba de nuevo hacia la oscuridad de la estación para ayudar a sus compañeros.

Sarah miró de un lado al otro. No había nadie por toda la calle excepto por una persona que corría al final de ella sin paraguas.

Se abrazó a sí misma mirando a uno y otro lado. El día estaba prácticamente oscuro y soplabla una ligera brisa que la hacía estremecerse. ¿O eran los nervios que tenía? Miró hacia abajo y escuchó algunos golpes y sonidos. ¿Cómo habían llegado tan rápido hasta allí? Aunque luego bufó. Parecía mentira que se hubiese hecho aquella pregunta, pues había comprobado la velocidad a la que podían moverse ellos. Miró hacia el frente y vio cómo un hombre caminaba hacia ella con la mirada fija en la estación. Sarah se mordió el labio. No podía dejar que bajase. Dio unos pasos hacia él. El hombre no pareció reparar en ella. Bajó la mirada e intentó cobijarse de la lluvia bajo la capucha.

—Perdone, señor... no baje a la estación, ha habido un problema y están intentando repararlo —improvisó, pero al momento notó que algo no iba bien.

Él alzó su mirada hacia ella. Aquellos ojos. Aquel color en su piel. Lo supo al momento. Solo tuvo tiempo de pegar un grito y girarse hacia atrás para intentar descender, pero ni siquiera pudo dar un paso. El vampiro la sujetó por la cintura y la empujó hacia la carretera. Justo en ese momento un coche negro derrapó girando bruscamente la esquina y se colocó delante de ella. El vampiro abrió la puerta sin vacilación y la arrojó dentro. Sarah se golpeó la cabeza contra la puerta contraria por la que la habían introducido.

Se incorporó de inmediato en aquel asiento acolchado e intentó llegar a la puerta antes de que se cerrase mientras gritaba sin cesar. El coche derrapó en cuanto arrancó. Sarah miró a través del cristal posterior gritando y golpeando la puerta justo para ver cómo Josh, acompañado del resto del grupo, salían corriendo de la estación y se quedaban mirando hacia el coche.

—¡Josh! —gritó desesperada golpeando el cristal tintado. Los vio comenzar a correr hacia el vehículo, pero sus cuerpos se perdieron tras la siguiente esquina—. ¡Josh!

Agarró la manija y comenzó a tirar de ella. No había manera.

Intentó bajar la ventanilla pero estaba atrancada. Mierda.

Comenzó a gritar y a mirar de un lado a otro. Una mampara oscura la separaba del conductor y copiloto. Al menos se encontraba sola esta vez. Rebuscó en su bolso y sacó el spray de pimienta y el móvil. Marcó el número de Josh. No dio ni un tono cuando escuchó la voz de Josh.

—Sarah, estamos siguiendo al coche. —Su voz desprendía una angustia que no podía explicarse con palabras—. ¿Te han hecho daño?

—No, estoy sola en la parte de atrás del coche —gimió casi en un susurro—. Pero la puerta está atrancada y el cristal también, no puedo salir.

En ese momento la mampara se bajó lo suficiente para que una mano azulada la agarrase del pelo y tirara de ella acercándola.

Gritó desesperadamente, aun así pudo escuchar cómo Josh la llamaba gritando por el móvil. Aquella mano le cogió el teléfono, Sarah intentó que no lo consiguiera, pero sus uñas comenzaron a clavarse en su mano obligándola a soltarlo. Aún pudo escuchar los gritos de Josh a través del teléfono cuando la mampara volvió a subirse dejándola de nuevo sola. Sarah comenzó a golpear la mampara.

—Por favor —gritó entre sollozos—. Por favor, dejadme salir.

Miró hacia atrás mientras tragaba saliva y las lágrimas surcaban sus mejillas, intentando distinguir el todoterreno del grupo, pero no logró ver nada.

26

Por suerte, la gran tormenta que había en ese momento hacía que la gente se hubiese refugiado en su casa, porque en esos momentos no le importaba que el resto de humanos le hubiese visto moverse a aquella velocidad y con esa agresividad. Había escuchado el grito de Sarah, pero no había llegado a tiempo. Había visto su mano y su rostro lloroso a través de aquel cristal justo antes de que girara una esquina. Por suerte, Brad había traído el todoterreno. Todos sabían lo que debían hacer.

Se subieron a toda prisa en él encendiendo el radar para vampiros y comenzaron a circular por las calles siguiendo aquel punto azul que aparecía en la pantalla. Había sido culpa suya. No debería haberla dejado allí sola, aunque aún debía asomar el sol por el horizonte, la claridad ya no era suficiente para matar a un vampiro. Lo habían planeado a conciencia. Debían de haberla seguido, saber que hoy iba a comer a casa de su tío. ¿Cómo podían haberlo adivinado?

—Brad, la siguiente calle a la derecha. —Brad hizo que el todoterreno derrapase y las ruedas chirriaran al tomar el cruce—. Sean, las armas —ordenó.

Sean abrió la trampilla y comenzó a sacar dagas, pistolas y cargadores, repartiendo de todo a cada uno. El vehículo en el que habían introducido Sarah iba a la misma velocidad que el suyo puesto que no conseguían restar distancia. Solo esperaba que no le hiciesen daño. Ella había dicho que iba sola en la parte de atrás, así que seguramente la transportarían a algún lugar. Volvió a mirar el radar y respiró profundamente intentado calmar sus nervios.

Sarah no cesó de gritar y golpear todo lo que había a mano hasta que comprendió que no serviría de nada. Josh le había dicho que los estaban siguiendo. Sabía que iría a buscarla, que intentaría salvarla costase lo que costase, pero aun así no sabía si llegaría a tiempo. Había visto la velocidad de esos vampiros, su fuerza, sabía que ella no podía hacer nada por defenderse de ellos, que si el grupo no llegaba a tiempo no tendría ninguna posibilidad. Observó que se incorporaron a la autopista a medida que iban adelantando coches a mucha velocidad. Volvió a mirar a través del cristal trasero con la respiración acelerada y las lágrimas bañando su rostro. Debía de estar oscureciendo porque, aunque los cristales estaban tintados, ya no se veía prácticamente nada en el exterior. Contempló de nuevo, intentando encontrar aquellos focos tan luminosos que diferenciaban el todoterreno de Josh del resto de vehículos. Nada, no se les distinguía, ni siquiera sabía a ciencia cierta que les estuviese siguiendo en ese preciso momento.

Tras casi un cuarto de hora de conducción temeraria por la autopista, tomaron un desvío y posteriormente un camino sin asfaltar que iba a parar a una especie de polígono industrial abandonado.

Había pasado por esa autopista infinidad de veces, pero nunca se había desviado por allí ni había cogido ese camino, ni siquiera sabía que por ese desvío que se llegaba a un polígono industrial prácticamente abandonado. La velocidad cedió un poco, aunque no lo suficiente como para que Sarah no pensase que a cada momento podían estrellarse. El vehículo se detuvo delante de una fábrica. Sarah se acercó al cristal opuesto donde estaba y contempló cómo una puerta corredera se abría. El coche se introdujo en su interior. Aunque seguía sin poder ver con claridad a través de los cristales, parecía que se tratase de una fábrica donde arreglaban los vagones de metro, pues había varios destrozados y oxidados. El coche se detuvo al lado de uno de ellos. Al momento escuchó que una de las puertas del coche se abría y cerraba consecutivamente.

Se desplazó al otro lado, intentando alejarse lo máximo posible de la puerta y sujetando con fuerza el spray de pimienta en su mano. Sin embargo, no tuvo tiempo de reaccionar. La puerta del coche se abrió agarrándola del brazo y sacándola con una fuerza descomunal del vehículo. Sarah cayó prácticamente dos metros alejada del coche. Ni siquiera se molestó en ver si se había hecho daño o analizar su estado tras aquella caída. Intentó ponerse en pie, pero al momento se quedó congelada en el mismo sitio, girando su rostro de un lado a otro mientras los vampiros la rodeaban. Sabía que solamente con aquel spray no podría hacer nada, e intentar huir de ellos era prácticamente imposible y, de todas formas ¿a dónde iba a ir? Fuera era prácticamente de noche, por lo que no conseguiría refugiarse en ningún lugar.

Uno de los vampiros dio un paso hacia ella mientras Sarah alzaba su brazo hacia él y le amenazaba con el spray .

—Ni se te ocurra acercarte —gimió intentando que su voz no temblase demasiado, aunque no lo consiguió.

El vampiro la estudio durante varios segundos, recorriendo su cuerpo delgado y esbelto hasta que una sonrisa maliciosa inundó su rostro. Volvió un segundo su cara. Sarah ni siquiera pudo reaccionar, dos vampiros la agarraron por los brazos haciendo que quedase totalmente indefensa. Gritó desesperada mientras intentaba que el spray no se le cayese de las manos y defenderse, pero no pudo hacer nada. El vampiro que parecía llevar el control en aquel momento comenzó a distanciarse de ellos dirigiéndose hacia la derecha. Sarah le siguió con la mirada para observar que al final de aquella nave había un enorme túnel. Mientras la llevaban hacia allí, miró asustada la oscuridad. Arrastró los pies sobre el yeso del suelo intentando retrasar al máximo la entrada en aquel túnel oscuro, pero sus esfuerzos no sirvieron de nada.

—¿A dónde me lleváis?

¿Por qué la llevaban hacia allí? ¿Por qué no la mordían o la mataban en el momento?

En el interior del túnel la luz era realmente escasa, simplemente cada veinte metros o poco más, había un pequeño farolillo que alumbraba lo suficiente para saber dónde estaban, pero parecía que con aquella luz había suficiente para ellos, pues se movían con rapidez precisión en

aquella penumbra. Tropezó varias veces aunque no llegó a caer, pues aquellas manos no le permitían prácticamente moverse.

Anduvieron durante varios minutos girando ligeramente hacia la derecha y alejándose de la entrada del túnel.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —Gimió—. Por favor... no me hagáis daño.

—¡Cállate! —gritó el vampiro que dirigía el grupo enseñándole los colmillos. Sarah supo que debía obedecer. En realidad todos parecían estar sometidos a una gran tensión, sobre todo los que la sujetaban, intentando con fuerza sobrenatural no arrojarla al suelo y sacarle hasta la última gota de su sangre. A Sarah le faltó poco para caer cuando de improviso se detuvieron frente a una puerta. Fue como si hubiesen chocado contra algo. Cuando la puerta se abrió Sarah estuvo a punto de vomitar. El olor era horrible, nunca había oído algo así. El aire estaba podrido, corroído... pero los vampiros parecían disfrutar de aquel olor, pues observó cómo sus fosas nasales se dilatan. Comenzó a caminar por la estancia apenas iluminada, pero no pudo frenar un grito cuando descubrió de donde venía aquel olor.

Al menos diez cadáveres se encontraban atados mediante cadenas a la pared. Sus gritos hubiesen hecho estremecer a cualquiera, pero los vampiros pareciera que hubieran disfrutado de aquella reacción. Siguió avanzando entre los cadáveres y distinguió que unos cuantos pertenecían a hombres mayores, pero de una extremada delgadez, como si hubiesen absorbido todo el líquido que guardaban sus cuerpos.

—El almacén para la comida —rio el vampiro que presidía el grupo.

Fue hacia uno de los hombres que permanecían allí sentados y elevó su rostro hacia ella agarrándolo por el cabello. El hombre debía haber sufrido una grave paliza porque tenía todo su rostro hinchando, la nariz desfigurada y uno de los ojos era un bulto amoratado, sin forma. Tenía diversos cortes por su pecho descubierto y encontró en él varias mordeduras. Sarah lo miró boquiabierto, respirando de forma rápida.

—Está... ¿Está muerto?

El vampiro soltó su cabeza y esta cayó sin vida de nuevo hacia abajo.

—La cena de ayer —aclaró con una sonrisa—. Aún queda un poco de alimento en él para usarlo de postre.

Sarah sintió cómo su estómago se retorció y no pudo evitar las arcadas que la hacían estremecerse. Respiró de forma agitada intentado controlar aquellos espasmos mientras recorría con los ojos entrecerrados los cuerpos de todas las personas que había allí.

Algo le llamó la atención. Un bulto pequeño y encogido permanecía agachado, con las piernas sujetas con sus pequeñas manos y mirando de reojo, con un rostro extremadamente pequeño. La niña la miró con ojos asustados. Tenía el cabello castaño hasta los hombros y unos ojos que parecían claros desde aquella distancia. Por Dios, era una niña, no debía de tener más de cinco o

seis años. Sarah sintió cómo las fuerzas retornaban a su cuerpo y apretó los puños.

—¡Es una niña! —gritó—. ¡Soltadla, es solo una niña!

El vampiro se puso en pie con las manos a la espalda colocándose frente a ella. Era altísimo, debía medir prácticamente dos metros.

—¡Suéltala! —exigió sin saber realmente lo que hacía, movida simplemente por un sentimiento de protección hacia aquella pequeña—. Debe de tener solo seis años, ¡soltadla!

El vampiro giró su rostro hacia la niña y la observó. Pudo ver cómo la pequeña volvía a esconder la cara entre sus rodillas y su cuerpo se agitaba por el llanto y el miedo.

—Su sangre... —susurró el vampiro hacia Sarah—. La sangre de un niño es la más pura... la más sabrosa —dijo como si solo con mencionarlo salivase.

Sarah lo miró fijamente con ojos llorosos e impresionados por aquellas palabras. Incrédula.

—Me dais asco. ¡Sois unos monstruos! —gritó hacia él intentando soltarse de aquellos brazos que aún la sujetaban.

El vampiro rugió y la agarró por el cuello apretándola, así que Sarah tuvo que callarse y luchar por respirar en vez de gritar.

—Si no fuese porque me han ordenado mantenerte con vida te sustituiría para mi cena por esa niña... aunque... —Luego sonrió maliciosamente—, posiblemente así será.

La soltó y avanzó hacia la siguiente puerta.

Sarah recuperó el aliento mientras miraba rápidamente a la niña, a aquel pequeño bulto que lloraba sin cesar, asustada. Se le encogió el corazón mientras comenzaban a arrastrarla de nuevo hacia la puerta y echaba la última mirada hacia la pequeña antes de abandonar la estancia.

Las lágrimas brotaron sin cesar, atragantándose y con la imagen de la criatura en sus retinas mientras de nuevo era arrastrada por un pasillo oscuro que les llevó hasta una enorme sala. En realidad era una habitación llena de trastos iluminada con fluorescentes, algunos de ellos ni siquiera funcionaban correctamente, que emitían una luz intermitente.

Había numerosos tubos oxidados y algunos cubos desparramados por el suelo de yeso. Había varios vampiros, sin embargo, uno de ellos le llamó en extremo la atención. Vestía una capa con capucha negra, su piel era más pálida y azulada que la de los demás. Sus ojos extremadamente negros y sus colmillos afilados y muy largos.

Sarah sintió deseos de desmayarse en ese momento y no despertar jamás. Dios mío, nunca había visto algo tan terrorífico en su vida. Era escalofriante, sus dedos largos y esqueléticos se movían abriendo y cerrando el puño. Dio un paso hacia ella y Sarah intentó retroceder, pero aún estaba sujeta por aquellos dos vampiros. Cerró los ojos con todo su cuerpo temblando y en tensión. El vampiro se acercó a ella absorbiendo su olor y emitió un gruñido. Sarah abrió los ojos justo para ver cómo él daba un paso hacia atrás alejándose de ella, sin comprender en realidad qué ocurría ni qué pasaba. Aquello no era normal, ¿qué pintaba ella allí?

Y, sobre todo, ¿qué pintaba ella aún con vida? ¿Por qué no la mataban? El vampiro alargó uno de sus dedos esqueléticos y con un movimiento rápido clavó su uña en el brazo de Sarah haciendo que un fino hilo de sangre comenzase a recorrerle el brazo. Pero ella ni siquiera gritó, era como si estuviese en éxtasis, incapaz de dominar su cuerpo. El vampiro llevó su uña hasta su boca y se chupó el dedo. Al momento un gutural sonido de placer inundó toda la habitación. La observó fijamente mientras ella desviaba su mirada de un lado a otro inquieta. ¿Era ese su final? El vampiro se volvió y caminó hacia el fondo de la sala pensativo, sin decir nada, aún con el sabor de su sangre en la lengua. Sarah intentó tragar saliva, pero se encontró con la garganta totalmente seca. Gimió un par de veces e intentó deshacerse de aquellos brazos, pero era imposible, era como estar clavada a una pared.

—¿Qué hago yo aquí? —musitó temblorosa—. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Adivina —susurró el vampiro de espaldas a ella con una voz de burla y terrorífica.

Sarah comprendió lo que quería decir. Iban a matarla, lo harían. Inspiró intentando calmarse, intentando tener el suficiente valor para mantener una conversación con él y retrasar lo máximo posible ese momento.

—La niña que tienes en esa habitación...—murmuró—. Por favor... déjala marchar, es muy pequeña.

El vampiro se volvió y la miró enfurecido.

—Yo, me... me cambio por ella —acabó gimiendo Sarah—. Yo por ella, por favor, es muy pequeña...

—¿Tú por ella? —Ahora el vampiro reía, aunque sin duda no de felicidad—. Me parece que no estás en condición de hacer tratos, Sarah.

Ella entrecerró los ojos al verlo pronunciar su nombre. Se armó de valor y lo miró retándolo. Sabía que moriría, pero intentaría hacerlo lo más dignamente posible.

—¡Acabarán contigo! —gritó—. El grupo de cazavampiros vendrá y terminarán con todos vosotros, no quedará ni uno vivo. ¿Entiendes? Ellos me encontrarán, y cuando lo hagan tú y el resto de tus asquerosos... —No pudo acabar la frase. El vampiro se movió a una velocidad impresionante hacia ella mientras echaba su brazo hacia atrás, dándole el impulso suficiente para clavar su mano en el estómago de Sarah y que saliese disparada hacia la pared estrellándose contra ella y cayendo al suelo.

Se quedó sin respiración y un mareo comenzó a apoderarse de su cuerpo, pero entre aquella neblina pudo ver cómo el vampiro se agachaba a su lado y rozaba de nuevo la herida que había hecho con su propia uña.

—Qué equivocada estás.

Ella entrecerró los ojos aún luchando por respirar, pero ni siquiera se atrevió a elevar su rostro y mirarlo.

—¿Por qué crees que estás aquí? Estoy deseando que vengan.

Esta vez se quedó perpleja. ¿Lo habían planeado todo? Su cerebro comenzó a trabajar. Ella era una trampa, aquel vampiro sabía que Josh y el grupo irían a buscarla, lo sabía... quería atraparlos, matarlos.

Aun así intentó infundirse el valor suficiente para elevar la mirada hacia él.

—No sabes lo que has hecho —le dijo retándolo—. No tienes ni idea de lo que son capaces.

—Detén el todoterreno —ordenó Josh al colocarse delante de una industria que parecía abandonada. Estudió el lugar y apretó él mismo el botón para que los focos de luz solar lo inundasen todo—. Sean, saca unas cuantas linternas solares para todos.

Sean pasó dos linternas para cada uno. Estudió una vez más el radar.

Sí, allí era. Allí la habían llevado. Comprobó que dos puntos azules se movían a gran velocidad por el espacio del interior de la nave. En realidad no sabía cuántos vampiros debía de haber ahí dentro. Seguramente, cientos, pero debían de estar varios metros bajo tierra y el radar no los captaba, pero al menos sabía que dos vampiros estaban vigilando la entrada y estaba seguro de que ellos ya sabían que se encontraban allí.

—Deja el coche con las luces encendidas. —Bajó del todoterreno y se cruzó de brazos observando la industria. Sabía que Sarah estaba allí dentro, solo esperaba llegar a tiempo para salvarla. Respiró hondo y miró a sus compañeros mientras bajaban del vehículo—. Hay dos vampiros vigilando la entrada.

—¿Crees que es su escondite?

—Puede ser. —Se giró del todo hacia ellos y miró directamente a Nathan—. Brad, Ryan y tú encargaos de los dos vampiros de la entrada. El resto buscad directamente a Sarah. No quiero hacer una matanza. Solo quiero sacarla con vida de aquí.

—No sabemos contra cuántos vampiros nos vamos a enfrentar —pronunció Brad—. No tenemos puestos ni los trajes.

—Usad las linternas solares desde que entremos. Enfocaremos todo con ellas. ¿Tenéis todas las dagas y pistolas?

—Y cinco cargadores cada uno.

—Perfecto. Los walkies siempre encendidos. —Todos comprobaron los walkies colgados de su cinturón—. En cuanto tengamos a Sarah, salimos pitando de aquí —susurró mientras daba unos pasos hacia aquella puerta metálica.

Colocó una mano sobre ella y la tocó. Era fuerte, de acero. La empujó y comprobó que solo cedía un poco. Debía de tener alguna barra metálica que la mantenía cerrada.

—Sean, coge el todoterreno y abre la puerta.

Sean lo comprendió al momento. Se subió en el asiento del piloto y metió la marcha atrás alejándose de la puerta. El resto del equipo se colocó a ambos lados de la puerta con la linterna encendida en una mano y cruzándola por encima con la otra con una pistola cargada.

Sean hizo rugir el motor varias veces. Se puso el cinturón de seguridad y puso primera clavando su mirada en la puerta. Sin pensarlo más veces apretó el acelerador al máximo y salió disparado hacia la puerta sin frenar cuando llegó a ella. Se incrustó de pleno contra la puerta haciendo que esta se doblase hacia arriba y separándola un poco del suelo.

El resto del equipo se agachó en una fracción de segundo y rodó bajo la puerta. La reacción de los vampiros no se hizo esperar. Al segundo Brad tenía a los dos encima. Ryan dio un salto acortando varios metros la distancia que había entre Brad y los vampiros apuntando con la pistola y batiendo al primero de ellos que desapareció convirtiéndose en cenizas en un segundo.

Brad rodó por el suelo esquivando los puños de su adversario mientras agarraba una de las dagas que colgaba de su cinturón y se la clavaba justo en el momento en que el vampiro se lanzaba sobre él. Se sacudió el polvo mientras se ponía en pie y alumbró la estancia con la linterna, moviéndola de un lado a otro por si algún vampiro más aparecía.

—Qué asco —dijo sacudiéndose las cenizas del pelo.

Josh hizo una batida con su linterna iluminándolo todo. Al menos con esas linternas no tendrían problemas, sabía que en cuanto un rayo de aquella luz chocase contra un vampiro los desintegraría al momento. Aquello parecía una antigua estación de metro o un taller para arreglarlos.

Miró hacia el centro de la enorme nave y distinguió unos raíles roídos y llenos de grasa. Había dos vagones viejos y oxidados en medio. Avanzó hacia uno de ellos y se sorprendió al alumbrar con la linterna el coche de vidrios tintados que había visto salir disparado de la estación.

—Sarah —susurró. Ella estaba allí.

Corrió hacia el coche y alumbró su interior con la linterna. Estaba vacío. Abrió la puerta de forma desesperada y buscó en el asiento trasero alguna gota de sangre. No había nada. Aquello lo calmó en cierto modo.

—Josh. —Escuchó cómo le susurraba Brad haciéndole señas con el brazo para que se dirigiera hacia allí.

Josh corrió hacia donde se encontraba el resto del equipo y desvió la mirada hacia donde todos enfocaban con las linternas. Un túnel. Un enorme túnel oscuro. Dio unos pasos hacia delante enfocándolo, la luz acababa perdiéndose en la oscuridad. Sin decir nada más comenzó a avanzar hacia allí. El resto del grupo le siguió sin vacilar. Debían haberla llevado por ese túnel que, aunque no tenía una bajada muy pronunciada se iba introduciendo en la tierra. Por esa razón el radar no era capaz de detectarlos. Nada más dar los primeros pasos Brad se colocó a su lado. — ¿Crees que su jefe estará aquí?

Josh llevó la linterna de un lado a otro, incluso enfocando el techo de vez en cuando.

—No lo sé.

—Desde luego es un buen escondite. Malditos hijos de puta —musitó escupiendo las palabras.

Josh lo miró un segundo indicándole que cerrara el pico con un gesto de su dedo en sus labios. Brad afirmó y se giró para comprobar que el resto del grupo avanzaba unos pasos por detrás, haciendo aquellos movimientos con las linternas y con la otra mano apuntando al lugar contrario a donde enfocaban. La oscuridad fue haciéndose más intensa a media que avanzaban y comenzaban a girar, perdiendo la pobre y poca luz que quedaba de aquel día.

Todos mantenían en alerta máxima sus sentidos. Solo le faltaban las gafas de visión nocturna. Lástima que no hubiese decidido meter ningunas en el todoterreno, le hubiese sido de gran utilidad. Josh escuchó un leve susurro. Levantó directamente su mano hacia el resto del grupo haciendo que todos se detuviesen y apuntasen con las linternas y armas hacia el interior del túnel.

Avanzaron a pasos lentos, hechos una piña, contemplándolo todo a su paso. Aquel susurro pareció hacerse más fuerte unos segundos y posteriormente desapareció.

—Saben que estamos aquí —murmuró Ryan.

—¿Y? —preguntó en el mismo tono Brad—. Quizás así sea un poco más entretenido —bromeó.

Al momento aquellos susurros y gemidos volvieron a hacerse presentes.

Eran débiles y se escuchaban a lo lejos. Guio la linterna por toda la pared y contempló una puerta oxidada unos pasos por delante.

Josh se giró hacia el resto de compañeros y señaló la puerta con la cabeza. Todos dieron los pasos pertinentes y se colocaron a ambos lados de ella juntándose lo máximo posible a la pared. Josh escuchó. Aquellos susurros venían de dentro. Hizo con el dedo las debidas indicaciones y se colocó frente a la puerta apagando su linterna y agarrando otra arma con la mano. Señaló con la cabeza a Brad el pomo de la puerta y este fue girándolo lentamente de forma suave. Todos se colocaron en posición para entrar tras Josh en cuanto la puerta acabase de abrirse y enfocarlo todo con las linternas. Josh sujetó extremadamente fuerte las dos pistolas con ambas manos y en cuanto el pomo acabó de girar dio un golpe fuerte a la puerta y esta se abrió de inmediato.

Gracias al resto de sus compañeros que portaban todos la linterna observó que la sala era grande, pero lo que más llamó su atención fue el mal olor que había en su interior. No se sorprendió al encontrar varias personas atadas con cadenas, esqueléticas todas ellas.

—Joder —exclamó guardando una de sus pistolas en el cinturón.

Fue hacia una de las mujeres que mantenía sus brazos atados por encima de la cabeza y le buscó el pulso. Le palpó varias veces el cuello sin encontrarlo. Suspiró y observó que tenía varias mordeduras

—Mirad si hay algún superviviente —susurró mientras se llevaba la mano vacía a la nariz intentando que aquel fétido olor no lo atontase.

Debían tenerlos ahí desde hacía semanas, muertos, absorbiendo su sangre poco a poco para

mantenerse alimentados.

—Josh —llamó Brad bastante fuerte arrodillándose en un rincón de aquella habitación—. Está viva —dijo rodeando con sus brazos algo pequeño—. Tranquila pequeña, te sacaremos de aquí —le susurró.

Josh corrió hacia allí para encontrar una pequeña niña de ojos azulados y llorosos. Se agachó al lado y le acarició la mejilla suavemente.

—Te vamos a sacar de aquí —musitó Josh, pero la niña parecía estar en otro mundo. Llevaba su mirada asustada de un lado a otro de la habitación observando con terror a todos ellos—. Estate tranquila y no hagas ruido —le dijo con gesto cariñoso. Observó sus manos y vio que las tenía enrolladas en unas cadenas. —Cuidado —advirtió colocando la pistola sobre la cadena que colgaba de la pared.

Brad abrazó a la niña colocándola en su pecho y rodeándola con los brazos para protegerla frente al disparo. Josh disparó y al momento la cadena cedió cayendo al suelo. Brad fue rápido y se puso en pie con la niña en brazos quitándole el resto de la cadena de sus muñecas. Tenía la piel levantada y rosada allá donde las cadenas la habían rozado. Tenía varios arañazos en su diminuto cuerpo y temblaba muchísimo.

—Brad, sácala de aquí —dijo apoyando su mano en su hombro—. Llévala fuera.

La niña se apoyó en su hombro con la mirada fija en una de las mujeres que mantenía las manos atadas por encima de su cabeza, débil.

—Mami —balbució mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

Josh y Brad giraron su rostro hacia donde la niña señalaba. Josh corrió hacia la mujer, se agachó y le buscó el pulso también si encontrarlo. Suspiró y miró a Brad.

—Llévala al coche y quédate con ella. ¿Podrás?

Brad afirmó con un gesto y colocó la niña a su espalda mientras con una mano empuñaba una pistola y con la otra la linterna.

—Agárrate fuerte, ¿vale? Ahora vamos a salir de aquí muy rápido. No te sueltes y sobre todo si te da miedo cierra los ojos.

La niña no dijo nada, simplemente gimió mientras pasaba sus pequeños bracitos por su cuello y se agarraba. Brad miró por última vez a Josh y acto seguido desapareció a una velocidad increíble por la puerta.

Josh contempló su marcha unos segundos y acto seguido suspiró mientras se giraba hacia la puerta que tenía delante, al otro lado de la larga y estrecha sala.

—¿Algún superviviente más?

El equipo se giró hacia él y todos negaron.

En un principio había pensado sacar simplemente a Sarah de allí y atacar aquel refugio en otro momento, a la luz del día y con Sarah a salvo, pero aquello había pasado los límites. Ahora sabía

que no saldría de allí sin acabar con todos los vampiros que hubiese.

Sarah, que se encontraba tendida en el suelo tras ser arrastrada hasta otra habitación, comprobó que al menos quince vampiros se encontraban a su alrededor. El vampiro que parecía ser el dominante estaba sentado en una silla parecida a un trono. Aquella habitación parecía ser su santuario. A diferencia de las otras habitaciones por las que había pasado, esta la habían acondicionado.

Llevaba al menos diez minutos en silencio, con miedo incluso de respirar. Por suerte, aún llevaba su spray de pimienta en la mano. Había cerrado el puño desde el principio, y como era bastante pequeño, podía mantenerlo oculto. Aunque sabía que no lograría mucho, cuando llegase el momento al menos intentaría provocar algún daño a alguno de aquellos vampiros. Tenía miedo, pero también una inmensa ira. Había comprobado el horror que dominaba aquella especie. Todas aquellas personas muertas atadas por cadenas a la pared, aquella niña... Se estremeció de nuevo al pensar en ella. Se la veía tan indefensa, tan pequeña. Gimió de nuevo y se pasó la mano por los ojos conteniendo las lágrimas. Aquello no podía ser cierto, ¿cómo podía haber tanta maldad en el mundo?

El vampiro dominante tenía los ojos cerrados y un brazo en cada lado de su asiento. Había unas cadenas colocadas en una pared, iguales a las que había visto que sujetaban a los humanos, incluso se atrevería a decir que aquella mancha entre marrón y rojo debía ser sangre. Sin duda, aquel era un lugar de sacrificio para ellos.

Había una estantería donde habían colocado varias sábanas y algunos platos grandes, seguramente para verter la sangre y la sábana para cubrir el suelo. Aparte de ello no había nada más. Los vampiros la rodeaban, sentados algunos en el suelo con sus rodillas cruzadas y otros apoyados contra la pared. El silencio era absoluto, aunque la mayoría de ellos movían sus fosas nasales inhalando el olor de Sarah.

¿Hasta cuándo estarían allí? Lo sabía, sabía que querían que el grupo llegase, entonces seguramente la matarían o le harían chantaje al grupo. Eso es lo que más miedo le daba. El chantaje, pues podía hacerse una idea sobre lo que podían pedir. Ellos a cambio de ella y sabía que Josh no dudarían en cambiarse. ¿Era eso lo que realmente pensaban hacer? Sarah miró fijamente al vampiro y tragó saliva.

—¿Por qué me mantienes aún con vida? —murmuró con temor—. ¿Piensas chantajear al equipo?

El vampiro dominante abrió los ojos y la miró fijamente.

—Para ser humana eres muy lista.

—¿De veras crees que se cambiarán por mí?

—¿Quieres decir que no sirve de nada mantenerte con vida?

Sarah se mordió el labio y sintió que los nervios se apoderaban más aún de ella. Si no se calmaba un poco sufriría un ataque al corazón. Aunque, ¿acaso no era mejor eso que morir desangrada por la mordedura de un vampiro?

—Acabarán con vosotros... aunque vosotros acabéis conmigo. No tenéis nada que hacer frente a ellos.

El vampiro rio de forma enérgica y se echó hacia delante asomando sus colmillos con fuerza.

—¿Eso crees?

—Sí —balbució.

—Bueno, ya lo veremos —respondió cerrando los ojos y echándose hacia atrás de nuevo, apoyando su cabeza.

Sarah miró de un lado a otro. Muchos de los vampiros habían cerrado los ojos, como si se mantuviesen concentrados. Sabía que vendrían, y que el grupo unido podría contra todos ellos. Había visto a Josh luchar contra un número de vampiros similares a ese, pero también recordaba que había dicho que muchos de ellos eran vampiros nuevos y los que la rodeaban en aquel momento no lo parecían. Estaban bien formados. Sus camisetas negras se ajustaban a sus músculos y superaban sin duda el metro noventa.

Sabía que podrían contra ellos, pero aquella calma, aquella seguridad le hacía pensar que tenían un as en la manga y sin duda ese as era ella, pero lo que no parecía comprender ese vampiro es que ella no se dejaría matar tan fácilmente. Sabía que no podría contra ellos, pero ella ya había luchado contra uno y había salido vencedora, aunque fuese un vampiro nuevo. Sujetó más fuerte el spray de pimienta y se miró las sandalias, ahora no disponía de tacones. Intentó recordar la pequeña clase que había recibido del grupo para defenderse de ellos. Realmente había sido un fracaso, tanto con la daga como con el disparo de armas, pero algo recordaba bien, debía mantener el contacto visual con ellos cuando llegase el momento, intentar adivinar sus movimientos, aunque sabía que la cazarían un segundo antes o después, pero en esos momentos, un instante podía mantenerla con vida o matarla.

Suspiró y recorrió de nuevo con la mirada la habitación, pero algo le llamó la atención. Algunos vampiros habían levantado la mirada hacia la puerta. Aquello la puso en tensión, algo ocurría. En una fracción de segundo el vampiro dominante llegó hasta ella y la levantó agarrándola del pelo. Sarah gritó mientras era elevada. Al momento se quedó sin respiración cuando el brazo se enroscó en su cuello apretándola.

—Ya están aquí —susurró el vampiro en su oreja—. Veamos de lo que son capaces tus amigos —rio.

La puerta salió disparada hacia delante y la sala se convirtió en un campo de guerra. El

vampiro rugió sujetándola aún más fuerte mientras los vampiros corrían a toda prisa hacia aquel hueco donde estaba la puerta, amontonándose todos en ella. Sin embargo, lo que sin lugar a dudas el vampiro dominante no esperaba, era ver cómo deshacían en cenizas a sus vampiros compañeros.

Sarah entrecerró los ojos intentando comprender lo que estaba ocurriendo ahí, ver a alguno de sus amigos. Fue entonces cuando lo comprendió. Un rayo de luz muy potente recorría la sala.

En ese momento, Josh entró junto al resto del equipo en la sala, apuntando con las linternas a todos los rincones mientras con la otra mano apuntaban con la pistola e iban disparando a los lados contrarios a donde iban enfocando. El vampiro dominante rugió desesperado por lo que estaba viendo. Sabía que sería una batalla dura, pero no había imaginado que aquel grupo de cazavampiros tuviese en su poder un rayo solar.

Agarró a Sarah por la cintura y se movió unos segundos antes de que el rayo de luz se topase contra él.

—¡Suéltala! —gritó Josh mientras se dirigía hacia donde se encontraba.

El vampiro dominante la sujetó con más fuerza mientras Sarah gritaba. Tomó impulso y se movió a una velocidad escalofriante a través de un pasillo que comenzaba en el final de la sala y acababa en otra aún más grande sin acondicionar, con inmensidad de tubos por las paredes. Segundos después, el grupo apareció al final del pasillo con aquellos rayos de luz alumbrando de un lado a otro. Sarah se vio obligada a cerrar los ojos mientras el vampiro comenzaba a moverse por la sala a una velocidad increíble esquivando cada uno de los rayos de luz que intentaba atraparlos.

—¿Crees que vas a poder salvarla? —Escuchó la voz del vampiro como un eco, pues la rapidez de aquellos movimientos no le permitían enfocar la vista en ningún punto fijo y comenzaba a marearse. —¡Suéltala! No tienes nada que hacer. Tus súbditos han muerto. Estás solo. —Le pareció escuchar la voz de Ryan.

Sarah sintió cómo su estómago comenzaba a revolverse.

—Basta, por favor —gimió al borde del desmayo.

Josh movió la linterna de un lado a otro, enfocando allá donde le parecía ver que el vampiro se movía, pero su velocidad era increíble, jamás había visto moverse a ningún vampiro con tanta fuerza, con tanta rapidez. Era prácticamente invisible. Ahora lo sabía, ese debía de ser Tristan, el padre del vampiro que había atacado a Sarah y había muerto. El vampiro se colocó sobre un tubo grueso situado sobre las cabezas de ellos a varios metros y los observó desde la oscuridad.

—¡Esto es entre tú y yo! —gritó Josh.

Pero el vampiro no hizo sonido alguno, la mujer que tenía en sus brazos parecía haberse desmayado, sujetando él todo su peso. Le hizo girar el cuello y observó allá donde latía su vena. Sí, ellos le habían quitado a su sucesor, a su único hijo varón, al que debería ser el futuro rey de

ese Estado. Aquella mujer había sido la causa, nada hubiese ocurrido si aquella mujer no se hubiera negado a someterse a él, si todo hubiese salido como habían esperado. Y ahora lo vengaría.

Volvió a mirar su cuello y se acercó a él mientras veía cómo los rayos de luz iban de un lado a otro de la habitación, sin mirar hacia arriba. Inhaló el aroma de Sarah y comenzó a salivar.

—¿Dónde está? ¿Se ha marchado? —interrogó Sean llevando la linterna de un lado a otro. El vampiro se arrimó a ella y clavó sus colmillos en el cuello de Sarah, pero ella ni siquiera se movió, estaba sin sentido. Estuvo a punto de gritar, aquel sabor, aquel aroma... aquella mujer era el mejor manjar que había probado. Comenzó a absorber la sangre de aquel cuerpo inerte mientras un pequeño hilo de sangre comenzaba a descender por el cuello y hombro de ella. Aquel sabor, no le extrañaba que su hijo se hubiese sentido tan furioso por privársele de aquel manjar. Pero él lo tomaría, hasta la última gota de vida de aquella mujer sería suya.

El equipo se movía nervioso por la sala, pero algo llamó la atención de Josh. El sonido de un goteo tras de él. Como una fuga de agua. Se giró directamente, con toda la rapidez que pudo hacia atrás elevando a su vez la linterna. Lo vio durante una fracción de segundo. El vampiro tenía sujeta a Sarah, con sus colmillos clavados en su cuello. Aquel rayo de luz tuvo que tocarle un pie porque el vampiro soltó un alarido agudo de dolor perdiendo el equilibrio y desapareciendo de su vista. Pero Sarah estaba allí, cayendo hacia atrás sin sentido. Josh no dudó, soltó la pistola y la linterna y saltó hacia arriba agarrándola al vuelo entre sus brazos y aterrizando varios metros por detrás. No había recuperado del todo el equilibrio cuando notó cómo una fuerza invisible lo impulsaba hacia delante. Se giró justo en el momento en que se incrustaba en la pared, cayendo de espaldas. Ni siquiera esperó, se puso de pie y saltó hacia el grupo mientras todos alumbraban con las linternas siguiendo a Josh. No habían querido usar las armas hasta ese momento por miedo a dar a Sarah pero ahora ella estaba en sus brazos.

—¡Disparad! —gritó mientras con un movimiento rápido se colocaba detrás de Nathan.

El vampiro seguía moviéndose a una velocidad impresionante, observando de vez en cuando alguna sombra moverse. Y ese momento supo hacia donde se dirigía. Iba hacia la puerta, lograría escapar.

Una sucesión de disparos sordos por el silenciador inundaron la sala intentando alcanzarlo, pero en un determinado momento y sin saber por qué el vampiro apareció al otro extremo de la habitación, frente a la puerta por donde pretendía huir. Con los brazos abiertos como si estuviese crucificado y luchando por respirar. Todos bajaron las armas y observaron impresionados mientras el vampiro se arrodillaba frente a la puerta y contemplaba a un punto fijo que se encontraba a unos metros de él. El vampiro comenzó a oscurecerse progresivamente. Entonces Brad apareció por la puerta de entrada, con la pistola aún apuntando a su pecho y una mirada cargada de fuerza. Lo miró con odio y disparó de nuevo hacia su pecho. Al momento el vampiro

pareció explotar desperdigando todas sus cenizas por la sala. El equipo se quedó boquiabierto observando a Brad con el brazo aún levantado hacia donde segundos antes había estado aquel peligroso y mortal vampiro. Josh suspiró mientras apretaba a Sarah contra su pecho y corría hacia Brad.

—¿Y la niña? —preguntó con desesperación.

—La he dejado en el coche, no te preocupes, tiene los seguros echados y las luces solares del interior conectadas. ¿Cómo está? —soltó dirigiendo su vista hacia Sarah que permanecía inconsciente en sus brazos.

—Ha perdido mucha sangre. Necesita una transfusión. —Comenzó a correr en dirección a la puerta, pero se detuvo un segundo antes de cruzarla. Se volvió hacia Brad y lo miró seriamente—. Gracias por volver.

Brad medió sonrió algo tímido por aquel cumplido y aceptó decidido.

Habían acabado con aquel refugio para vampiros, pero todos sabían que aquello no había hecho más que comenzar. Si se habían reproducido debía de haber aún cientos de ellos, pues lo único que habían encontrado allí eran vampiros antiguos. Ningún vampiro nuevo.

Sabía que habían matado al jefe de aquella división, pues sin duda, el que mantenía en brazos a Sarah era su responsable, pero otro lo remplazaría y aún no sabían realmente cómo estaban organizados, ni siquiera sabían si había algún vampiro superior, pero ahora, lo más importante era salir de allí y cuidar de Sarah. Al menos, ella ya no estaba en peligro.

28

Sarah abrió los ojos lentamente. La luz era intensa y le hizo parpadear un par de veces antes de poder mantener los ojos definitivamente abiertos. Miró de un lado a otro y estuvo a punto de echarse a llorar cuando reconoció la enfermería de la vivienda de Josh. Lo último que recordaba era encontrarse en brazos de aquel vampiro y moverse a una velocidad extraordinaria, pero al momento notó la quemazón que sentía en un lado de su cuello.

Ascendió su mano de forma lenta hacia aquel lugar dolorido y se quedó petrificada al observar que una aguja permanecía clavada en su brazo y un tubo traspasaba sangre hasta ella.

—Sarah—susurró Josh a su lado.

Se levantó del taburete donde se encontraba y se inclinó sobre ella mientras pasaba una mano por su frente apartándole unos mechones de cabello.

—Josh—gimió. En ese momento no pudo remediarlo y las lágrimas comenzaron a brotar por sus ojos—. ¿Qué... qué ha...?

—Shhh, cálmate, ya ha acabado todo.

—¿Pero qué...?

—Shhh... —volvió a repetir con dulzura—. Ahora estás a salvo. Ya no volverán a molestarte. Hemos acabado con el vampiro dominante del grupo.

Sarah sintió una extraña sensación de paz y tranquilidad en su pecho, lo observó fijamente mientras Josh secaba algunas lágrimas que se desplazaban por su rostro.

—¿Acabaste con él? —musitó.

Josh medio sonrió.

—En realidad fue Brad quien hizo el disparo certero.

Sarah medio sonrió, pero de repente recordó todo lo sucedido. La había desplazado a una velocidad extraordinaria por toda aquella sala, pero antes le habían mostrado hasta donde podía llegar su crueldad. Había visto aquella habitación en la que aquella niña permanecía encogida.

Sarah se puso nerviosa y comenzó a temblar.

—Allí... había una niña... la tenía...

—La niña está a salvo.

Tragó saliva.

—¿Está... está bien?

Josh afirmó.

—No le habían llegado a morder aún. Brad la ha llevado al hospital para que la reconozcan.

Sarah asintió ahora realmente tranquila y pasó una mano débilmente por la mejilla de Josh a

modo de caricia. Recorrió su rostro y luego se giró hacia un lado. Sean, Nathan, Ryan y Jason estaban al otro lado de la enfermería apoyados contra la pared observando con gestos preocupados.

Sarah les sonrió y eso pareció tranquilizarlos pues dieron un paso hacia la camilla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ryan colocándose a su lado.

—Estoy un poco mareada, pero estoy bien. Aunque... —Luego intentó llevarse de nuevo la mano hacia el cuello—. Me quema.

—No te toques. —Josh sujetó su mano suavemente—. Te mordió —le dijo con dulzura.

—¿Me mordió? —Sarah abrió extremadamente los ojos.

Sean se acercó y le pasó una mano por la frente a modo de complicidad.

—Te estamos haciendo una transfusión de sangre. Estabas muy débil.

Sarah siguió el fino tubo que salía de su brazo y encontró que acababa en el brazo de Josh.

—¿Me estás dando tu sangre? —le preguntó algo preocupada.

—Sanarás antes —le recordó.

—Aunque será mejor que no te hagas ningún análisis durante el próximo mes —intervino Sean riendo—. Encontrarían esta sangre un poco extraña.

—La evolución, ya sabes —bromeó Josh esta vez.

Sarah sonrió tímidamente esta vez. Los contempló a todos y sonrió hacia ellos de forma cariñosa.

—Gracias por venir a buscarme. —Todos al momento le hicieron un gesto como de que no tenía importancia—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Josh advirtió cómo el rostro de Sarah comenzaba a recuperar el color. Su sangre sin duda le estaba dando fuerzas rápidamente.

—¿Te encuentras mejor? —Sarah afirmó. Josh miró a sus compañeros y entrecerró los ojos con una media sonrisa—. Si me disculpáis, compañeros... me gustaría hablar a solas con Sarah.

Ellos pusieron los ojos en blanco ante aquella frase, ante aquella insinuación tan clara. Resoplaron, se dieron la vuelta y salieron por la puerta mientras Josh se inclinaba más sobre Sarah y la besaba dulcemente.

Dos semanas después

Sarah llamó al timbre de la casa de su tío y, nerviosa, volvió la cara hacia Josh. En cuestión de pocas horas tras la transfusión de sangre que Josh le había hecho se encontraba perfectamente, como si hubiese tomado diez cafés. Se encontraba llena de energía, y aún notaba sus efectos. Estaba llena de fuerza y vitalidad. Por lo que Sean le había explicado, aún le dudarían un par de semana más los efectos, hasta que su sangre se mezclara del todo con la de Josh y desapareciese. Jamás se había sentido así, y por primera vez desde que tenía uso de razón, no se levantaba con sueño sino con ganas de ir al trabajo y estar con su familia.

Josh le había salvado la vida y tras contarle todo lo que había ocurrido y darse cuenta verdaderamente del peligro que había pasado, no se había despegado de él ni un segundo. Había ido a trabajar al día siguiente y había pasado el resto de las noches en casa de Josh con el grupo, excepto Brad, a Brad no lo había visto más de diez minutos seguidos, lo suficiente para agradecerle aquel disparo tan certero. Parecía que se había encariñado con la niña que había encontrado en el refugio de vampiros.

Por lo que sabía, una de las personas que había fallecido allí era la madre de la niña. No le extrañaba que Brad se estuviese ocupando de ella en el hospital. Era una pena, pero al menos habían logrado salvarle la vida, nadie sabía cuánto más hubiese durado una niña de cinco o seis años en aquel lugar. Inspiró nerviosa y esperó a que la puerta se abriese.

Finalmente había confirmado su relación con Josh, ¿para qué negarlo o esconderse más? Su tía había enloquecido de alegría cuando le había dicho que quería presentárselo y que irían a comer ese día, así que no le extrañaría si se hubiera pasado parte de la noche y toda la mañana cocinando. La puerta se abrió y Frankie apareció sonriente.

—Hola tío —exclamó Sarah abrazándolo y besándolo en la mejilla.

Frankie la besó y se distanció un poco para contemplar a Josh. Estaba agarrado de la mano de su sobrina, la soltó y estrechó firmemente la suya —Buenas, Gallaher —dijo con una sonrisa sincera.

—Hola inspector, gracias por invitarme.

Frankie se echó a un lado para que pasasen.

—No digas tonterías —rio—. Eres muy bien recibido. —Se giró hacia el comedor y les indicó que avanzasen hacia él con un movimiento de mano—. ¡Margaret, ya están aquí! —gritó. Se acercó un poco más a Sarah y rio—. Lleva toda la mañana en la cocina.

Agradecimientos

Hoy, al fin, después de tantos años sale esta novela en papel, una de mis mayores ilusiones. Esto debo agradeceréoslo a todos vosotros, que gracias a vuestro apoyo y cariño lo he conseguido.

Muchas gracias a Rachel RP, una magnífica escritora y maravillosa persona por haberme ayudado tanto, por esos momentos que hemos compartido y las largas conversaciones. Gracias por toda tu generosidad y por ayudarme a maquetar todas las novelas.

A Marien F. Sabaniego, mi mejor portadista y gran amiga, gracias por ponerle cara a estas novelas.

Y en general, a todos los lectores que volvéis a confiar en mí.

De todo corazón, muchas gracias.

Un fuerte abrazo.

Mariah.

Otros libros de la serie Nueva York

- 1) Ciudad de reyes
- 2) Reyes de la noche
- 3) Atrapados en la noche
- 4) Noche de lobos
- 5) Un ángel en la oscuridad